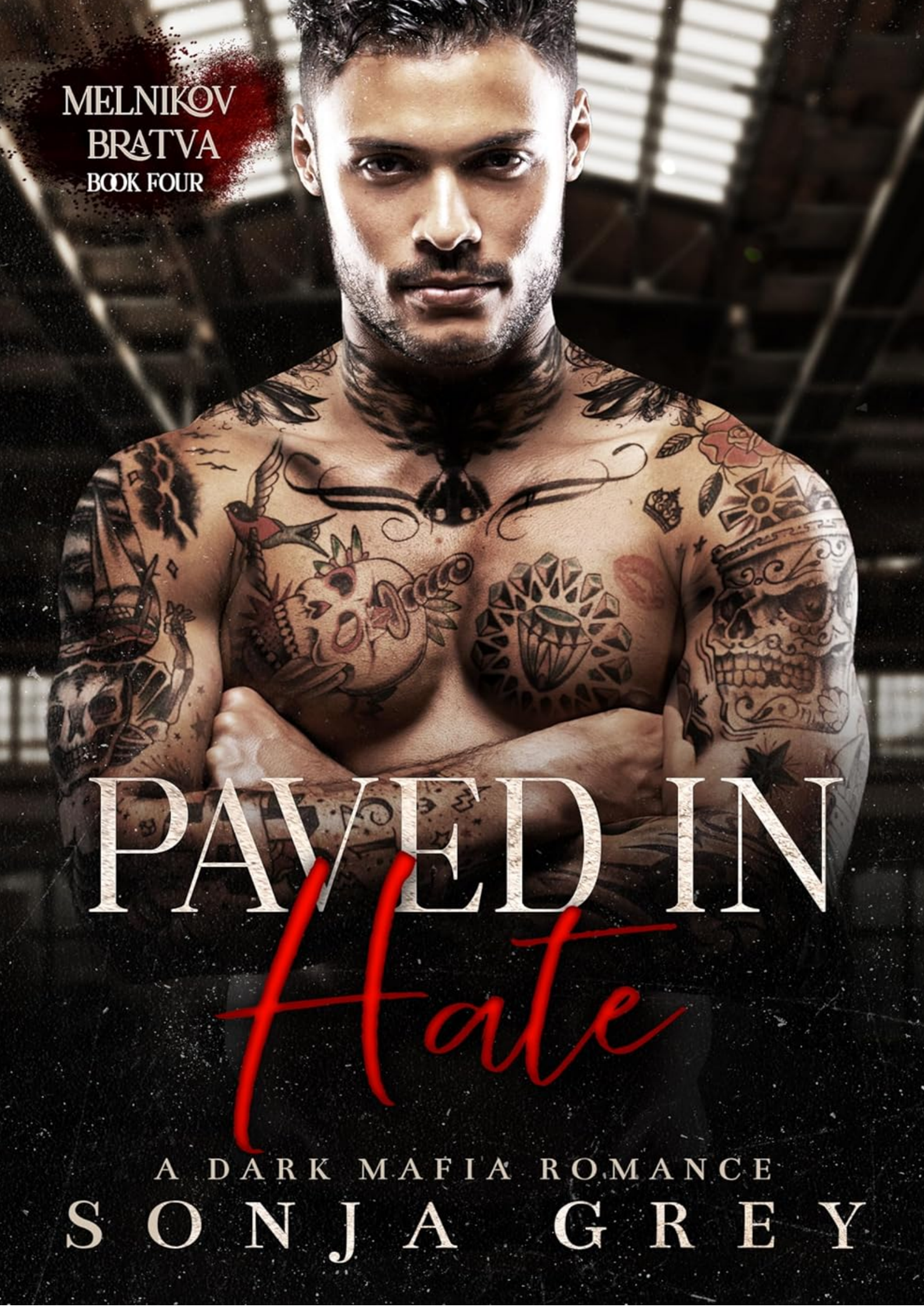

MELNIKOV
BRATVA
BOOK FOUR
PAVED IN
Hate
A DARK MAFIA ROMANCE
SONJA GREY

PAVED IN Hate

MELNIKOV BRATVA BOOK 4

SONJA GREY

SONJA GREY

PAVED IN Hate

MELNIKOV BRATVA BOOK 4

Hate

IMPORTANTE

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro, por lo cual no conlleva remuneración alguna. Es una traducción hecha exclusivamente para fans. Cada proyecto se realiza con el fin de complacer al lector dando a conocer al autor y animando a adquirir sus libros. Por favor comparte en privado y no acudas a fuentes oficiales de las autoras a solicitar las traducciones de fans. Preserva y cuida el esfuerzo que conlleva todo el trabajo.



SONJA GREY

PAVED IN

MELNIKOV BRATVA BOOK 4

Hate

SINOPSIS

Primero viene el odio,
en segundo lugar viene un matrimonio forzado,
y el tercero llega poniendo de rodillas a Vitaly Melnikov.

Vitaly

Estoy acostumbrado a que las mujeres me deseen, no a que me odien,

pero mi mujer me mira como esperando que mi próximo aliento sea el último.

Nuestro matrimonio no fue por elección, pero cuando juré ser su marido, lo dije en serio.

Nunca falto a mi palabra, por lo que estamos casados, le guste a ella o no.

Al menos de momento.

El plan era que siguiera casada hasta que obtuviéramos lo que necesitábamos de sus hermanos.

Mientras no la toque, podemos anular este desafortunado episodio en mi línea temporal de soltero.

El principal problema es que tiene un aspecto y un olor dulce y entonces lo arriesgo todo y la pruebo.

Ahora soy adicto y estoy muy metido.

Katya

Mi hermano es jefe de la Bratva Lebedev,

y acaba de ofrecerme a Vitaly Melnikov.

Hate

Es un matrimonio que unirá a nuestras familias,

pero no es lo que quiero.

No me importa lo increíblemente atractivo que sea mi nuevo marido, no confío en él.

Me digo a mí misma que puedo resistirme a él, pero ese hombre posee un talento inimaginable y mi moderación se desvanece rápidamente.

Antes de darme cuenta, estoy pidiendo más y enamorándome perdidamente de un marido que me juré no querer jamás.

Hate

AVISO

Este libro contiene todos los elementos que cabría esperar de un oscuro romance mafioso.

Este no es un libro de fundido a negro... en absoluto. Espera contenido oscuro en sus páginas. Este libro no está recomendado para lectores sensibles.

Esta historia contiene violencia física y agresión sexual contra las mujeres, (no por parte del protagonista) así como violencia gráfica, escenas de sexo explícito, incluido anal, juegos de respiración, azotes como castigo y lenguaje maduro.

El tráfico sexual desempeña un papel importante en toda esta serie.

Los hombres que escribo son ferozmente leales y protectores. Matarían a cualquiera (¡en serio, a cualquiera!) que se atreviera a hacer daño a las mujeres que aman, pero son muy blandos con sus ellas. Suelen caer fuerte y rápido, ¡y nunca habrá engaños en mis libros!

Hate

PRÓLOGO



Vitaly

25 AÑOS

18 CUMPLEAÑOS DE ALINA

—¡Vitaly!

Giro la cabeza y sonrío al ver que Alina se precipita hacia mí. Salta a mis brazos justo antes de envolverla en un abrazo y darle vueltas como si aún tuviera diez años. Su risa llena la habitación y, cuando la dejo en el suelo, aplaude y extiende las manos.

—¿Qué me has comprado?

—Vaya, qué presuntuosa, Alina.

Ella se ríe y mueve los dedos. Ya ha visto la bolsa que llevo y sabe que es imposible que no le compre un regalo de cumpleaños. Aunque no somos parientes de sangre, ha sido una hermana pequeña para mí toda mi maldita vida.

Le tiendo la bolsa y enarco una ceja.

—¿Quién es tu hermano favorito?

Pone los ojos en blanco.

—Sabes que no tengo favoritos. Os quiero a todos.

Suelto una risotada y pongo los ojos en blanco.

—Por favor, todos sabemos a quién quieres más.

Se sonroja y aparta la mirada.

—No es que vaya a salir nada de eso —murmura.

Cuelgo la bolsa delante de ella.

—No pierdas la esperanza, hermanita. Ya tienes dieciocho años.

Cuando ve la etiqueta de la bolsa, se le ilumina toda la cara.

—Tú, no lo hiciste.

—¿Quieres cambiar tu respuesta sobre quién es tu hermano favorito? —me burlo.

Me había suplicado que la llevara de compras hace unas semanas, y había aceptado porque es una forma jodidamente buena de ligar, pero en lugar de echar un polvo, me había visto arrastrado de tienda en tienda con Alina babeando por vestidos que su hermano mayor me habría matado si le hubiera comprado. Todavía me va a matar, porque esta mañana he vuelto y le he comprado el vestidito negro al que le había echado el ojo. Solo se cumplen dieciocho años una vez, así que ¿por qué demonios no?

Sonrío y le entrego la bolsa.

—Asegúrate de decirle a Roman que fue Lev quien te lo compró.

Sus ojos azules y verdes se abren imposiblemente mientras mete la mano y saca el vestido negro como si casi tuviera miedo de tocarlo. Cuando le doy los zapatos de tacón negros a juego, chilla y da un pequeño respingo.

—Reto a Matvey a que no se fije en ti con esto —le digo, guiñándole un ojo. Comprobando mi reloj, le pongo la caja de zapatos en la mano y le hago un gesto para que se vaya—. Será mejor que te des prisa. No tardarán en llegar.

Antes de salir corriendo, me da un fuerte abrazo.

—Gracias, Vitaly —susurra.

Le doy un beso en la coronilla y le devuelvo el abrazo.

—No me des las gracias todavía. A Roman le va a dar un infarto.

Se ríe y corre por el pasillo hasta la habitación en la que siempre se queda cuando está aquí. Sigue dividiendo su tiempo entre el ático que compartimos los cinco y el apartamento de su madre, pero poco a poco ha ido pasando cada vez más tiempo aquí. Roman se preocupa por su seguridad. Hemos ido escalando posiciones en la Bratva Safronov, y la gente empieza a darse cuenta. Me consta que se debate entre querer tenerla aquí continuamente para poder vigilarla mejor y querer tenerla a una distancia segura para que no la asocien con nosotros. Todos somos muy protectores con ella y, por ahora, nadie en la Bratva sabe siquiera que Roman tiene una hermana. A todos nos gustaría que siguiera siendo así.

Danil es un genio con los ordenadores, y lleva años ahogándonos en dinero. También ha ido dejando un rastro en papel de nuestro paradero que confundiría a cualquiera. El ático en el que vivimos figura con un nombre falso. Sobre el papel, los cinco vivimos en un apartamento a unos treinta minutos y Alina está completamente oculta. Este mundo no es amable con las mujeres. Lo sabemos mejor que la mayoría, y siempre hemos hecho todo lo posible para mantenerla a salvo y protegida.

Cuando se abre la puerta, me giro justo a tiempo para ver entrar a Roman y Danil con un puñado de globos, una gran tarta de cumpleaños y varias bolsas de comida. Lev y Matvey van unos pasos por detrás, cada uno con un montón de regalos en el brazo.

—¿Dónde está? —pregunta Roman, dejando la gran tarta sobre la encimera y Danil atando los globos al respaldo de una silla.

Decido hacerme el despistado.

Preparándose, creo. —Caminando hacia allí para servirme una bolsa de patatas fritas, picoteo algo entretanto ellos colocan los regalos y guardan el helado.

—No te preocupes, Vitaly, lo tenemos controlado —me dice Lev apilando los regalos y pasándose una mano por la mandíbula, jugueteando con el aro labial y mirándolo todo.

Ignoro el sarcasmo y sonrío.

—Me lo imaginaba. Estáis haciendo un gran trabajo.

Se ríe y me roba la bolsa de patatas fritas. Estoy a punto de devolvérsela cuando oigo a Matvey soltar por lo bajo un 'Jesús'.

Al levantar la vista, veo a Alina en la puerta. Lleva el vestido y los tacones que le compré, y está impresionante. Su largo cabello oscuro cae sobre sus hombros y sus grandes ojos se centran en un Matvey de aspecto muy incómodo. Está nerviosa. Lo noto en la forma en que cambia de pie y juguetea con la parte inferior de su corto vestido.

—Estás preciosa —le digo. Mis palabras rompen el silencio, pero no sirven de nada para cortar la tensión. Me acerco a ella y miro a los cuatro hombres, que no parecen muy entusiasmados con mi regalo. Soltando una suave carcajada, alzo las manos para contener su furia—. Tiene dieciocho años —digo, intentando razonar con ellos.

—Parecen muy enfadados —susurra Alina.

—Por el amor de Dios, hagas lo que hagas, no te doblegues —le susurro, haciéndola reír.

—No puedes llevar eso —dice Roman.

—¿Por qué no? —Alina empieza a cabrearse. Se lleva una mano a la cadera y se mantiene firme—. Vitaly tiene razón. Ya tengo dieciocho años y solo es un vestido.

—Uno jodidamente corto —contesta.

—Solo está en el apartamento —le recuerdo.

—Por ahora —me dice, y la miro. Reconozco la pícara inclinación de sus labios. Conozco bien esa sonrisa, y sé que no me va a gustar lo que va a decir a continuación—. Quiero salir a tomar mi primera copa oficial.

—Eso no formaba parte del plan —le recuerdo.

Ella levanta una ceja oscura.

—Ahora sí. —Volviéndose hacia su hermano, me mira a mí, a Lev y a Danil, los tres hombres que bien podrían ser parientes de sangre, hasta que finalmente posa los ojos en Matvey, el hombre del que lleva enamorada toda la vida—. Tengo dieciocho años. Quiero ir a tomar algo,

y estaré a salvo mientras esté con todos vosotros. —Nos mira a todos de nuevo—. O puedo ir sola, si lo preferís.

—Ni de coña —dice Matvey, y con su voz rasposa suena como un gruñido.

Al oírlo, sonríe y asiente suavemente.

—De acuerdo entonces. Después de los regalos y la tarta, vamos a tomar algo.

Roman sacude la cabeza.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

Sonrío dándole una palmada en la espalda.

—Tu hermana acaba de ponernos a todos en nuestro sitio.

—Es una mala idea —murmura Matvey, con los ojos aún clavados en Alina con su pequeño vestido negro.

También le daría una palmada en la espalda, pero odia que le toquen, así que en lugar de eso me limito a decir:

—No dejaremos que le pase nada. No la perderemos de vista ni un segundo.

Gruñe, y lo tomo como su acuerdo con el plan antes de ir a coger un plato de comida. Como y Alina empieza a abrir sus regalos. Los regalos siempre le han encantado. Incluso cuando éramos muy pobres y apenas podíamos permitirnos nada, se emocionaba mucho con el más pequeño de los regalos, siempre actuando como si fuera lo mejor que hubiera visto nunca. Incluso ahora, le hacen tanta ilusión los pendientes de diamantes y rubíes que le regaló Roman como el marcapáginas que le compró cuando tenía seis años y era lo único que podía permitirse. Ella también sigue usándolo.

—Me encantan —le dice, acercándoselos a las orejas antes de darle un fuerte abrazo.

Él le devuelve el abrazo y luego hace fotos al tiempo que ella abre el resto. El regalo de Danil es un portátil nuevo, el de Lev es el nuevo sistema de juego del que ha estado hablando, porque la chica es un poco

gamer[1], y cuando llega al regalo de Matvey, se toma su tiempo. Sonrojada, pasa las manos por la caja envuelta como si quisiera saborear el momento. Cuando finalmente la abre, suelta un suave jadeo y lo mira fijamente.

—No lo hiciste —susurra.

Matvey se limita a encogerse de hombros e intenta ocultar su sonrisa. Alina es la única que consigue una sonrisa completa de Matvey.

—¿Cuál es el regalo misterioso? —pregunto, inclinándome hacia ella y metiéndome otra patata frita en la boca.

Ella sostiene el conjunto de libros con una enorme sonrisa en la cara.

—No me puedo creer que los hayas encontrado —chilla, abre el primer libro y suelta otro grito ahogado—. ¿Están firmados?

Matvey se ríe.

—¿Me los ha firmado? ¿Cómo los has conseguido?

—Fui a su página web, hice un pedido y le expliqué que eras su mayor fan en toda Rusia —dice Matvey.

Alina acaricia el conjunto de libros de fantasía como si fueran lo más preciado del mundo.

Cuando es evidente que esto podría durar un rato, Matvey le da un suave golpecito en el pie.

—Aún te queda otro por abrir.

Coge la caja que le tiende, y esta vez, al abrirla, suelta un chillido aún más fuerte y levanta la sudadera roja con la boca abierta.

—¿Me la regalas?

Matvey se ríe.

—De todas formas, siempre me la pides prestada.

La sostiene en alto y, aunque le queda demasiado grande, es obvio que piensa vivir con ella. Es la sudadera favorita de Matvey, y me sorprende un poco que esté dispuesto a desprenderse de ella. Cuando tenía quince

---

[1] Los gamer son personas que juegan diferentes tipos de videojuegos o pueden especializarse en uno concreto, suelen formar parte de equipos profesionales de videojuegos e ir a competiciones y eventos relacionados con los videojuegos

años, estuvo en un incendio y casi muere intentando salvar a su madre y a su hermana. Le oí gritar desde mi propio apartamento y acudí a rescatarle. Conseguí sacarlo, pero aquel incendio le hizo más daño que las quemaduras de tercer grado que le dejó. Mis propias manos llevan las cicatrices, pero no es nada comparado con lo que él soportó. Matvey no ha vuelto a ser el mismo desde aquella noche, aunque se parece más a su antiguo yo cuando está con Alina. Es la única vez que realmente veo a la persona que era antes del incendio.

—Quizá deberías ponértela ahora —dice Matvey, soltando una suave carcajada ante la expresión de su cara.

—Llevo más ropa que las mujeres de las que soléis rodearos —dice Alina, y es un punto justo, así que no digo una mierda.

—Ellas no son tú —dice Matvey, y no me rodean.

Me mira y yo me rio.

—Culpable. ¿Qué puedo decir? Atraigo a la multitud.

Alina pone los ojos en blanco.

—Bueno, esta noche no. Quiero una noche con vosotros. Todos juntos, como antes.

—No te preocupes, Alina —dice Lev, poniendo las velas en la tarta—. Esta noche solo seremos la familia.

Sonríe y luego se ríe cuando todos le cantamos. Antes de soplar las velas, lanza una rápida mirada a Matvey y luego cierra los ojos para pedir un deseo. Observo a Roman, preguntándome cómo se tomará todo esto. Sabe que Alina está enamorada de Matvey, todos lo sabemos, pero ahora ella es mayor y no se puede negar que las cosas van a cambiar. Sin embargo, su rostro está tranquilo cuando le miro. Si fuera cualquier otra persona, probablemente ya tendría la pistola desenfundada, pero se trata de Matvey, y todos sabemos que nunca haría nada para herirla.

Después de atiborrarnos con más tarta de la cuenta, Roman intenta una vez más convencer a Alina que quedarse en casa sería mucho más divertido. No sorprende a nadie que ella no ceda. Espera mientras los demás nos preparamos y cogemos nuestras armas. No hacemos alarde de lo que hacemos a su alrededor, pero no es tonta. Sabe que estamos implicados con la Bratva Safronov, pero no tiene ni idea de lo

profundamente implicados que estamos ni que tenemos planes para tomar el poder algún día.

Cuando todo el mundo está preparado, nos decidimos por una discoteca que está a unas calles de aquí. Está orientado a un público más joven y no es uno de los lugares que normalmente frecuentamos, así que esperamos no encontrarnos con nadie conocido. Nos metemos en un todoterreno oscuro y hacemos el corto trayecto. El club está abarrotado y, cuando entramos, formamos rápidamente un círculo estrecho alrededor de Alina. Roman se abre paso a empujones y nos lleva directamente a la barra. Cuando un grupo de mujeres con vestidos aún más pequeños que el que le compré a Alina se acercan, ya estoy levantando una mano para detenerlas.

—Lo siento, señoritas, esta noche no nos interesa —les digo. La de delante me mira con mala cara y saca aún más el pecho. Suspiro, pero una promesa es una promesa, así que niego con la cabeza y vuelvo a hacerles señas para que se vayan. Me giro y veo que Alina me dedica una gran sonrisa.

—Gracias, Vitaly.

—Me lo debes, Alina. No llevaba bragas.

Alina se ríe y mira a la mujer que acababa de ofrecerse a mí desapareciendo entre la multitud.

—¿Cómo demonios puedes saber eso?

—Es un don. —Me apoyo en la barra y cojo el chupito que me tiende Roman porque seguro que me vendría bien uno.

Cuando todos tenemos uno, brindamos por la hermana pequeña de Roman.

—Por Alina —decimos todos antes de tragarnos los chupitos. Ella tose mientras su cara se pone roja y todos nos reímos.

—Bien, hora de irse —dice Roman, pero ella le agarra del brazo para detenerle.

—Quiero otra.

—Has dicho una copa —le recuerda.

—Pero he tosido. Tienes que darme la oportunidad de hacerlo bien. —Ella le sonríe—. Solo una más.

Roman suspira y pide otra ronda. Seguimos a la espera cuando oigo que alguien pronuncia mi nombre. Al mirar, veo que Anatoly y Grisha se dirigen hacia nosotros.

—Mierda —murmuro—. Nos han visto.

Roman sisea un 'maldita sea' mientras Danil y Lev se ponen delante de Alina y Matvey la rodea con un brazo, estrechándola contra él como si fuera lo más natural del mundo. Ella no sabe que dos de los hombres más importantes de los Safronov se dirigen hacia nosotros, y por la expresión de su cara me doy cuenta que no le importa, no mientras Matvey mantenga su fuerte agarre sobre ella.

—Ey —digo cuando los hombres están lo bastante cerca, y me rio cuando Grisha me da una palmada en la espalda y luego agita una mano para llamar la atención del camarero—. ¿Qué hacéis aquí?

—Lo mismo que tú —me dice Anatoly con una sonrisa—. Tomando una copa y buscando algún coño.

Todos nos reímos, y cuando tienen sus copas en la mano, miran y finalmente se fijan en Alina. Grisha gime de agradecimiento y la señala con la cabeza.

—¿Quién coño es esa?

Siento que Roman se tensa a mi lado, me rio a carcajadas y le doy un empujón en el hombro a Grisha.

—Nadie, solo el pedazo de culo de Matvey por esta noche. —Me niego a mirar a Alina, al decirlo, y espero por todos los diablos que entienda por qué lo hago. Si insinuamos siquiera que ella significa algo para nosotros, solo conseguiremos poner una diana en su cabeza.

—Jodidamente bonita —dice Grisha, sin dejar de mirarla—. Dale mi número cuando acabes con ella.

Veo cómo la mano de Matvey se tensa en la cintura de Alina, y antes que pueda decir algo que probablemente hará que maten al menos a uno de nosotros, paso un brazo alrededor del hombro de Grisha y le doy mi chupito.

—Espera a ver el grupo de mujeres que acabo de ver hace unos minutos —le digo, alejándolo de mis hermanos y de Alina. Anatoly le sigue, no queriendo perderse la oportunidad de echar un polvo, y cuando

miro hacia atrás por encima del hombro, tengo el tiempo justo de ver a Matvey prácticamente sacando a Alina del club.

Lev se acerca para unirse a nosotros, me da otro chupito muy necesario y se asegura que los dos hombres Safronov se olviden rápidamente de la mujer de cabello oscuro que acaban de ver. Los cargamos de bebidas y nos aseguramos que haya una multitud de mujeres dispuestas a su alrededor. Todos tenemos nuestros puntos fuertes, y ser el alma de la fiesta siempre ha sido uno de los míos. Cuando Anatoly y Grisha salen a trompicones de la discoteca, apenas recuerdan sus propios nombres, y mucho menos el de la mujer de cabello oscuro a la que Matvey había agarrado con fuerza.

—Nada mal —dice Danil, dedicándome una sonrisa y otro trago, porque a pesar de haber estado toda la noche echando vodka a los dos hombres de Safronov, estoy completamente sobrio.

Roman se acerca para unirse a nosotros.

—¿Crees que se acordarán de ella?

—Lo dudo —le digo—. Están jodidamente borrachos, y aunque lo hagan, no sabrán quién es ella. Podemos darles el número de otra chica de pelo oscuro. No hay forma alguna que noten la diferencia.

—Sigue sin gustarme —dice Roman, negando con la cabeza.

Lev se rasca la incipiente barba de su mejilla.

—Podríamos acabar con ellos.

—Es arriesgado —advierte Danil.

—De todos modos, el plan siempre fue apoderarse de la Bratva. Matando a dos de los hombres más importantes, solo nos ahorraremos el trabajo extra posterior —razona Lev.

—No es un mal argumento —digo, cuando Lev me sonríe.

Conozco esa mirada suya. Espera matar a alguien, y no puedo evitar compartir su entusiasmo. A veces pienso que nuestras jodidas infancias crearon algo oscuro dentro de todos nosotros. Todos arrastramos un montón de rabia, un montón de mierda sin resolver a la que nunca pondremos fin, y lo único que ha hecho que alguno de nosotros se sienta mejor al respecto es la violencia.

No se puede negar que todos nos sentimos mucho mejor con nuestro pasado cuando tenemos las manos cubiertas de sangre. Lo bonito de esto es que además es gratis y no requiere que me pase una hora hablando de mis malditos sentimientos. Prefiero matar a un hombre que tener una charla emocional. Joder, no, gracias.

—De acuerdo, entonces será mejor que lo hagamos ahora —dice Danil, que ya está cogiendo el portátil. Sus dedos vuelan por el teclado haciendo cualquier tipo de magia hacker que haga con ese cerebro loco y brillante que tiene. Entretanto, desde la mesa de la esquina en la que estamos, le hago señas a otro grupo de mujeres muy dispuestas.

Lev se ríe.

—Eso te resultó doloroso.

—Lo fue, y no sé por qué te ríes. Por mucho que me duela admitirlo, no venían aquí solo por mí.

Se ríe más fuerte.

—Estoy seguro que la población femenina sobrevivirá una noche sin nosotros. Es el cumpleaños de Alina. Nunca nos perdonará que nos vayamos con un par de mujeres desconocidas. Sabes que querrá quedarse hasta tarde pateándonos el culo en algún juego de carreras y luego pedir pizza a las dos de la mañana.

—Cierto, y conseguiremos matar a un par de cabrones.

Lev sonríe.

—No ha sido una mala noche ni mucho menos.

—Muy bien, he pirateado las cámaras de CCTV en un radio de un kilómetro y medio de aquí para que sigan grabando en bucle la última hora. —Se levanta y se cuelga la bandolera sobre el pecho—. Hay un callejón que podemos utilizar a unos treinta metros de aquí.

Tomo otro trago rápido y sigo a los demás a través del abarrotado club. Lev se inclina para que pueda oírle por encima de la música.

—Quizá deberíamos tomarnos nuestro tiempo.

—Puede que Alina esté recibiendo un gran regalo de cumpleaños ahora mismo —digo, riéndome.

—Exactamente.

Roman se vuelve para mirarnos.

—¿De qué demonios os reís?

—De nada —digo, volviéndome a reír—. Solo está excitado por el derramamiento de sangre que se avecina.

Parece que no me cree, pero lo deja pasar. Una vez fuera, nos pegamos a la acera y empezamos a mirar a nuestro alrededor en busca de dos sicarios borrachos. No tardamos en distinguir los anchos hombros de Anatoly y la cabeza rapada de Grisha. Ambos no andan ni de lejos en línea recta, y en cuestión de segundos los alcanzamos.

—Oíd, la fiesta aún no ha terminado, chicos —les digo, rodeando a Grisha con un brazo y llevándolo por una de las calles laterales.

—¿Aún no? —pregunta, arrastrando tanto las palabras que apenas le entiendo.

—Joder, claro que no —le digo—. Hay un par de mujeres a las que les gustaría conocerte.

Se ríe, y yo también, porque la idea de follarse a alguien ahora mismo es irrisoria. Apenas puede mantener el cuerpo erguido, por no hablar de su polla. Lev y Danil se aseguran que Anatoly nos siga, y en cuanto entramos en el callejón y vemos que está despejado, Roman saca su pistola y dispara a Anatoly mientras yo empujo a Grisha y saco mi arma.

—¿Qué cojones? —consigue balbucear mientras su perezoso cerebro intenta vadear el alcohol para dar sentido a lo que está sucediendo.

—Lo siento, tío. No es nada personal —le digo antes de dispararle en la cabeza.

—Pues vaya putada —me dice Lev, mirándome molesto—. No he podido matar a nadie.

—Lo siento. Puedes darle una patada si eso te hace sentir mejor.

—Hijo de puta —murmura, pero me doy cuenta que se lo está pensando.

Al cabo de unos segundos, sacude la cabeza.

—No es divertido cuando ya están muertos.

—Vamos —le digo, guardando mi pistola y dándole un golpe en el brazo—. Te dejaré que me ganes en el juego de carreras. Eso te animará.

—Eres un gilipollas —me dice, pero puedo ver que intenta no reírse.

Dejamos los cadáveres en el callejón, sabiendo que los encontrarán en algún momento, pero sin las imágenes del circuito cerrado de televisión y sin testigos, se decidirá que fue una Bratva rival intentando invadir el territorio de Safronov, algo que no es precisamente raro.

Pasamos el resto de la noche con Alina. Fue una noche divertida, una de las últimas que compartimos todos juntos como familia. Después de llevarse a Alina, fue como si alguien hubiera entrado y nos hubiera arrancado el corazón. Para empezar, no teníamos mucho, pero sin ella la oscuridad que arrastrábamos no hacía sino aumentar.

Casi nos destruyó a todos, pero juramos encontrarla y traerla a casa, y ahora estamos más unidos que nunca.

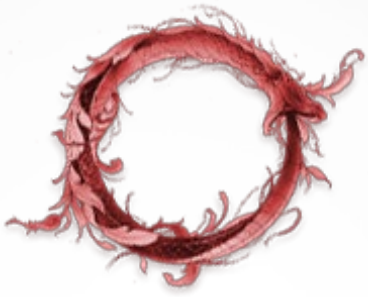
La Bratva Lebedev va a pagar por lo que nos ha quitado. Vamos a traer a Alina a casa, y vamos a matar a todo hijo de puta que se atreva a tocar lo que nos pertenece.

Hermanos en sangre, en vida y en muerte.

Sangraré por mi familia y moriré por ella. Haré lo que haga falta para mantenerlos a salvo, porque la familia lo es todo, y nadie jode con la nuestra ni con nuestras vidas.

Hate

CAPÍTULO 1



Katya

El vuelo desde Berlín es otro incómodo vuelo infernal de la familia Lebedev. El jet privado que poseen mis hermanos nunca será lo bastante grande para acomodar nuestro desorden disfuncional. Osip ya nos está esperando en la mansión que haya decidido comprar, así que al menos es un hermano por el que no he tenido que preocuparme. Sin embargo, mi hermano mayor, Konstantin, ha compensado con creces su ausencia. Ha estado de mal humor desde que nos fuimos, y todos le estamos dando la mayor distancia posible estando atrapados en el mismo puñetero avión.

Nuestros padres fueron asesinados por una Bratva rival cuando tenía diez años, y mis hermanos me han criado desde entonces. Dejaron la mayor parte de mis cuidados a personal contratado, pero aprendí muy pronto que lo mejor que podía hacer era permanecer lo más invisible posible. Cuanto menos me vieran Konstantin y Osip, mejor.

Me hundo aún más en el sillón de cuero y observo cómo Oksana se dirige a trompicones al cuarto de baño. Tras cinco años de matrimonio, a

la mujer de Konstantin aún le cuesta adaptarse a su nueva vida. No me cabe duda que ha esnifado tanta coca para mantenerse tan colocada como el avión en el que viajamos y, a juzgar por el ceño fruncido de Konstantin, él es consciente de ello y está a punto de perder los nervios.

Miro a Simeon, el hombre que ha sido mi guardaespaldas personal desde que llegué a la pubertad y Konstantin decidió que había que meterme en una urna virginal. Simeon apenas me mira a los ojos, pero incluso cuando lo hace, me doy cuenta que mira a través de mí, no a mí. Sé que es una cuestión de instinto de conservación, pero aun así lo odio. Hace seis meses, uno de los matones de Konstantin cometió el error de sonreírme. Osip le arrastró delante de toda la Bratva y le dio una paliza como advertencia. No hace falta decir que fue la última maldita sonrisa que recibí. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que existo. Mis hermanos han hecho un gran trabajo ocultándome, y la gente que sabe de mi existencia me trata como si fuera invisible.

Quizá no lo odiaría tanto si la sobreprotección viniera de un lugar lleno de amor, pero no se trata de eso. Soy una mercancía. Soy algo que pueden utilizar, y valgo menos si me mancillan. Conozco el mundo en el que viven mis hermanos, sé lo que hacen para ganarse la vida, y eso me asusta muchísimo, porque estoy convencida que un día subastarán mi culo o me entregarán en matrimonio para formar una alianza. No importará si mi futuro marido tiene edad suficiente para ser mi abuelo o si disfruta violando y asesinando mujeres. Me entregarán sin pensarlo dos veces, y eso será todo. Es un pensamiento deprimente y que amenaza con abrumarme.

Simeon me observa con el rabillo del ojo cuando me muevo en el asiento y me envuelvo el cuerpo con la manta. La verdad es que no solo está aquí para asegurarse que nadie me toque. También está aquí para asegurarse que no huyo ni me pongo manos a la obra para intentar escapar de mi vida. No estoy en el punto en el que consideraría quitarme la vida, pero tampoco me han vendido todavía a un matrimonio miserable. No se puede negar que el método de huida de Oksana parece francamente atractivo algunos días. Sin embargo, no estoy segura si valdría la pena el castigo que me daría Konstantin cuando se enterara. Viendo la mandíbula tensa y el puño cerrado de mi hermano, supongo que no.

Cuando se levanta y se dirige furioso a la parte trasera del avión, hago como si no supiera adónde va ni lo que está a punto de hacer. Sobrevivir a la familia Lebedev significa hacerse ciego a ciertas cosas. El hecho que mi hermano tenga una mujer como mascota es sin duda una de esas cosas. No es la primera que tiene, y dudo que sea la última.

Hubo un tiempo en que no conocía la maldad que habita en mis hermanos, pero todo eso se hizo añicos cuando tenía doce años y encontré a una mujer encadenada a la mesa de nuestro comedor. Estaba desnuda, muerta de miedo, y la cadena que llevaba al cuello la había mantenido justo fuera del alcance de un plato de comida. Vi que estaba hambrienta, asustada y dolorida, así que lo primero que hice fue acercar el plato de comida y luego correr a buscar una manta para ella.

No sabía qué demonios estaba pasando, pero sabía que mis hermanos se pondrían furiosos cuando vieran lo que alguien le había hecho a aquella mujer, así que apenas la cubrí con una manta, corrí hacia Konstantin. Le conté lo de la mujer y cómo la había ayudado, pero que necesitaba su ayuda para liberarla. Me escuchó con calma y acto seguido me cogió de la mano para regresar juntos al comedor. Nada más entrar en la habitación, la mujer echó un vistazo a mi hermano y se alejó todo lo que le permitió la cadena. Su desnudo y sucio cuerpo y la áspera cadena que la sujetaba desentonaban tanto con nuestro formal comedor, y la forma en que se comportaba hizo que sonaran campanas de alarma en mis oídos.

Konstantin me pasó un dedo por debajo de la barbilla, acercando mi rostro al suyo. Unos fríos ojos azules me miraban fijamente y me explicaban que aquella mujer le pertenecía y que, como yo me había portado mal y había intentado ayudarla, ahora se veía obligado a castigarla por mi culpa y por lo que yo había hecho. Me hizo mirar cómo la golpeaba, y cuando intenté cerrar los ojos, sacó el cuchillo y empezó a cortarla. Cuando terminó, era un amasijo de sangre sobre nuestra alfombra crema, al tiempo que yo dejaba de ser la niña que había sido. Me hizo arrodillarme junto a su destrozado cuerpo, viendo cómo luchaba por respirar y suplicaba la muerte. Vivió dos horas más, y me senté con ella durante todos y cada uno de esos minutos, sabiendo que había muerto por mi culpa.

Cuando terminó, Konstantin me ahuecó la cara con sus sangrientas manos, embadurnándome la piel con mi culpa.

—Ni se te ocurra meterte en mis asuntos, Katya. Está muerta por tu culpa, y si vuelvo a verte intentando ayudar a una de mis mascotas, te pondré el cuchillo en las manos.

Le había mirado, confusa y asustada, sin reconocer al hombre que tenía delante como mi hermano mayor, el que podía ser distante pero nunca había sido cruel conmigo. Se había inclinado más hacia mí y me había mostrado el cuchillo ensangrentado.

—Haré que las mates —había dicho—. No me importa si tengo que sostener mi mano sobre la tuya al hacerlo, pero serás tú quien tenga el cuchillo en las manos. Recuérdalo la próxima vez que quieras ayudar.

Me había dejado allí de pie junto a la pobre mujer muerta, con la cara cubierta de su sangre por donde me había tocado, y en mi vida había estado tan asustada. Pero su advertencia funcionó. Nunca volví a intentar ayudar. Al día siguiente entré a cenar y había otra mujer desnuda encadenada a la mesa. El personal que mis hermanos empleaban para mantener nuestra casa en funcionamiento pasó de largo como si ella no existiera. Me acerqué y me fijé en la gran mancha roja que Konstantin había dicho a las criadas que dejaran, y entonces me encontré con sus ojos. Me había mirado con una ceja oscura, desafiándome a ayudar a la mujer que tenía a sus pies. La oía llorar, aunque se esforzaba por no llamar la atención. A una parte de mí le mataba ignorarla por completo y sentarme en mi sitio habitual, pero lo hice para ayudarla. Lo hice para salvarle la vida, y desde entonces las ignoro.

A veces pienso que la parte de mí que me hace humana murió con aquella mujer hace ocho años, porque desde entonces me siento insensible. Me levanto todas las mañanas y sigo la rutina, y un día se desliza hasta el siguiente y así sucesivamente. No sé cuánto más podré aguantar, pero cuando pienso en un interminable futuro de una vida que no siento vivir, una vida a la que solo sobrevivo, siento que no puedo respirar.

Simeon me mira de reojo cuando cojo la bolsa que tengo a los pies y empiezo a rebuscar lo único que detendrá el ataque de pánico que amenaza con surgir y consumirme. Cuando mis dedos dan con el bloc de dibujo, suelto el aliento que he estado conteniendo y lo aprieto contra mi

pecho y con la otra mano sigo buscando el pequeño estuche que contiene mis lápices de colores y mis barras de carboncillo. Cuando lo tengo, abro el bloc de dibujo casi lleno y paso a una página en blanco.

Oksana vuelve a su silla a trompicones, pero yo ni siquiera levanto la cabeza. Prefiero no ver la expresión dopada de un rostro que antes era tan hermoso, pero que ahora está demacrado, pálido y completamente vacío. Hago lo que he aprendido a hacer mejor. Ignoro todo y cojo un trozo de carboncillo, perdiéndome en las líneas de la página. Los trazos suaves y los movimientos precisos se mezclan lentamente para crear el pájaro en el que estoy trabajando. No dibujo el cisne negro que es el símbolo de la Bratva Lebedev, el que mis hermanos llevan tatuado en el antebrazo. En su lugar, dibujo una urraca, una de mis aves favoritas. Envidio la libertad de una criatura que puede echarse a volar cuando le venga en gana. Daría cualquier cosa por escapar, pero mis hermanos se han asegurado que mis alas estén permanentemente cortadas. No dejaré mi jaula pronto.

Cuando el avión empieza a descender, casi he terminado de dibujar, Oksana está desmayada y Konstantin ha vuelto a su asiento, con un aspecto algo menos cabreado de lo que estaba. Recojo mis cosas y me agarro a los reposabrazos cuando tocamos tierra. El avión vibra y corre por la pista antes de detenerse finalmente.

Osip nos espera con una fila de todoterrenos negros. Salgo del avión, entre Konstantin y Simeon. Oksana se pone unas gafas de sol oscuras y sigue a Simeon. Konstantin nunca viaja sin sus mejores hombres. Los veinte miembros bien adiestrados de la Bratva salen en fila de la sección central del avión; el último sujeta el extremo de una correa. La mujer de cabello oscuro a la que está atada camina con la cabeza agachada antes de desaparecer en el último todoterreno con varios de los hombres.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta Osip, acercándose a nuestro hermano e ignorándome por completo.

—Fue bien. —Konstantin sube al asiento del copiloto con Osip al volante. Oksana y yo subimos atrás con Simeon—. ¿Está la casa preparada?

—Sí, por supuesto —nos dice Osip, alejándonos del aeropuerto privado—. Os encantará. Mucha intimidad y ya he contratado personal para la cocina y la limpieza.

—¿Americano? —pregunta Konstantin.

Osip se ríe.

—Joder, no. He encontrado unas rusas que entienden lo que se espera de ellas.

—¿Está todo listo para la cena de mañana? —Konstantin nos devuelve la mirada, pero yo sigo mirando por la ventanilla y hago como que no escucho.

—Ya, todo tiene buen aspecto. Les enviaré la dirección por SMS mañana por la mañana —me dice Osip.

No suelen hablar de negocios delante de mí, pero en las últimas semanas he captado suficientes fragmentos de conversación como para saber que se va a hacer un gran negocio con una Bratva local, y que yo no estoy invitada, lo cual me parece más que bien. Konstantin se da la vuelta y mira a Oksana.

—¿Crees que puedes mantener tu jodida nariz limpia el tiempo suficiente para asistir a una maldita cena?

Oksana aún está muy excitada y sonríe.

—Por supuesto, querido.

—Eres una puta inútil —le espeta—. El acuerdo que tengo con tu padre es lo único que te mantiene con vida en este momento, y lo último que he oído es que su salud no está muy bien. Deberías intentar no cabrearme.

Cuando miro a Oksana, no veo miedo en sus ojos; veo esperanza. Quiere salir de esta vida tanto como yo, y parece que mi hermano está a punto de conseguirlo para ella. Antes que diga nada para acelerar su final, le aprieto suavemente la mano, rogándole que no presione más a Konstantin. Su mano se afloja en la mía, pero emite un suave suspiro y aparta la cabeza mirando por la ventanilla y los dos hombres que tenemos delante vuelven a hablar de sus asuntos.

Osip nos conduce más allá de la ciudad, y el sol está empezando a ponerse cuando se detiene ante una gran verja de hierro. El hombre que monta guardia echa un vistazo a las caras de mis hermanos y rápidamente les hace una respetuosa inclinación de cabeza y presiona un botón para que la verja se abra, permitiéndonos la entrada.

—Tenemos guardias por todo el perímetro —dice Osip, conduciendo por un largo camino de entrada que acaba frente a una gran mansión de ladrillo. El lugar es precioso, pero eso no me sorprende. Nuestra familia siempre ha estado rodeada de cosas bellas. Una de las grandes ironías de la vida. Miro a mis dos hermanos. Sé los monstruos que son y conozco la crueldad de la que son capaces, pero mirándolos, nunca lo adivinarías. Son apuestos, encantadoramente apuestos, por lo que muchas mujeres han cometido el desafortunado error de intentar conocerlos mejor. Mis hermanos no son el tipo de hombres que quieres conocer mejor. Son la clase de hombres de los que quieres huir gritando. Son unos cabrones sádicos a los que les encanta torturar a las mujeres, y tuve la suerte de nacer como su hermana.

Los hombres comienzan a descargar las maletas, uno de ellos escolta a la mascota de Konstantin por una puerta lateral y los demás entramos por la principal. Miro por encima del hombro y la veo tropezar antes que el hombre tironee aún más de su correa, sujetándola por el cuello a fin de obligarla a recuperar el equilibrio o ser arrastrada por el empedrado sendero. Se endereza y desaparece de mi vista. Será la última vez que la vea hasta que volvamos a viajar. Estará escondida tras una puerta cerrada con guardias apostados fuera de ella.

Oksana y yo seguimos a mis hermanos al interior. El personal ya está en fila, preparado y esperando para conocer a su jefe. Me fijo en que todas son mujeres jóvenes y guapas. No es casualidad. Osip eligió a estas mujeres a propósito y, a juzgar por las miradas asustadas que le dirigen, ya ha hecho de las suyas con ellas. Konstantin empieza al final de la fila y camina lentamente delante de ellas. Su mirada es depredadora, y cuando se detiene ante la última mujer, extiende la mano y recorre su mandíbula con un dedo.

—Ven a mi habitación esta noche —le dice y luego las despide con un gesto de la mano. Oksana ni siquiera pestañea al ver a su marido haciendo planes para follarse a otra mujer. Se enteró de la verdad de las cosas la noche de bodas, cuando él la violó y luego la ignoró durante los tres meses siguientes mientras viajaba con una de sus mascotas y traficaba con mujeres. El único punto positivo de su matrimonio es que nunca se ha quedado embarazada. Sé que eso enfurece a Konstantin, pero yo estoy secretamente encantada. No creo que pudiera sobrevivir viendo cómo mi futuro sobrino se convierte en un gilipollas misógino y

maltratador, ni viendo cómo una sobrina tiene que vivir la vida que me obligan a vivir a mí.

Antes que Konstantin y Osip se marchen, Osip me mira.

—He hecho que una de las empleadas te prepare una habitación. Simeon estará justo al lado.

—Gracias —le digo, echándome la bolsa al hombro, dispuesta a desaparecer un rato.

—Mañana por la noche tenemos una cena importante —me dice Konstantin, acercándose. Mi estómago se hunde cuando alarga la mano y me agarra la cara. Sus ojos azules, los mismos que compartimos Osip y yo, me miran, y sé que no me va a gustar nada de lo que va a decir.

—La Bratva Melnikov dirige esta ciudad, tenemos que entablar una buena relación con ellos. Hacemos muchos negocios aquí y necesitamos que las cosas funcionen bien. Son clientes importantes nuestros, pero también han mantenido a la mafia Alessi en su lado de la maldita ciudad. Los italianos son una distracción que no podemos permitirnos en estos momentos, y necesitamos mantener contentos a los hermanos Melnikov para que nuestro negocio siga funcionando sin problemas. Son despiadados y tienen mucho jodido poder y dinero.

Levanto la vista hacia él, esperando la parte que va a implicarme y temiéndola al mismo tiempo.

—Por fin vas a sernos útil, hermanita —me dice al tiempo que Osip suelta una suave carcajada—. Vamos a unir a nuestras familias.

—¿Qué? —susurro, mi cerebro se niega a asimilar lo que estoy oyendo.

—Uno de los hermanos es dueño del Pink, un importante club de la ciudad, y voy a proponer un matrimonio entre vosotros dos. Hay otro hermano que está soltero, así que supongo que, si prefiere casarse contigo, también está bien. La elección será suya, pero yo preferiría la conexión con el club de striptease.

Las náuseas me golpean con fuerza, esforzándome por respirar. Finalmente se cumple mi peor temor. Me van a casar con un psicópata que ayuda a traficar con mujeres y es dueño de un maldito club de striptease. Konstantin me agarra con fuerza la cara. Nunca me ha pegado, porque no tiene que hacerlo. Sabe que me aterroriza y que solo necesita amenazarme con hacer daño a otra persona para que ceda. Me siento

como si tuviera doce años otra vez, delante de mi hermano descuartizando lentamente a una mujer.

—¿Tienes algún problema con este plan, Katya?

—No —susurro al tiempo que mi corazón late desbocado en mi pecho. Mi única esperanza es que tal vez, por algún milagro, mi futuro marido sea menos monstruo que mi propia sangre. Solo necesito sobrevivir, me recuerdo a mí misma. Casarme con quienquiera que sea ese tal Melnikov y esperar hasta que encuentre la forma de escapar. Es eso o convertirme en Oksana, y me niego a permitirlo.

Konstantin me da unas palmaditas en la mejilla.

—Bien. Ahora vete a tu habitación y quédate allí. Te avisaré cuando todo esté dispuesto.

Mis hermanos se marchan sin mirar atrás. Sabiendo que me han despedido, me doy la vuelta y sigo a una de las doncellas hasta la habitación que me han preparado, con Simeon detrás. Le doy las gracias cuando ella rápidamente inclina la cabeza y, antes siquiera que pueda preguntarle si está bien, sale corriendo hacia alguna otra parte de esta enorme casa. La gran habitación en la que entro es preciosa, pero apenas me fijo en la cama de aspecto confortable y en las ventanas que dan a un césped perfectamente cuidado. Lo que sí noto es el chasquido de una cerradura cuando Simeon se marcha, haciéndome saber que me han dejado encerrada.

Dejo caer la bolsa, me acerco a la ventana y contemplo el jardín aparentemente infinito. Aunque solo es una bonita ilusión. Más allá de la hierba verde y la línea de árboles en la distancia hay una valla de hierro que abarca todo el perímetro y guardias armados que recorren cada centímetro de este lugar. Nada es lo que parece, y no se puede confiar en nadie. Aprendí hace mucho tiempo que a veces los hombres más viles son los más bellos. Por eso son tan condenadamente buenos. Te desarman con su encanto y su buena apariencia, y cuando te das cuenta que el hombre que tienes delante no es quien creías que era, ya es demasiado tarde. El cuchillo ya está apretado contra tu garganta y ni siquiera te das cuenta que estás a punto de desangrarte.

Los hombres de mi mundo matan a sus mujeres lentamente. Lo hacen golpeándolas, engañándolas y humillándolas una y otra vez. Las esposas

son prescindibles si no sirven para nada. Oksana lo sabe. Sabe que cuando muera su padre, Konstantin ya no la necesitará. ¿Cuánto tardaré en ser prescindible para mi futuro marido?

Un millón de preguntas y temores se agolpan en mi cabeza, y no quiero enfrentarme a ninguna de ellas. Me quito los zapatos, saco mi bloc de dibujo y vuelvo al trabajo. Es lo único que acallará las voces de mi cabeza y calmará mi acelerado corazón. Me pierdo en mis dibujos, sin querer pensar en cuántas noches pasarán antes de verme obligada a compartir mi cama y mi cuerpo con un completo desconocido.

CAPÍTULO 2



Vitaly

—Dulce madre de Dios, ¿ha terminado la mamá gallina con esta mierda?

Roman me mira por encima del hombro, sin hacer ninguna gracia.

—No soy ninguna mamá gallina de mierda.

Me rio y agito la mano alrededor de la habitación en la que llevamos tres horas.

—Es la séptima maldita vez que pintas ese adorno. Me estás jodidamente matando, tío.

Se pasa una mano por la cara y mira alrededor de las paredes recién pintadas.

—Solo quiero que quede perfecto.

Emily eligió un azul huevo petirrojo para las paredes, y Roman quería sorprenderla pintando la habitación, pero lo que debería haber sido un

proyecto rápido se ha convertido en un maldito acontecimiento para todo el día.

Danil pasa y se ríe antes de intervenir.

—Por Dios, ¿todavía estás trabajando en esto?

—No, tú también —murmura Roman, pero luego vuelve a coger la brocha y se pone a dar toques en alguna mancha invisible de uno de los zócalos.

—Ha perdido la puta cabeza —le digo a Danil.

Danil se echa a un lado, riéndose, para que puedan entrar Lev y Matvey. Nos habían estado ayudando antes, pero soy el único que se ha quedado para ver la transformación de Roman de jefe mortal de la Bratva a mamá gallina. Las fotos y el vídeo que tomé han merecido toda la mañana que he pasado aquí dentro.

—No estoy totalmente seguro que debas dar diecisiete capas de pintura —me dice Matvey—. Y tu mujer se está poniendo nerviosa. Quiere ver qué aspecto tiene.

—Al parecer su marido ha perdido la cabeza —digo y luego levanto el teléfono—. Después pondré las fotos en el chat de grupo. Me gusta especialmente el vídeo que le grabé en el que casi llora cuando accidentalmente gotea un poco de pintura azul sobre el marco de la ventana. Se le veía tan triste. Es jodidamente desternillante. Aunque quiero ponerle música realmente triste antes de pasar esa joya.

Roman me señala con el dedo.

—Venganza, Vitaly. Voy a vengarme de ti por esto.

Eso sí que me hace reír.

—Hazlo. Es la venganza que nunca llegará. Ser siempre el tío, nunca el papá. Ese es mi nuevo lema de vida.

—Creo que yo también lo dije una vez —dice Lev con una sonrisa que evidencia que está pensando en su mujer embarazada.

—Bueno, ¿qué puedo decir? Algunos nos atenemos a nuestras convicciones.

Lev se ríe, dándome un golpe en la espalda.

—Sigue diciéndote eso.

Estoy a punto de llamarle cabrón, pero el chillido excitado de Emily me interrumpe. Entra tan rápido como le permite su embarazadísima barriga y rodea a Roman con los brazos. Cada día está más grande y pronto hará ese contoneo de embarazada. Estamos todos en alerta máxima porque Roman, Danil y Lev han empezado a leer libros sobre el embarazo, y ahora los cinco estamos aterrorizados ante los tropiezos de las embarazadas, el parto prematuro y un millón de cosas más que aparentemente pueden salir mal durante un embarazo.

—Me encanta —dice ella, girando sobre sí misma y haciendo palidecer la cara de Roman, que estira la mano para detener sus rápidos movimientos. Ella se ríe y le da unas palmaditas en el pecho—. Cariño, no me voy a caer.

—Los libros dicen que se te puede ir el equilibrio, *solnishka*. Nada de movimientos bruscos.

—Sabía que no debíamos haberles dejado leer esos libros —dice Simona riéndose, entrando para ver las paredes que hemos pintado.

Danil la envuelve en un abrazo.

—¿De verdad creías que no iba a investigar sobre esto?

—Es cierto —admite—. Supongo que para cuando me ponga de parto sabrás más que el maldito médico.

—No estoy preparada para pensar en el parto. —Jolene se ríe y rodea la cintura de Lev con un brazo cuando él la estrecha más.

—Tú y yo, *malinkaya* —le dice.

Mis hermanos están habituados a la violencia, pero la sola idea que sus esposas sientan dolor es suficiente para que todos pongan cara de estar a punto de vomitar.

—Vais a ser un desastre en el hospital —digo—. Gracias a Dios que al menos no las habéis dejado embarazadas al mismo tiempo. No creo que sobreviviera a que los tres os asustarais a la vez.

—No nos vamos a asustar —me dice Roman.

Miro hacia la esquina y señalo el ribete.

—Creo que te has dejado una mancha.

Se vuelve por instinto, con el ceño ya fruncido antes de oír cómo nos reímos los demás.

—Eres un cabronazo —me dice, pero oigo cariño en su voz.

Emily me mira.

—Espera hasta más tarde.

Levanto una ceja.

—¿Qué pasa más tarde?

—Vosotros cinco montaréis la cuna —responde sonriendo.

Ya estoy calculando cuánto vodka necesitaremos para sobrevivir a ese proyecto cuando suena el teléfono de Roman. Toda su conducta cambia cuando lo lee.

—¿Qué ocurre? —pregunta Matvey en ruso.

Sin apartar los ojos del teléfono, dice:

—La cena es esta noche.

No necesita dar más detalles. Todos sabemos de qué habla. Estábamos esperando la invitación. Osip había sido impreciso, diciendo que estábamos invitados a cenar dentro de un mes y que nos enviarían la dirección el día de la cena. Han pasado exactamente treinta días desde la última vez que lo vimos. Todos hemos estado estresados por esto, y en parte esa preocupación es la culpable de la obsesiva atención de Roman por los detalles de la pintura. Está preocupado por llevar a su embarazada mujer a casa de una de las Bratvas traficantes de sexo más conocidas del mundo. Todos lo estamos.

La razón por la que nuestra familia funciona tan bien es porque todos nos complementamos. Yo siempre he sido el bromista, el que ayuda a aligerar el ambiente, y aunque soy así por naturaleza, soy plenamente consciente que sin un poco de alivio cómico el estrés y la preocupación por Alina ya nos habrían comido vivos a todos, así que cuando suelto un chiste sobre que estoy seguro que la comida no estará *tan* mala, no es porque no me importe. Es porque haré cualquier cosa para evitarles el suplicio por el que estamos pasando, aunque solo sea un segundo, y aunque ese segundo implique poner los ojos en blanco y llamarme cabrón.

—¿Qué ocurre? —pregunta Jolene, mirando a Lev.

Él se inclina y le besa la frente.

—La cena es esta noche.

—¿Con la Bratva Lebedev? —pregunta Emily.

Roman asiente y vuelve a mirar las paredes azules que acaba de pintar, y sé que está deseando poder dejar a su mujer y a su hijo nonato en la seguridad de nuestro ático, pero no hay escapatoria. Llevamos casi dos años esperando este momento, y de ninguna manera podemos rechazar la invitación ni dejar a sus mujeres en casa.

—No las perderemos de vista —les recuerda Matvey—. Pase lo que pase.

—Mándame un mensaje con la dirección para ponerme a investigar —dice Danil, sacando a Simona de la habitación con él y así poder dedicarse a ello. Está desesperado por recuperar algo de control, aunque supongo que Konstantin se ha asegurado en todo momento que encuentre lo que él quiere que encuentre y ni una cosa más. La cena de esta noche está afectando especialmente a Danil. Simona es la única que conoce a Konstantin. Tras su secuestro y antes de ser subastada, Konstantin se paseó delante de todas las mujeres. Este se había interesado por Simona, por lo que Danil está más que dispuesto a meterle una bala en la cabeza.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta Jolene.

—La cena es a las siete, y al parecer hay una distancia de unos cuarenta y cinco minutos —dice Roman.

—Menos mal que lo hemos planeado con antelación y hemos comprado ropa —le dice ella—. No estoy muy segura si apreciaría que me presentara con vaqueros y una sudadera con capucha.

—Que se jodan —dice Lev. Puedes ponerte lo que te dé la gana.

Ella le sonríe.

—Gracias, pero me pondré el vestido negro que tengo.

Él se inclina, susurrando quién sabe qué mierda cariñosa haciendo que ella se sonroje, atrape su mano y lo saque de la habitación. Estoy rodeada de embarazadas cachondas. Matvey y yo nos dirigimos a la cocina a por algo de comer entretanto nuestros hermanos desaparecen con sus esposas.

—¿Cómo crees que será esta noche? —pregunta, cogiendo un par de pizzas congeladas porque hasta ahí llegan nuestras habilidades culinarias combinadas.

—Supongo que una casa grande y pretenciosa y muchos hombres armados. Querrá recordarnos lo poderosos que son. —Precaliento el horno y cojo un par de bandejas redondas para hornear—. También una esposa trofeo, probablemente rubia y con tetas gigantes.

—¿Estás seguro que no son solo ilusiones tuyas?

Me rio y meto las pizzas en el horno.

—¿Ese es mi tipo? —pregunto, ladeando la cabeza y meditando bien la pregunta.

—Solo desde que éramos adolescentes —me dice Matvey, apoyándose en la encimera.

—Me gusta pensar que soy abierto a varios tipos de mujer. Puede que tenga debilidad por las rubias, pero he tenido mi buena ración de morenas y pelirrojas. Intento no ser exigente.

La verdad es que todos los encuentros que he tenido han sido completamente superficiales. Me importa una mierda el color de su cabello o el tamaño de sus tetas. Quiero una mujer que quiera pasarlo bien y sin ataduras. Lo único que realmente me desanima es el apego. Una vez invité a una mujer a unas copas en un club y, después de correrse, se echó a reír y dijo que nuestros hijos tendrían unos ojos preciosos y seguido me sugirió que conociera a sus padres. Mi polla nunca se había ablandado tan jodidamente rápido en mi vida.

—Sabes, nunca he mirado a otra mujer —admite encogiéndose de hombros—. Es como si no las viera.

Matvey y yo siempre hemos estado unidos, y después de la noche en que lo rescaté del fuego, el vínculo no ha hecho sino estrecharse. Mis manos marcadas me dieron una pequeña muestra del infierno por el que pasó, y sinceramente no sé cómo sobrevivió al dolor. No podía tolerar ni el más mínimo contacto, y sus cicatrices le causaban inseguridad. A medida que fue haciéndose mayor, todo pareció empeorar. Alina fue una constante en su vida. Era como una hermana pequeña, después una amiga y más tarde el amor de su vida.

Matvey vuelve sus ojos oscuros hacia mí.

—¿Es raro?

—Sí —le digo con cara seria—. Jodidamente raro.

Me estudia durante un segundo y luego me dedica una leve sonrisa. Es lo más que es capaz de mostrar hoy en día.

—Eres un imbécil.

—Me esfuerzo. —Nos cojo una Coca-Cola a cada uno y le doy una—. Algunas personas no están hechas para la vida de soltero, y tú eres una de ellas. Tú y Alina siempre habéis estado destinados el uno al otro. —Le señalo con el dedo—. Si les dices a los demás que he soltado mierdas de cuento de hadas, lo negaré hasta el día de mi muerte.

Levanta una mano llena de cicatrices similares a las mías y dice:

—Mis labios están sellados, hermano.

Confiado en que no dirá nada, me apoyo en el mostrador y bebo un trago.

—Alina ha estado enamorada de ti toda su vida, y tú caíste rendido tan pronto como se hizo mayor. Estoy bastante seguro que ya estabas perdidamente enamorado cuando cumplió dieciocho años. ¿Recuerdas cuando Grisha la miró? Creí que ibas a matarle en ese mismo instante.

El rostro de Matvey se endurece al recordarlo, pero entonces me doy cuenta que su mente vaga inmediatamente hacia pensamientos sobre qué clase de hombre la tiene ahora, y la expresión de su rostro me revuelve las tripas.

—Estamos tan cerca —le recuerdo—, tan jodidamente cerca.

—Siento que no puedo respirar sin ella. —Su voz gravosa es apenas algo más que un susurro—. Antes de sacarme de aquel maldito incendio, supe que iba a morir. No podía respirar. Mis pulmones se agarrotaron por completo y no conseguía respirar, por mucho que lo intentara. Así es exactamente como me siento cuando pienso dónde puede estar o qué le están haciendo.

Apoyo ligeramente la mano en su espalda, lo justo para recordarle que estoy aquí y que no me voy a ninguna parte.

—No iba a dejarte en aquel maldito incendio hace tantos años, y no voy a dejarte ahora.

Cada palabra de lo que estoy diciendo es sincera. Si no hubiera podido sacarle de aquel apartamento, habría muerto con él aquella noche. Dejarlo morir solo nunca fue una opción. Ni entonces ni ahora. Mi vida nunca tuvo ningún valor, y la habría entregado gustosamente por él.

—Estamos juntos en esto hasta el final, Matvey. Vamos a recuperarla. Te prometo que nunca dejaré de buscarla.

Él asiente, pero la angustia sigue claramente escrita en su rostro.

—Esta noche debería resultar de lo más divertida —dice finalmente, dejando escapar un fuerte suspiro.

Suelto una suave carcajada y saco la pizza.

—Cena con una renombrada Bratva dedicada al tráfico sexual que estamos planeando derribar, ¿qué podría salir mal?

—Estoy deseando matarlos —me dice Matvey, cogiendo el plato que le ofrezco.

—Yo también, solo asegúrate de no hacerlo esta noche.

—No lo haré. Nunca pondría la vida de Alina en peligro de esa manera.

—Sé que no lo harías.

Doy un bocado a la pizza y pienso en lo que nos estamos metiendo. Dios, ya puedo sentir la tensión. Roman, Danil y Lev van a estar en alerta máxima, a Matvey ya le cuesta bastante estar rodeado de gente, aunque debería estar bien siempre y cuando alguna mujer no intente meterse en su regazo. Eso me deja a mí para intentar mantener a todo el mundo cuerdo y vivo. Va a ser una noche jodidamente larga.

Hago unas cuantas llamadas al Pink, el club de striptease que he estado regentando, asegurándome que todo esté preparado para esta noche. Este club solía ser una absoluta pocilga, un lugar tan sórdido que parecía que necesitabas ponerte un preservativo de cuerpo entero antes de cruzar las puertas, pero he conseguido convertirlo en un lugar con clase que rápidamente se está ganando la reputación de ser el mejor club de la ciudad para conseguir un filete y un baile de una mujer guapa. Estoy muy orgulloso de ello, y saber que allí se ocupan de todo me permitirá centrarme en la cena de Lebedev.

Satisfecho porque el club sobrevivirá a la noche sin mí, paso el siguiente par de horas agotándome en el gimnasio que todos compartimos. Para cuando me meto en la ducha, estoy cubierto de sudor y con la mente maravillosamente en blanco. Golpear un saco sin sentido durante una hora te hace eso. Es lo más parecido a la meditación que probablemente conseguiré nunca, y disfruto de esa paz cuando la tengo. Dudo que dure mucho.

Elijo un traje negro, termino de arreglarme y bajo las escaleras. Los demás ya están preparados y esperando. Están tan inquietos que finalmente sacudo la cabeza y me echo a reír.

—Chicos, me ponéis de los nervios solo con estar cerca de vosotros. Se van a dar cuenta de esta mierda.

Lev se pasa una mano por el cabello tan necesitado de un corte.

—Lo sé, pero esta noche es diferente. Nuestras esposas van a estar allí.

—Nuestras *embarazadas* esposas —añade Roman.

—Y el lugar es una puta fortaleza —dice Danil, poniendo su portátil sobre la encimera para que todos podamos verlo—. Se encuentra en una parcela de cinco acres a las afueras de la ciudad, y la propiedad está aislada gracias a varias hectáreas de bosque que rodean la casa. Osip debe haber comprado la casa, pero figura con un nombre falso.

—Así que podríamos estar cayendo en una trampa —dice Lev, estrechando el brazo alrededor de Jolene.

—Eso siempre es una posibilidad —dice Matvey—, pero no tenemos elección. Nuestros hombres saben dónde estaremos esta noche. Timofey dirige un equipo de hombres, y estarán apostados justo al otro lado de la línea de la propiedad. Konstantin no es estúpido. Sabe que atacarnos provocará una guerra, y eso es lo último que quiere. Además, está Dominic. No tiene la menor idea que la familia Alessi trabaja con nosotros.

—Cierto —Estoy de acuerdo, sabiendo que Dominic intervendrá si nos pasa algo, no tanto porque le importe, sino porque quiere encontrar al hombre que compró y mató a su hermana, y con nosotros muertos le será mucho más difícil conseguir esa información.

—Dominic sabe dónde estaremos, ¿verdad? —pregunta Emily.

—Sí, *solnishka.* Él y su padre volvieron de Italia la semana pasada, le envié un mensaje para informarle de lo que iba a pasar esta noche. —Roman nos mira.

—Si no tiene noticias de uno de nosotros antes de medianoche, enviará hombres.

—¿Deberíamos poner un recordatorio en nuestros teléfonos sobre eso? —pregunto soltando una sonrisa—. Porque me imagino a alguno de nosotros olvidándolo y desatándose el infierno. —Golpeo el hombro de Lev—. Te perdonó por dispararle, pero no creo que nos perdone a ninguno por un *ups, perdón por olvidarnos de decirte que hemos vuelto sanos y salvos y por no empezar una guerra de mafias.*

—¿No crees que perdonaría eso? —pregunta Jolene, manteniendo la cara seria.

Finjo pensar y luego esbozo una sonrisa.

—Puede que sea capaz de convencernos dulcemente para que salgamos de ese lío.

Se ríe y miro el vestido negro que lleva. Es la primera vez desde su boda que la veo con algo que no sean vaqueros, pantalones de yoga y sudaderas con capucha. Doy un silbido apreciativo, ignorando la mirada asesina de Lev mientras le hago un guiño juguetón.

—Que guapa te has puesto, hermanita.

Antes que Lev pueda darme un puñetazo, salgo de su alcance y sonrío a Emily y Simona.

—Vosotras también estáis guapísimas. —Estiro la mano y acaricio el embarazado vientre de Emily—. Cada día estás más redonda.

—Por Dios —gime Danil.

—¿Qué? —Miro a mis hermanos y luego vuelvo a mirar a Emily, que intenta decidir si está enfadada o no—. Estás embarazada y tu hijo crece por momentos. ¿No es redondearse el objetivo del embarazo?

Roman la abraza por detrás, apoyando las manos en su barriguita y pareciendo cualquier cosa, menos decepcionado por lo grande que está creciendo.

Le señalo la cara sonriente con la mano.

—¿Ves? A él jodidamente le encanta.

—Sip —dice Roman, y a juzgar por la forma en que se le calienta la cara a Emily, supongo que está sintiendo exactamente lo mucho que a él le gusta tenerlo contra su culo ahora mismo.

Les señalo con el dedo.

—Nada de desaparecer esta noche para tener sexo cachondo de embarazada. —Me giro y hago un gesto con la mano hacia las otras dos parejas—. Eso va también por vosotros.

—Vale, papá —dice Lev.

Suelto un fuerte suspiro, dándome cuenta de lo que acabo de hacer. Me he convertido en el viejo, el amigo solterón que refunfuña porque los demás se acuestan con alguien. Sacudo la cabeza para librarme de ese horrible pensamiento.

—Dios, si no tengo cuidado, voy a empezar a establecer estúpidas normas de no hacer mamadas como las que tú impusiste.

Lev se ríe.

—Por lo menos lo vetaste.

—De acuerdo —interrumpe Matvey—. Vámonos de una puta vez de aquí. Permaneceremos juntos. Nadie se va por ningún motivo.

—¿Y si tengo que ir al baño? —pregunta Emily, porque cuanto más embarazada está más pequeña se le hace la vejiga.

—Entonces avísame y te acompañaré —le dice Roman ayudándola a ponerse el abrigo y besándole la frente.

—¿Y si tengo que hacer pipi? —pregunto.

Roman pone los ojos en blanco mientras Matvey dice:

—Entonces avísame, e iré contigo.

Me rio y él esboza una pequeña sonrisa.

—Gracias, hermano.

Conseguimos colarnos juntos en el ascensor y después nos metemos en el todoterreno. Podríamos conducir por separado, pero ¿dónde está la gracia? Me siento en medio, entre Matvey y Jolene. Lev conduce y Danil va en el asiento del copiloto, mirando el ordenador y enviando mensajes

de última hora a Timofey. Emily, Roman y Simona se sientan detrás de nosotros.

—Esperad a que tengamos cochecitos y bolsas de pañales —les digo—. Tardaremos horas en llegar a ninguna parte. —Miro a Danil—. ¿Acaso cabe un portabebés en tu Aston Martin? Quizá deberías plantearte comprar un monovolumen bonito y seguro. Es la opción más responsable.

La mirada que me lanza Danil hace que Lev se ría desde el asiento del conductor.

—También hablo contigo, Lev. Tendrás que cambiar la moto. Pero míralo por el lado bueno, una buena fila de monovolúmenes quedará monísima aparcada ante las puertas del ascensor. —Suelto otra carcajada y le doy un codazo a Jolene—. Muy patea culos.

Ella se ríe, pero también dice:

—De ninguna manera nos desharemos de la moto.

Lev le guiña un ojo por el retrovisor.

—Nunca va a pasar, *malinkaya*, y podemos conseguir algo seguro que no sea un monovolumen.

—Solo era una sugerencia —digo encogiéndome de hombros.

—Eres terrible —susurra Jolene.

—Un hombre con tantos piercings, tatuajes y músculos necesita ser discreto, y creo que un monovolumen serviría.

Jolene se ríe, sacudiendo la cabeza.

—¿Te lo imaginas presentándose a su próxima pelea conduciendo uno de esos?

Cuando empiezo a reírme de la imagen, Lev nos lanza una rápida mirada.

—¿De qué os reís?

—De nada —digo al tiempo que Jolene intenta dejar de reírse.

—Me lo contará más tarde —advierte Lev.

—Ya, pero para entonces estaré a salvo encerrado en mi dormitorio.

Menea la cabeza y, cuando llega a la entrada, toda la tensión que había logrado reducir vuelve con toda su fuerza, cuando la realidad de dónde estamos y con quién nos vamos a encontrar se abate sobre nosotros. Los dos hombres de la puerta están bien entrenados. Puedo verlo en la forma en que se comportan, en los ojos captando cada detalle de nuestro vehículo y del hombre que lo conduce, y por si eso no fuera suficiente indicio, las armas que llevan sujetas al cuerpo serían suficientes para que cualquiera sepa que no están jodidamente bromeando.

Nosotros también estamos armados, y supongo que Konstantin y Osip también lo estarán. Va a haber muchas armas en la mesa esta noche. Uno de los hombres se acerca mirando más allá de Lev, y cuando sus ojos se posan en Jolene, me inclino hacia delante de modo que mi cuerpo oculte el suyo y enfrentándome con la mirada del guardia.

—Tenemos una invitación y, si llegamos tarde, es probable que la comida se enfríe, y eso realmente me jode. —El tipo estrecha su mirada sobre mí, e intuyo que realmente desearía meter la mano y darme un puñetazo. Sonrío y añado—. Abre la jodida puerta —en ruso.

Lev se encoge de hombros.

—Ya le has oído. Odia la comida fría.

El hombre da un paso atrás comunicando por el auricular que lleva puesto nuestra llegada a quienquiera que esté escuchando. Asiente al otro hombre, la verja se abre a nuestro paso y recorremos el largo camino de entrada. Cuando la verja se cierra tras nosotros, sé que mis hermanos están pensando lo mismo que yo. Si la mierda se complica, no va a ser fácil sacar nuestros culos de aquí.

—¿Timofey y su equipo están en su posición? —pregunto a Danil.

—Sí, están rodeando la propiedad. —Vuelve a mirar su teléfono y añade—. Ha dicho que hasta ahora han contado treinta guardias en la propiedad.

—Esto no me gusta nada —murmura Roman.

Lev se detiene frente a la enorme mansión.

—Al parecer he dado en el clavo, como siempre. Pretencioso y un montón de hombres armados. Espero que al menos la comida sea buena.

—Acabemos de una puta vez con esto —gruñe Lev, abriendo la puerta y tirando rápidamente de Jolene contra él apenas sale. Danil y Roman hacen lo mismo, pronto estamos todos subiendo las escaleras y pasando junto a las columnas que, por supuesto, tiene esta mansión. Lev hace sonar el timbre y a los pocos segundos nos recibe una mujer joven. Lleva un sencillo vestido negro y tacones a juego, saludándonos en ruso, rápidamente se hace a un lado para permitirnos entrar, es obvio que trabaja para la familia Lebedev de alguna manera. Mantiene la mirada baja y se ofrece a coger los abrigos que llevan las mujeres.

—Seguidme, por favor —dice, conduciéndonos hacia el interior de la casa.

Miro a mi alrededor, sin molestarme en ocultar mi curiosidad. A excepción de unos horribles cuadros que probablemente cuestan una fortuna y un montón de muebles de aspecto tan incómodo que adivino te dormirían el culo en cuestión de minutos, no hay mucho que ver. Todo lo que hay aquí es de adorno, y nada de ello nos dirá realmente nada sobre los hombres que hemos venido a conocer. La mujer se detiene ante un saloncito y nos hace un gesto invitándonos a entrar.

—Sr. Lebedev, sus invitados han llegado.

Entramos en el salón y nos encontramos cara a cara con el hombre al que hemos estado investigando durante meses. Konstantin sonríe, se incorpora del sillón en el que estaba sentado. Lo mismo hace una mujer alta y rubia, de pie a su lado, con una sonrisa deslustrada. Lanzo una rápida mirada a Matvey porque sí es rubia, y tiene unas tetas enormes, de modo que tenía razón en lo de la esposa trofeo. Aunque sería hermosa si no pareciera tan colgada. Sus ojos color avellana están vidriosos y vacíos, y la sonrisa que esboza obviamente es de adorno. Dudo que esta mujer sienta algo realmente. Supongo que ha hecho todo lo que estaba en su mano para insensibilizarse lo más posible. Es evidente que estar casada con Konstantin le ha pasado factura.

Konstantin extiende la mano a Danil, quien está más cerca de él.

—Bienvenidos a todos y muchas gracias por venir. —Habla en inglés, haciéndonos ver que ha investigado lo suficiente como para saber que Simona, Emily y Jolene no hablan ruso—. Tú debes ser Danil, ¿cierto?

—Sí —dice Danil, estrechando la mano de Konstantin y tensando la mandíbula cuando este toma la mano de Simona e inclinándose hacia ella para besar su mejilla—. Con un apretón de manos es suficiente —le dice Danil, acercando el rostro de su mujer y besándole la frente, negándose a que otro hombre ponga sus labios sobre ella.

Echándose hacia atrás, Konstantin la recorre con la mirada esbozando una suave sonrisa.

—Te recuerdo. —Danil no aguanta más, y al rodearla con el brazo alrededor y colocándola en un ángulo que impida verla, Konstantin suelta una suave carcajada—. Me han dicho que hay que felicitarte.

Sonríe y sigue avanzando como si nada, estrechando la mano y felicitando a las tres embarazadas. Emily es realmente la única a la que se le aprecia. A Simona se le empieza a notar, aunque podría fácilmente disimularlo, y Jolene está de pocas semanas, de modo que es imposible que él lo sepa a menos que haya investigado a fondo y encontrado sus historiales médicos.

—Veo que has investigado —dice Lev, sin molestarse en andarse con rodeos.

Konstantin sonríe y se encoge de hombros antes de estrecharme la mano.

—Sería estúpido no hacerlo.

—¿Y quién es ella? —pregunto, señalando con la cabeza a la mujer rubia.

La sonrisa de Konstantin vacila antes de volver a recomponerla y rodear sus hombros con un brazo.

—Esta es mi mujer, Oksana. Me temo que su inglés no es muy bueno.

—Encantado de conocerte —le digo en ruso, pero bien podría estar hablándole a la maldita pared por toda la reacción que obtengo.

—Y tú debes ser Matvey —dice Konstantin, ignorando a su mujer y estrechando la mano de Matvey cuando él asiente y se la ofrece.

Osip entra con una sonrisa.

—Perfecto, veo que habéis llegado todos. La cena está servida y después podremos hablar de negocios.

Pasamos con ellos a un ornamentado comedor. Las puertas francesas dan a un porche iluminado con suaves luces solares, y más allá puedo distinguir el borde de una piscina subterránea. El salón en el que nos encontramos está cubierto por una lujosa alfombra sobre un suelo de madera oscura y una jodida y enorme lámpara de araña que cuelga sobre el centro de la mesa. La vajilla cara ya está preparada para nosotros, y cada uno toma asiento justo antes que varias mujeres entren con comida y botellas de vino. Sus uniformes son elegantes pero ajustados, y no puedo evitar fijarme en que todas son jóvenes y atractivas. Una de ellas sostiene una botella de agua con gas para las embarazadas, pero me dirijo gustosamente a la mujer que sostiene una botella de vino.

Ya me estoy haciendo a la idea que esta va a ser una noche jodidamente larga. Nos dedicamos a nuestras ensaladas y charlamos de cosas intrascendentes. Konstantin hace preguntas, aunque procura mantener la conversación alejada de los negocios. Sonríe, y se esfuerza por involucrar a todos los comensales. Es un auténtico seductor, y sin duda ha engañado a muchas mujeres haciéndoles creer que es un tipo inofensivo. Su mujer picotea la comida, probablemente deseando su próxima dosis de lo que sea que esté consumiendo, mientras que Konstantin la ignora y nosotros avanzamos lentamente a través de cada plato de esta elaborada cena.

En un momento dado, levanto la vista y veo que Jolene mira a su marido con cara de *qué coño*, antes que él le guiñe un ojo y le indique discretamente el tenedor correcto. Cuando ella vuelve a mirar, ruedo los ojos hacia ella, sabiendo que, al igual que yo, preferiría una pizza o un filete recién hecho a la parrilla que cualquier tipo de comida delicada que tengamos ahora en nuestros platos. Contiene una carcajada y apuñala una zanahoria tallada en forma de rosa.

Cuando finalmente presentan el postre, Konstantin nos dirige una mirada.

—No me gusta hablar de negocios en presencia de féminas, pero hay algo que me gustaría proponer.

Esperamos a que continúe, y lo que dice a continuación pone patas arriba todo mi puto mundo.

—Llevo varios años haciendo negocios en esta ciudad y no deseo que se interrumpan. Ahora los cinco ocupáis la parte de la ciudad que necesito, y no tengo ningún deseo de empezar una guerra con vosotros.

Sería una pérdida de tiempo, dinero y mano de obra, y entretanto estaría perdiendo mi negocio. Lleva mucho tiempo establecer las cosas en una ciudad nueva, y preferiría evitarlo. —Se detiene para beber un sorbo de vino—. Tengo algo bueno aquí. ¿Por qué arruinarlo cuando podríamos trabajar juntos? Por eso propongo que unamos nuestras familias a la antigua usanza.

Me siento demasiado aturdido para hablar, así que cuando vuelve la cabeza en la dirección donde estamos sentados Matvey y yo, es recibido con un mutismo. Me resulta bastante difícil mantener mi rostro inexpresivo. No puedo formar palabras y me limito a mantener una mirada indiferente.

—Tengo una hermana —me dice, y mi pecho empieza a sentir una opresión—. Y vosotros dos sois los únicos hermanos solteros, de modo que os la ofrezco a uno de vosotros.

—¿Tienes una hermana? —pregunta Danil, y me consta que está ganando tiempo para recomponerme.

Konstantin se vuelve hacia él y asiente.

—La tenemos, sí. Nos hemos esforzado mucho por mantenerla oculta. Tiene veinte años y es muy hermosa. —Volviéndose hacia Matvey y yo—. Esto uniría a nuestras familias y crearía una relación de confianza entre nosotros. Sin esto, me temo que no me sentiré cómodo trabajando estrechamente con vuestra Bratva. Quiero saber que puedo confiar en vosotros. Si vamos a trabajar juntos, tendrás que conocer detalles sobre lo que hacemos y cómo lo hacemos. No son detalles que facilite libremente.

—Habéis dicho que queríais formar parte de esto —nos recuerda Osip—. Esta es nuestra oferta para hacerlo realidad.

Sigo intentando que se me abran los pulmones para poder tomar un poco del jodido aire. Siento que me asfixio y la necesidad de arrancarme los botones superiores de la camisa es abrumadora. Si no doy un paso adelante y lo hago, perderemos nuestra única oportunidad de encontrar a Alina. Si no digo que sí, tendrá que hacerlo Matvey, y no puedo joderle con eso. Puedo ver cómo se está agarrando el muslo por debajo de la

mesa. Sea lo que sea lo que estoy sintiendo ahora, él está sintiendo el doble.

—Entonces, ¿quién está dispuesto a aceptar mi oferta? —Konstantin estudia nuestros rostros, observando cada detalle, así que obligo a entrar aire en mis pulmones demasiado apretados y restriego una mano sobre mi mandíbula.

—Por lo visto, parece que ha llegado mi hora de casarme —digo, casi atragantándome con las malditas palabras.

Konstantin sonríe a Osip y vuelve a mirarme levantando su copa de vino.

—Por la unión de las familias.

Brindo por mi próximo matrimonio, pero más bien parece que bebo por mi muerte. ¿Qué cojones acaba de pasar?

Me esfuerzo por reír.

—Entonces, ¿puedo conocer a mi prometida?

—Me temo que no —me dice—. Es nuestra tradición que no veas a la novia hasta la ceremonia nupcial. Ha vivido una vida muy protegida y puedo prometerte que es inocente en todos los sentidos posibles. Podemos celebrar la ceremonia mañana por la noche.

Casi me atraganto con el vino que acabo de engullir.

—¿Mañana por la noche?

—Nos ocuparemos de todo, por supuesto —me dice como si mi gran preocupación fuera si los arreglos florales estarán listos a tiempo o no—. No veo motivo para esperar. Tenemos —hace una pausa de un segundo mientras una sonrisa juguetea en sus labios—, un envío en camino, y no podemos permitirnos un retraso.

Todos sabemos que está hablando de una subasta de mujeres víctimas del tráfico sexual, pero nadie lo dice en voz alta. Echo un vistazo rápido a Simona, preguntándome cómo se tomará la noticia. Sabe de primera mano por lo que están pasando esas mujeres, pero mantiene el rostro tan circunspecto como yo. La mano de Danil está en su nuca, y supongo que la otra la tiene en el muslo por debajo de la mesa, consolándola todo lo que puede en estos momentos.

—Mañana será entonces —le digo, y me bebo el resto de mi vino, haciendo señas a una de las empleadas para que rellene mi maldita copa.

El resto de la velada es un borrón. Mis hermanos se encargan de mantener la conversación para que yo no tenga que hacerlo, y para cuando nos despedimos, ya estoy camino de emborracharme, pero también siento que voy a vomitar sobre sus rosales bien podados.

El viaje de vuelta es tranquilo. Ni siquiera tengo fuerzas para hacer una broma. Estoy demasiado conmocionado para hacer nada. Apenas llegamos al ático, cojo una botella de vodka y lleno un vaso grande.

—Lo siento —me dice Matvey, que viene a ponerse a mi lado—. Realmente lo lamento, maldita sea.

Bebo el vodka que queda y vuelvo a llenarlo.

—No tienes nada que lamentar —le digo.

—Quizá no sea tan malo como crees —me dice Roman, intentando por todos los medios pintar de forma positiva mis próximas y forzadas nupcias.

Lanzo una carcajada.

—Ni siquiera me ha dejado verla. Eso no puede ser buena señal.

—Lo anularemos —se apresura a decir Danil.

—Sí, simplemente no te la tires —dice Lev.

—Eso no será un problema. Esto es solo un montaje, y cuando tengamos lo que necesitamos, los mataremos a todos y no volveremos a hablar de esto nunca más, joder.

Lev me da una palmada en la espalda, y puedo ver el brillo divertido en sus ojos.

—Gracias por aceptar una por el equipo, hermano.

—Oh, jodido capullo —le digo, haciéndolo reír, y una vez que empieza, los demás se unen—. Esto no tiene ni puta gracia. —Todos me ignoran, y pronto Emily se seca una lágrima y agarrándose su barriguita gestante, intentando recuperar el aliento.

—Lo siento —consigue finalmente decir—. Solo es el estrés.

Levanto una ceja.

—Lo es —me dice—. Aunque también tiene cierta gracia, ya que juraste que nunca te casarías y ahora, en menos de veinticuatro horas, vas a tener una esposa.

—Jesús —gimo cuando la realidad de sus palabras me golpea.

Simona me da un apretón en el brazo.

—No te preocupes. Ella puede estar con nosotros y tú puedes mantenerte ocupado con el trabajo. Se anulará antes de darte cuenta.

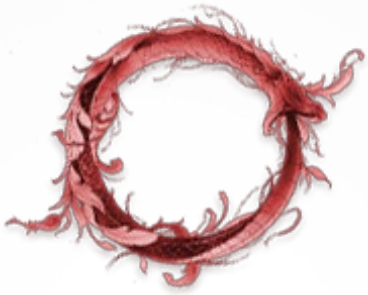
Lev levanta una copa hacia mí.

—Pero no te la tires.

—No sé por qué sientes la necesidad de seguir recordándomelo.

Se ríe y vuelve a beber. No estoy ni cerca de terminar, así que vuelvo a coger la botella y me lleno el vaso. Es mi última noche de soltero en Dios sabe cuánto tiempo, y estoy jodidamente seguro que no la pasaré sobrio. Voy a decir *«sí, quiero»* con una resaca de mil demonios, pero de algún modo me parece apropiado sentirme miserable tanto física como mentalmente. Percibo cómo el reloj va descontando mis segundos de libertad a medida que termino mi copa y me sirvo otra. Matvey agarra un vaso y se lo llena, y me consta que se quedará conmigo toda la noche para que no tenga que pasarla solo. Juntos hasta el final, aunque el final no sea exactamente como me lo imaginaba.

CAPÍTULO 3



Katya

A la mañana siguiente, Konstantin irrumpe en mi dormitorio y arroja una enorme funda con prendas sobre mi cuerpo aún medio dormido.

—¿Qué estás haciendo? —Mi voz está espesa a causa del sueño, y mi mente está demasiado aletargada para entender lo que ocurre.

—Tu boda es esta noche. Saca el culo de la cama y mira si esto te queda bien.

Me muerdo el labio para no hacer un millón de preguntas y resisto el fortísimo impulso de tirar la bolsa al suelo. Su peso me oprime y, súbitamente, la habitación está mucho más caldeada.

—¿Es esta noche? —pregunto, aún incapaz o poco dispuesta a procesar la información—. ¿Con quién me caso? Dijiste que había dos hermanos solteros.

—Sí, es esta tarde a las seis. —Puedo notar en su tono que le molesta tener que repetirlo—. Te vas a casar con Vitaly, el dueño del Pink.

Intento tragar saliva, pero tengo la boca demasiado seca. El corazón se me acelera y las náuseas amenazan con apoderarse de mí. Esperaba tener una o dos semanas más o que, por algún milagro, mis hermanos cambiaran de opinión. Nunca pensé ni en un millón de años que me despertaría para descubrir que me quedan menos de ocho horas para mi maldita boda.

—Oksana vendrá a ayudarte más tarde. Levanta el culo de la cama, Katya, y pruébate el maldito vestido.

Sabiendo que está a punto de perder la paciencia, salto de la cama y cojo la bolsa que siento como un jodido albatros colgado del cuello. Corro al cuarto de baño, cierro la puerta ante la cara de enfado de mi hermano y cuelgo el portatrajes en un gancho. Al abrir la cremallera, descubro el vestido blanco de encaje que contiene. No me sorprende que sea precioso y de marca. No esperaba menos de un hermano que únicamente viste trajes a medida.

—Tengo otras cosas que hacer hoy —me recuerda a través de la puerta.

Me desnudo rápidamente y me pongo el vestido, suave como la seda. Hace frío, así que el vestido es de manga larga y el escote es alto, pero es impresionante y femenino y, en circunstancias normales, estaría encantada de ponérmelo, pero no así, no cuando me obligan a ello. Subo la cremallera del vestido, me miro en el espejo y apenas reconozco mi pálido rostro. Tengo exactamente el mismo aspecto que una mujer que acaba de levantarse de la cama tras una noche de mierda y se ha puesto un precioso vestido de novia. Tengo un aspecto jodidamente alterado, y casi suelto una carcajada porque mi cordura se está tornando jodidamente resbaladiza.

—¿Y bien? —grita Konstantin.

Abro la puerta y le permito verlo. Sus fríos ojos azules me recorren, sin revelar nada de lo que está pensando. Finalmente asiente y dice: —Tienes un aspecto horrible, pero al menos te queda bien. Haré que alguien te suba el desayuno y luego vendrá un estilista para ayudar a que luzcas presentable.

Se acerca y me pasa un dedo por debajo de la barbilla, inclinando mi cara hacia la suya. Konstantin siempre intimida, pero tenerlo tan cerca me hace sentir muy quebradiza.

—No avergüences a nuestra familia, Katya. Espero que obedezcas a tu marido y hagas lo que sea necesario para hacerlo feliz. ¿Has entendido?

—Sí —susurro, aterrorizada ante la posibilidad que el hombre con el que estoy a punto de casarme sea tan monstruoso como los dos con los que he vivido toda mi vida.

Sujeta con fuerza mi rostro, estudiándome durante varios segundos hasta que está convencido que digo la verdad y que conozco mi lugar en esta familia. Sin decir una palabra, me suelta y sale de mi habitación. Acabo de quitarme el vestido cuando llaman suavemente a mi puerta. La abro y veo a una mujer de más o menos mi edad portando una gran bandeja de comida, y detrás de ella a Simeon apoyado en la pared, vigilando mi puerta para que no intente trazar algún plan de fuga de última hora.

Me ajusto el cinturón de la bata y me hago a un lado para que pueda introducir la bandeja. La reconozco de ayer. Es la mujer a la que Konstantin dijo que le visitara anoche, y cuando deja la bandeja sobre mi cama, veo claramente el anillo de moratones alrededor de su cuello.

—¿Estás bien? —susurro, y se sobresalta al oírme dando un rápido paso atrás.

—Estoy bien. —Su voz es tan baja que tengo que esforzarme para oírla, y sus ojos se desvían hacia el pasillo, aterrorizada por si alguien nos oye.

—Lo siento. —Las palabras me parecen tan inútiles, y me odio un poco más por no poder hacer nada por ayudarla. Mi hermano es quien la ha herido, y mis disculpas no van a hacer una mierda por mejorar su situación. Soy incapaz de cambiarla, y ella lo sabe—. Lo siento —le vuelvo a decir, porque es lo único que puedo hacer.

Sus ojos castaños se cruzan con los míos durante un breve instante, y el dolor y terror que hay en ellos me rompe el maldito corazón. Es mi carne y mi sangre la que le ha causado esto, y no puedo hacer nada para impedirlo o cambiarlo. Estoy tan indefensa como ella ante ellos. Antes

que salga corriendo de mi habitación, aprieto su mano y espero que la boda le permita al menos pasar una noche lejos de él.

Cuando se marcha, me siento y observo la comida sabiendo que no podré digerirla. Me conformo con una simple tostada y unos sorbos de café. Cuando está claro que eso es todo lo que voy a poder aguantar, me dirijo al baño para darme una larga ducha. Me refugio bajo el vapor del agua hasta que oigo a Simeon gritarme que salga. El único punto positivo de todo esto es que ya no tendré que tratar con él. Estoy segura que mi nuevo marido tendrá su propio sabueso para vigilarme, pero al menos será alguien nuevo, quizá este incluso reconozca mi existencia de cuando en cuando.

Las siguientes horas las paso con un equipo de mujeres a las que evidentemente pagan para que no hablen conmigo. No hacen preguntas. Ni siquiera entablan conversaciones triviales. Para ellas todo son negocios y, cuando acaban, tengo el cabello recién cortado y recogido en una complicada trenza con diminutos cristales entretejidos, el maquillaje impecable, las uñas de manos y pies pintadas de un delicado rosa y depilados todos los lugares imaginables.

Me acaban de colocar el vestido cuando entra Oksana con un gran ramo de rosas rosas y calas blancas y un largo velo. Hoy tiene los ojos claros, e incluso me dedica una pequeña sonrisa cuando las otras mujeres me felicitan rápidamente y se largan.

—Estás preciosa —me dice, entregándome el ramo antes de alzarse y deslizar las delicadas peinetas del velo por mi cabello. Mis hermanos tienen el mismo color de pelo negro que nuestro padre, pero yo me parezco a nuestra madre y tengo su cabello rubio miel con suaves rizos. Me miro en el espejo de cuerpo entero e intento no sentir como si me dirigiera hacia la muerte. Se supone que este debería ser uno de los días más felices de mi vida y, en cambio, siento que voy a vomitar por todo este precioso vestido blanco.

—No creo que pueda hacerlo —admito. Mi voz temblorosa apenas es más que un susurro.

Oksana sostiene mis hombros y me gira hacia ella.

—Lo harás, Katya, porque no tienes elección, y sobrevivirás por la misma razón.

—¿Cómo? —pregunto, suplicándole alguna oculta sapiencia, cualquier cosa que me ayude a no tener un ataque de pánico delante de todos, porque Konstantin me matará, maldita sea, si lo avergüenzo.

—Todos encontramos una forma de sobrevivir a nuestros propios infiernos personales, tú sabes la forma que yo he elegido para sobrellevar el mío. —Sus manos ahuecan el velo, dedicándome una triste sonrisa—. Pero tú eres más fuerte que yo y sé que no tomarás las mismas malas decisiones que yo.

Me peina un cabello suelto detrás de la oreja y me entran ganas de llorar ante aquella muestra de afecto fraternal. Cuando Konstantin contrajo matrimonio con Oksana, me entusiasmó la idea de tener una cuñada, pero debí suponer que Konstantin nunca permitiría que estuviéramos unidas. Sus constantes abusos la destrozaron poco a poco hasta convertirla en un fantasma de lo que había sido. Las drogas se han encargado del resto.

—Espero que tu nuevo marido no sea como tu hermano, pero si lo es, haz lo que tengas que hacer para sobrevivir a él, y si tienes la oportunidad de huir, aprovéchala, Katya. Corre y aléjate de esos malnacidos todo lo que puedas.

Le aprieto la mano y asiento con la cabeza.

—Siento lo que te ha hecho. —Siento que me he pasado la vida pidiendo perdón por mis hermanos. Han hecho daño a tantas mujeres y no puedo hacer nada para cambiarlo.

—No es culpa tuya. Eres tan víctima como el resto de nosotras. Solo que eres otro tipo de víctima. —Forzando una sonrisa en su rostro, me corre el tupido velo por la cabeza, ocultándome de la vista—. Míralo por el lado bueno, vas a salir de esta maldita familia.

Le aprieto la mano y suelto un tembloroso suspiro. Tiene razón. Saldré de aquí y me alejaré de mis hermanos. Quizá mi nuevo infierno sea mejor que este.

—¿Has visto al hombre con el que me voy a casar?

—No. No he visto a ninguno de los invitados. Pero Konstantin te espera al pie de la escalera, así que será mejor que bajes.

Tiro de ella para darle un rápido abrazo.

—Gracias, Oksana. —Hay tantas cosas que quiero decirle, y espero que pueda sentirlo todo en mi abrazo. Es la única hermana que he tenido y odio tener que dejarla aquí.

Me devuelve el abrazo y se aleja para que podamos salir juntas de la habitación. Simeon no está en su puesto habitual frente a mi puerta, y me pregunto si ya le habrán llamado para que abandone su puesto. Estará encantado de no tener que seguir cuidando de mi culo. Bajamos las escaleras despacio porque llevo unos tacones peligrosamente altos y, aunque la muerte sería una liberación de esta vida, aún no la deseo.

Mi velo es ridículamente grueso, me oscurece la visión y me molesta soberanamente. Konstantin quiere ocultarme, como siempre ha hecho, aunque esto también es un juego de poder. Está obligando a un hombre a casarse conmigo sin tener ni idea de mi aspecto. Este tal Vitaly está evidentemente desesperado por hacer negocios con mis hermanos. Impresionante. Mi futuro marido es un traficante sexual entusiasta y propietario de un club de striptease. Vaya jodida suerte la mía.

Konstantin está al pie de la escalera, vestido con un esmoquin negro y sin un solo cabello fuera de su sitio. Extiende su brazo y lo tomo a la vez que Osip se adelanta. Lleva un esmoquin oscuro similar con un aspecto muy parecido al de nuestro hermano mayor.

—Vamos, Oksana, ocupemos nuestros asientos. —Le tiende el brazo y se alejan por el pasillo hacia las puertas francesas abiertas. Veo ramos de flores y luces de colores en el porche, y atisbo asientos repletos. Solo veo hombros anchos y trajes oscuros. Nuestros únicos invitados van a ser los miembros de la Bratva. Van a presenciar la unión de dos familias de la Bratva. Esto es mucho más que convertirme en la esposa de Vitaly.

—Has hecho mucho en menos de un día —le digo, intentando que no me tiemble la voz.

—El dinero y la motivación adecuada pueden conseguir casi cualquier cosa —me dice, y supongo que se profirieron muchas amenazas para hacer realidad esta ocasión especial. Antes de llevarme fuera, apoya su mano sobre la mía, aunque no hay nada reconfortante en ello—. Aunque hoy te conviertas en un Melnikov, tu lealtad siempre será hacia mí. ¿Lo entiendes? Nuestra familia es lo primero. Siempre.

—Lo entiendo —susurro, sintiendo el calor de su piel contra la mía como la advertencia que supone.

—Odiaría tener que herir a otra persona para recordarte tu deber para con esta familia —advierte—. ¿Quieres más sangre en tus manchadas manos, Katya?

—No, por favor, no hagas daño a nadie —me apresuro a decir, pensando en Oksana y en su mascota de cabello oscuro y en la joven empleada con el cuello magullado—. Te soy leal, Konstantin.

Me da un apretón en la mano nada reconfortante ni tranquilizador.

—Bien. Asegúrate de no olvidarlo, o te lo recordaré de una forma muy sangrienta.

—No lo olvidaré.

Cuando comenzamos a andar, estoy usando toda mi fuerza de voluntad para no desmayarme o vomitar. Apenas puedo respirar cuando salimos al porche y la música comienza a sonar. Todo está borroso debido a mi ansiedad y al velo demasiado grueso. Caminamos por el pasillo que se ha formado entre los dos grandes grupos de sillas, todas ellas llenas de miembros de la Bratva. Cerca del frente, veo a Osip a un lado, y cuando miro hacia el otro, vislumbro rápidamente a tres parejas antes que Konstantin se detenga delante del oficiante.

Evito mirar al hombre que tengo delante, el desconocido con el que estoy a punto de casarme, y me vuelvo hacia Konstantin cuando se inclina para besar mi velada mejilla. Desde fuera, parece francamente dulce, pero nadie más le oye cuando me susurra al oído:

—No la cagues —antes de dar un paso atrás y conducirme hasta situarme cerca de Oksana y frente al hombre al que me va a entregar.

Me atrevo a levantar la vista y veo borrosamente a un hombre vestido con un esmoquin oscuro y a otro hombre de pie detrás de él. El velo dificulta ver los detalles, pero veo lo suficiente para saber que no es viejo. Parece que, después de todo, no me casaré con alguien tan viejo como para ser mi abuelo. Pequeñas misericordias, supongo.

El oficiante comienza, y los siguientes minutos no son más que una mezcla de mi corazón latiendo tan deprisa que lo siento en cada parte de mi cuerpo y mis pulmones pidiendo aire a gritos, porque por mucho que intento calmarme, sigo sintiendo que me asfixio.

Afortunadamente, al oficiante le han dicho que la ceremonia sea breve y dulce. No hay intercambio de votos en el que prometamos amarnos y querernos. Es una simple declaración de *con este anillo me desposo*, y antes de darme cuenta, unas ásperas manos sostienen las mías y deslizan un anillo en mi dedo al tiempo que yo digo *«sí, quiero»*.

Oksana me entrega una alianza más gruesa que alguien debió elegir antes, y cuando cojo su mano entre las mías, me sorprende lo áspera que es la palma. No parecen callos. Parecen cicatrices, y no puedo evitar preguntarme de qué son. Deslizo el anillo en su dedo, y oigo su voz por primera vez.

—Sí, quiero. —Es grave, y como la ceremonia es en inglés, percibo el acento ruso.

Retira la mano apenas tiene el anillo en el dedo, como si no pudiera tolerar tocarme ni un segundo más, y cuando el hombre que está a nuestro lado dice:

—Ya puedes besar a la novia —no he sentido tanto miedo en toda mi vida. Mi nuevo marido se acerca y sujeta la parte inferior del velo, elevándolo lentamente por encima de mi cabeza, y al ver por primera vez su rostro con claridad, me quedo atónita. Es impresionante: ojos color whisky almendrados, cabello oscuro con el rostro recién afeitado que deja ver una mandíbula cincelada y unos labios carnosos que ni siquiera esbozan una sonrisa. Según parece, el monstruo con el que me he casado es hermoso. Eso al menos me resulta familiar.

Sus ojos se encuentran con los míos justo antes de inclinarse hacia mí, y cuando instintivamente mi cuerpo se pone rígido, sus ojos se entrecierran e inclina la cabeza lo más mínimo posando sus labios justo en la comisura de los míos, en lugar de sobre ella. Retrocede, apartando rápidamente la mirada y dirigiéndola al hombre que tiene detrás. Sus ojos oscuros se cruzan con los míos y me dedica una leve sonrisa antes que Konstantin consiga sonreír y estrechar la mano de Vitaly, usando la otra para golpearle en la espalda.

—Bienvenido a la familia —le dice Konstantin.

Vitaly sonríe, dirigiendo toda su atención a mi hermano. Es como si yo no estuviera aquí. Es evidente que esto es un matrimonio entre estos dos. Oksana me da un rápido abrazo, susurrando un 'buena suerte' antes de

alejarse, esperando a que Konstantin le diga qué hacer. A veces le gusta tenerla a su lado, y otras veces no quiere ni verla. Cuando él extiende una mano hacia ella, emite un suave suspiro que únicamente yo puedo percibir, antes de cogerle la mano y dibujar una sonrisa en su rostro.

Me quedo ligeramente detrás de ellos con mi vestido de novia, sintiéndome como una idiota y con el peso de mi anillo colgando de mi dedo. Mirando hacia abajo, lo miro por primera vez. Es realmente precioso, y eso me sorprende. No sé quién lo eligió, la delicada banda de platino está cubierta por una hilera de diamantes rosas y blancos. Es elegante y femenino, exactamente lo que yo habría elegido para mí.

Todavía lo estoy mirando cuando oigo una voz de mujer diciendo mi nombre. Al alzar la vista, descubro a tres mujeres ante mí. Una está obviamente embarazada, otra no parece andar muy desencaminada y la tercera aún no muestra si está embarazada. Me sonríen, y es la primera sonrisa genuina que veo en todo el día.

—Hola, soy Emily —me dice la que obviamente está embarazada, acercándose y envolviéndome en un fuerte abrazo—. Encantada de conocerte.

—Soy Simona —dice la otra mujer, dándome el siguiente abrazo, y la última tira de mí y me dice: —Soy Jolene. Vitaly es nuestro cuñado.

—Oh —consigo decir, volviendo la vista hacia los hombres que deben ser hermanos de mi marido. No parece que sean parientes, pero todos son apuestos y lucen sus esmóquines como si debajo no hubiera más que puro músculo. El que lleva un piercing en el labio y las cejas levanta la vista y guiña un ojo a Jolene, y estoy tan atónita por la mirada de afecto que le dirige que lo único que puedo hacer es quedarme mirando. Cuando miro a Jolene, le está dedicando una gran sonrisa, sin el menor atisbo de temor en sus ojos. Es imposible que ignoren a qué se dedican sus maridos. Diablos, puedo ver el maldito tatuaje del ouroboros en las muñecas de dos de ellas. ¿Es posible que les parezca bien lo que hacen sus maridos?

Cada vez más enferma, invento una excusa sobre la necesidad de ir al baño y entro a toda velocidad, evitando a la multitud de hombres de la Bratva y al personal que está ocupado preparando la comida a la que voy a tener que asistir. Realmente esperaba que dijéramos nuestros votos y ya

está, pero aparentemente mi hermano quiere que esto parezca que no se acordó ayer.

Me escapo al cuarto de baño, cerca de las escaleras, y cierro la puerta tras de mí. Apoyando las manos en la encimera, miro mi reflejo y me obligo a respirar lenta y pausadamente. Parezco una mujer a punto de perder la cabeza. Tengo los ojos muy abiertos y un poco frenéticos, la cara peligrosamente pálida y tiemblo tanto que veo vibrar los lados de mi velo. No puedo hacerlo. No puedo fingir, y Konstantin me matará si lo avergüenzo. Las lágrimas amenazan con caer, pero lucho contra ellas con todo lo que tengo.

El corazón me martillea en el pecho cuando oigo un suave golpe en la puerta.

—Un segundo —digo, esperando que quienquiera que sea no haya oído lo temblorosas que suenan mis palabras. Vuelvo a respirar hondo, enderezo los hombros y me obligo a abrir la puerta. La última persona que espero ver es a mi flamante marido mirándome fijamente. Incluso con mis altos tacones, tengo que levantar la vista para mirarle. Sus ojos ámbar me estudian. No son fríos como los de mi hermano, pero tampoco me atrevería a decir que son cálidos. Vacilantes es probablemente la mejor descripción. Su mandíbula se tensa cuando no puedo evitar que se me humedezcan los ojos de nuevo, pero consigo contener las lágrimas. Puedo llorar hasta quedarme dormida después que él haya hecho Dios sabe qué a mi cuerpo.

La respiración se me entrecorta cuando oigo la voz de Konstantin. Está gritando a alguien por no haber sido lo bastante rápido con la bandeja de aperitivos. Vitaly me observa, y juraría que se fija en cada maldito detalle. Estoy acostumbrada a la mirada invasiva de mi hermano, pero Vitaly me hace sentir desnuda ante él, como si viera cada maldita cosa que intento ocultar. Sin mediar palabra, me pone una mano en la cintura y me empuja muy suavemente hacia el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirando a mi alrededor y deseando por todos los diablos que no esté esperando un rapidito después de la boda en el maldito cuarto de baño. No me aferro a un fantástico de desvirgamiento de cuento de hadas, pero te aseguro que no

quiero perder la virginidad en el baño, con mis hermanos al otro lado de la puerta y la casa llena de invitados.

—Al parecer te vendría bien tomarte un respiro —me dice, dándome la razón y hablando en inglés.

Cuando se da cuenta que su mano sigue aferrada a mi cadera, la retira rápidamente y se la pasa por el cabello oscuro soltando un suspiro.

—Sé que esto es incómodo —me dice, levantando una ceja cuando suelto una bocanada de aire, porque eso es quedarse muy corto—. Pero necesito que sepas que no voy a lastimarte.

—No eres el primer hombre que dice eso y resulta ser mentira —digo antes de poder pensarlo mejor.

—No miento, y cuando doy mi palabra, lo digo en serio, Katya.

Oírle decir mi nombre me resulta tan íntimo como extraño. Todo este momento es tan surrealista. Este hombre que tengo delante es mi marido, y ni siquiera le he estrechado su maldita mano. No sé nada de él, excepto que es magnífico y letal, y muy posiblemente tan sádico como mis hermanos.

—Estás segura conmigo —repite.

Si espera que llore de alivio, va a esperar un buen rato. He oído a mis hermanos prometer gilipolleces como esta, más veces de las que puedo contar. Las palabras no son más que palabras. No significan una mierda. Solo son otra forma de manipular a la gente para que haga lo que tú quieres. Como no digo nada, suspira y está a punto de decir algo cuando oigo a Konstantin gritar mi nombre. Juro que veo un destello de ira en esos ojos color whisky antes de ocultarla y alejarse de mí para abrir la puerta.

—Está aquí dentro —le dice a mi hermano. Solo la ayudaba a arreglarse el velo.

Konstantin se ríe como si creyera que eso es un código para decir *acabo de follarme a tu hermana en el baño*.

—Bueno, tan pronto la tengas presentable, la cena estará lista.

—Ahora mismo vamos —le dice Vitaly, volviendo a cerrar la puerta.

Aguarda a que respire otro par de veces para controlarme, volver a salir y enfrentarme a todos durante la cena. Cuando estoy todo lo

preparada que puedo estar, le hago un gesto con la cabeza antes de abrir la puerta. Me sorprende ofreciéndome su brazo. Lo cojo y mantengo un ligero contacto con él cuando caminamos por el pasillo y volvemos a cruzar las puertas francesas abiertas. Todos los invitados están sentados en las mesas que han colocado en el césped, bajo una carpa blanca gigante, y hay muchas caras que no reconozco entremezcladas con los hombres de mi hermano. Parece que la asignación de asientos tenía un propósito. Socialización forzada entre las familias Bratva. Estoy convencida que todos serán buenos amigos cuando traigan el postre.

Vitaly me conduce a la mesa que está delante y en el centro, reservada para el cortejo nupcial. Las tres mujeres que conocí antes están sentadas junto a sus maridos, junto con el hombre que había estado de pie detrás de Vitaly durante la ceremonia. Mis dos hermanos también están ya sentados con Oksana entre ellos. Vitaly me aparta un asiento y, una vez sentada, ocupa la silla de mi derecha.

—Katya, me gustaría presentarte a mis hermanos —me dice, y luego señala al hombre sentado junto a Emily. Va descendiendo por la mesa, presentando a cada hermano y volviendo a presentar a sus esposas. Me sonríen, y yo hago lo posible por corresponderles. El último hombre, Matvey, está solo, y su sonrisa no es tan grande como la de los demás. Sus ojos son tan oscuros que parecen negros, pero no hay nada cruel en su mirada. Más que nada parece triste, y no sé qué pensar de los hermanos Melnikov. Cuando Konstantin golpea su copa de champán con un tenedor, todo el mundo se fija en él. Mi hermano mayor se levanta y esboza la misma sonrisa aniñada y encantadora de siempre, cuando quiere parecer humano y tranquilizar a la gente.

—Solo quiero hacer un brindis rápido por mi hermosa hermana y por el hombre al que estamos encantados de dar la bienvenida a nuestra familia. Vitaly, cuida bien de mi hermana. Significa mucho para nosotros —dice, y casi suelto una carcajada de puro asombro antes que prosiga—. Osip y yo estamos deseando trabajar contigo y con tus hermanos en los próximos años. —Se ríe suavemente y añade—. Tengo la sensación que va a ser muy provechoso para ambas familias.

Nos sonríe, y yo utilizo todos mis años fingiendo que todo va bien para hacer de mi expresión una máscara en blanco que haría las delicias de Oksana tras conseguir esnifar exitosamente hacia un lugar más feliz.

Sonrío y alzo la copa, brindando por un futuro que no pedí y que con toda seguridad nunca quise.

Los invitados sonríen, vitorean y gritan sus felicitaciones, y es absolutamente apropiado que un puñado de gilipollas asesinos y traficantes de sexo brinden por mis forzadas nupcias. Me bebo el champán, con la esperanza de embotarme lo suficiente para pasar las próximas horas. Sonrío cuanto puedo, bebo cada vez que hacen un brindis y fuerzo mi garganta seca a engullir la comida que tengo delante. Cuando sacan la tarta nupcial, ya no sé cuánto más podré aguantar.

Mis hermanos están decididos a continuar con la farsa, así que me muerdo un gemido cuando insisten en que Vitaly y yo cortemos la tarta juntos. El fotógrafo que ha estado merodeando por las afueras empieza a disparar de nuevo en cuanto pego mi sonrisa y sigo a mi marido hasta la mesa preparada.

Coge el cuchillo y me mira, enarcando una ceja oscura.

—Creo que tenemos que hacer esta parte juntos.

Alargo la mano y la coloco sobre la tatuada sosteniendo el enorme cuchillo. La mantengo ahí hasta que él corta el primer trozo. Retiro la mano cuando termina, pero sigo a su lado. Por fortuna, Konstantin se muestra satisfecho con ello y no insiste en que nos demos de comer el uno al otro. Cuando los camareros empiezan a cortar el resto y a repartirlo entre los comensales expectantes, permanezco donde estoy. Incluso con los calefactores instalados, hace frío, y cuando empiezo a tiritar, Vitaly me mira y lo nota inmediatamente.

Comienza a quitarse la chaqueta, y rápidamente le digo:

—Tranquilo. No hace falta que lo hagas.

—Estás helada.

Es lo único que dice, como si fuera explicación suficiente, y en cuestión de segundos me cubre los hombros con su chaqueta y me envuelve en su calor. Su calor corporal y su fragancia me envuelven, y quiero odiarlo, pero es extrañamente tranquilizador. Nadie me ha prestado nunca una chaqueta porque tenga frío, y sé que probablemente solo lo hace por hábito o para tranquilizarme y que no empiece a llorar y estropee la bonita farsa que tenemos entre manos, pero sigue siendo agradable y lo agradezco. No soy tan estúpida como para pensar que esto significa que

es un buen tipo, pero al menos significa que no quiere que me quede aquí helada, y eso tiene que significar algo.

Él asiente y me lleva de nuevo a la mesa. Después de otra hora interminable, Roman mira a su mujer y se da cuenta del bostezo que ella intenta ocultar. Besa su frente y mira a Vitaly.

—Tengo que llevarla a casa. Creo que toda la emoción la ha agotado.

—Lo mismo digo —dice Danil y se vuelve para sonreír a Konstantin—. No sé cómo has conseguido reunir todo esto tan rápidamente, pero me alegro que lo hicieras. Avísame cuando estés libre para repasar algunas cosas.

Konstantin se ríe.

—Siempre pensando en el trabajo —dice con un pequeño gesto de aprobación—. A mí me pasa lo mismo. Me pondré en contacto pronto. No veo razón para esperar. —Mira a Vitaly, su sonrisa crece—. Imagino que la feliz pareja estará indispuesta durante unos días, pero estoy dispuesto a hablar de negocios cuando tú lo estés.

—Podemos empezar cuando quieras —dice Vitaly—. Al igual que tú, no veo ninguna razón para esperar.

Su insensible desprecio de nuestra temprana unión matrimonial no presagia nada bueno. Aunque supongo que era de esperar, y probablemente sea lo mejor. Nunca he tenido un concepto de cuento de hadas sobre el matrimonio, y ser esposa no va a cambiar eso. Aunque estaría bien tener alguna idea del hombre con el que estoy casada. Esperaba al menos una conversación educada antes de esperar que me desnudara y me abriera de piernas.

Konstantin estudia a Vitaly un segundo antes de soltar otra carcajada y encogerse de hombros.

—Seguro. Entonces llámame mañana. Podemos fijar una hora para vernos.

—Suena bien —dice Vitaly, levantándose con sus hermanos haciendo lo mismo. Me levanto cuando se dan la mano. Me pilla completamente desprevenida que Osip me abrace.

—Mantenlo contento, Katya —me gruñe al oído—. Y mantén los putos ojos abiertos. Queremos saber más sobre estos hombres.

No espera respuesta, me suelta y me empuja hacia el abrazo de Konstantin, que me espera, porque al parecer nos hemos convertido en una familia de abrazados.

—Hora de ser útil, hermana. Dale lo que quiera, y será mejor que lo hagas con una maldita sonrisa en la cara. —Antes de poder apartarme, me agarra con más fuerza y sisea—. Ni una palabra sobre nuestra familia.

Asiento con la cabeza porque sé que no me dejará marchar hasta que lo haga. No solo me venden a un hombre extraño, sino que también se espera de mí que espíe e informe de cualquier cosa sospechosa a mis hermanos y que mantenga la boca cerrada sobre cualquier asunto de los Lebedev, y si meto la pata, alguna mujer inocente pagará por ello. Nada es sencillo en mi mundo.

Cuando me retiro, Vitaly me está mirando, recorriendo mi cara con los ojos y fijándose en cada detalle, como había hecho en el baño. A pesar del aire frío, se ha arremangado la camisa de vestir blanca, dejando al descubierto sus antebrazos entintados. No puedo evitar fijarme en las venas que recorren su piel bronceada, y desvío rápidamente la mirada. Es jodidamente extraño estar casada con alguien sin conocer siquiera los detalles más básicos sobre él. Ni siquiera sé cómo se toma el café ni cuántos años tiene.

Sus hermanos se llevan a sus esposas con Matvey detrás, y cuando Vitaly vuelve a ofrecerme su brazo, le doy un rápido abrazo de despedida a Oksana y le deseo suerte antes de girarme y aceptar el brazo de mi marido. Ha llegado el momento de entrar en mi nueva vida.

CAPÍTULO 4



Vitaly

El toque de Katya en mi brazo es tan ligero que apenas lo siento. Es como si se esforzara por no tocarme lo más mínimo. Aún intento procesar el hecho de encontrarme junto a mi mujer. *Mi mujer*. Nunca he tenido una segunda cita con una mujer, y ahora estoy jodidamente casado.

La miro, ignorando el hecho de ser absolutamente preciosa. Cuando retiré el velo y vi su rostro, fue como si alguien hubiera metido la mano y me hubiera robado el aire de los pulmones. No podía respirar. El que pareciera muerta de miedo no le había restado belleza. En todo caso, la había aumentado, y sentí unas ganas locas de abrazarla y decirle que todo iba a ir bien, que no iba a lastimarla y que estaba segura conmigo. No me imagino que ser la hermana de Konstantin y Osip haya sido divertido, y es dolorosamente obvio que les tiene terror. Por mucho que lo intente y me diga a mí mismo que no es mi problema, sigue sin sentarme bien.

Mientras el resto de mi familia sube al todoterreno en el que llegaron, conduzco a Katya hasta mi Porsche negro. Le abro la puerta y la ayudo a entrar, asegurándome que su vestido esté bien acomodado antes de dirigirme al lado del conductor. Konstantin hizo que alguien llevara su equipaje durante la ceremonia, así que está lista para salir. La banda que me rodea el dedo me resulta pesada y asfixiante, como una soga alrededor del maldito cuello. Siento un millón de cosas distintas al mismo tiempo, pero no quiero sentir ninguna de ellas.

Cuando arranco el coche, Katya junta las manos con fuerza, parece tan pequeña y asustada en mi chaqueta demasiado grande para ella. Ahora es mi responsabilidad. El tipo que cree que llevar a una mujer a cenar es un compromiso demasiado grande ahora está casado y unido a esta mujer.

Anulación, me recuerdo. Lo borraremos del registro tan pronto tengamos lo que necesitamos de sus hermanos. Probablemente estará más que contenta de dejar esto atrás, y entonces podremos seguir con nuestras vidas separadas y no tener que volver a pensar en esto.

Tras varios minutos de silencio conduciendo por la ciudad, finalmente lo rompo.

—¿Habéis venido desde Berlín? —le pregunto.

—Sí, acabamos de llegar ayer. —Sigue mirando por la ventanilla, sin ofrecer más información.

—¿Te agrada estar aquí? —pregunto, sintiéndome como un imbécil esforzándome por encontrar algo de lo que hablar que ayude a que todo esto no parezca tan jodidamente raro e incómodo.

—No estoy muy segura. El único sitio que he visto es el aeropuerto.

—¿Sabías que tu hermano iba a proponer este matrimonio? —No sé por qué lo pregunto. En realidad, no espero que sea sincera sobre nada que tenga que ver con su familia, pero me contesta igualmente y me encuentro deseando creerla.

—No, no tenía la menor idea. Konstantin me lo contó ayer, antes que tú y tu familia vinierais a cenar. —Suelta un suspiro—. Supongo que sacaste el palo corto.

—¿Qué?

—Konstantin dijo que había dos hermanos Melnikov solteros. Tú eres con el que me he casado esta noche, así que supongo que perdiste.

—Me ofrecí voluntario —le digo, sin molestarme en añadir que es porque el otro hermano Melnikov soltero está enamorado de una mujer a la que su puto hermano secuestró y traficó.

Pasamos el resto del trayecto en silencio, y esta vez no lo rompo. Cuando llego a mi plaza en el garaje subterráneo, los demás ya están dentro, sin duda han corrido hacia el ascensor porque saben tan bien como yo qué decir. Este es el tipo de situación incómoda de la que nadie quiere formar parte. Salgo, abro la puerta y la ayudo a incorporarse antes de coger el equipaje de la parte de atrás. No lleva mucho, solo tres maletas y una mochila. Echándome la mochila al hombro, cojo dos maletas y ella arrastra una de ellas.

—¿Vives en un apartamento?

Paso la tarjeta para acceder a nuestro ascensor privado antes de entrar.

—Vivimos en el ático.

—¿Nosotros?

—Tu hermano no te ha explicado nada, ¿verdad?

—No.

Esa sola palabra cuenta toda una historia. La miro, fijándome en los delicados cristales que se han entretejido en su cabello rubio miel, la grácil línea de su cuello y la pequeña nariz un pelín respingona al final.

—Vivo aquí con mis hermanos y sus esposas.

—¿Realmente se casaron con sus mascotas?

Hay algo en su tono, pero no sé qué es. Confusión, tal vez. Posiblemente un pequeño indicio de disgusto.

—No todos ellos, no. Roman está casado con la hija del alcalde.

—Pero tiene una mascota, ¿no?

Me encuentro con sus inquisitivos ojos azules, justo antes de llegar al piso superior.

—Ahora mismo tiene una esposa, una muy embarazada —y lo dejo así.

Cuando se abren las puertas, sus ojos se agrandan al contemplar la pared de fotografías familiares. Todos nuestros rostros sonrientes nos devuelven la mirada, y veo cómo Katya frunce el ceño, confusa, intentando entendernos. Buena suerte con eso, mujercita.

Sin molestarme en esperar, empiezo a llevar sus maletas por el gran ático. Los demás nos han abandonado por completo, así que vuelvo la vista hacia Katya, que sigue mirando las fotos.

—Vamos. Te enseñaré nuestra habitación.

Nuestra habitación. Casi me atraganto con las malditas palabras. Nunca he pasado una noche entera con una mujer, ¿y ahora vivo con una? Mi cabeza está a segundos de estallar, y no tiene nada que ver con la enorme resaca que aún arrastro. Matvey y yo nos pasamos toda la noche bebiendo, y nada me gustaría más que coger otra botella y beber hasta que la oscuridad me trague de nuevo.

En lugar de hacer eso, llevo el equipaje de mi mujer a lo que aparentemente es ahora nuestro dormitorio. Ella me sigue, mirando discretamente a su alrededor cuando pasamos por la cocina y el salón. Es una planta abierta, así que puede verlo todo.

Hago un gesto con la cabeza hacia el pasillo del otro lado de la sala.

—Ahí están las habitaciones de Roman y Emily. Abajo están Danil y Simona y también Matvey. Arriba están Lev y Jolene.

Ella no dice nada, solo me sigue detrás, escaleras arriba. Pasamos por delante de la habitación que convertimos en gimnasio y de la habitación tras la que sé que se esconden Lev y Jolene. Pienso en golpearla mientras pasamos y llamarle gallina de mierda, pero no lo hago. Yo también me escondería si pudiera.

Abro la puerta de nuestra habitación, entro y dejo su equipaje junto al vestidor. Ella entra despacio, mirando a su alrededor, excepto la gran cama de matrimonio. Contempla los grandes ventanales que muestran únicamente un cielo oscuro y el tenue resplandor de la ciudad bajo nosotros. Se acerca y se detiene en la mecedora ridículamente cómoda que hay en un rincón. Mis hermanos y yo fuimos de tiendas especializadas en bebés, Matvey y yo solo pretendíamos comprar tres para nuestras cuñadas embarazadas, pero en cuanto nos sentamos en una, decidimos rápidamente que nosotros también necesitábamos una.

Haremos mucho de canguro, así que tiene sentido. Además, es muy confortable.

Ella no me pregunta nada al respecto, y yo no le ofrezco ninguna información. Sigo partiendo de la base que no puedo fiarme de ella para nada. No pude oír lo que demonios le susurraron Konstantin y Osip antes de irnos, pero vi su rostro cuando la soltaron. Estoy dispuesto a apostar a que tiene órdenes estrictas de mantener informados a sus hermanos de cualquier cosa que averigüe sobre nosotros.

—Puedes utilizar todo el armario que necesites. —Ese es el cuarto de baño —añado, señalando la puerta que hay al otro lado de la habitación. Mañana puedo enseñarte el resto de la casa. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien. —Quitándose la chaqueta, me la tiende—. Supongo que me prepararé para ir a la cama.

Cojo la chaqueta y la veo coger la maleta más pequeña y llevarla hacia el baño antes de cerrar la puerta y echarle el pestillo. Con un suspiro, tiro la chaqueta en otra de las sillas y me quito los zapatos. Entro en el vestidor, me despojo rápidamente del esmoquin, que de repente me aprieta jodidamente demasiado, y lo cambio por un par de joggers grises y una camiseta blanca.

Me paseo por la habitación pasándome una mano por el cabello, deseando que desaparezca la incomodidad del viaje en coche, porque nada es comparable a lo que está a punto de ocurrir. Como si leyera mis pensamientos, oigo el clic de la puerta detrás de mí. Me doy la vuelta justo a tiempo para ver salir a Katya. Lleva una bata rosa ceñida a la cintura. Es lo bastante corta para dejarme ver sus largas y tonificadas piernas, pero todo lo demás está oculto. Su esmalte de uñas rosa resalta sobre la alfombra color crema y hace juego con la bata que lleva cerrada.

—Lo siento, pero ¿puedes ayudarme con esto? —Hace un gesto hacia las horquillas de cristal que aún lleva entretejidas en el largo cabello—. Intenté quitarme la mayoría, pero no consigo encontrarlas todas.

Se da la vuelta cuando me acerco, e intento ignorar lo condenadamente vulnerable que parece, con la bata ceñida a su cuerpo como una armadura y los rizos sueltos de su cuerpo descansando suavemente sobre su espalda.

Levanto la mano y comienzo a quitarle las horquillas, sacando los brillantes cristales. No puedo evitar fijarme en lo suave que es su cabello. Cuando los largos mechones empiezan a soltarse y a caer, su olor inunda mi nariz y casi gruño. Huele a vainilla, tan jodidamente dulce que estoy tentado de agachar la cabeza y darle un mordisco. Me encantan las cosas jodidamente dulces.

Al pasarle los dedos por el cabello intentando encontrar algún resto de horquilla, siento que mi polla empieza a endurecerse y maldigo la falta de control de mi cuerpo. Es una reacción normal, me digo. No significa una mierda. Es preciosa y huele de maravilla. Y una mierda.

Mis dedos se deslizan por los mechones de su cabello una última vez antes de decir:

—Creo que ya están todas.

Se da la vuelta, me quita las horquillas de la mano y, cuando baja la mirada y ve la silueta de mi polla tensándose contra mis joggers, aspira rápidamente y da un paso atrás. No es el tipo de respuesta que suelo recibir de una mujer. No parece que quiera arrancarme la ropa y follarme. Parece aterrorizada, e incluso cuando sus ojos azules se cruzan con los míos, no hay ni una pizca de lujuria en ellos. Está demasiado ocupada muerta de miedo como para excitarse.

—¿Puedes ser más suave conmigo, por favor? —Se aferra a la bata con manos temblorosas y el tono de su voz no suena excitado. Es tembloroso y asustado.

Tardo un segundo en responder. Nunca había tenido a nadie así a mi lado, y no puedo decir que me guste. Sujetándome la nuca, suelto un suspiro y la miro a los ojos.

—¿Qué crees exactamente que voy a hacer?

Se sonroja y mira hacia la cama.

—¿Tú no? Quiero decir... Creí que querías... —Hace un gesto hacia la cama—. —Se muerde el labio inferior para no divagar más.

Sacudo la cabeza y suelto un resoplido disgustado.

—¿Así que pensabas que iba a tirarte a la cama y a hacer lo que quisiera contigo?

Parece sorprendida por la pregunta, como si no se le hubiera ocurrido que no fuera a hacer exactamente eso.

—Nunca he forzado a una mujer, y te aseguro que no voy a empezar a hacerlo en mi maldita noche de bodas.

—Pero pensé —comienza a decir, ruborizándose aún más antes de terminar con un suave: —Mis hermanos lo esperarán.

—Quiero que entiendas algo muy importante, *esposa*. Tus hermanos no tienen ni voz ni voto en lo que ocurre entre nosotros, y te aseguro que no pueden opinar sobre lo que ocurre en nuestro dormitorio. Esto es entre nosotros y nadie más, y lo que ocurra aquí dentro, o lo que *no ocurra* aquí dentro, no es asunto de nadie salvo nuestro.

Aparta sus ojos asustados de la cama y vuelve a mirar los míos.

—¿No se enterarán?

—No, a no ser que tú se lo digas. ¿Vas a contarles nuestros secretos, Katya?

—No —susurra, pero no confío en ella. ¿Por qué iba a hacerlo? La conozco desde hace exactamente el mismo tiempo que llevamos casados, lo cual no es decir mucho. Puede que cinco horas sea la puta relación más larga en la que he estado, pero eso no significa que tengamos algún tipo de vínculo. Sigue mirándome como si estuviera a punto de arrancarle la bata y tirarla contra la jodida cama.

Me restriego una mano por la cara, incapaz ya de soportar nada de esto.

—Quédate con la cama. Yo estaré en el sofá si necesitas algo.

—No tienes por qué hacerlo —empieza a decir, pero le hago un gesto con la mano, demasiado frustrado y cansado para ocuparme de esto.

—No quiero que te preocupes por si te arranco la ropa mientras duermes. Necesitas descansar, y lo harás mejor si yo no estoy aquí.

No discute lo que he dicho, así que me doy la vuelta y me alejo, cerrando la puerta tras de mí. Al pasar por delante del gimnasio, veo a Matvey dándole a la bolsa, así que entro y cojo una botella de agua de la nevera que tenemos aquí y tomo asiento. Está tan metido en lo que hace que tarda unos minutos en darse cuenta de mi presencia. Cuando lo hace, le da un golpe más a la bolsa, dejándola balancearse en su cadena antes

de soltarse los guantes y pasarse una mano por el sudoroso cabello. Le lanzo un agua al acercarse.

—¿Así de bien te va?

Me rio sacudiendo la cabeza.

—Es exactamente como me imaginaba que sería el matrimonio: absolutamente miserable y sin que nadie eche un polvo.

Matvey se encoge de hombros y se bebe la mitad del agua.

—Nuestros hermanos parecen bastante felices.

—Son atípicos. No es normal. La mayoría de los casados son desgraciados.

—Solo está asustada. —Toma asiento junto al mío y termina su agua—. Su única familia son un par de psicópatas que disfrutan vendiendo mujeres. No puede ser fácil crecer rodeado de eso.

—No, pero les es leal, Matvey. Es imposible que no le hayan ordenado espiarnos.

—Lo sé, y por eso no vamos a darle nada, pero eso no cambia el hecho de estar muerta de miedo y en un lugar extraño con gente extraña.

Intento ignorar la culpa que empieza a clavarse en mí. Él da por sentado que está aterrorizada, pero yo sé a ciencia cierta que lo está ya que acabo de verlo con mis propios ojos.

—Creía que iba a violarla —admito—. Me suplicó que fuera suave con ella.

—Joder, tío —gruñe—. Estoy tan harto de estos cabrones. Estoy tan jodidamente harto de tener que ser amable con ellos y fingir que soy tan repugnante como ellos. Me ponen jodidamente enfermo.

—A mí también, hermano. —Tiro mi botella de agua vacía, golpeando el cubo de basura de la esquina—. Pronto conseguiremos acabar con ellos, y entonces no tendremos que volver a estar cerca de esta mierda.

—No puedo esperar, joder. —Termina de beber y vuelve a mirarme—. Tengo que ducharme, pero si quieres, puedo patearte el culo en una partida de billar cuando salga.

Sé lo que me ofrece, y se lo agradezco ya que no estoy dispuesto a pasar mi noche de bodas en el sofá. Poniéndome en pie, le sigo fuera de la habitación.

—Voy a prepararlo —le digo cuando estamos abajo. Me dirijo a la habitación que hemos convertido un poco en sala de juegos y él sigue por el pasillo hasta su dormitorio. Sin poder resistirme, me acerco al bar del rincón y me sirvo un gran trago. Esta noche el vodka se bebe aún mejor, y ya voy por la segunda copa cuando vuelve a entrar Matvey. Lleva joggers como yo, pero en lugar de camiseta lleva una sudadera con capucha. No le gusta mostrar sus cicatrices, aunque se las ha tatuado todas. Puedo ver las llamas de colores asomando por la espalda de su sudadera y subiendo por su cuello para unirse a los demás tatuajes que decoran su piel.

Se sirve una copa y rellena la mía antes de coger uno de los palos de billar que le ofrezco. Tiene razón. Están a punto de darme una paliza. Nadie gana a Matvey al billar, pero no es por eso por lo que estoy aquí abajo jugando una partida con él. Quiero no pensar en la mujer que está asustada y durmiendo en mi cama. Sobre todo quiero dejar de sentirme como un imbécil por la mujer que está asustada y durmiendo en mi cama. Me digo a mí mismo que no le debo nada más que mantenerla segura mientras esté a mi cargo. Eso es mucho más de lo que harían sus hermanos en esta situación.

Después de cuatro partidas y varias copas más, sigo sintiéndome fatal.

—¿Otra? —pregunta Matvey, y sé que seguiría jugando hasta que saliera el sol si yo quisiera, pero veo lo cansado que está, y el agotamiento y el alcohol también me están afectando mucho.

—No, debería dormir un poco. —Dejo el palo en la mesa y sonrío—. Creo que estuve a punto de ganar la última partida.

Matvey sacude la cabeza, dedicándome una leve sonrisa.

—Es algo triste que pienses eso.

—Voy a fingir que estuve cerca.

—Eso es aún más triste.

Me rio y lo sigo fuera de la habitación.

—Gracias, tío —le digo antes de empezar a subir las escaleras.

—Cuando quieras, ya lo sabes.

—Lo sé, hermano. Gracias.

Camino sobre unas piernas que hace unas horas estaban mucho más firmes y, en cuanto veo el sofá del salón, sacudo la cabeza con un gemido. No estoy preparado para tumbarme en esa maldita cosa, y no puedo dejar de preguntarme cómo estará Katya. Convenciéndome de echar un vistazo rápido para comprobar que está bien, empiezo a subir las escaleras. Probablemente no soy tan silencioso ni sigiloso como creo, abro la puerta y me cuelo en nuestro dormitorio. Pero ella no se despierta.

Ha dejado encendida la lamparita de la mesilla, lo que me permite verla claramente. Está de espaldas a mí y se ha hecho un ovillo con las sábanas subidas hasta el cuello. Su cabello rubio miel se abre en abanico sobre la almohada, y mis dedos se mueven a los lados. El recuerdo de aquellos mechones sedosos deslizándose por mi piel me golpea con fuerza, y su olor me llena inmediatamente la nariz. Su dulzura me hace desear pasarle la lengua por encima para ver si sabe tan bien como huele.

Dando vueltas alrededor de la cama, me detengo cuando veo algo que asoma entre las sábanas. Agarrándolo por el extremo, saco un gran bloc de dibujo y un par de carboncillos y lápices de colores caen al suelo. Sorprendido, lo levanto más cerca, estudiando el gran pájaro que llena la página. No es el cisne negro de la Bratva Lebedev, sino un ave diferente que reconozco inmediatamente. Solía verlos continuamente en Moscú. Ha conseguido captar perfectamente a la urraca euroasiática, incluso hasta el color azul que ha añadido a su cuerpo, que por lo demás es blanco y negro. El dibujo es magnífico, y me sorprende el talento que tiene. No soy el tipo de persona que se pasa días recorriendo museos de arte, pero incluso yo puedo ver la belleza de este dibujo. Es tan realista, y el brillo travieso que ha conseguido captar en sus ojos oscuros es impresionante.

Antes de pensarlo mejor, saco el móvil y hago una foto del dibujo. No sé por qué lo hago, salvo porque me gusta y quizá quiera volver a verlo. Dudo mucho que quiera sentarse conmigo y enseñarme sus dibujos, así que esta puede ser la única oportunidad que tenga. Con ese pensamiento en mente, empiezo a hojear el bloc de dibujo. Está lleno de pájaros. Tiene varias especies diferentes, pero es obvio que la urraca es su favorita. Hago unas cuantas fotos más de mis favoritos antes de volver a dejar el bloc sobre la cama. Katya emite un suave gemido y se da la vuelta, estirando los brazos por encima de la cabeza. Por lo visto, se había

quedado dormida mientras dibujaba, porque tiene la mano derecha cubierta de carboncillo y ahora también mis sábanas. También se ha manchado la mejilla, y mi deseo de limpiarla es lo bastante fuerte como para hacerme retroceder un paso.

Sacudo la cabeza para despejarla, cojo una manta del armario y me siento en la mecedora. Apoyo los pies en la otomana y me hundo en el mullido cojín, sintiendo que se me cierran los ojos. Una noche de bodas en una mecedora no es tan triste como una noche de bodas en el sofá de abajo. Feliz puto matrimonio para mí.

No tardo nada en perder el conocimiento y, cuando me despierto, la habitación está vacía. Tras varios segundos en los que mi aletargado cerebro recuerda todo lo que pasó anoche, me incorporo lentamente y paso una mano por la cara. El sonido de la ducha me hace saber dónde está mi media naranja, y un rápido vistazo a la habitación me muestra que ha hecho la cama y que su bloc de dibujo no está a la vista.

Al levantarme, veo que ha deshecho la maleta. Su ropa cuelga del armario como si se hubiera esforzado en ocupar el menor espacio posible y en que ninguna de nuestras pertenencias se tocara. En un lado están mis trajes y camisas oscuros, y en el otro una pared de varios tonos de rosa y otros colores de aspecto femenino. Paso las manos por encima de su ropa, apartándola cuando veo un vestido corto de color azul claro que no puedo evitar imaginarme en su curvilíneo cuerpo. No había podido ver mucho de ella, primero con el vestido de novia y luego con la bata, pero vi lo suficiente para saber que quiero ver más.

El sonido de la puerta del baño al abrirse me hace girarme. Ella sale y, cuando me ve, se lleva una mano al cuello y aparta rápidamente la mirada. Mis ojos recorren el vestido rosa que lleva. No es ceñido, pero se me hace la boca agua al ver cómo ciñe sus pechos y acentúa unas caderas en las que me gustaría meter los dedos. Sigo la línea de sus torneadas piernas, terminando en sus pies descalzos. Vuelvo a ver sus uñas pintadas de rosa y, cuando empieza a moverse nerviosamente, cambiando el peso de un pie a otro, me doy cuenta que sigo mirándola como si intentara memorizar cada detalle de ella. Demonios, quizá lo esté haciendo. No consigo averiguar qué siento por ella, y eso me confunde.

—Si me das unos minutos para ducharme, podemos bajar a desayunar.

—Claro —me dice, evitando aún mi mirada. Antes de cerrar la puerta, añade un rápido—. Lamento que tuvieras que dormir en la mecedora anoche.

—Elegí dormir en la mecedora. Había un sofá perfectamente bueno abajo que podría haber utilizado.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunta, sorprendiéndome.

No sé qué decir.

—Sabía que estabas disgustada. No quería que te despertaras sola y en un lugar extraño.

Antes que pueda decir nada, entro en el cuarto de baño y cierro la puerta tras de mí. Por lo visto, nuestro matrimonio, por breve que sea, va a estar lleno de preguntas incómodas y escapadas rápidas al cuarto de baño cuando esas preguntas incómodas no tengan respuesta. Felicidad conyugal, allá vamos.

De pie bajo el agua caliente, deseo que desaparezca mi dolor de cabeza. Tengo que dejar de beber tanto. El vodka no va a resolver mis problemas. Tengo que afrontarlo de cara y con la mente despejada. Lavándome rápidamente, ni siquiera me molesto en masturbarme o afeitarme. Un orgasmo probablemente me haría sentir mejor, pero no puedo reunir el entusiasmo necesario para esforzarme en conseguirlo. Intento no pensar en lo jodidamente deprimente que es eso.

Al fijarme en los nuevos frascos que cubren la estantería empotrada en la pared de azulejos, no puedo resistirme a alargar la mano y curiosear. Champú, acondicionador y algún tipo de jabón corporal. Abro la tapa, lo huelo e inmediatamente deseo no haberlo hecho cuando mi polla empieza a endurecerse. Maldita vainilla, y debajo hay una especie de olor a flores silvestres cuyo único calificativo es jodidamente delicioso.

Hostia puta.

No importa que huela bien. Es decir, la mayoría de la gente lo hace. No significa nada que el olor que elige llevar me la ponga dura. Y una mierda. Ignorando mi odiosa polla, saco el culo de la ducha y me seco con la toalla. Me pongo unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga y salgo, decidido a no empezar a preocuparme por la mujer que tengo delante, oliendo como una galleta recién horneada y con un aspecto igual de jodidamente delicioso.

—¿Preparada para el desayuno? —le pregunto, y cuando hace un pequeño gesto con la cabeza y se levanta de la mecedora en la que había dormido, ambos bajamos las escaleras. No me sorprende en modo alguno ver a todo el mundo merodeando alrededor de la isla de la cocina, sin duda esperando a ver si he sobrevivido a la noche.

—Buenos días —me dice Roman, sirviéndose otra taza de café antes de pasarme la cafetera. Baja la voz para que solo yo pueda oírlo y pregunta—. ¿Cómo te va?

—No preguntes —gruño, llenándome la taza y sirviéndole otra a Katya.

Roman suelta una suave carcajada y se pone al lado de Emily, quien le sonríe a Katya.

—Queda mucho desayuno, si quieres. Esta mañana hemos hecho tortitas y beicon.

—Gracias —dice Katya, volviendo a hablar en inglés a sabiendas que las mujeres de mis hermanos no hablan ruso. Katya va a por azúcar para el café y, cuando va a por la leche, se detiene al ver las normas de la casa en la nevera. Es una lista muy corta: nada de romances históricos en las noches de cine y una norma vetada que deja claro que las mamadas en la cocina están permitidas y muy posiblemente fomentadas. La comisura de su boca se curva ligeramente antes de murmurar, *'me alegra saberlo*', y abre la puerta para coger la leche.

Cuando vuelvo la vista, Lev levanta una ceja perforada hacia mí en un *oye, quizá tengas suerte y te hagan una de esas mamadas nocturnas en la cocina.* Le hago un gesto discreto e ignoro la suave carcajada que suelta. Cojo dos platos, le doy uno a Katya y la ayudo a prepararse un plato. Tomamos dos taburetes en el extremo de la isla y fingimos que nadie nos mira.

Observo que Katya no deja de mirar a mis hermanos, viendo cómo Roman mantiene una mano protectora sobre la barriguita de Emily, cómo Lev besa la frente de Jolene y cómo Danil no deja de sonreír a Simona. Matvey está al final, comiendo un cuenco gigante de cereales azucarados, pero también le dedica unas cuantas miradas curiosas.

—¿Quieres más? —pregunto cuando su plato está vacío.

—No, gracias. Estoy bien.

Cojo nuestros platos y empiezo a recoger cuando ella se baja del taburete y me sigue. En un momento estoy enjuagando los platos, y al siguiente levanto la vista justo a tiempo para ver a Simona volcar accidentalmente un vaso. Apenas se hace añicos contra el suelo duro, Katya se lanza hacia delante presa del pánico, sin parecer darse cuenta ni preocuparse de cortarse los pies.

—Lo siento —se apresura a decir.

—Katya, no te muevas. —Me acerco, gesticulando cuando vuelve a mover los pies y veo gotas de sangre en el suelo.

Me mira con un par de ojos azules y desorbitados.

—Ha sido culpa mía, no de ella.

Levanto una mano en un gesto de *jodida calma*, espero.

—No, estoy bastante seguro que Simona rompió el vaso, pero fue solo un accidente.

Katya vuelve a mirar a Simona, observando su barriga de embarazada.

—No, ha sido culpa mía. —Luego mira a Danil, quien parece igual de confuso que yo—. No le hagas daño. Ha sido culpa mía.

—¿Por qué iba a hacerle daño?

Katya me devuelve la mirada, tratando por todos los medios de comprender.

—Pero ella es su mascota.

—No —le dice suavemente Danil—. Es mi mujer, y no la lastimo.

Ni siquiera me apetece hacer una broma sobre su habitación insonorizada y el cojín para el culo que le compré después que él le diera unos azotes en el culo porque ella puso su vida en peligro por intentar salvarlo. Al mirar las huellas ensangrentadas, sé que no puedo aguantar más observando cómo se cortó los pies. Me acerco y la cojo en mis brazos, asegurándome que el brazo que tengo bajo sus muslos también le sujeta el jersey para que no enseñe nada a nadie.

Sus ojos azules se vuelven hacia los míos.

—¿Qué haces?

—Te estás cortando los pies. Tenemos que vendártelos.

—Pero los cristales —empieza a decir, pero Roman la interrumpe.

—No te preocupes, Katya. Lo limpiaremos.

Ella lo mira, aun obviamente confusa por el comportamiento de mis hermanos. Le doy las gracias y vuelvo a subir a Katya. No se resiste a estar en mis brazos, pero tampoco se acomoda contra mí ni se esfuerza por tocarme. Es más bien como si lo soportara, y me digo que no importa.

Paso de nuevo por nuestra habitación y entro en el cuarto de baño antes de dejarla sobre la gran encimera. Se coloca de lado para que pueda subirle las piernas. Los cortes siguen sangrando y suelto un suspiro frustrado.

—¿Qué demonios te ha llevado a atravesar el jodido cristal?

Como no dice nada, suelto una dura carcajada y sacudo la cabeza.

—No, no puedes quedarte callada en este caso. Quiero saber por qué lo hiciste.

Espera unos segundos, y sé que está sopesando sus palabras, intentando decidir hasta qué punto ser sincera conmigo.

—No quería que Simona se metiera en problemas por ello. Está embarazada. La paliza no me dolería tanto.

—¿La paliza? —pregunto, apenas consiguiendo pronunciar las palabras. Un destello de rabia se esconde en mi interior, creciendo lentamente hasta convertirse en algo que amenaza con desbordarme cuando pregunto—. ¿Tus hermanos te golpean?

—No —se apresura a decir.

—¿Permiten que otros te golpeen?

—No, no lo hacen. Te lo prometo.

—No lo entiendo. ¿Por qué crees que Danil golpearía a su mujer?

—Es su mascota. He visto su tatuaje.

—¿Así que tus hermanos tienen mascotas a las que golpean?

Ella cierra la boca ante esa pregunta, lo cual es respuesta más que suficiente. Como no quiero presionarla demasiado, renuncio a las preguntas por ahora y miro los pies goteando sangre en el lavabo.

—Necesito limpiar estos cortes y asegurarme que no hay cristales en ellos.

—De acuerdo —susurra.

Cojo un paño y el pequeño botiquín que guardo bajo el lavabo, dejo correr agua caliente y empiezo a mirarle los pies. Los cortes no son tan profundos como para necesitar puntos, pero sé que duelen, y sé que dolerán más cuando empiece a escarbar en busca de cristales. Me molesta más de lo que debería. No soy ni remotamente remilgado, y he matado a hombres de formas que harían vomitar a hombres cuerdos, pero de algún modo la visión de su sangre me resulta molesta.

—Intentaré que esto sea lo menos doloroso posible —le digo.

Me asiente rápidamente, con el rostro sonrojado y los dedos jugueteando con la parte inferior de su jersey. No se me ha pasado por alto que se le ha subido un poco, mostrando más de esos muslos que me muero por explorar. Sus piernas están torneadas y al parecer me gustaría tenerlas rodeando mi cintura.

Apartando ese pensamiento, paso el paño caliente por el primer pie y empiezo a inspeccionar lentamente cada corte en busca de pequeños fragmentos de cristal. Cuando detecto uno, cojo las pinzas y lo extraigo al tiempo que ella emite un suave gemido dirigido directamente a mi polla. Levanto los ojos hacia los suyos y veo cómo sus labios entreabiertos aspiran otra bocanada de aire, y cuando su lengua asoma para humedecer el labio inferior, casi suelto un gruñido.

Vuelvo a centrarme en su pie y termino mi inspección antes de examinar el segundo. Cuando detecto otro trozo de cristal, suelta otro gemido suave e intenta apartar el pie. La agarro del tobillo para detenerla, pero sigue moviéndose y el movimiento hace que se le suba aún más el vestido, y cuando veo unas bragas rosas, me olvido de lo que se supone que estoy haciendo. Me quedo paralizado ante un par de putas bragas rosas de algodón. He visto mujeres con todo tipo de lencería, y ninguna me había afectado nunca así.

Puede que sea por su modesta inocencia, puede que sea por saber que bajo ese fino trozo de tela hay un coñito intacto, o puede que sea por la pequeña mancha húmeda que veo florecer entre sus muslos cuanto más sigo mirándola.

Supongo que es una combinación de las tres cosas. La trifecta perfecta que me hace desear arrodillarme entre sus muslos abiertos y rogarle que me dé la oportunidad de enterrar mi cabeza entre sus piernas.

—Vitaly —susurra, atrayendo de nuevo mis ojos hacia los suyos. Sus ojos azules siguen pareciendo asustados, pero ahora hay algo más, algo que hace que mi polla se tense contra mis vaqueros y mi ritmo cardíaco se acelere.

No puedo follármela. Grito las palabras en mi cabeza una y otra vez y me fuerzo a apartar los ojos de los suyos y volver a sus sangrantes pies.

—Intenta quedarte quieta. —Vuelvo a coger las pinzas, pero antes de poder sacar el trozo de cristal, ella intenta zafarse de nuevo—. Katya, tengo que sacar esto.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Cuánto tiempo llevas dibujando? —pregunto, intentando apartar su mente de lo que estoy a punto de hacer.

—¿Has visto mi bloc de dibujo?

—Anoche lo vi, sí. Tienes mucho talento. La urraca realmente me gustó.

—¿De verdad?

Parece tan sorprendida por ello que levanto brevemente la vista para encontrarme con sus ojos antes de volver a mirar el corte con el trocito de cristal sobresaliendo de él.

—Sí, así es. Recuerdo verlas siempre en Moscú.

—Son mi pájaro favorito. —Suelta un suspiro cuando empiezo a sacar el trozo de cristal.

—¿Por qué?

—Son muy inteligentes.

Puedo ver que quiere decir algo más. Levanto una ceja.

—¿Y?

Hace una mueca de dolor cuando saco el trozo de cristal.

—Y pueden reconocerse en los espejos.

—¿Y? —pregunto, intentando disimular mi sonrisa ya que me consta que está evitando decirme por qué se siente realmente atraída por ellas.

—Y lloran cuando muere su pareja —me dice finalmente.

—¿Lo hacen?

—Síp, se emparejan de por vida, y cuando uno de ellos muere, actúan de forma diferente, e incluso cantan una canción especial de luto. —Se encoge de hombros—. Siempre he pensado que eso es muy tierno, que alguien te ame tanto que te llore cuando te has ido.

No sé qué decir al respecto, así que no digo nada. El que haya habido tan poco amor en su vida que le parezca dulce la idea de alguien llorando la muerte de otra persona me molesta mucho más de lo que debería. No crecí con padres cariñosos y nunca he estado enamorado, pero siempre he estado rodeado de él gracias a mis hermanos. Puede que no lo digamos ni nos pongamos sentimentales con abrazos, pero está ahí. Moriría por cualquiera de ellos sin pensármelo dos veces, y sé con absoluta certeza que ellos harían lo mismo por mí, pero Katya nunca ha tenido nada parecido.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Los mató una Bratva rival cuando tenía diez años. Mis hermanos me criaron.

—¿Qué demonios te hicieron? —La pregunta sale antes de poder detenerla, y ella parece tan sorprendida como yo.

—Nada —susurra rápidamente, intentando liberar de nuevo el pie para poder bajarse y huir de mí y de las preguntas que no quiere responder.

—Relájate, no voy a obligarte a decírmelo, aunque confío en que algún día elijas hacerlo.

¿Qué cojones acabo de decir?

¿Un día?

Eso casi suena a hablar del futuro, y no es en absoluto de eso de lo que va este matrimonio concertado. No importa que sienta curiosidad o que me gustaría que confiara en mí lo suficiente como para decirme la verdad. Nada de eso importa, joder. Lo que sí importa es la llamada que estoy a punto de hacer a su hermano para fijar una hora de encuentro y así poder empezar a infiltrarnos en su Bratva y averiguar dónde está Alina.

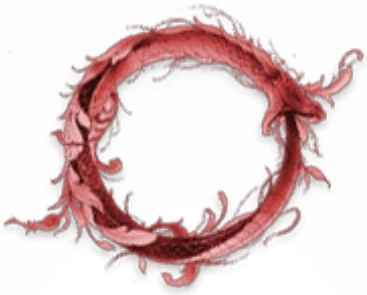
Necesito volver a meter la cabeza en el puto juego y alejarme de esta mujer con aroma a vainilla, bragas rosas y húmedas y ojos que parecen haber visto demasiada tristeza y dolor.



Tengo la sensación que va a ser más fácil decirlo que hacerlo.

—Muy bien, *ptichka*, es hora de limpiar estos cortes.

CAPÍTULO 5



Katya

Pajarito.

El apodo sale de su lengua como si llevara años llamándome así, y si no lo conociera mejor, diría que está tan sorprendido como yo de oírlo salir de su boca. Me aseguro que mi vestido está lo bastante bajo cuando me frota cuidadosamente los cortes con el paño antes de echar mano de la medicina.

—Esto puede escocer —me dice, sonriendo al ver la mirada que le lanzo—. Vale, probablemente escocerá muchísimo, pero tenemos que desinfectarlos.

Intento no pensar en lo condenadamente guapo que es cuando sonríe. Es magnífico en todo momento, pero Vitaly sonriendo, eleva la sensualidad a un nivel completamente nuevo. El hombre es impresionante, y cuando pienso en cómo me había mirado por encima del vestido, todo mi cuerpo vuelve a acalorarse. Sigo sin entenderle. No

es para nada el monstruo que yo esperaba, y no consigo averiguar si todo es un montaje o no. Sin embargo, ninguno de sus hermanos parece como Konstantin y Osip. Cuando mencioné a Danil golpeando a Simona, todos parecían horrorizados ante la sola idea. No se asustan y hacen cosas que Oksana y las mujeres que han sido mascotas de mis hermanos a lo largo de los años nunca harían. Konstantin le habría dado una soberana paliza a Simona por dejar caer el vaso, embarazada o no, y también les habría dado una paliza a Jolene y Emily solo por atreverse a mirarlo a los ojos. No entiendo a la familia Melnikov, y eso me preocupa. No me gusta no saber en quién puedo confiar y en quién no. En casa era fácil. No me fío de nadie. Pero aquí las cosas están revueltas.

El escozor del medicamento devuelve mi atención al momento presente y detiene mis frenéticos pensamientos. Siseo cuando me aplica un poco más.

—Lo siento —murmura, manteniendo su tacto suave mientras me aplica un poco más, asegurándose de limpiar todos los cortes y que no corren peligro de infectarse. Siento sus manos llenas de cicatrices contra mi piel al sujetarme el pie.

—¿Puedo preguntar qué te ha pasado en las manos?

Sus ojos color whisky se encuentran con los míos.

—Estuve en un incendio cuando tenía quince años.

No da más detalles y me parece demasiado invasivo presionarle para que me los dé.

—Lo siento. Debió ser horrible.

Me hace un pequeño gesto con la cabeza antes de coger unas vendas y seguir vendándome los pies. Cuando va a desinfectarme el último corte, suelto otro siseo al sentir el fuerte escozor, él se inclina más hacia mí y sopla contra mi piel. Su calor me produce un escalofrío, y se me escapa un suave gemido antes de ser capaz de detenerlo. Nuestras miradas se cruzan y, cuando vuelvo a sentir el calor de su aliento, intento no retorcerme. Con su mano ahuecando mi pie, su boca tan cerca de mi piel, mi vestido intentando subirse y mis bragas empapándose en directo, es el momento más íntimo que he tenido en mi vida. Estoy acostumbrada a que los hombres hagan como si yo no existiera y se desvivan por asegurarse de no mirarme, pero Vitaly no está haciendo nada de eso. Sus

ojos ámbar estudian cada detalle de mí, y me siento completamente expuesta y al descubierto. Es demasiado, así que desvío la mirada, rompiendo cualquier tipo de control que acabara de ejercer sobre mí.

Sin mediar palabra, empieza a vendarme los pies y, una vez cubiertos todos los cortes, me aprieta suavemente la parte superior del pie.

—No te muevas —me dice.

Lo miro salir del baño, sin poder evitar que mis ojos recorran su ancho par de hombros, su cintura ceñida, su increíblemente firme culo y sus musculosos muslos. Si se ve así de atractivo vestido, no puedo imaginarme la belleza divina que posee cuando esté desnudo. Anoche, cuando estaba empalmado y llevaba pantalones de chándal grises, vi lo suficiente como para saber que ese hombre tiene una polla enorme. Sé lo afortunada que soy porque anoche no me forzara, ya que dudo que hoy pudiera caminar si lo hubiera hecho. Puede que mi cuerpo esté respondiendo a él, pero eso no cambia el que anoche estuviera aterrorizada, y aún arrastro una buena dosis de miedo. Sigo trabajando en mis sentimientos hacia él cuando vuelve a entrar llevando un par de calcetines gruesos.

—Esto debería ayudar un poco —me dice, deslizando con cuidado los grandes calcetines en mis pies. Me da dos pastillas y una botella de agua—. Esto también debería ayudarte.

Observo las pastillas en la palma de mi mano.

—Aspirina —me dice, levantando una ceja—. No son roofies ni cualquier otra cosa que creas que te daría.

—No pensaba que me dieras un roofie. —Al menos estoy bastante convencida que no pensaba eso. Me trago las pastillas dejando el agua.

Aparentemente no me cree.

—Tienes graves problemas de confianza, pero supongo que era de esperar.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que no me sorprende que no confíes fácilmente teniendo a Konstantin y Osip como hermanos.

—¿Y te crees mejor que ellos? —No puedo evitar que la frustración aflore a mi voz, pese a que las campanas de alarma resuenan con fuerza

en mis oídos, intentando que me calle de una maldita vez—. Lo último que supe es que estabas en el mismo negocio que mis hermanos, y que eres propietario de un club que supongo se dedica a mucho más que al striptease.

Vitaly apoya una mano a cada lado de mí, encerrándome con su poderoso cuerpo. Se inclina para que nuestros rostros queden a escasos centímetros, y sus ojos se entrecierran con rabia.

—No soy nada parecido a tus hermanos, *ptichka.*

—No lo entiendo —susurro, deseando que retroceda un poco, porque no puedo pensar cuando está tan cerca.

—No necesitas hacerlo. De todas formas, no importa.

Sin decir una palabra, vuelve a cogerme en brazos y me lleva a la cama. Me deja en el suelo y me da el mando a distancia del televisor de pantalla plana colgado en la pared de enfrente.

—¿Dónde está tu bloc de dibujo?

Señalo la bolsa que hay en un rincón. Lo coge y lo deja en la cama, a mi lado.

—¿Necesitas algo más?

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de convocar a tus hermanos a una reunión, y tienes que estar tranquila.

—Cierto, mis hermanos —le digo, acomodándome de nuevo contra las almohadas—, para hablar de los asuntos que todos compartís.

Ignorando la mirada de enfado que me dirige, pulso el televisor y empiezo a desplazarme para ver qué puedo ver en streaming. No debería presionarle, pero una parte de mí quiere saber qué pasará cuando se enfade realmente. En algún momento tendrá que quitarse la máscara de chico bueno. Necesito saber qué clase de monstruo es. Si no conozco mis límites, nunca podré sobrevivir a esto. Con mis hermanos sabía exactamente qué hacer y qué no hacer, pero con Vitaly no tengo ni idea, y me está volviendo loca.

Antes de marcharse, un momento de puro pánico me golpea cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Aquí estoy sola, y solo tengo que preocuparme de meter mi propio culo en problemas, pero si mis

hermanos piensan que estoy siendo cualquier cosa menos la esposa perfecta que quieren que sea, entonces no seré yo quien pague el precio.

—Espera —me apresuro a decir, alargando la mano y agarrándole de la muñeca. Sus ojos se abren ligeramente por la sorpresa, pero no se aparta, probablemente por el agarre mortal que tengo sobre él—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por contestarte y ser obstinada y por no hacer nada anoche.

Me estudia durante unos segundos, y nunca me he sentido tan observada. Juro que puede leer cada maldito pensamiento que pasa por mi mente tan confusa.

—¿Qué te ha hecho decir eso?

—Me he dado cuenta de lo imbécil que estaba siendo.

Suelta una suave carcajada.

—Buen intento. ¿Ahora quieres decirme la verdad?

Suspiro mientras debato cuánta verdad decirle.

—¿Puedo pedirte algo?

—Depende de lo que sea.

Mis dedos siguen agarrando su muñeca cuando me encuentro con sus ojos.

—Si alguna vez te enfadas conmigo por algo, ¿me darás tu palabra que simplemente me castigarás por ello? —Cuando no dice nada, añado rápidamente—. Te prometo que no me quejaré ni intentaré defenderme ni nada, pero por favor, no se lo digas a mis hermanos.

Tras varios segundos de silencio muy incómodo, sacude la cabeza.

—Ni siquiera sé qué coño decir a eso. Me has dicho que tus hermanos nunca te han agredido, pero han agredido a otra persona, ¿no?

Como no digo nada, coloca su mano sobre la mía. La palma llena de cicatrices es extrañamente tranquilizadora, pero sigo sin poder aflojar el agarre.

—Lo que dije anoche iba en serio. Nuestro matrimonio no es asunto suyo, *ptichka*. No se enterarán de ningún detalle por mí. En cuanto a castigarte —hace una pausa y vuelve a sacudir suavemente la cabeza—,

nunca te lastimaré. No puedo obligarte a creerme, pero tienes mi palabra que jamás te haré daño siendo mi esposa, y te aseguro que no voy a hacer daño a nadie más si me enfado contigo.

Alarga la mano y me pasa muy suavemente un mechón por detrás de la oreja.

—Por cierto, no estoy enfadado contigo. Nunca lo he estado.

No me da la oportunidad de responder. Sus dedos rozan la piel de mi mejilla con un ligero toque que me acelera el corazón cuando se retira, liberándose de mi agarre. Sale por la puerta incluso antes de poder decir nada.

Aparto el mando a distancia, cierro los ojos e intento relajarme. Mi vida parece haber estado girando sin control desde que tenía doce años, y me las he arreglado para sobrevivir a ello, así que seguro que puedo sobrevivir a estar casada con un hombre magnífico que me desconcierta a cada momento.

Con la mente tan acelerada como está, solo puedo hacer una cosa para calmarla. Cojo mi bolsa y saco el cuaderno de dibujo más pequeño, el que siempre tengo escondido, el que lleno con todos los dibujos que no deseo que nadie más vea jamás. Después que Konstantin me hiciera ver cómo mataba a una mujer, supe que perdería la cabeza si no tenía una válvula de escape, si no tenía algo que me permitiera sacar todo lo que sentía, así que empecé a dibujar todas las cosas que sonaban en un bucle repetitivo en mi mente, amenazando con volverme loca. He llenado varios de estos cuadernos más pequeños a lo largo de los años, y cuando cojo el más reciente, mi pecho empieza a sentirse un poco más ligero.

Esta es mi terapia, lo único en mi vida que me ha hecho sentir verdaderamente feliz, y ahora lo necesito más que nunca. Cojo mis carboncillos, me dirijo a una página en blanco y empiezo a dibujar. Con el primer trazo, siento que mi cuerpo se relaja. Me invade una agradable sensación de adormecimiento y me entrego a ella con gusto, perdiéndome en todo excepto en las líneas oscuras que toman forma en la página que tengo ante mí. No me sorprende en absoluto que haya elegido dibujar el rostro de Vitaly. Capto el aspecto que tenía cuando me vendaba los pies, la preocupación en sus hermosos ojos y la forma en que sus labios carnosos se habían estirado en una línea tensa. Cuando termino, continúo. Dibujo su mirada cuando sonríe, las hermosas manos tatuadas

que hacen que se me corte la respiración cada vez que me toca con ellas y su aspecto de esta mañana, cuando me desperté y lo encontré durmiendo en la mecedora.

Cuando dejo a un lado el bloc de dibujo, me duele la mano y me siento más ligera. Nada ha cambiado, nada se ha resuelto, pero me siento mejor después de haberlo plasmado sobre el papel. Cuando llaman suavemente a la puerta, vuelvo a meter el bloc en la bolsa y agarro el más grande, el que contiene todos mis dibujos de pájaros.

—¿Sí? —pregunto, mirando cuando se abre la puerta y Emily asoma la cabeza.

—Hola, solo quería ver cómo estabas y comprobar que te encontrabas bien.

Entra con cautela y, cuando veo a Simona y Jolene rondando por la puerta, sonrío y las hago pasar.

—Estoy bien.

Cuando Emily ve el dibujo sobre mi cama, se le ilumina toda la cara. Miro hacia abajo y veo la pareja de pájaros azules que había dibujado hacía un rato.

—¿Los has hecho tú?

—Síp. —Jugueteo con el lápiz en la mano. A excepción de Vitaly, nadie se ha fijado nunca en mis dibujos. A mis hermanos no les importaban lo suficiente como para querer verlos, y a Simeon simplemente le importaban una mierda.

—Son increíbles —dice Emily, levantándolos para que los vean las otras. Se vuelve hacia mí con una expresión emocionada en su rostro.

—¿Crees que podrías pintar algunos de estos en una pared?

—Sí, supongo —le digo, preguntándome qué quiere decir. No suelo pintar, pero lo he hecho antes y me ha gustado, y ya he dibujado estos pájaros suficientes veces como para sentirme bastante segura de poder reproducirlos con pintura.

—¿Te interesaría pintar nuestro cuarto infantil? —pregunta, y añade rápidamente—. Es decir, no tienes por qué, por favor, no creas que tienes que decir que sí, pero estos pájaros son increíbles y creo que quedarían

monísimos en la habitación del bebé. —Se acaricia la barriguita—. Hace poco nos enteramos que vamos a tener un niño.

—Enhorabuena —le digo.

Simona se ríe y se acerca a la mecedora.

—El mes pasado salieron todos de compras infantiles, y Vitaly y Matvey nos compraron una de estas mecedoras a cada una, pero decidieron que los dos también necesitaban una, para cuando hicieran de canguros. —Se deja caer en ella, apoyando la mano en su pequeña barriguita de embarazada.

Intento imaginarme a Vitaly de compras infantiles y luego tan entusiasmado por hacer de canguro que decide comprarse una mecedora. Me sorprende lo fácil que me viene la imagen a la mente. Me imagino fácilmente su cara sonriente, entusiasmado con su futuro sobrino, y me doy cuenta que me pongo un poco celosa. Puede que esté casada con él, pero estoy convencida que ni siquiera le gusto. Las mujeres que me rodean le conocen mucho mejor que yo, y comparte con ellas partes de sí mismo que probablemente nunca compartirá conmigo.

—¿Cómo es? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

—¿Quién? ¿Vitaly? —pregunta Simona.

Asiento con la cabeza mientras ella piensa qué decir.

—Es muy divertido —me dice, sonriendo ante algún recuerdo que tiene de él.

—Sí, siempre es el que cuenta chistes —dice Emily.

—También es muy simpático —dice Jolene—. Está muy unido a sus hermanos.

—Y odia los romances históricos —dice Emily riéndose—. Todos los odian.

Espero un segundo, pensando en todo lo que han dicho, intentando formarme una imagen precisa de mi marido.

—¿Tiene mal genio?

Veo que Emily y Jolene comparten una rápida mirada antes que Emily diga:

—Vitaly nunca te lastimaría.

Es una respuesta evasiva, pero, como antes, no parecen asustadas lo más mínimo de estos hombres. Nunca había estado rodeada de mujeres que actuaran así. No bajan la mirada ni agachan la cabeza. No actúan tímidamente, no caminan como si estuvieran doloridas y no veo ningún moratón.

—No entiendo nada de esto —admito.

Jolene me da unas palmaditas en la pierna.

—Está bien. Mantén la mente abierta. Puedes confiar en Vitaly. No te mentiríamos al respecto.

Años de desconfianza hacen que me resulte imposible confiar ciegamente en ella, pero sonrío y asiento suavemente con la cabeza porque aprecio lo que intenta hacer. Con la necesidad de hacer algo que no sea sentarme aquí y preocuparme, miro a Emily y le pregunto:

—¿Cuándo quieres que empiece?

—¿En serio? —Su sonrisa emocionada me hace sonreír a su vez—. ¿Puedes andar? Quizá deberías descansar unos días.

—Me voy a volver loca si me paso el día sentada en esta cama.

—Lo entiendo —dice Jolene—. Vamos, podemos ayudarte a bajar.

Me escuecen los pies como si estuvieran ardiendo, pero con una mano en la barandilla y la otra agarrada a Jolene para apoyarme, conseguimos bajar mi culo. Me quedo helada cuando veo a los cuatro hombres armados de pie en la cocina.

—Tranquila —me dice Jolene, lanzándome una mirada preocupada—. Solo están aquí para vigilar todo mientras los muchachos no están.

Parece que, después de todo, no me libraré de los hombres parecidos a Simeon. Cuando miro hacia ellos, no me encuentro con miradas indiferentes y duras. Los cuatro me miran, pero también sonríen. No es una sonrisa que ilumine la cara, pero es amistosa y no amenazadora.

—Estos son Sergei, Aleksandr, Grigori y Feliks —me dice Emily, señalándolos uno a uno—. No estoy segura de las habilidades de juego de Feliks, así que aún no estoy segura de si podremos patearle el culo tan fácilmente como a los otros, pero supongo que probablemente podríamos con él.

Simona se ríe y los hombres sacuden la cabeza.

—De ninguna manera —le dice Sergei—. La última vez fue pura suerte.

—¿Y la vez anterior? —pregunta Emily.

Grigori se ríe y le da un codazo a Sergei.

—Nos ha pillado.

—Como quiera que sea, ahora tenemos a Feliks. —Me mira y asiente con la cabeza—. ¿Qué te parece, Katya? ¿Eres buena?

—¿En qué?

—En videojuegos —me dice, pero por la sonrisa de su cara me doy cuenta de haber respondido ya a su pregunta.

—Nunca he jugado —admito.

Emily me sonríe.

—Apuesto a que aprende rápido.

Aleksandr se ríe.

—Más le vale.

Me siento como si me hubieran recogido y soltado en un planeta extraño. ¿Quién coño es esta gente? Miembros de la Bratva riéndose y bromeando con las mujeres y ninguno de ellos actuando de forma violenta o perversa, ¿qué clase de Bratva es esta?

Cuando los hombres empiezan a actuar como si fueran a seguirnos, Simona les hace un gesto con la mano para que se detengan.

—No os preocupéis, chicos. Solo vamos un rato a la guardería. Nada aterrador ni peligroso, lo prometo.

Los hombres se quedan donde están, pero yo me fijo en el portátil que hay sobre el mostrador y, cuando paso cojeando junto a él, vislumbro varias imágenes de cámaras de seguridad que me hacen saber que este lugar está bastante bien vigilado. Con pasos lentos y dolorosos en los pies, sigo a las demás hasta el cuarto de los niños. La han pintado hace poco y el color azul claro será el telón de fondo perfecto para lo que ya está tomando forma en mi cabeza.

—¿Qué te parece? —pregunta Emily.

Doy vueltas lentamente. Hay dos paredes completamente en blanco, una enfrente de la otra. Una de ellas está dividida por el armario, y la

pared de mi izquierda tiene dos grandes ventanas y estanterías empotradas debajo, con un banco encima.

Rebusco en la bolsa que llevo colgada del hombro, saco el bloc y los lápices y me siento en el suelo.

—Deja que te enseñe lo que estoy pensando —le digo cuando mi lápiz vuela por el papel, dándole un boceto muy tosco y muy rápido de lo que estoy imaginando. Cuando se lo tiendo, se queda boquiabierta y coge el papel.

—Me encanta —me dice, levantándolo para que lo vean todos.

—Oh, Dios, ¿puedes hacernos la habitación de los niños? —pregunta Simona.

—Claro —digo, sintiéndome útil por primera vez en mi vida. Bueno, útil de verdad, no del tipo *vamos a casarte para ayudar a nuestra Bratva*—. ¿Sabes ya lo que vas a tener?

Su mano se apoya en la barriga.

—Todavía no, pero tenemos una cita pronto, así que espero que lo sepamos.

—Creo que es una niña —dice Emily, dando un suave codazo en el brazo de Simona.

—Quizá, pero un niño también sería una monada, y nuestros hijos se divertirían mucho jugando juntos.

—Dios, sería una pasada —asiente Emily, y la sonrisa de su cara deja claro que ya se está imaginando a sus hijos correteando juntos.

—Creo que Lev tiene el corazón puesto en una chica —Jolene suelta una suave carcajada—. Es decir, me baso en todos los pijamitas rosas que sigue comprando a escondidas.

Emily suelta una carcajada.

—Eso es realmente bonito.

Seguimos planeando y hablando hasta que llega la hora de comer y, cuando entramos en la cocina, los hombres siguen pendientes del portátil y comprobando que todo va bien. Jolene empieza a coger provisiones de la nevera para los sándwiches mientras Emily coge el pan y yo intento no

estorbar a nadie. Cuando veo los tomates en la encimera, los enjuago y cojo un cuchillo. Al menos puedo hacer esto.

—¿Y cómo te va con Anya? —pregunta Simona a Aleksandr.

Él gruñe y se pasa una mano por la barba clara.

—Nunca debí hablarte de ella.

—La vio anoche —dice Sergei, delatando a su amigo con una sonrisita socarrona.

Los ojos de Simona se abren de emoción.

—¿En el club o en otro sitio?

Empiezo a cortar rodajas de tomate observando la extraña escena que se desarrolla ante mí. Sigo esperando ver un destello de ira en los ojos de alguno de los hombres o una señal de miedo por parte de las mujeres, pero no hay nada. Actúan como amigos, y aunque los hombres vigilan constantemente la pantalla del portátil y los cuatro portan armas que puedo ver fácilmente, el ambiente es relajado. Salvo yo, no hay nada tenso ni nervioso en este grupo.

Cuando Aleksandr habla de la chica que le gusta, resulta obvio que es una bailarina del club. No hace falta ser un genio para averiguar de qué club están hablando, pero pregunto de todos modos.

—¿Trabaja en el Pink?

Todos se vuelven para mirarme.

—Sí, es una de las bailarinas —me dice Emily—. Aleksandr ha estado intentando armarse de valor para invitarla a salir.

—Es preciosa. Intimidante —dice en su propia defensa y los demás se ríen.

—Claro que es preciosa —dice Sergei—. Es la única clase de mujer que contrata.

Evidentemente, es mi marido, y el recordatorio de ser no solo el propietario de un club de striptease, sino de ocuparse personalmente de llenarlo únicamente con las mujeres más bellas, es el golpe de realidad que necesito. No puedo permitirme desviarme intentando ver algo que no existe. Ha sido dulce conmigo, y su familia parece realmente increíble, pero la verdad del asunto no ha cambiado en absoluto. Está implicado en

el tráfico sexual y es dueño de un club de striptease que probablemente esté lleno de mujeres víctimas de trata y abusos.

—Bueno, eso es lo normal en el negocio —se apresura a decir Emily y luego cambia de tema y empieza a preguntar quién quiere pavo y quién jamón.

Cuando oigo el tintineo del ascensor, ya hemos terminado de comer y la cocina está casi limpia. Nuestros vigilantes se despiden con un gesto de cabeza y se marchan, deteniéndose para hablar un momento con Danil antes de subir al ascensor.

—¡Cariño! —oigo gritar a Emily antes de correr hacia Roman. Este parece horrorizado al ver a su mujer embarazadísima haciendo algo más que un lento y cauteloso paseo y rápidamente alarga la mano para agarrarla.

—*Solnishka*, ¿estás intentando provocarme un infarto?

La llama pequeño sol y la mira como si fuera su razón para respirar, y yo ya he dejado oficialmente de intentar comprender a los Melnikov.

—Necesitamos material para pintar —le dice ella.

—Ya he pintado, cariño. ¿Has cambiado de opinión?

—Por favor, no digas que has cambiado de opinión —gruñe Lev, pero sonríe al hacerlo—. No creo que Roman pueda con otro proyecto de pintura.

—No, me encanta la pintura azul —tranquiliza a su marido con una palmada en el pecho—. Pero da la casualidad que Katya es una artista increíble, y ha accedido a arreglarlo un poco.

—¿De verdad? —pregunta Roman, mirándome.

—No sé si es increíble, pero si a ti te parece bien, estaré encantada de pintar algunas cosas.

Roman se inclina y besa a Emily.

—Lo que mi mujer quiera, mi mujer lo consigue.

—El próximo será el nuestro —le dice Simona a Danil.

Él me mira.

—Gracias. Estoy deseando verlo.

Lev levanta a Jolene, dándole un buen apretón en el culo.

—¿Y nosotros, *malinkaya*?

Jolene sonríe y se inclina para besarle el piercing del labio, y juro que este gigantesco muro de músculos se derrite ante su toque.

—Quiero esperar hasta que sepamos si deben ser paredes rosas o azules.

Él sonríe y le susurra algo en los labios que hace que se sonroje y le dé otro beso. Me doy la vuelta, sintiendo que estoy invadiendo un momento privado, y cuando Matvey se apoya en el mostrador cerca de donde me encuentro, le pregunto en voz baja en ruso.

—¿Dónde está Vitaly?

Sus ojos oscuros se cruzan con los míos.

—Tenía que ir al club a trabajar. —Mirándome a los pies, añade con su voz gravosa—. No deberías pisar con ellos. Se enfadará si vuelven a sangrar.

Oye el bufido de aire que suelto, porque, sí, seguro que Vitaly está en el club de striptease preocupándose mucho ante la idea que mis pies sigan doloridos. Apuesto a que el pobre apenas puede concentrarse con todas las tetas y culos que le están arrojando a la cara. Ni siquiera sé por qué me cabreo. Esto no es un auténtico matrimonio. Es una alianza, nada más.

Paso junto a él y cojo un bolígrafo y un trozo de papel para poder hacer una lista de los suministros que necesitaré, y apenas he terminado, Emily lo coge y lanza a su marido una mirada esperanzada. Él se ríe y besa su frente.

—Parece que nos vamos de compras.

Cuando se han ido, Danil levanta a Simona.

—Necesitas una siesta, *sladkaya*.

—Pero no estoy cansada.

Le guiña un ojo.

—Lo estarás.

Antes de darme la vuelta, tengo tiempo de ver a Lev llevando a una sonriente Jolene de vuelta al piso de arriba. Miro a Matvey.

—¿Siempre es así?

—Prácticamente.

Mientras coge una bebida de la nevera, lo recorro con la mirada, empezando por las botas negras y acabando por la sudadera negra con capucha. Veo tatuajes cubriendo su cuello, desapareciendo bajo la camiseta, y cuando miro sus manos, veo un conjunto familiar de cicatrices cubriéndolas. Son peores que las de Vitaly, pero sin duda son cicatrices de quemaduras. Quiero preguntarle si estuvo en el mismo incendio, pero hay algo en Matvey que no invita a hacer preguntas. Es más reservado que los demás, así que me sorprende cuando dice:

—¿Puedo ver lo que vas a hacer en la guardería?

—Claro.

Me sigue por el pasillo y, aunque ve con qué cuidado camino, no me ofrece la mano. Al entrar en el cuarto de los niños, cojo el boceto que había hecho y se lo entrego.

—Es tosco, pero te dará una idea de lo que pienso hacer.

—Tienes mucho talento. —Me devuelve el dibujo y se acerca a la ventana.

—¿Cómo ha acabado Vitaly atrapado conmigo? —pregunto, agachándome para coger mi bolsa y poder coger un lápiz—. Le pregunté si había sacado el palo corto, pero me dijo que se había ofrecido voluntario. Me cuesta creerlo.

Se queda callado tanto tiempo que estoy convencida que no me responderá, hasta que finalmente dice:

—Nunca fue una elección. Tenía que ser él.

—¿Por qué? —pregunto mirándolo a los ojos.

En lugar de responder, mira el lápiz que tengo en la mano.

—¿Vas a empezar a proyectarlo en las paredes?

Miro a Matvey y luego pienso en los ojos color whisky que siguen rondando mis pensamientos. Matvey es guapísimo, tendría que estar ciega para no verlo, pero mi cuerpo no responde a él como a Vitaly, y Matvey no me mira como si estuviera remotamente interesado en mí sexualmente.

Cuando es obvio que no vamos a tener una gran charla íntima y compartir todos nuestros secretos más profundos, me acerco a la pared y levanto el lápiz. Poniendo toda mi atención en el dibujo al que quiero dar vida, empiezo a esbozar un gran árbol. Tardo un rato, y me he olvidado por completo de Matvey hasta que le oigo sentarse en el asiento de la ventana, detrás de mí. Ignorándole, esbozo toscamente varios pájaros sentados en una de las ramas del árbol.

Como de costumbre, cuando empiezo a dibujar, pierdo completamente la noción del tiempo, y cuando Roman y Emily entran, casi he terminado con la pared.

—¡Vaya! —dice Roman, recorriendo con la mirada lo que he hecho.

—Quedará mejor cuando esté pintado —le digo, esperando que puedan ver más allá de las líneas toscas.

—¿Estás de broma? Ya tiene un aspecto increíble —dice Emily.

Roman deja todos los materiales que han comprado y empieza a desplegar una sábana para proteger la alfombra. Matvey le ayuda y luego trae una silla y una escalera.

—Si no descansas esos pies, Vitaly nos va a dar una patada en el culo a todos —me dice, dejando la silla frente a mí.

—Seguro que lo hará —le digo, pero me siento y empiezo a revisar las provisiones. Han conseguido todo lo de mi lista, más extras—. Esto es perfecto. Gracias por conseguirlo todo.

—Haznos saber si necesitas algo más —me dice Roman—. Y no te esfuerces demasiado —apoya una mano en el vientre de Emily—. Aún nos quedan un par de meses antes de su llegada.

—No lo haré —le digo, pero la verdad es que me muero por una distracción en la que perderme, y esto es exactamente lo que necesito.

Empiezo a mezclar pinturas y, cuando me doy cuenta de haberme desconectado por completo, los demás empiezan a salir de la habitación, dejándome a mí la tarea de crear algo hermoso para un niño que quizá nunca conozca. Oksana está a punto de perder su utilidad para Konstantin, y no se sabe qué planes tiene Vitaly para mí una vez que todo esté en su sitio con mis hermanos. Espero que, sea quien sea el niño que crezca, al menos se alegre mirando los cuadros que le he dedicado.

Varias horas después, Emily intenta hacerme salir a cenar, pero me niego, así que al final se da por vencida y me trae un plato de comida. Doy unos mordiscos, pero tengo un buen ritmo y no quiero perderlo, así que sigo pintando, sin parar hasta que alzo la vista y veo la cara cabreada de Vitaly en la puerta.

CAPÍTULO 6

Vitaly

Miro fijamente a Katya, observando sus pies doloridos sobre los que se mantiene en pie desafiantemente a pesar de mi orden de permanecer en la maldita cama y, para colmo, hay un plato de comida en el suelo que apenas ha tocado.

Me mira, sus ojos muy abiertos y asustados, y su rostro salpicado de pintura de distintos colores en los lugares donde se ha señalado sin darse cuenta estando sumida en sus pensamientos. Parece jodidamente adorable, y eso me irrita aún más.

—Me dijeron que podía hacerlo —se apresura a decir, echando un vistazo al árbol que ha estado pintando durante las últimas horas. Tiene un aspecto jodidamente asombroso, y una vez más me quedo pasmado ante su talento. El árbol cubre la pared, las ramas se extienden hacia arriba y hacia fuera, y ha salpicado una de ellas con varios pájaros de colores.

—¿Crees que me enfado porque estás pintando un hermoso cuadro para mi sobrino? pregunto, levantando una ceja hacia ella.

Cambia el peso de un pie a otro, haciendo una mueca dolorosa al irritarle los cortes. Le señalo los pies, satisfecho porque al menos ha tenido la sensatez de dejarse los calcetines puestos.

—Te dije que descansaras.

—Me aburría.

—No me importa.

—Claro que no te importa —resopla, volviéndose hacia la pared y dándome la espalda—. Estabas demasiado ocupado pasando el día con tus strippers.

La comisura de mi boca se levanta ante su actitud. Me gusta ver destellos de quién es bajo el miedo que suele mantener su lengua bajo control.

—Tenía que ocuparme de algunas cosas —le digo, acercándome.

Me ignora y sigue pintando. Cuando agarro su muñeca, deteniendo el golpe del pincel, suelta un gruñido frustrado que va directo a mi maldita polla. Desde que abandoné el ático me había ablandado, pero cuando ella suelta un gruñido furioso, me pongo duro como el puto acero. Es molesto y me está poniendo de mal humor.

—Quiero seguir trabajando —argumenta ella, intentando zafarse de mi agarre, pero no hay ni una posibilidad en el infierno que eso ocurra.

—Mierda, *ptichka*.

Le arranco el pincel de la mano y lo dejo caer junto a los demás, pero cuando se pone a protestar sobre cómo guardar los pinceles, levanto las manos y retrocedo para que pueda guardarlos como quiera. Ella los guarda como prefiere y, cuando está satisfecha, echa un último vistazo a la pared.

—No tardaré nada en terminar ese último pájaro —empieza a decir, pero la levanto antes que pueda agacharse y coger otro maldito pincel—. Espera, necesito mi bolsa.

La miro, haciéndole saber que no me hace gracia.

—Por favor, la necesito realmente, y si no la coges, volveré aquí abajo a por ella.

—Es bueno ver que vas encontrando tu voz —le digo, agachándome para agarrar la correa de su bolsa.

—Puedo andar —me informa al sacarla de la habitación.

—Sí, pero no debes hacerlo, ¿verdad?

—¿Realmente importa?

—A mí sí me importa —le digo, sorprendiéndome por su veracidad. Cuando Matvey me había enviado un mensaje para comunicarme que Katya llevaba horas pintando, de pie y dolorida, y que se había saltado la cena, me había subido inmediatamente al coche y había vuelto a casa. Puede que me haya estado escondiendo en el trabajo porque aún no estoy seguro sobre cómo manejar mi nuevo matrimonio, pero eso no significa que quiera que no coma y se autolesione.

La llevo a nuestra habitación, dejo su bolsa junto a la cama y continúo hasta el baño, colocándola de nuevo sobre la encimera, igual que anteriormente. Cuando le agarro un pie y empiezo a quitarle el calcetín, suspira.

—¿Cómo te fue con mis hermanos? ¿Hiciste grandes planes?

Cuando se quita el calcetín, mi boca se tensa en una línea al ver que ha sangrado a través de las vendas.

—Maldita sea, Katya —le gruño, bajando el pie para que pueda coger la maldita crema antibiótica y más vendas.

Me mira con recelo, pero mantiene la boca cerrada. Se las ha arreglado para mancharse de pintura azul la punta de su bonita nariz, y mis ganas de acariciarle la cara y memorizar cada centímetro de ella con mis labios y mi lengua aumentan por momentos. Eso no hace más que aumentar mi irritación. Al quitarle las vendas, veo los cortes que se ha vuelto a abrir porque su testarudo culo no ha podido quedarse en la cama ni un maldito día, y cuando una gota de sangre resbala por su piel, salpicando el fregadero, le alzo una ceja.

—La próxima vez que te diga que te quedes en la cama y descanses, será mejor que lo hagas.

—Comencé a hacerlo, pero entonces entraron Emily y el resto. Vio mis dibujos y me preguntó si quería pintar el cuarto de los niños. —Se encoge de hombros—. Me entusiasmé mucho, no regresaste, y supe que me volvería loca si me quedaba aquí sentada esperándote.

Cuando le pongo un poco de medicamento, dice:

—La próxima vez me arrastraré para que no me duelan los pies.

La imagen de ella gateando con su bonito vestido rosa y sus bragas rosas de algodón hace que se me escape un gruñido antes de detenerlo.

—Nada de arrastrarse —le digo, negándome a dar más detalles sobre esa norma añadiendo que soy el único hombre ante el que tiene permitido ponerse a gatas.

Suspira y me deja curarle los pies. Cuando termino, le dejo sin calcetines porque sus pies me parecen bonitos, cojo un paño y lo mojo en el lavabo que hay junto a ella.

—¿Qué haces?

—Mírate en el espejo.

Gira la cabeza y refunfuña al ver las manchas de pintura salpicando su bonita cara.

—Eso es normal —murmura.

Extiende la mano para coger el paño, pero la ignoro y prefiero hacerlo yo. Engancho un dedo bajo su barbilla, acerco su rostro al mío y paso el paño tibio a lo largo de su adorable nariz respingona. No sé qué demonios me pasa. No puedo dejar de pensar en ella y, cuando estoy a su lado, no dejo de fijarme en cosas que nunca antes había notado en una mujer. Odio tener que decir que siempre he sido el hombre estereotipado que solo se fija en tetas y culos, pero eso es más o menos lo que era antes que mi mujercita caminara hacia el altar, yo levantara su velo y ella empezara a joderme la mente.

El azul de sus ojos es casi idéntico al de la pintura que Roman utilizó en el cuarto del bebé, ¿y por qué demonios me fijo en eso? No debería gustarme ver sus dedos manchados de carboncillo ni verla morderse el labio inferior cuando se pone nerviosa. No debería importarme una mierda nada de esto porque no voy jodidamente a conservarla.

Mi mente sigue gritándome al tiempo que lavo suavemente el resto de pintura de su rostro, y cuando llego a la mancha amarilla de su cuello, mis dedos se arrastran por su delicada piel antes incluso de haber tomado la decisión consciente de hacerlo. Su piel es suave como la seda, y ese embriagador aroma a vainilla me está volviendo jodidamente loco. Enrosco un mechón de su largo cabello rubio oscuro alrededor de mi dedo y estudio los distintos matices de color antes de encontrarme con sus ojos. Me está mirando, aunque el miedo que era tan evidente esta misma mañana ya no es lo primero que veo en ellos.

No, ahora mismo, con los labios ligeramente entreabiertos y las pupilas dilatadas, solo hay hambre en ellos. Dejo que su cabello resbale de mi dedo, me agarro a las caderas que se han grabado permanentemente en mi mente y la muevo para situarme entre sus piernas. Su vestido se eleva peligrosamente, ofreciéndome una apetitosa visión de sus muslos separados a medida que hundo los dedos en sus curvas y me acerco.

—Vitaly —susurra, y el leve temblor de su voz hace que mi polla haga fuerza contra mis vaqueros.

Levanto una mano y arrastro los dedos por su mejilla antes de enredarlos en su espeso cabello, de modo que puedo sujetarle la nuca e inclinarme hacia ella. Nuestros labios casi se rozan.

—Me debes un beso, *ptichka* —susurro.

—¿Te lo debo?

El calor de su aliento me golpea los labios y, cuando le doy un rápido y burlón lametón en el labio superior, suelta un suave jadeo aferrándose a mis hombros para mantener el equilibrio.

—Sip, me debes. Solo conseguí la comisura de tu boca en nuestra boda. —Mis dedos agarran ligeramente su cabello, inclinando aún más su cabeza hacia atrás—. Ni siquiera sé a qué sabe mi mujer. —Le doy otro lametón, este más lento, trazando la línea de su labio superior. Me está volviendo jodidamente loco.

Sin mediar palabra, acorto la distancia y presiono mis labios contra los suyos. No estoy seguro si el gemido que oigo procede de ella o de mí, pero la cruda necesidad que hay en él es exactamente lo que siento. La sujeto con más fuerza por la cadera y tiro de ella para acercarme, al

tiempo que con la otra mano aprieto su cabello y separo sus labios con la lengua.

Maldita sea, sabe tan jodidamente dulce como suponía que sabría. Sus manos se dirigen a mi rostro, al principio vacilantes, pero pronto gime y me abraza por detrás de la cabeza, intentando acercarme. La timidez se disuelve a medida que se apoderan de ella los instintos naturales de su cuerpo, y sé que estoy a unos segundos de perder por completo el control de la situación. Cuando me rodea la cintura con una pierna y balancea las caderas, gruño en su golosa boca y libero su cadera para poder deslizar una mano entre sus piernas. Espero a que me detenga, puede que una parte de mí desee que lo haga, pero otra parte aún mayor espera que no lo haga. Cuando suelta un gemidito sexy y abre los muslos para mí, es toda la invitación que necesito.

Deslizo un dedo por sus braguitas de algodón y gruño al notar lo húmeda que está la tela.

—Estás empapada —gruño besándonos.

Suelta el maldito gemido más sexy que he oído nunca cuando presiono la yema del pulgar contra su clítoris y lo froto enérgicamente. Konstantin había dicho que era completamente inocente, y la forma en que parece sorprendida por la reacción de su cuerpo me hace creerle.

—¿Alguien ha conseguido alguna vez que te corras? —pregunto, porque quiero oírselo decir.

—No. —La palabra sale en un suspiro cuando le doy otra fricción.

—Pero seguro que te has corrido, ¿cierto?

Cuando me encuentro con un silencio, me separo lo suficiente para ver su carita sonrojada. Evita mis ojos y prefiere centrarse en mi cuello.

—Mírame, *ptichka* —le digo, esperando a que sus ojos azules encuentren los míos—. ¿Me estás diciendo que nunca has tenido un orgasmo?

—¿Realmente importa? —Su rubor se intensifica, bajando por su cuello y desapareciendo en su vestido. Me muero por saber hasta dónde llega.

—Importa —le digo, dándole otro toque—. Dime la verdad. No quiero que me mientas nunca sobre nada.

—No —susurra finalmente—. Nunca he tenido un orgasmo.

—¿Cómo coño es eso posible?

—Simplemente lo es —resopla, frustrada por mis preguntas y por la forma en que la mantengo justo al borde de un placer que jamás ha experimentado, y estoy atónito por lo mucho que deseo ser el hombre que se lo dé.

—Ojos en mí, *ptichka*. No te atrevas a apartar la mirada.

Cuando estoy seguro que no va a desobedecer, arrastro los dedos por sus bragas antes de deslizar la mano dentro de ellas. Cuando estoy acariciando su coñito desnudo y suave como la seda, soy yo quien casi rompe el contacto visual cuando los míos amenazan con rodar hacia mi maldita cabeza. Está empapada, más que empapada, goteando para mí, y cuando introduzco un dedo entre los labios de su coño, jadea y abre los ojos, pero no aparta la mirada.

—Buena chica —le digo, notando cómo las palabras arrancan otro suave gemido de sus labios entreabiertos—. Tan jodidamente inocente —le digo, pasando la yema del pulgar por su clítoris hinchado.

—Vitaly —gime cuando empiezo a frotarla con suaves círculos, sintiendo cómo los labios de su coño se aprietan contra mi dedo, rogándome que la penetre por completo, pero no lo hago. Permanezco en el exterior, sin sumergirme en su apretado y húmedo calor como estoy tan desesperado por hacer. No soy un amante egoísta, aunque tampoco *desinteresado*, pero por primera vez me importa una mierda mi propio placer. Solo quiero verla encontrar el suyo. Quiero verla deshacerse con mis caricias.

—Te tengo —le digo, acelerando mi pulgar, acercándola cada vez más al borde. No puedo apartar los ojos de ella. Se está transformando ante mí, reclamando un placer que siempre le ha sido desconocido, y es hermoso verlo. El rubor de su piel se oscurece aún más, sus pupilas se dilatan por completo y sus suaves gemidos llenan el maldito cuarto de baño. Pero no es exagerado. No actúa para mí, no intenta montar un espectáculo que cree que yo quiero ver. Es solo ella, completamente expuesta, vulnerable y sexy como el infierno.

—¿Preparada, *ptichka*? —pregunto, acercándome para succionarle suavemente el labio inferior—. ¿Estás lista para correrte para mí?

—Sí. —La palabra es en parte jadeo y en parte gemido, y cuando aprieto más fuerte contra su clítoris, frotándolo de una forma que sé que no podrá resistir, gime mi nombre y empapa mi maldita mano al tiempo que sus caderas se mecen contra mí y todo su cuerpo se tensa con su liberación. No aparto la mirada de la suya, observándola durante todo el maldito proceso, queriendo memorizar cada detalle de la imagen de ella corriéndose por primera vez en su vida, haciéndolo con *mi* mano.

—Así es, cariño —gruño, sintiendo cómo su coño se aprieta aún más contra mi dedo, cómo todo su cuerpo me suplica que me introduzca dentro. Incapaz de resistirme, deslizo lentamente un dedo dentro de ella, gruñendo por lo jodidamente estrecha que está. Su coño se aferra a mí, succionándome más profundamente al mover sus caderas y correrse de nuevo. Al sentir el espasmo de sus paredes internas en torno a mi dedo, aprieto los dientes para no sacar la polla y deslizarme dentro de ella. Estoy tan empalmado que es jodidamente doloroso, pero solo puedo pensar en cuidar de ella. No quiero asustarla ni llevarla demasiado lejos. Ahora no se trata de mí. Se trata de ella, y quiero ver cuántas veces puede gritar mi *ptichka* por mí.

—Vitaly —jadea mientras la follo lentamente con el dedo durante su orgasmo, dando un pequeño respiro a su sensible clítoris.

—¿Te ocurre algo, cariño? —pregunto cuando empieza a retorcerse.

—Demasiado —jadea, haciéndome sonreír.

Coloco mis labios sobre los suyos.

—Creo que puedes darme uno más —susurro.

—Mierda —gime cuando le rozo ligeramente el clítoris con el pulgar.

—Solo uno más —bromeo, girando el dedo dentro de ella y bombeando dentro y fuera de su apretado coño—. Dame uno más.

—No puedo. —Sus dedos se aferran a mis hombros y su cuerpo empieza a temblar.

—¿No? ¿No crees?

—No —exhala en un susurro.

—Veamos si puedo demostrarte que te equivocas.

Empieza a cerrar los ojos cuando le rozo el clítoris con el pulgar, pero aprieto más el cabello y le doy un suave mordisco en el labio superior.

—Ojos en mí.

Normalmente evitaría el contacto visual, pero quiero verla. Joder, no puedo apartar los malditos ojos de ella.

—Buena chica —la alabo cuando abre los ojos para mí—. Quiero verte cuando te demuestre que te equivocas.

Parece a punto de decir algo ridículo como, *nunca volverás a hacer que me corra,* así que detengo sus palabras con un roce más firme.

—¿Qué ha sido eso? —bromeo, acercándola al borde del que está segura que no volverá a caerse—. ¿Estabas a punto de decirme que no podía hacer que te corrieras otra vez?

Me rio suavemente de su gemido, le introduzco el dedo todo lo que puedo y ella se aprieta a mi alrededor, luchando por recuperar el control que perdió en cuanto acaricié su dulce coñito.

—Estás muy húmeda, dulzura —gimo—. ¿Oyes eso? ¿Oyes lo húmedo que está este coñito por mí?

Sus mejillas se ponen de un rojo encendido cuando la masturbo con más fuerza, llenando el cuarto de baño con los eróticos sonidos de su excitación.

—No te avergüences, *ptichka*. Joder, me encanta. Tu cuerpo sabe exactamente lo que quiere. Puedes intentar resistirte, pero no ganarás.

—Seguro que eres un gallito —me dice entrecortadamente, haciéndome reír—. Tal vez gane.

Sonrío ante el brillo obstinado de sus ojos.

Oh, cariño, lo tienes jodidamente chungo.

Le suelto el cabello y arrastro lentamente los dedos por su cuello, rozándole la clavícula. El vestido de punto tiene el cuello redondo, por lo que me resulta fácil bajárselo y dejar al descubierto el práctico sujetador rosa de algodón, a juego con sus bragas. Sonrío al verlo.

—Nunca pensé que me gustara la ropa interior de algodón —le confieso—, pero me estoy aficionando rápidamente.

—Es lo único que tengo —dice en su propia defensa—. No es que me haya estado vistiendo para nadie.

La idea de ella comprando lencería sexy para otro hombre me provoca una desconocida punzada de celos. Es un concepto tan extraño que tardo un segundo en darme cuenta de lo que siento. No me pongo celoso. Los celos implican emociones, y no las tengo con ninguna maldita mujer.

Apartando el pensamiento, me centro en las tetas que me moría por sentir. No son enormes, pero son un puñado y todo es natural. Cuando las agarro con la mano, su duro pezón me presiona la palma. Vuelve a gemir cuando le paso el pulgar por el pecho. Sin dejar de acariciarle el coño con los dedos, le bajo bruscamente el sujetador y le aprieto el pezón entre el pulgar y el índice.

—Vamos, *ptichka*, demuéstrame que me equivoco. —Vuelvo a pellizcarle el pezón y le froto el clítoris—. No te corras.

Me fulmina con la mirada, irritada por mi burla y por el hecho de saber ambos que la batalla la tiene perdida.

—Oh-oh —susurro cuando noto que su cuerpo empieza a tensarse—. Alguien se está acercando.

Está demasiado ida para responder. Solo se aferra a mí, clavándome las uñas en los hombros, intentando con todas sus fuerzas demostrar que me equivoco. Es una luchadora, y eso jodidamente me encanta. Va a perder, pero me encanta que se esfuerce por evitarlo.

—Tu chochito apretadito me está chupando el dedo, nena. ¿Desearías que fuera mi polla?

Se le escapa un gemido antes de poder evitarlo.

—No estoy tan seguro que puedas conmigo. Estás lo bastante apretada con un solo dedo. —Le doy otro mordisco en el labio superior—. No te casaste con un hombre pequeño.

Me mira con ojos entornados, pero sonrío y le estrujo aún más el pezón. Haciendo rodar su clítoris bajo mi pulgar, sigo trabajándola, forzándola al orgasmo y sonriendo cuando veo la mirada acalorada en sus ojos. Sorpresa y conmoción, un destello de ira y, por último, la agradecida aceptación del enorme placer que le estoy proporcionando. Y solo porque me ha cabreado insultando mis habilidades, vuelvo a darle otro justo después del que insistió en que no iba a tener.

Cuando todo su cuerpo tiembla, sus ojos se tornan vidriosos y jadea, me apiado de ella y deslizo la mano fuera de sus bragas. Me llevo los

dedos empapados a la boca y los chupo hasta limpiarlos sin dejar de mirarme con sus ojos entornados. Su sabor golpea mi lengua, llenándome la boca y garantizándome que jamás voy a ser capaz de borrar de mi mente. Recordaré su primer sabor el resto de mi maldita vida. Es como si despertara algo dentro de mí que ni siquiera sabía que estaba dormido. Lo único que deseo es arrodillarme ante ella e implorarle poder comer su coñito.

Sacudiendo la cabeza para despejarme, apoyo la frente en la suya, intentando controlarme. Mi polla está durísima y estoy tan impregnado de precum que vuelvo a sentirme como un puto adolescente. Soltando su pecho, acaricio su rostro y le doy un último beso.

—Nunca apuestes contra mí cuando se trate de hacerte correr. Perderás siempre, *ptichka.*

Sigue demasiado aturdida para hacer otra cosa que asentir, y cuando la levanto y la llevo de vuelta a la cama, ni siquiera intenta discutir.

—Quédate aquí —le digo. Señalándola con un dedo, añado: —Lo digo en serio. Ni te muevas.

—Mm-hmm —me dice, acurrucándose de nuevo contra las almohadas.

—Y no te duermas. Tienes que comer.

Obtengo otro 'mm-hmm' a medias antes de darme la vuelta y marcharme. Al bajar las escaleras, encuentro a Lev en la cocina, tomando un tentempié. Veo la bandeja de magdalenas y sonrío.

—¿Las ha hecho Emily?

—Síp —me dice Lev, metiéndose el último bocado en la boca.

Le dirijo una mirada. La isla se interpone entre ambos y siento la necesidad de asegurarme.

—Jolene no se estará escondiendo ahí, ¿verdad? —pregunto.

Lev suelta una ligera risita.

—Lamentablemente, no. —Entonces suelta una carcajada más fuerte—. ¿Crees que me comería una magdalena mientras mi mujer me la chupa?

—Es decir, podría resultar bastante agradable. Cada una de ellas es alucinante y ¿tenerlas a ambas a la vez? No sé, tío. Podría ser el puto paraíso.

Cojo una mientras él menea la cabeza, y apenas percibo su dulce aroma a vainilla, mi mente se dirige inmediatamente a Katya. Joder, nunca podré volver a oler nada dulce sin pensar en ella.

—¿Cómo va todo? —pregunta Lev, señalando con la cabeza las escaleras por si no me había dado cuenta que preguntaba por mi matrimonio.

—Va bien. No parece tan aterrorizada como cuando llegó, y creo que quizá me odie un poco menos de lo que me odiaba.

—¿Ah, sí? —Arquea su ceja perforada—. ¿Cómo lo has conseguido?

Veo la sonrisa que no hace ningún esfuerzo por ocultar. Puedo ver la sonrisilla que no se esfuerza en ocultar.

—No me la he follado —le digo.

Levanta la mano y se ríe.

—Naturalmente que no. No vas a hacerlo, ¿recuerdas?

—No, no voy a hacerlo —le digo, sintiendo que mi determinación empieza a flaquear un poco.

—Mm-hmm —dice, y puedo oír la duda en ese pequeño murmullo.

Le señalo con mi magdalena a medio comer.

—No lo hago.

—Por supuesto. Definitivamente no harás el dulce, dulce amor con esa mujer.

Me rio y sacudo la cabeza.

—Por Dios, por favor, que no vuelva a oír esas palabras salir de tu boca. Jamás. Jolene te ha ablandado, tío.

—Lo ha hecho. Aunque únicamente con ella —sonríe.

Observo los nudillos magullados de sus manos, sabiendo que tiene razón. En realidad, Lev no tiene nada de blando. Ya no participa en tantas peleas clandestinas como antes, pero sigue yendo de vez en cuando para satisfacer a David y quitárnoslo de encima, sobre todo ahora que Konstantin y Osip se han interesado por las apuestas. No podemos

permitirnos hacer demasiados cambios y llamar innecesariamente la atención.

Mientras caliento las sobras, Lev y yo repasamos la reunión que tuvimos antes con Konstantin. Cada vez me resulta más difícil estar cerca de ese capullo, sobre todo ahora que he estado cerca de Katya. Puede que no le haya golpeado, pero seguro que le ha hecho algo. Le tiene terror, y quiero saber el motivo. Estuve a punto de darle un puñetazo al cabrón cuando sonrió y preguntó si su hermana había hecho lo que se esperaba de ella.

Cojo dos bebidas de la nevera, me apoyo en la encimera y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Una vez que averigüemos dónde está Alina, se desatará el infierno.

—Así es —asiente, y por la forma en que frunce el ceño me doy cuenta que está preocupado por Jolene.

—Estarán seguras —le recuerdo—. Todas lo estarán.

—¿Y la esposa que podrías estar desechando?

—Joder, tío —gimo, restregándome una mano por la cara, asqueado ante la idea que Katya vuelva a estar cerca de sus hermanos—. No dejaré que eso ocurra.

—Sé que no se la devolverás, tanto tú como yo sabemos que el lugar más seguro para ella está aquí.

—Por ahora —afirmo.

—Bien, respóndeme a esto —me dice, porque está decidido a no dejarlo pasar—. ¿Sientes algo por ella?

Lo ignoro y cojo las sobras, repartiéndolas en dos platos. Cuando levanto la vista, me sonríe petulante.

—Matvey tenía razón.

—¿Acerca de?

—Dijo que no serías capaz de resistirte a ella.

Me señalo a mí mismo con un ademán y sonrío.

—¿En serio? Este soy yo resistiéndome a ella. —No añado que mi mano aún huele a su coñito y que aún puedo saborear su excitación en mi lengua. Pequeños detalles que él no necesita saber.

—Por ahora —me dice, aun sonriendo, porque evidentemente mis hermanos se han convertido todos en unos sabihondos casados, más que felices de dispensar sabiduría no deseada a la primera de cambio.

—Toma tus putas perlas de sabiduría y métetelas por el culo. Lo tengo todo bajo control.

Todavía se está riendo cuando cojo los platos y vuelvo arriba. Odio cuando tiene razón, y ambos sabemos que la tiene. Hay algo entre Katya y yo, y no sé qué coño hacer al respecto. El plan era anularlo y no volver a hablar de ello. Seguir adelante y hacer como si nunca hubiera ocurrido, pero cuando entro en el dormitorio y la veo hecha un ovillo en la cama, profundamente dormida y con un aspecto tan jodidamente hermoso, provocando opresión en mi pecho, lo último que quiero hacer es dejarla marchar.

Dejo los platos, me siento en la cama y la miro dormir. Está de lado, con las manos recogidas junto a la barbilla y las rodillas levantadas, en posición fetal, y no puedo resistirme a estirar la mano y apartarle el cabello que cae sobre su mejilla.

—*Ptichka* —susurro—. Tienes que comer algo.

Suelta un gruñido molesto y se hunde más en la almohada. En un momento de pura locura, me tumbo en la cama junto a ella, de modo que quedamos frente a frente.

—¿Qué demonios me estás haciendo, Katya? —susurro, arrastrando un dedo por su mejilla.

Sigo observándola, memorizando cada detalle de su rostro. En algún momento me quedo dormido, porque lo siguiente que recuerdo es que ha amanecido y hay un cuerpo cálido y suave acurrucado contra el mío. Debe de haberme encontrado en mitad de la noche, porque tiene la cabeza apoyada en mi hombro, la pierna subida sobre la mía y la mano apoyada en mi pecho. Pero no es la única que se acurruca. Mi brazo está colocado sobre ella en un agarre muy posesivo que no es en absoluto mi estilo. Casi me echo a reír. Nada de esto es mi estilo. Sin embargo, aquí estoy, durmiendo toda la noche con una mujer por primera vez en mi vida, y ni siquiera he follado con ella. Mi vida ha dado un giro drástico.

En lugar de sentirme sofocado o como si tuviera que levantarme y salir corriendo por la puerta, dejo que mis dedos se introduzcan en su cabello

antes de sostener un grueso mechón a la luz de la primera hora de la mañana. Cuando lo acerco para poder oler el champú con aroma a vainilla, mi polla me recuerda que aún no he llegado a correrme. No estoy acostumbrado a negarme a mí mismo de este modo, y siento curiosidad por saber cuánto podré durar. Aunque será mi mano o el coño de Katya. No me importa si este matrimonio no fue por elección o si mi plan inicial era anularlo, le hice una promesa cuando intercambiamos los anillos, y nunca falto a mi palabra.

Pensar que no puedo follar con nadie más debería hacerme perder la maldita cabeza, pero estoy demasiado ocupado oliendo el cabello de mi mujer como para preocuparme. Cuando empieza a agitarse, la agarro con más fuerza y le beso la parte superior de la cabeza. Todo su cuerpo se congela cuando se despierta lo suficiente para darse cuenta contra quién está acurrucada.

Suelto una risa débil y dejo caer su cabello para poder estirar los brazos por encima de mi cabeza. Los dos nos habíamos dormido completamente vestidos, y cuando ella apoya una mano en mi pecho, utilizándome como punto de apoyo para incorporarse, miro hacia abajo, admirando la pierna desnuda que aún me cubre.

—Lo siento —se apresura a decir, mirando a todas partes menos a mí—. No pretendía quedarme dormida.

—Correrte varias veces te hace eso.

Suelta un gemido avergonzada y empieza a apartarse de mí, pero la agarro del muslo, manteniéndola en su sitio.

—¿Por qué te da vergüenza?

—¿Me tomas el pelo? Me avergüenzo porque nunca he hecho algo así, y me avergüenzo porque aún no sé qué pensar de ti. —Hace un gesto entre ambos—. Esto es muy raro, Vitaly.

—Háblame de ello —le digo sonriendo.

—Nunca he tenido una cita. —Sacude la cabeza y me mira por encima del hombro—. Y ahora estoy casada.

Levanto el brazo y deslizo la mano por su cabello, del que no me canso.

—Seguro que los tíos no dejaban de tirarte los tejos. ¿Por qué no te pidieron salir?

Suelta una carcajada.

—Porque mis hermanos los habrían matado. No querían que nadie supiera que existía. Estuve escondida toda mi vida, y nadie se me insinuó. A nadie se le permitía siquiera reconocer mi existencia. Konstantin se aseguró de ello.

—¿Cómo lo hizo? —pregunto, intentando hacerme una mejor idea del monstruo al que nos enfrentamos.

—Un día, un ejecutor de bajo rango cometió el error de dedicarme una sonrisa de cortesía, por lo que Konstantin le dio un escarmiento.

—¿Lo mató?

—No, no lo mató, pero el pobre hombre nunca volverá a ser el mismo. —Cuando me devuelve la mirada, puedo ver dolor en sus ojos y, sin tener que pensarlo siquiera, vuelvo a tirar de ella hacia abajo y la estrecho entre mis brazos.

—No fue culpa tuya. —Paso las manos por su cabello y la sujeto con fuerza con el otro brazo. No llora, pero siento un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Siento que es culpa mía. Se siente como si todo fuera culpa mía.

La abrazo durante unos minutos más, pero entonces su estómago gruñe, recordándome que la cena que se suponía que iba a comer sigue sobre mi mesilla.

—Vamos, tienes que comer algo, *ptichka.*

Se levanta y camina hacia el baño, pisando con cautela sobre sus resentidos pies mientras yo intento averiguar cómo voy a manejar todo esto. Me siento atraído por ella y deseo desesperadamente hundir mi polla en su interior, pero también estoy preocupado por ella. No me gusta lo asustada que se pone cuando habla de sus hermanos, y odio pensar que podría madurar sola, con esos violadores sádicos vigilándola.

Cuando asoma la cabeza por el baño unos minutos más tarde, sigo igual de confuso sobre cómo manejar este matrimonio.

—¿Puedo ducharme con los pies así?

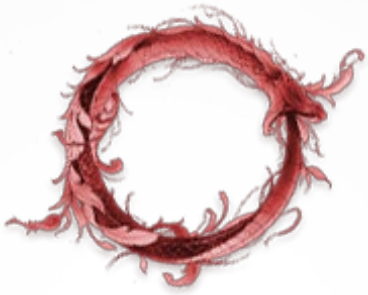


Joder, ahora voy a estar confuso y duro. Empiezo a pensar que ese va a ser mi estado normal a partir de ahora: un tío que va por ahí con una erección furiosa y una expresión muy confusa en su rostro.

Jodidamente perfecto.

Hate

CAPÍTULO 7



Katya

—*Ptichka,* te juro por Dios que si vuelves a joder esas vendas, te ataré a la maldita cama.

Veo a Vitaly levantarse y caminar hacia el baño, con todo el aspecto del peligroso capo de la Bratva que es. Sin embargo, ya no le tengo miedo como antes. Sigo esperando un destello de ira en esos ojos color whisky o algún atisbo de la rabia que intenta ocultarme, pero no consigo verlo. Se enfada, como ahora ante la idea de hacerme más daño, pero es un tipo de ira diferente al que estoy acostumbrada. No es del tipo que acabará lastimándome a mí o a otra persona.

—No me he estropeado las vendas —le digo, dando un paso atrás cuando abre la puerta del baño y entra—. Solo quiero saber si puedo ducharme.

—No, no puedes.

—¿Qué se supone que debo hacer entonces?

Señala con la cabeza la enorme bañera con patas de garra que hay en un rincón.

—Un baño con los pies asomando.

—Creo que quizá te estés preocupando demasiado.

Me mira con una ceja oscura.

—¿Eso crees?

—Sí.

Se acerca y solo puedo pensar en lo fácil que me hizo correrme anoche. Nunca había experimentado nada igual, y aún estoy conmocionada. Fue mi primer orgasmo, mis primeros varios en realidad, y no es porque no tenga impulsos como todo el mundo o porque sea una especie de santa angelical. Simplemente he sido muy desgraciada durante mucho tiempo, y el sexo nunca me ha parecido nada bueno. Después de la mierda que he visto, hace tiempo que decidí que estaría mejor sin él. Vitaly está haciendo que me replantee esa postura.

Acariciando mi rostro, mantiene sus ojos en los míos.

—Has estado a punto de necesitar puntos en esos pies tan ridículamente bonitos que tienes, y necesitas que cicatricen. Así que no, no vas a ducharte ni a meterte en un montón de agua. Vas a darte un baño con los pies asomando por el borde.

Sin esperar respuesta, se acerca a la bañera y empieza a llenarla, incluso se toma la molestia de añadir un poco de mi baño de burbujas antes de retroceder y coger el cepillo de dientes. Apoya el culo en la encimera y me mira cepillándose los dientes, con un aspecto mucho más sexy del que cualquier hombre tiene derecho a tener a estas horas de la mañana.

—¿Cómo se supone que voy a entrar sin mojarme los pies?

Sonríe alrededor de su cepillo de dientes.

—Ya, no lo creo —me apresuro a decir, cruzando los brazos sobre el pecho.

Escupe en el lavabo y pone su cepillo de dientes junto al mío antes de darse la vuelta.

—Seré un perfecto caballero.

—¿Como anoche?

Sonríe aún más al recordarlo, y mi cara se acalora.

—No te tocaré de ninguna forma íntima a menos que tú quieras. ¿Te sientes mejor?

—No mucho —le digo, haciéndolo reír.

Cuando la bañera está llena, cierra el grifo y me hace un gesto para que me acerque.

—Desnúdate, *ptichka*, o lo haré yo por ti.

Dudo demasiado para su gusto, por lo que se agacha a agarrar la parte inferior de mi vestido de punto, tirando de él hacia arriba y sacándomelo por la cabeza en cuestión de segundos. Me siento como una idiota delante de él sin más ropa que mis bragas rosas de algodón y mi sujetador. Estoy segura que este hombre está acostumbrado a lencería de encaje, lujosa y a cuerpos de modelo luciéndola.

Y luego estoy yo, su nueva esposa, con caderas y muslos probablemente mucho más grandes de lo que le gusta o a lo que está acostumbrado. No puedo mirarle a los ojos, así que me concentro en las burbujas de la bañera. Prefiero no ver la decepción escrita en su rostro.

Sus dedos suben por mis costados antes de deslizarse por mi espalda y desabrocharme el sujetador con un movimiento fluido que me permite adivinar exactamente cuántas veces lo ha hecho. Este tío no se anda con rodeos. No, sabe exactamente lo que hace. Anoche fue prueba suficiente de ello. Cuando mi sujetador cae al suelo, suelta un suave gruñido antes de meter los dedos por debajo de mis bragas y bajármelas por las piernas.

—Santo cielo —gruñe, arrodillándose a escasos centímetros de mi coño. Con un movimiento rápido, me levanta y coloca suavemente en la bañera, asegurándose que mis pies cuelguen del extremo a cada lado. Se pasa una mano por el pelo mojando sus hebras gruesas y oscuras, pero no parece darse cuenta ni importarle. Cuando me atrevo a mirarlo a los ojos, no es asco ni decepción lo que veo en ellos. Parece un hombre que está a segundos de meterse en esta bañera y enterrarse dentro de mí. A pesar de lo rápido que ese pensamiento hace palpitar a toda velocidad mi corazón y que duela mi coño de necesidad, siento un temeroso escalofrío al pensar en esa gigante polla deslizándose dentro de mí. Que haya sido dulce

conmigo no significa que vaya a seguir siéndolo cuando folla. ¿Y si le gusta duro y áspero? ¿Y si es demasiado y no puedo soportarlo? Recuerdo cómo quedaban las mujeres después que mis hermanos acabaran con ellas. El moratón que había visto en el cuello de la criada antes de marcharme no era nada comparado con las otras mujeres que he visto, las que apenas podían andar, con sangre corriendo por el interior de sus muslos y los ojos tan vacíos que temía hubieran perdido por completo el control de la realidad.

—Tantos miedos —murmura, ahuecando mi mejilla y pasando su pulgar húmedo por mi piel—. Es solo un baño, *ptichka.* Te lo prometo.

Asiento y me agarro a los lados de la bañera. Las burbujas son lo bastante espesas como para ocultar la mayor parte de mi cuerpo, pero cuando agarra la boquilla manual y me coloca suavemente en una posición más sentada, mis pechos se elevan por encima del agua. Me recorre con la mirada, pero no hace ningún movimiento para tocarme más allá de usar la boquilla para humedecerme el cabello.

—¿Qué haces?

—Lavándote el cabello.

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Se te ha ocurrido que tal vez quiera hacerlo?

—No, ni por un segundo.

Su boca sexy se curva en una sonrisa.

—Pues a mí sí, así que deja que me ocupe de ti.

Sentado en el borde de la bañera, me enjabona el cabello, con movimientos tan suaves que rozan la reverencia.

—Me encanta tu cabello —murmura pasando las manos por los largos mechones.

—¿De verdad?

Cuando miro hacia él, me guiña un ojo que me acelera el corazón.

—Sí.

Aparto la mirada, sin saber cómo procesar todo lo que este hombre me hace sentir. Mientras me lava y me aclara el cabello, me agarro al borde de la bañera, intentando ponerme cómoda en esta incómoda posición.

Cuando está satisfecho de haber eliminado todo el jabón, me entrega una toallita y el jabón corporal.

—¿Estarás bien unos minutos mientras me ducho?

—¿Qué?

Se ríe suavemente.

—Necesito ducharme, y juré que sería un caballero. —Me señala con la cabeza la toallita que sostengo—. Si empiezo a lavarte el cuerpo, estaré demostrando que soy un mentiroso.

Sin esperar a que encuentre mi voz, se levanta y se dirige a la gran ducha del rincón, la que tengo perfectamente a la vista.

—No tardaré. No intentes salir sin mí.

Mojo la toallita y me la paso por la cara, esforzándome por no mirar a Vitaly cuando empieza a desnudarse. Extraigo un poco de jabón y empiezo por los brazos, pero todo mi cuerpo se paraliza cuando se quita la camisa y deja al descubierto la parte superior del cuerpo más hermosa que he visto nunca. Los tatuajes marcan su piel bronceada, bellamente grabados sobre toda la dura musculatura, y cuando empieza a desabrocharse los vaqueros, se me corta la respiración. Se los quita, se queda en bóxers negros y pone la ducha en marcha. Cuando está a la temperatura adecuada, se desnuda como si no le importara nada y se sumerge en el agua.

Es evidente que el cristal ha sido tratado con un spray antivaho, porque nada me impide contemplarlo, y no puedo dejar de mirarlo. Está duro, y su tamaño me tiene agarrada al borde de la bañera porque eso no puede ser jodidamente normal. Es imposible que todos los hombres vayan por ahí luciendo algo tan enorme.

Cuando escucho una suave carcajada, aparto los ojos de su gruesa polla para encontrarme con su divertida mirada. Sintiendo que se me calienta aún más la cara, cojo la toallita y empiezo a frotar, lo que sea para olvidarme de Vitaly y de lo malditamente perfecto que es cada centímetro de él.

La ducha es corta, y cuando le oigo cerrar el grifo y salir, ya estoy totalmente limpia. No dejo de mirarle, observando cómo se pasa una toalla por la cabeza, se seca el cabello y luego se la pasa por el cuerpo

antes de ajustársela a la cintura. Dios, ¿cuántos músculos puede tener un hombre?

Sigo dándole vueltas cuando se acerca y tira del tapón para que la bañera empiece a vaciarse antes de coger otra toalla. Espera, observando cómo el agua baja cada vez más a medida que mi cuerpo se revela lentamente ante él. Cuando se inclina para cogerme, puedo ver lo apretada que tiene la mandíbula y la mirada oscura de sus ojos. Me cubre con la toalla y me levanta como si no pesara nada. Me aplasta contra su pecho duro y húmedo, y cuando me agarro a sus hombros para apoyarme, suelta un profundo y masculino gruñido que va directo a mi coño.

—Puedo andar —susurro.

Sus ojos se encuentran con los míos, y puedo ver la dulce sonrisa dibujándose en sus labios.

—Así es más divertido.

Estudio sus tatuajes al sacarme del cuarto de baño y llevarme al gran vestidor, y sonrío al ver el colorido dragón asomando por la curva de su hombro. Quiero tomarme mi tiempo, estudiando cada tatuaje, pero él ya se dispone a dejarme en el suelo. Antes de hacerlo, paso un dedo por las palabras rusas tatuadas en su pecho.

—Hermanos en sangre, en vida y en muerte —digo en voz alta, leyendo la frase.

Me mira, pero no dice nada.

—Estás muy unido a tus hermanos.

—Lo estoy —dice, optando por no dar más detalles.

—Eso está muy bien.

Envidio a su familia. Daría cualquier cosa por tener hermanos que se preocuparan por mí, una familia a la que pudiera querer y que ellos me quisieran a cambio. La idea me resulta tan extraña que me cuesta entenderla. No puedo ni empezar a imaginar lo bien que debe sentirse. Aunque mis padres murieron cuando tenía diez años, no guardo buenos recuerdos de ellos. Mi padre era distante y frío, y mi madre casi igual de malvada, eligiendo contratar a alguien para que cuidara de mí en lugar

de hacerlo ella misma. Siempre me han dejado para que otros se ocupen de mí.

Vitaly me sorprende besándome en la frente, manteniendo sus labios pegados a mi piel mucho más tiempo del necesario, como si se resistiera a dejarme marchar. Antes de depositarme en el suelo, acerca su nariz a mi cabello, aspirando mi aroma.

—Vístete, Katya. Necesitas comer.

Me agarro a la toalla y le veo soltar la suya buscando unos bóxers.

—Puedo sentir que me estás mirando, *ptichka*.

—Lo siento. No estoy acostumbrada a ver a un hombre desnudo delante de mí.

Mira por encima del hombro, soltando una pequeña risa.

—Me alegra oír eso. Ahora vístete. —Sus ojos me recorren lentamente, haciéndome sentir como si estuviera desnuda delante de él en lugar de seguir aferrándome desesperadamente a mi toalla—. Solo soy humano, y estoy raspando el fondo del maldito barril en lo que respecta a fuerza de voluntad. No estoy seguro cuánto más podré aguantar.

Me doy la vuelta, cojo un par de bragas y me las pongo debajo de la toalla, ignorando la ligera risita que suelta a mi espalda. Todavía de espaldas a él, me desprendo de la toalla y me la enrollo en la cabeza para intentar secarme un poco más el pelo al tiempo que me pongo un sujetador y busco unos vaqueros y un jersey azul claro. Cuando estoy vestida, me doy la vuelta y veo a Vitaly apoyado en la pared y mirándome fijamente. Lleva vaqueros y un jersey negro, ciñendo su musculoso cuerpo de una forma que me dan ganas de moverme y frotarme los muslos y sintiendo que este maldito vestidor se me queda pequeño. Su rostro es ilegible. Al cabo de unos segundos, se restriega una mano sobre la ligera barba incipiente que lleva ya que no se ha afeitado esta mañana y coge otro par de calcetines gruesos para mí.

Arrodillándose, me agarra de una pantorrilla y apoya mi pie en su muslo. Comprobando que las vendas siguen bien, me pone con cuidado uno de los calcetines y luego hace lo mismo con el otro pie.

Cuando empieza a levantarme de nuevo, me agarro a sus hombros y le digo:

—Espera, tengo que cepillarme el cabello.

—¿No puede esperar?

—No, será un enorme revoltijo enmarañado si no lo hago cuando todavía está húmedo.

Suspira y me deja en la cama antes de ir a buscar mi cepillo. Cuando vuelve a salir, en su lugar me hace un gesto para que me dé la vuelta y me quita la toalla, dejando que el cabello caiga por mi espalda.

—Puedo hacerlo —le digo, haciendo un gesto de dolor cuando coloca el cepillo en mi cabello a la altura de las raíces e intenta tirar de él hacia abajo—. ¡Ay! ¿Has hecho esto alguna vez?

—No. —Se ríe.

—Me doy cuenta.

Se ríe más fuerte.

—Seguro que me puedes enseñar, Katya. Dime lo que tengo que hacer.

Sonrío y miro por encima del hombro.

—Empieza por abajo y ve subiendo poco a poco.

—Sí, señorita —me dice, haciéndome reír.

Sus manos son suaves, pero seguras, al separarme el cabello y empezar por abajo, subiendo lentamente. Se me eriza la piel cuando sus dedos rozan mi cuello, peinándome como si llevara años haciéndolo. Cuando se ha deshecho de todos los enredos, no se detiene. Sigue cepillándome, provocándome pequeños temblores de placer con su contacto. No tenía la menor idea que pudiera ser tan erótico que alguien me cepillara el cabello, pero todo lo que hace Vitaly resulta sensual.

Finalmente, tira el cepillo sobre la cama y vuelve a levantarme.

—Hora de desayunar.

Le rodeo los hombros con los brazos y dejo que me lleve escaleras abajo, porque es evidente que se toma mis pies muy en serio. Los demás ya han terminado de comer y están haciendo otras cosas cuando él me lleva a la cocina y coloca mi culo en uno de los taburetes de la barra.

—Me temo que mis habilidades en la cocina son limitadas —me dice, acercándose para coger dos tazas y la cafetera—. Puedo hacer unos huevos revueltos y beicon tolerables, un tazón de cereales bastante

decente o unas tortitas congeladas. No quiero presumir ni nada parecido, pero se me da bastante bien hacerlas en el microondas.

—Las tortitas suenan genial. Gracias.

Sonríe y me da la leche y el azúcar antes de coger las tortitas congeladas. Señalo la ecografía de la nevera.

—¿Es el bebé de Roman y Emily?

—Síp —me dice Vitaly, sonriendo aún más. Señala algo que no puedo ver desde donde estoy sentada—. Esperamos que esto crezca a medida que él crezca.

—Estoy segura que así será —digo riéndome. No añado que tal vez tenga mucha suerte y esté hecho como su tío, pero desde luego lo estoy pensando.

Después de desayunar unas tortitas de arándanos sorprendentemente buenas hechas en el microondas y un poco de beicon que Vitaly solo quemó ligeramente, entran sus hermanos. Lev se ríe y golpea a Vitaly en la espalda.

—¿Adivinas qué vamos a hacer hoy? —pregunta y luego mira hacia mí y me dedica una sonrisa—. Buenos días, Katya.

—Buenos días —le digo.

—¿Cómo tienes los pies? —pregunta Danil, acercándose a llenar su taza de café.

—Están bien. Creo que estoy perfectamente para andar con ellos —le digo, dirigiendo la mirada a Vitaly, que no pierde detalle.

—Ayer los hiciste sangrar, *ptichka*.

Lev levanta una ceja perforada al oír el apodo, pero no hace ningún comentario al respecto. Sin embargo, suelta una risita floja.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunta Vitaly, tratando de retomar el hilo.

Lev se acerca y coge el último trozo de beicon del plato de Vitaly.

—Vamos a montar una cuna.

Vitaly se ríe y asiente a Roman.

—¿Seguro que puede con esto? El cuadro casi acaba con él.

—Somos cinco hombres razonablemente inteligentes —dice Roman—. ¿Tan difícil puede ser, joder?

—¿Razonablemente inteligentes? —responde Danil, intentando parecer ofendido—. Habla por ti, hermano.

Roman se ríe.

—Bueno, con tu cerebro de genio deberíamos tener esto montado en veinte minutos.

—Últimas palabras famosas si las he escuchado alguna vez —dice Vitaly, sacudiendo la cabeza.

—¿Dónde está? —pregunta Matvey.

—En la guardería —le dice Roman.

Le doy un suave tirón del jersey a Vitaly, que enseguida me mira con la preocupación reflejada en el rostro.

—¿Crees que puedo seguir pintando mientras la montáis?

Sonríe y me da un suave apretón en la mano.

—Por supuesto. Hay sitio suficiente, y con el cabezón de Danil lo tendremos hecho en un santiamén.

—¿Cabezón? —pregunta Danil—. Roman ha dicho cerebro de genio, no cabezón.

Vitaly sonríe y se encoge de hombros.

—Es lo mismo.

—Estoy bastante seguro que no es para nada lo mismo —contesta Danil.

—Vamos —dice Roman—. Quiero sorprender a Emily con esto, así que tenemos que terminarlo antes que despierte de su siesta.

Vitaly comprueba su reloj.

—Maldita sea, ¿ya está durmiendo la siesta?

—Anoche no pudo ponerse cómoda y durmió como la mierda, así que hoy la he obligado a echarse. —Puedo oír la preocupación en su voz, y una vez más recuerdo las enormes diferencias que hay entre nuestras familias—. Intentó discutir conmigo al respecto, pero se durmió prácticamente tan pronto su cabeza tocó la almohada.

—Vale, hagámoslo —dice Vitaly, poniéndose en pie y levantándome de nuevo, sin soltarme hasta que estoy delante del mural que empecé ayer. Inclinándose, me dice—. No te vuelvas a hacer daño en los pies. Siéntate en la escalera de mano cuando puedas, y te obligaré a parar para comer.

Sus labios rozan mi frente en un suave beso antes de levantarse y acercarse a sus hermanos. Miran la gran caja como si fuera un rompecabezas que hay que resolver. Veinte minutos, una mierda. Tengo la sensación que esto va a durar todo el día.

Cojo mis pinceles, continúo donde me vi obligada a dejarlo anoche y empiezo a trabajar en el pajarito del árbol. Me muerdo el labio e intento no reírme cuando oigo que empiezan las palabrotas en ruso. Evidentemente, la cuna no es tan fácil como pensaban.

—No entiendo por qué no podemos resolver esto —dice Danil cuando han pasado treinta minutos y la cuna sigue hecha pedazos en el suelo.

—Porque esta maldita cosa no tiene ningún sentido —dice Vitaly, levantando las instrucciones y dándole la vuelta al diagrama para intentar ver si así le resulta más fácil. No es así, así que se lo devuelve a Roman con un gruñido molesto—. Esto está diseñado para volverte jodidamente loco.

—¿Cómo de difícil puede ser? —pregunta Lev, levantando uno de los raíles—. Básicamente estamos construyendo una caja sin tapa.

Tras otros cuarenta minutos, Vitaly se encoge de hombros y dice:

—Tu hijo estará durmiendo en el suelo. Seguro que le encantará. Podemos conseguirle unas mantas cómodas.

Cuando empiezo a reírme, vuelve hacia mí esos ojos ámbar y levanta una ceja.

—¿Algo gracioso, *ptichka*?

—No —le digo, incapaz de ocultar mi sonrisa—. Seguro que es muy complicado.

—Lo es —dice, y juro que casi suena un poco como un mohín.

—Esto hace que me lo cuestione todo —admite Danil.

—El cerebro ya no te parece demasiado grande, ¿eh? —pregunta Vitaly riéndose.

Matvey coge las instrucciones.

—No nos vamos a dejar superar por una maldita cuna. Vale —dice señalando el diagrama—. Necesitamos la parte A. ¿Cuál es la A?

Todos miran a su alrededor y encuentran la pieza correcta antes que Matvey diga—. Y la unimos a la Parte B.

Cuando localizan ambas piezas, las mantienen unidas mientras Lev pregunta:

—¿Dónde coño están los tornillos?

—No lo sé —dice Matvey—, también dice que necesitamos espigas. ¿Qué cojones es una espiga? ¿Tienen instrucciones en ruso?

Para cuando consiguen construir la maldita cosa, me estoy riendo tanto que estoy llorando. No recuerdo haberme reído de esta manera en mi vida. Estar cerca de esta familia hace que me olvide con facilidad que supuestamente debo estar vigilante. Vitaly se acerca con una sonrisa en los labios.

—Me alegra que te haya parecido tan divertido.

—Sí —le digo, secándome una lágrima—. De verdad que sí.

Se ríe volviéndose hacia Lev.

—Cuando construyamos una para tu bebé, seremos unos putos profesionales.

—Dios, eso espero —dice. Mira a sus hermanos—. Todos estamos comprando las mismas malditas cunas. Ni de coña vamos a aprender a construir otras distintas.

Es dolorosamente obvio que está incluyendo a Vitaly en esto, y me da demasiado miedo mirarle a los ojos y ver lo que está pensando, así que vuelvo a ocuparme de pintar. Me mira trabajar durante varios minutos cuando sus hermanos mueven la cuna al centro de la habitación para que yo pueda seguir pintando las paredes con facilidad.

—¿Quién te ha enseñado a hacer todo esto?

Termino la pluma de la cola en la que estoy trabajando antes de mirar hacia él.

—Empecé cuando de pequeña y aprendí por mi cuenta. Vi un montón de vídeos en Internet y pasé miles de horas dibujando muy, muy mal. Me llevó mucho tiempo, pero al final mejoré.

—Tienes mucho talento. —Me sonrojo ante su elogio, sorprendida por lo feliz que me hace que le gusten mis dibujos—. Espero que añadas un par de urracas —me dice, guiñándome un ojo rápidamente.

Señalo el único punto desnudo que queda en el árbol.

—Van justo ahí.

Sonríe y retrocede un paso dándome más espacio. Apenas estoy empezando con ellas cuando Emily entra en la habitación y luego chilla el nombre de su marido antes de correr a sus brazos.

—No corras —le dice, pero no hay ira en su tono, tan solo amor. Los observo a ambos, convencida ya, que esto no es ninguna farsa. No están actuando para mí, intentando hacerme creer algo que no es cierto. Se quieren de verdad. Nunca había visto a ninguno de mis hermanos comportarse así con nadie. Ni siquiera podrían fingirlo, porque no pueden ocultar su expresión mortecina. Sin embargo, los ojos de Roman se suavizan cada vez que mira a su mujer.

—No puedo creer que hayas montado esto —le dice ella, sonriéndole como si fuera todo su mundo.

Él sonríe y le besa la punta de la nariz.

—Pan comido, *solnishka*. No nos ha llevado nada de tiempo.

—Estás tan lleno de mierda —murmura Vitaly en ruso con una carcajada.

—Me encanta —dice Emily, pasando las manos por la hermosa cuna blanca. Mira a los hombres que están a su alrededor—. Gracias por ayudar.

—No es como si permitiéramos que nuestro sobrino durmiera en el suelo —dice Vitaly, dedicándole una gran sonrisa inocente.

—Hijo de puta —le dice Lev riéndose.

Emily mira a Vitaly.

—Querías que nuestro hijo durmiera en el suelo, ¿no?

Vitaly se ríe. Puedo ver la agradable relación que tienen. Es la clase de relación que siempre deseé entre mis hermanos y yo.

—Esa cuna es tremendamente difícil, Emily, como locamente difícil de cojones. Tienes que seguir teniendo bebés para que siempre esté en uso, porque no creo que haya forma de derribarla a menos que consigas un mazo.

—Eso no será un problema —le dice Roman, pasándole la mano por la barriguita e inclinándose para besarla.

—Probablemente deberías esperar a que salga este antes de empezar a intentar hacer otro —le dice Vitaly.

—Capullo —dice Roman riéndose.

Vuelvo a pintar las urracas, cuando Emily se acerca y me sorprende rodeándome el hombro con un brazo.

—Es lo más bonito que he visto nunca, y no puedo creer que nuestro bebé vaya a poder mirarlo todos los días. —Me sonríe—. Es perfecto. Muchas gracias por hacerlo.

—Estoy encantada de hacerlo —le digo, sintiéndome inquieta por los elogios y la atención—. Me complace que te guste.

—Me encanta —me dice, dándome otro apretón antes de acercarse de nuevo a su marido—. Vale, vuelvo a tener hambre —le dice, haciéndolo reír.

Todos se marchan a comer, pero yo estoy decidida a terminar mis urracas. Ignoro la mirada que Vitaly me dirige. Siento que me mira fijamente. Mi cuerpo se ha sintonizado rápidamente con él, y juraría que podría sentirle entrar en una habitación, aunque tuviera los ojos vendados. Cuando se coloca detrás de mí y desliza la mano por mi cabello, reprimo el gemido que quiero soltar.

—Tienes que comer.

—Estás demasiado obsesionado con mi recuento de calorías.

Se ríe ligeramente arrastrando el pulgar por mi nuca, lo que me provoca un escalofrío de placer que me recorre la columna hasta llegar a mis piernas.

—¿Quieres terminar esto primero? —pregunta, señalando mis pájaros con la cabeza.

—Sí, realmente quiero.

—Bien. Tú sigue pintando y yo te prepararé la comida.

—Me sorprende que no tengáis cocinero.

—Eh, esta mañana parecía que te gustaban mucho mis tortitas. —Su pulgar sigue acariciando mi piel, y sonrío ante el tono burlón de su voz.

—Sí. Eres todo un cocinillas de microondas.

—Lo intento. —Estamos pensando en contratar a una cocinera —sonríe y dice—. Tenemos a alguien que viene un par de veces a la semana para ayudar a limpiar, pero aún no hemos contratado a nadie para cocinar. No nos gusta que mucha gente sepa dónde vivimos. —Su pulgar baja más, rozándome el pliegue del cuello—. ¿Siempre habéis tenido cocinera?

—Sip y criadas. Mis hermanos nunca limpiaban lo que ensuciaban ni cocinaban.

—No puedo decir que me sorprenda oír eso. Konstantin no parece el tipo de hombre que haga la cama o rompa un huevo.

—No —digo, dejando escapar una risa áspera—. No lo es.

Tengo la sensación que quiere preguntarme más sobre mi hermano, pero no lo hace. En lugar de eso, me da una última caricia en la piel antes de dar un paso atrás.

—Voy a preparar la comida, pero cuando acabe, pararás a comer. No te vas a saltar otra comida, *ptichka*.

Sonrío sin dejar de pintar, disfrutando de la sensación porque alguien se preocupe por mí lo suficiente como para prepararme la comida. Casi he terminado con el segundo pájaro cuando Vitaly vuelve a buscarme. Le echo una mirada rápida y luego sacudo la cabeza.

—Ya casi he terminado.

Cruza los brazos sobre su ancho pecho y se apoya en el marco de la puerta.

—Ese no era el trato.

Sosteniendo el mango del pincel más pequeño entre los labios, utilizo el otro un poco más grande para rellenar una de las alas.

—Solo un segundo más —murmuro alrededor del pincel.

—Katya… —me advierte, apartándose de la puerta y avanzando hacia mí.

Mis manos trabajan más deprisa, decididas a acabar con este pequeñajo, pero cuando me agarra de la muñeca, le lanzo una mirada furiosa que le hace sonreír.

—Un trato es un trato.

Me quito el cepillo de la boca con la mano libre y resoplo con rabia.

—Ya casi he terminado.

—El almuerzo ya está hecho.

Sin previo aviso, levanto el pincel y deslizo las suaves cerdas sobre la punta de su nariz, pintándola de azul. Sus ojos se abren sorprendidos, pero lo único que puedo hacer es reírme.

—Oh, te vas a arrepentir, *ptichka* —me dice, agarrándome por las muñecas y arrastrándome contra la pared desnuda de nuestra derecha, inmovilizándomelas por encima de la cabeza con una de sus manos. Por un horrible momento creo que está cabreado, realmente cabreado, pero cuando ve el destello temeroso en mis ojos, su rostro se suaviza y se inclina para que estemos cara a cara.

—No tienes por qué temerme nunca. Nunca te haré daño.

Siento el calor de su aliento contra mis labios, y cuando inclina la cabeza, acercándose más y arrastrando lentamente la nariz por mi mejilla, marcando mi propia piel con pintura, suelto un suave gemido luchando contra el agarre que ejerce sobre mis muñecas.

—Estás a salvo conmigo —susurra contra mi piel.

Suelto un suave gemido cuando vuelve a acercar sus labios a los míos. El beso es lento pero exigente. Me separa los labios con la lengua, deslizándose como si ya fuera dueño de mi boca, y puede que lo sea, porque la forma en que mi coño se contrae y humedece mis bragas deja claro que mi cuerpo ya no me obedece. Es él quien manda, y cada parte de mí lo sabe. Profundizando el beso, presiona su cuerpo contra el mío, inmovilizándome contra la pared según su lengua profundiza más. Su mano marcada tensa mis muñecas, arrancándome otro gemido que él se traga rápidamente. Su otra mano me sujeta la cadera como si nunca fuera a soltarme, y cuando siento su dura longitud presionando contra mi

vientre, no sé si huir despavorida o abrir las piernas y darle la bienvenida. Mis muslos se separan y deciden por mí justo antes que él suelte un gruñido feroz y retroceda, dejándonos a ambos jadeando y deseando más.

—Maldita sea —gruñe, pasándose una mano por la cara y extendiendo aún más la pintura.

—Interesante.

Ambos nos volvemos al oír la voz de Lev. Está apoyado en la puerta, igual que Vitaly, con una gran sonrisa en la cara que resalta el aro labial de la comisura.

Se ríe ligeramente haciendo un gesto con el dedo alrededor de su cara.

—Los dos tenéis algo —hace una pausa y vuelve a reírse—, por todas partes.

Antes incluso de poder intentar limpiarme la cara, ha sacado su teléfono, nos ha hecho una foto, y vuelve a sonreír a Vitaly.

—Venganza.

—¿Por qué? —pregunta Vitaly, intentando parecer cabreado pero simplemente se ríe intentando limpiarse la pintura de la cara.

—Por tantas jodidas cosas —dice Lev, riéndose al alejarse. Antes de desaparecer por el pasillo, dice por encima del hombro—. Por cierto, ya he colgado la foto en nuestro chat de grupo.

—Tremendo imbécil —murmura Vitaly, pasándome el dedo por la mejilla—. He intentado decirle que el metal de sus piercings le está jodiendo el cerebro, pero no me escucha. Creo que lo vuelven irritable.

—A mí me parecía bastante feliz —digo, sin creerme ni por un segundo que Vitaly esté realmente enfadado. Está demasiado ocupado intentando no reírse para enfadarse con su hermano.

—Eso es cosa de Jolene. Era un auténtico gruñón antes de conocerla.

—¿Cómo se conocieron?

—Lev es luchador del mundo subterráneo, y Jolene es la hermana de uno de los tipos con los que solía luchar.

—¿Ya no lucha con él? —Antes que me responda, digo—. Supongo que sería raro que luchara contra su cuñado.

Vitaly se ríe.

—No, ya no lucha con él porque Lev lo mató. Era un auténtico cabrón que se ensañó con Jolene y la vendió. Lev no iba a dejarlo pasar, así que le retó a un combate a muerte. —Vitaly me levanta una ceja—. Tus hermanos ganaron mucho dinero con esa pelea. Me sorprende que no te lo contaran.

—Mis hermanos nunca me cuentan nada de su trabajo. La noche que viniste a cenar, cuando te contó lo de nuestra boda, yo estaba encerrada arriba en mi habitación. Ni siquiera me dejó bajar para ver con quién me casaría. Todo lo que hacen mis hermanos tiene un propósito, y ese propósito siempre es aportarles un beneficio de algún modo.

—Eso casi suena a advertencia —me dice, observándome.

—Es simplemente la verdad.

Decide no presionarme para que le dé más información y me lleva a la cocina para que pueda comer algo. Intento no hacerme ilusiones. Intento no depender de la visión de Vitaly que está formándose en mi cabeza, esa en la que es dulce, amable y divertido, porque sé que no es así. No soy idiota. Conozco a los hombres que ocupan este mundo, y no son buenos, no son amables, y seguro que no tratan a sus mujeres así de jodidamente bien. A pesar de todas las formas en que intento hacerme entrar en razón, me enamoro rápidamente del guapísimo ruso de ojos color whisky que hace que mi corazón se acelere cada vez que lo miro.

Casi empiezo a creerme la fantasía, pero la realidad se impone cuando esa misma noche me dice que tiene que ir a comprobar unas cosas al club. No me entusiasma, pero no puedo decirle que no puede ir a trabajar. Cuando me quedo dormida intentando esperarle y me despierto con la cama vacía, empiezo a preocuparme. Cuando entro en el baño y encuentro su cepillo de dientes mojado y gotas de agua aún en los azulejos de la ducha, empiezo a cabrearme. Me ha evitado durante tres malditos días. Sus hermanos intentan excusarle, pero me doy cuenta que mienten. Simplemente no quiere estar aquí. No quiere estar cerca de mí. Paso todo el tiempo que estoy despierta trabajando en las paredes del cuarto de los niños, pero al final del tercer día, ya no puedo más.

A la mierda.

Echo un último vistazo a la pared que acabo de terminar, cojo mis cosas y subo al dormitorio que ahora me parece exclusivamente mío. Es tarde y los demás ya se han ido a sus habitaciones. Pero yo tengo otros planes. Después de una ducha rápida, me pongo un vestido rosa y cojo un jersey ajustado de color crema para acompañarlo, ya que fuera hace un frío del demonio.

Ignorando lo doloridos que tengo los pies, me pongo unos tacones que hacen que mis piernas parezcan más largas y esbeltas. Me dejo el cabello suelto, como le gusta a Vitaly, y me maquillo un poco más de lo normal. Si voy a ir al Pink, al menos tengo que aparentar.

Cuando me observo en el espejo, me doy la vuelta y gimo al ver las líneas de las bragas. La mayoría de estos vestidos los he llevado sola por casa, así que no me importaba que se vieran las líneas de las bragas, pero no puedo salir así y no tengo nada más que ponerme, así que, tras unos segundos de debate, me quito las bragas y las tiro en la encimera del baño.

Problema resuelto.

Con cuidado de no hacer ruido, bajo sigilosamente las escaleras, esperando que nadie decida tomar un tentempié nocturno en los próximos cinco minutos. Vi a Vitaly utilizar una tarjeta—llave cuando me trajo aquí por primera vez, pero he estado observando, y no se necesita ninguna tarjeta—llave para utilizar el ascensor desde aquí arriba. Conteniendo la respiración, pulso el botón y me estremezco al oír el tintineo que hace cuando se abren las puertas. Me subo y pulso el botón repetidamente, intentando que las puertas se cierren lo más rápido posible. No suelto el aliento que he estado conteniendo hasta que las puertas se cierran y siento que el ascensor empieza a descender.

Intento no emocionarme demasiado. Aún me queda mucho camino por recorrer, pero cuando llego al aparcamiento y no hay nadie esperándome, atravieso el pavimento a toda velocidad, ignorando las agudas punzadas de dolor en los pies cuando corro hacia la acera de enfrente. Levanto la mano, llamo al primer taxi que veo y me meto dentro.

—Llévame al Pink, por favor.

Si el conductor parece sorprendido de pedirle que me lleve a un club de striptease, no lo dice. Se limita a asentir y se adentra en el tráfico nocturno. Me relajo en el asiento todo lo que puedo, pero tengo los nervios a flor de piel y mis dedos están temblando. No sé qué voy a hacer cuando encuentre a Vitaly, y justo ahora me doy cuenta que podría encontrarme con algo que no quiero ver. Está rodeado de mujeres hermosas y semidesnudas cada segundo que pasa en este club, y no hemos tenido relaciones sexuales. No me quiere, y no hay motivos para creer que me sea fiel. Diablos, en este mundo se espera que no lo sea. Se espera que tenga montones de mujeres a su lado, pero la sola idea de verle con otra mujer me impide respirar. Estoy a punto de decirle al taxista que dé la vuelta, que he cambiado de opinión y que prefiero no saberlo, pero ya está entrando en el aparcamiento y es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Es hora de averiguar qué ha estado haciendo mi marido.

CAPÍTULO 8



Vitaly

Todavía estoy agarrando mi teléfono con fuerza después de leer el mensaje de Matvey.

Tu chica se ha ido. Ha cogido un taxi, pero la estoy siguiendo.

Me quito de un tirón la chaqueta del traje y me remango la camisa blanca antes de desabrocharme los botones superiores para que me entre un poco de puto aire en los pulmones. Varios minutos después, cuando aún siento que no puedo respirar, me envía un nuevo mensaje de texto, uno que no esperaba.

Estamos fuera. Acaba de pasar junto a Boris.

Efectivamente, menos de un minuto después, recibo un mensaje de uno de nuestros porteros.

Jefe, tu mujer acaba de entrar.

Como si no pudiera cabrearme más, doblo la esquina y veo a mi mujer en medio de un maldito club de striptease con un vestido rosa que abraza todas sus apetitosas curvas. El diminuto jersey que lleva no hace una mierda por ocultar nada. La estudio durante unos segundos desde las sombras, casi rompiéndome una maldita muela cuando me doy cuenta que no lleva bragas.

Joder, ¿en qué coño está pensando?

Veo a Matvey entrar por la puerta principal, escudriñando a la multitud en busca de Katya. Cuando la ve, sus hombros se relajan y mira a su alrededor hasta que me ve. Me hace un gesto con la cabeza, saca el móvil y me envía otro mensaje.

¿Necesitas que me quede?

No, hermano. Yo me encargo. Gracias.

Tiene suerte que estuviera en el gimnasio y la viera escabullirse. Ha parado un puto taxi en mitad de la maldita noche.

No te preocupes. No volverá a ocurrir.

Le veo sacudir la cabeza, tan cabreado como yo de haberse expuesto a un peligro así. Guarda el teléfono y me saluda con la mano antes de marcharse a casa. Matvey no tiene ningún deseo de pasar el rato en un club de striptease, y no me sorprende verle salir rápidamente.

Permanezco en la sombra, me apoyo en la pared y observo a Katya, con curiosidad por ver qué hará. Parece tan jodidamente inocente de pie en medio de mi club. La mayoría de mujeres desnudas están a su alrededor, pero ninguna de ellas puede ni siquiera compararse con ella.

Ni siquiera me fijo en ellas. Estoy demasiado ocupado viéndola colocarse un mechón suelto detrás de la oreja, mirando a su alrededor y ruborizándose.

Cuando se acerca a la barra, Mila me echa una rápida mirada, esperando a que asienta con la cabeza antes de inclinarse para tomar el pedido de Katya. Mi dulce esposa es ajena a todo cuando pide una bebida, golpeando nerviosamente con los dedos la barra al prepararla Mila. Coge el dinero que Katya le da para que no parezca sospechoso, le entrega la bebida y se marcha a atender a otro cliente.

Un grupo de tres mujeres se acercan a la barra junto a ella, con aspecto de estar a punto de emborracharse. La pelirroja del final apenas puede mantenerse erguida, y cuando empiezan a hablar, probablemente demasiado alto, veo que la espalda de Katya se pone rígida. Agarra la copa con más fuerza, con sus mejillas sonrojándose aún más y, tras un par de minutos, se baja del taburete, enseñando más pierna de la que me gustaría, y comienza a pasear por el club.

Nunca la pierdo de vista, permaneciendo detrás de ella y manteniéndome en las esquinas oscuras, y cuando veo a un hombre acercarse a ella, todo se vuelve mortalmente tranquilo en mi interior. Está mirando a Katya como si quisiera hacerle todo lo que yo quiero hacerle, y Dios me cabrea de cojones. Cuando sonríe y se acerca un paso, diciendo quién sabe qué mierda de frase para ligar, Katya da un paso atrás, dejando claro que no está interesada. Ni siquiera ver cómo lo rechaza puede disminuir mi rabia. Está a dos segundos de consumirme, y apenas veo que extiende la mano agarrándola de la muñeca, es como si encendiera la maldita mecha, porque exploto.

Me dirijo hacia ellos, abro la distancia en cuestión de segundos, y el cabrón tiene el tiempo justo de levantar la vista y verme antes que mi puño conecte con su nariz, destrozándola con un satisfactorio crujido que inmediatamente hace que la sangre corra por su cara. Katya suelta un chillido cuando me acerco y lo agarro de la camisa, manteniéndolo en pie cuando es evidente que sus rodillas están a punto de ceder.

——¿Crees que puedes tocarla?

—Lo siento —escupe, salpicando sangre por todas partes al toser.

La mirada de puro terror de sus ojos castaños de mierda me tranquiliza lo suficiente como para no sacar mi arma y disparar al cabrón, pero apenas. Varios porteros se acercan apresuradamente y la multitud se aparta para evitar ser golpeada si esto se convierte en una pelea. Suelto al hombre, que rápidamente se lleva las manos a la nariz en un triste intento de detener el flujo de sangre. Envolviendo con un brazo a una Katya de aspecto aterrorizado, atraigo su cuerpo contra el mío y señalo con el dedo al hombre.

—Esta es mi mujer, y si vuelves a ponerle las manos encima, te mato, joder. ¿Entendido?

Sacude rápidamente la cabeza, sin atreverse siquiera a mirar a Katya cuando murmura otra disculpa. Miro al portero y asiento con la cabeza.

—Llévatelo de una puta vez.

—Sí, señor —se apresura a decir y luego agarra al hombre, arrastrando su culo fuera dejando un rastro de sangre tras de sí.

—Vitaly —empieza a decir Katya, pero levanto un dedo para cortarla. Sin soltarla del brazo, la acompaño a través del club y la llevo a un pasillo. Abro la puerta de mi despacho, entro con ella y cierro la puerta tras de mí.

Veo que se queda con la boca abierta y la miro con el ceño fruncido.

—¿Tienes idea del peligro que corres saliendo a hurtadillas tú sola? —Me paso una mano por el cabello, tan cabreado que apenas puedo pensar.

—¿Un puto taxi, *ptichka*? ¿Saliste corriendo y llamaste a un puto taxi? ¿Y si alguien te hubiera visto o reconocido o se hubiera dado cuenta que eras mi mujer y decidiera utilizarlo contra mí? ¿Y tus pies? —Hago un gesto hacia los tacones que lleva puestos—. ¡Por Dios!

—¿Cómo sabes que cogí un taxi, y realmente te importaría si me pasara algo?

—Matvey te ha seguido, ¿y qué coño se supone que significa eso?

—Significa que no has estado en casa en tres noches y que te has pasado todo el tiempo aquí. —Hace un gesto con las manos, indicando el club de striptease en el que estamos—. No hace falta ser un genio para

darse cuenta de lo que has estado haciendo aquí, o con *quién* lo has estado haciendo, debería decir.

Sus ojos azules se vuelven vidriosos y suelta una carcajada.

—Lo he oído todo sobre tu reputación en el bar. Dime, Vitaly, ¿hay alguien en esta ciudad a quien no te hayas follado? —Suelta otra carcajada que casi se convierte en sollozo—. Quiero decir, aparte de mí.

Me restriego una mano por la cara, recordando a las mujeres borrachas que habían estado hablando a su lado en el bar.

—No sé por qué me permití creer que tú podrías ser diferente. Soy tan idiota. —Empieza a llorar y se me rompe el puto corazón.

—*Ptichka* —le digo, acortando la distancia y ahuecando su cara—. Mírame, nena.

—No me llames así —hace un mohín, y no puedo evitar sonreír al ver su lado luchador.

—Por favor, mírame.

Espero a que sus ojos azules se posen en los míos.

—No sé lo que han dicho esas mujeres, pero necesito que sepas algo. No he vuelto a mirar a otra mujer desde la noche en que supe que íbamos a casarnos. Nunca te he engañado.

Acercándome más, beso sus temblorosos labios.

—*Nunca* te engañaré. La lealtad lo es todo para mí, y yo te di la mía cuando intercambiamos votos. Nunca me retractaré.

—¿No te has acostado con nadie más? —susurra ella.

—No, tesoro, no lo he hecho.

Me agarra de los brazos, clavándome los dedos en el bíceps.

—¿Entonces por qué no has venido a casa? ¿Por qué me evitas?

—Porque soy idiota —le digo, decidiendo ser sincero—. Vine a trabajar esa primera noche porque tenía algunas cosas de las que tenía que ocuparme y porque hay mucha mierda con la que mis hermanos y yo estamos lidiando. Me quedé porque me siento jodidamente atraído por ti, y ese no era el plan.

—¿Cuál era el plan?

Su voz es suave y temblorosa, y parece jodidamente vulnerable. Hace aflorar todos mis instintos protectores, los que creí que nunca sentiría por una mujer, pero me equivocaba. Estaba jodidamente equivocado, porque haría cualquier cosa por mantener a salvo a esta mujer, por mantener a salvo a *mi esposa.*

Paso los dedos por su mejilla, apartando las lágrimas que han empezado a caer.

—El plan era no enamorarme de ti y anular el matrimonio tan pronto como pudiera.

Se estremece como si la hubiera abofeteado, y el dolor de su rostro es más doloroso que cualquier cosa que yo haya experimentado jamás.

—Pero arruinaste el plan, *ptichka,* porque fui e hice lo único que juré que nunca haría.

—¿Qué es?

Arrastro el pulgar por su labio inferior.

—Enamorarme.

Se me escapa otra lágrima, y esta vez me inclino más hacia ella y le paso la lengua por la mejilla, cubriéndola con su sabor salado. Es suficiente para hacerme perder el control. Con un gruñido, empuño su cabello y acerco mi boca a la suya, besándola como si nunca fuera a tener suficiente. Todo el miedo y la preocupación que sentí cuando recibí aquel maldito mensaje de texto y toda la rabia que sentí cuando vi la mano de otro hombre sobre ella se mezclan en el beso, y cuando ella gime y arrastra las uñas por mi cuero cabelludo, le agarro el culo y la levanto, sentándola en el borde de mi escritorio.

—Prométeme que nunca volverás a irte sin decírmelo —gruño contra sus hinchados labios.

—Te lo prometo —me dice, con la respiración entrecortada y el pecho agitado.

—No puedo creer que hayas venido a un club de striptease y no lleves bragas.

Se echa hacia atrás, sorprendida.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Simplemente lo sé. —Obligándome a dar un paso atrás, recorro con la mirada su cuerpo perfecto y ruborizado—. Enséñamelo —gruño. Cuando vacila, la miro con una ceja levantada—. Abre esos hermosos muslos, nena, y enséñame lo que me pertenece.

Suelta un gemido sexy antes de obedecerme separando los muslos. El vestido se le sube, pero no tanto como yo quisiera. Cuando vuelvo a mirarla a los ojos, sabe exactamente lo que quiero. Agarrándose el vestido, se lo sube aún más, mostrándome su perfecto coñito.

—Maldita sea —gimo, mirando su coño depilado y su hendidura húmeda. Está reluciente y suave, es lo más hermoso que he visto nunca. Mi polla se tensa dolorosamente contra mi pantalón, y sé que lo que estoy a punto de hacer me va a poner a prueba más que ninguna otra cosa en el mundo, pero no me importa. Caigo de rodillas ante ella, porque nada va a impedir que devore el coño de mi mujer. Necesito saborearla. Necesito sentirla contra mis labios al correrse.

Deslizo las manos por sus muslos y ella gime con los ojos entornados. Me inclino más hacia ella sin apartar los ojos de los suyos y subo lentamente por el interior de uno de sus muslos. Soltando una de las manos de su vestido, la acerca a mi cabeza y desliza los dedos por mi cabello, al tiempo que arrastro una sucesión de besos a lo largo de su suave piel.

A medida que me acerco a su centro, mi corazón se acelera y el precum impregna mi polla. Clavo los dedos con más fuerza en sus muslos y la separo lo suficiente para que los labios de su coño se abran para mí.

—Tan jodidamente hermosa —gruño, mis ojos clavados en sus labios interiores rosados ahora expuestos ante mí. Todo en ella es tan jodidamente dulce e inocente, que me muero de ganas de desgarrarla y hacerla mía. Quiero este pequeño coño ensangrentado por mi gruesa polla. Quiero la prueba de su inocencia escrita en mi polla.

Acaricio su coñito con la nariz y la inspiro, soltando otro gemido.

—¿Quién soy yo? —le pellizco uno de sus suaves labios antes de disipar el escozor con un beso.

—¿Qué?

Está aturdida y le resulta difícil prestar atención. Paso la lengua por su rajita, llenándome la boca de su sabor.

—¿Quién soy?

—Vitaly —me dice, y casi se me escapa una risa.

—Inténtalo de nuevo, *esposa*. ¿Quién soy yo?

Vuelve a gemir cuando le acaricio el clítoris con la lengua.

—Mi marido —gime.

—Buena chica —la elogio, separándole los labios con la lengua y sumergiéndome en su interior—. Quiero oírte decirlo otra vez.

—Eres mi marido.

—¿Quién puede tocarte?

—Tú —se apresura a decir, y vuelve a gemir cuando chupo suavemente su clítoris—. Solo tú.

—Esto es *mío* —gruño, pasando la lengua desde el fondo de su abertura hasta su clítoris—. Cada jodida parte de ti es *mía*.

—Sí, solo tuya. —Sus palabras salen entrecortadas, y cuando sigo lamiendo y chupando sus delicados pliegues, gime mi nombre y cae de espaldas sobre mi escritorio, dándome mejor acceso al coñito exclusivamente mío. Nadie más sabrá nunca a qué sabe.

Esto es *mío*.

Ella es mía, y he terminado de luchar contra ello.

Cuando empieza a correrse, grita mi nombre y agita las caderas contra mi boca ansiosa, ávida del placer que únicamente yo puedo darle. Su descarga golpea mi lengua, arrancándome un gruñido a la vez que mi polla me pide a gritos que la libere. Sin poder resistirme, me bajo bruscamente la cremallera y empuño mi pene, moviéndome a un ritmo brutal con un único objetivo en mente, porque si no me corro, voy a perder la maldita cabeza.

Pero antes, me la llevo conmigo. Aferrándome a su clítoris, la chupo con fuerza sin dejar de bombear mi polla, luchando contra mi orgasmo hasta que oigo sus dulces gemidos al sentir cómo su cuerpo se tensa bajo el mío. Con un grito desgarrado, grita mi nombre y se deshace una vez más, desmoronándose ante mi toque.

Tan pronto siento que su cuerpo se ablanda, me levanto acercando mi boca a la suya, besándola en el momento en que el orgasmo me atraviesa y me corro sobre su dulce coñito. Mi polla palpita en mi mano, el puto orgasmo me ciega y ella gime y chupa mi lengua al tiempo que sus brazos y piernas me rodean, atrayéndome más cerca. Cubro su nuca, protegiéndola de la dura madera del escritorio, y cuando finalmente me vacío, la rodeo con mis brazos, necesitándola tan cerca como puedo.

La sensación de querer abrazarla, de querer estar cerca de ella y oler su aroma a vainilla y sentir su corazón acelerado contra mi pecho es tan jodidamente extraña, pero también jodidamente perfecta. Es reconfortante, y eso no me lo esperaba. Pensé que me sentiría atrapado o como asfixiado, pero en lugar de eso me siento libre por primera vez en mi vida, como si solo hubiera estado usando la mitad de mis pulmones y ahora estuviera respirando a plena capacidad. Beso su mejilla y arrastro la nariz por la cavidad de su oreja, aspirándola y sabiendo con certeza que nunca me saciaré.

—Joder, *ptichka* —susurro—. Me has destrozado, tesoro. Estoy jodidamente deshecho a tus pies, y ya nada volverá a ser lo mismo para mí.

Me abraza más fuerte, enterrando su cara en mi cuello. Parece tan pequeña y vulnerable, y sé que no hay nada que no haga para protegerla. Acaba de convertirse en todo mi puto mundo, y ya no hay vuelta atrás para mí. Necesito decirle la verdad, necesito decirle tantas malditas cosas, pero primero tengo que hablar con mis hermanos. Nos afecta a todos, y tienen derecho a saber que las cosas han cambiado entre Katya y yo. Si va a formar parte de nuestra familia, una parte real y permanente de ella, tiene que saber la verdad sobre lo que estamos haciendo con sus hermanos.

Levantándola, la estrecho contra mi pecho y me siento en mi silla, manteniéndola en mi regazo.

—Estoy asustada —me confiesa, manteniendo la cara pegada a mí para que pueda sentir el calor de su aliento en mi piel.

Sujeto su cabeza, hundiendo los dedos en su cabello.

—¿De?

—De todo. Me confundes, Vitaly. No eres en absoluto como yo pensaba que serías. No te pareces en nada a ningún hombre que haya conocido o con el que haya estado. No lo comprendo. Eres tan dulce, pero estás liado con mis hermanos. Traficas con mujeres. No tiene sentido. —Se endereza como si se le acabara de ocurrir algo y se vuelve para mirarme—. ¿Tienes mascota?

—No, nunca la he tenido.

Eso la confunde mucho. Frunce el ceño y niega suavemente con la cabeza.

—No lo entiendo.

Le paso el dorso de un dedo por la mejilla.

—Te prometo que pronto te lo explicaré todo. Solo necesito que confíes en mí un poco más y entonces te contaré todo lo que quieras saber.

No se me ha pasado por alto que no me ha dicho que me quiere, pero puedo ver en su carita que todo esto es mucho para ella. Aún no confía plenamente en mí, pero no importa. Pasaré el resto de mi vida demostrándole una y otra vez que puedo ser digno de su amor. No soy el hombre que ella cree que soy, es más, mi *ptichka* aprenderá que no me parezco en nada a sus hermanos.

—De acuerdo —susurra ella—. Confío en ti, Vitaly, pero te juro que, si me mientes, no volveré a confiar en ti.

Ahueco su rostro y la atraigo hacia mí, besando la punta de su bonita nariz respingona.

—Nunca te mentiré, Katya.

Se relaja sobre mí, y cuando subo la mano por su muslo, mira hacia abajo y sus labios se entreabren en un jadeo al ver mi tatuaje más reciente. Me lo había hecho hacía tres días, justo después de salir del ático. Le enseñé al tatuador la foto que tenía en el móvil y recreó la urraca de Katya en el último espacio en blanco que me quedaba en la parte interior del antebrazo, como si hubiera estado reservando ese último trozo de piel desnuda solo para ella. También le había pedido que añadiera su nombre en la mancha blanca formada por las plumas del ala.

—¿Es la mía? —La sorpresa en su voz me hace sonreír al arrastrar ligeramente un dedo sobre el tatuaje.

—Lo es. Lo vi la noche de nuestra boda, cuando te quedaste dormida, y me gustó tanto que le hice una foto.

—¿Y luego elegiste que te lo dibujaran permanentemente?

Sonrío y suelto una suave carcajada.

—Así es. Quería uno de los preciosos dibujos de mi mujer sobre mi piel.

—Realmente ha quedado precioso. —Su dedo roza las plumas iridiscentes.

—El tatuador quedó muy impresionado por la foto que le enseñé, y no pude dejar de sonreír cuando le dije que lo había dibujado mi mujer. —Suelto una risita suave—. Podría haber arruinado por completo mi imagen de tipo duro en esa tienda en particular.

Cuando suelta mi brazo, deslizo la mano más arriba por su muslo, gimiendo al chocar con su piel desnuda y húmeda. Arrastro la yema del pulgar sobre el semen que he derramado sobre su cuerpo antes de introducirlo en su interior. En cuanto los labios de su coño se abren y meto mi esperma donde nunca antes había estado, me doy cuenta de hasta qué punto he llegado. Si estoy con una mujer, lo único que toca mi semilla es el interior de un preservativo, fin de la puta historia, pero aquí estoy empujándola voluntariamente dentro de ella porque no soporto la idea de estar en ningún otro sitio.

—Vamos a salir juntos de este club, y lo vamos a hacer con mi semen por todo tu coño y dentro de él y con mi lengua aun saboreándote, porque eres mía, cariño, y todos los cabrones de este lugar lo van a saber.

Le doy un beso y sonrío cuando suelta un suave gemido y se aprieta contra mi pulgar.

—Además, quiero enseñarte este lugar.

—No estoy segura que sea una buena idea —se apresura a decir.

—A pesar de lo que dijeron en el bar esas borrachas gilipollas, nunca me he follado a una sola persona que trabaje para mí.

—¿No?

—No, *ptichka*, no lo he hecho.

Deslizo el pulgar fuera de ella y se lo llevo a los labios, gimiendo cuando me rodea con los suyos y me chupa hasta dejarme limpio.

—Y después de enseñarte esto, voy a hacerte comer algo, porque sé que te has estado saltando comidas, y luego te llevaré a casa. —Le hago un guiño—. Si eres una buena chica, puede que tengas suerte.

Ella se ríe alrededor de mi pulgar, dándome una última chupada antes de apartarse lentamente.

—Puede que la tenga, ¿eh?

—Si juegas bien tus cartas, podrías convencerme, sí.

Su rostro se ilumina con otra sonrisa, y lo único que puedo hacer es contemplarla.

—Eres tan hermosa —susurro, acercándola para darle otro beso. Este es más lento y dulce, y lo único que consigue que me detenga es saber que no quiero quitarle la virginidad a mi mujer en un puto club de striptease. Ella se merece algo mejor que eso.

—Vamos, tesoro. —La levanto con cuidado y luego la ayudo a arreglarse el vestido antes de volver a recogerme y arreglarme el traje—. ¿Tienes los pies bien o necesitas que te lleve?

Se ríe como si estuviera bromeando, pero cuando es evidente que no es así, sonríe y niega con la cabeza.

—No, están bien.

Sonriendo, tomo su mano.

—Deja que te enseñe mi club.

No parece muy entusiasmada con la idea de pasear por el Pink, pero quiero enseñarle el lugar con la esperanza al menos de hacerla sentir mejor si ve el lado profesional de las cosas. Antes de salir de mi despacho, le pongo mi chaqueta de traje igual que en nuestra boda.

—¿En serio? —Me mira con una ceja levantada—. Te das cuenta que hay mujeres ahí fuera que están básicamente desnudas hasta el trasero, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

—Me importan una mierda, y no son mi mujer. —Cuando parece estar a punto de discutir, le engancho un dedo bajo la barbilla—. El último tío que te tocó acabó con la nariz rota. Si alguien más te toca, lo mato.

Sonríe y me rodea la cintura con un brazo cuando tiro de ella. Salimos juntos de mi despacho y, apenas llegamos a la zona principal, su cuerpo se endurece junto al mío. El lugar está abarrotado como de costumbre, y hay mujeres en cada poste y en cada escenario. Hay tetas, culos y coños apenas cubiertos hasta donde alcanza la vista, pero nada de eso me interesa lo más mínimo, y quiero que ella lo sepa.

Me inclino más para que pueda oírme por encima del sensual ritmo.

—Eres la única mujer que me la pone dura, *ptichka*. —Miro hacia el club que nos rodea—. Cuando tomé el control de este lugar por primera vez, era una absoluta pocilga, la clase de sitio por el que no me habrías pagado ni para caminar descalzo. Tuve que desmantelarlo y empezar de cero.

Señalo por encima de nosotros la sección VIP que rodea todo el club.

—Hice de la sección VIP una zona que realmente parece apartada, e hice construir una cocina en el local y contraté a uno de los mejores chefs de la ciudad. También me aseguré para que los camerinos tuvieran zonas privadas para cada una de las bailarinas y varios jacuzzis para remojar sus músculos doloridos. Los hombres que trabajan en seguridad pertenecen a nuestra Bratva, y saben que no se debe tocar a ninguna de las mujeres a no ser que ellas lo permitan. Nadie es agredido en mi club.

Mira todo lo que señalo y asiente con la cabeza.

—Apuesto a que aquí ganáis mucho dinero.

—A estas alturas es puro beneficio.

Mira a un hombre que está recibiendo un baile erótico a menos de tres metros y luego vuelve sus ojos azules hacia los míos.

—No estoy segura de sentirme nunca a gusto aquí —admite—, pero puedo apreciar lo que has hecho con el local. Lo has convertido en un gran éxito. Eso es bastante asombroso, y puede que odie los clubes de striptease, pero puedo reconocer que este no me parece sórdido como pensaba.

Sonrío ante sus elogios. Me he dejado la piel para que este club sea un éxito y, aunque no sea lo suyo, significa mucho para mí que mantenga la mente abierta y vea todo el esfuerzo que he invertido en este local.

—Vamos —le digo, apretándole la mano y tirando de ella hacia la barra—. Quiero que conozcas a alguien.

Tan pronto como Mila nos ve, sonríe y se apoya en la barra.

—Mila, quiero presentarte a Katya, mi mujer.

Beso la cabeza de Katya y digo:

—Mila está casada con Timofey, uno de nuestros mejores hombres.

Katya sonríe y estrecha la mano de Mila.

—Encantada de conocerte.

Mila se ríe y me menea la cabeza.

—Encantada de conocerte a ti también. —Vuelve a reírse suavemente—. Mi marido estuvo en tu boda, y te juro que si no hubiera hecho una foto, nunca me lo habría creído. —Me señala con el dedo mirando a Katya—. Este hombre siempre juró que nunca se casaría.

Katya se ríe.

—Estoy completamente segura que no quería casarse conmigo.

Mila niega con la cabeza.

—Puede que al principio te obligaran, pero mira a este hombre. —Las dos se vuelven para mirarme—. Nunca pensé que vería a Vitaly enamorado.

Le dedico mi mayor sonrisa y me encojo de hombros.

—Puedes hacer una foto si quieres.

Ella se ríe, me toma la palabra y saca el móvil del bolsillo trasero. Antes que pueda hacer la foto, acerco a Katya para que ambos sonriamos a la cámara. Mila se ríe y guarda el móvil.

—¿Puedes decirle a Maurice que nos traiga dos comidas para llevar? —le pregunto sirviéndome un trago de vodka que no he pedido pero que ella sabe que me beberé.

—Claro. —Le dedica otra sonrisa a Katya—. Me alegro mucho de conocerte.

—Es muy simpática —dice Katya cuando Mila se marcha para pedir otra bebida y llamar a Maurice para que prepare nuestros filetes.

—Lo es —estoy de acuerdo—. Este lugar no funcionaría tan bien sin ella.

Dejo escapar un gemido molesto cuando oigo una voz femenina que pronuncia mi nombre. Al girar la cabeza, veo al grupo de mujeres que habían estado llenando la cabeza de Katya con rumores e historias de mi pasado. Manteniéndola apretada junto a mí, bebo mi chupito y me vuelvo hacia ellas. Las tres mujeres se estaban emborrachando la última vez que las vi, y parece que han conseguido llegar a su destino. La pelirroja suelta una risita, manteniéndose erguida a duras penas, y las dos rubias se apoyan la una en la otra. Me resultan vagamente familiares, probablemente habituales del club.

—Vitaly —chilla una de las rubias, dedicándome una desgarbada sonrisa ladeada—. ¿Te acuerdas de mí?

—No, no me acuerdo.

La pelirroja se ríe y le da un codazo en el hombro a la rubia, o al menos lo intenta. Casi consigue tirar su propio culo al suelo, pero se endereza en el último segundo, pareciendo tan sorprendida por ello como yo.

—Te dije que no te reconocería —le dice a su amiga—. De todas formas, probablemente estés mintiendo.

—No lo estoy —sisea la rubia antes de volver hacia mí sus ojos inyectados en sangre—. Dile que me has follado.

—¿Lo hice?

La pelirroja suelta otra carcajada, mientras la otra rubia susurra un 'difícil' en voz baja. Katya las observa, pero no se aparta de mí.

—Lo hicimos —me gimotea la rubia a la que evidentemente me follé en algún momento. Si estuviera un poco más sobria, supongo que me estaría dando un pisotón—. Fuera del club nocturno de la calle Cooper.

—No me suena de nada —le digo. Sinceramente, no tengo ningún recuerdo de ella. Me he follado a muchas mujeres, y ninguna de ellas ha significado nunca nada para mí. Miro a Katya, odiando que tenga que enfrentarse cara a cara con esta parte de mi pasado.

Cuando es obvio que las mujeres no van a marcharse, digo:

—Si nos disculpáis, mi mujer y yo nos vamos ya.

—¿Tu mujer? —sisea la rubia, cometiendo su primer error al hablar de mi mujer con ese maldito tono de voz. Su segundo error es levantar un dedo y apuntar con él a Katya mientras le grita—. Te ha estado engañando todo este tiempo, zorra.

Interponiéndome entre ellas, fulmino con la mirada a la mujer ebria que me ha cabreado oficialmente.

—No recuerdo haberte follado, hace meses que no voy a esa discoteca, definitivamente no desde que estoy casado.

Vuelvo a mirar a Katya y vuelvo a atraerla contra mí, besándole la frente antes de volver a mirar a las otras mujeres.

—Amo a esta mujer, y nunca la engañaría, y nunca olvidaría ni un solo detalle de nada que tenga que ver con ella. —Esta vez soy yo quien señala con el dedo cuando vuelvo a mirar a las tres idiotas borrachas que tengo delante—. No volváis a insultar a mi mujer, joder.

—¿Oh sí? ¿O qué? —Sus ojos marrones se fruncen de pura furia alcohólica, pero sus dos amigas son lo bastante inteligentes como para dar un paso atrás, distanciándose de la que tiene una diana en la puta cabeza.

Me acerco y sonrío, pero sin ningún sentido del humor.

—Te mataré —le digo, haciéndole ver que hablo en serio cada maldita palabra que digo.

Finalmente se da cuenta del lío en que la está metiendo su boca de borracha, su cara palidece y retrocede para reunirse con sus amigas.

—Lárgate de mi club. —Sin molestarme en verlas llegar a trompicones a la entrada principal, envío un mensaje rápido a Boris, haciéndole saber que las tres mujeres borrachas que se dirigen hacia él tienen prohibida la entrada al Pink de forma permanente.

—No tenías por qué hacerlo —me dice Katya, apoyando la mano en mi brazo.

—Lamento que hayas tenido que verlas y que ella haya sido tan zorra contigo. —Me restriego una mano por la mandíbula y sacudo la cabeza. Le digo lo único que puedo cuando me encuentro con sus ojos azules.

—Mi pasado no es mi futuro, *ptichka.* No soy el mismo hombre que era antes de conocerte.

Me sujeta por la parte delantera de la camisa, tirando de mí hasta ponerme a su altura.

—El futuro es lo único que me importa, Vitaly. —Cierra la distancia y me besa duramente. Es un beso feroz, y sonrío cuando me doy cuenta que me está reclamando públicamente tanto como yo la he estado reclamando a ella paseando con ella del brazo. Somos el uno para el otro, y pronto todo el mundo lo sabrá.

Cuando se retira, le sonrío y suelto una carcajada.

—Dios, has puesto mi mundo patas arriba, cariño. —Sonríe cuando le doy un golpecito en la punta de la nariz. Pero no vamos a comprar un maldito monovolumen.

Ella se ríe y sacude la cabeza, sin tener la menor idea de lo que estoy hablando. Cogemos los filetes de Mila al salir y volvemos al ático. Los demás ya están en la cama, así que decidimos comer arriba. Me sorprende lo mucho que me gusta estar con ella. Me hace reír y provoca el deseo de conocer todos los detalles de su vida antes de conocernos. Pienso averiguarlo todo, pero no esta noche. Ahora tengo otros planes para nosotros.

Cuando termina de comer, dejo los platos a un lado, la atraigo hacia mí, riéndome cuando mueve las cejas y pregunta:

—¿Estoy a punto de tener suerte?

—Dios, me encanta lo mucho que me haces reír.

Sonríe y suelta otra carcajada cuando la agarro por las caderas y la coloco encima de mí. Con ella a horcajadas sobre mí, su vestido sube peligrosamente, lo que me facilita levantarlo un poco más para que exhiba mi coñito.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. —Mi pulgar roza ligeramente su piel suave y sedosa, recordando exactamente lo condenadamente bien que sabe.

Se sonroja ante mis elogios y empieza a desabrocharme la camisa. Sus manos tiemblan y me encanta lo inocente que es. Me encanta que nunca haya hecho esto antes, y me encanta ser el único que la verá así. Empiezo

a comprender mucho más a mis hermanos. No tenía idea que la monogamia pudiera ser tan jodidamente sexy.

Cuando me desabrocha la camisa, la abre y me mira fijamente. Sus curiosos dedos recorren mis tatuajes como si estuviera memorizando cada centímetro de mí. Las uñas rozan mis abdominales, enviando otro torrente de sangre directamente a mi polla, y cuando me oye gemir, levanta la comisura de los labios y me mira con los ojos muy abiertos, como si le sorprendiera mi reacción. Esta mujer no tiene ni puta idea de lo que me hace.

Levanto la mano y rozo con un dedo una de sus mejillas ruborizadas. "¿Por qué pareces tan sorprendida? —La agarro por las caderas y la aprieto suavemente contra mi dura polla—. ¿Ves lo que me haces? Me vuelves jodidamente loco, *ptichka.*

Ella gime al sentir el roce de su coño desnudo contra mi pantalón y la polla dura como una roca haciendo fuerza contra la tela.

—Me cuesta creerlo. —Su voz se vuelve áspera al acelerarse su respiración.

—¿Por qué?

—Acabamos de pasar una hora en tu club de striptease, Vitaly, el club de striptease que está lleno de las mujeres más hermosas que he visto nunca.

—Nadie es más bella que tú —le digo, sintiendo cada maldita palabra. Cuando empiezo a subirle el vestido, se tensa, y se me rompe el corazón que juré no tener—. No te escondas de mí. Quiero verte. Quiero ver a mi mujer.

Se relaja y deja que le quite el vestido, y cuando solo lleva puesto el sujetador rosa de algodón, sonrío y se lo desabrocho rápidamente, tirándolo a un lado. Gruño al verla: las caderas en las que siempre quiero hundir los dedos, el coño tan jodidamente perfecto y solo para mí, las tetas que me hacen agua la maldita boca. Por mucho que me guste su cuerpo, es el hambre que hay en sus bonitos ojos azules y la dulce sonrisa que se dibuja en sus labios lo que me enloquece.

Estoy jodidamente dominado por un coño, y me encanta cada segundo.

—¿Por qué sonríes?

Me rio, deslizando mis manos por su cuerpo y, llenándomelas con sus tetas.

—¿Cómo demonios no voy a estar sonriendo ahora mismo? Mi hermosa esposa está desnuda y encima de mí, y estaba pensando en lo completamente dominado que me tienes.

—¿Y eso te hace sonreír?

—Joder, sí lo hace, cielo. Me encanta que seas la dueña de mi culo.

Se ríe y sacude la cabeza como si estuviera loco.

—No me puedo creer que acabes de decir eso.

—Nunca pensé que lo diría, pero es la pura verdad. Mis hermanos me van a dar un infierno por enamorarme.

Se inclina y presiona sus labios contra mi pecho, besando lentamente una línea a lo largo de mi piel. Enredo los dedos en su espeso cabello, gimiendo ante su aroma a vainilla y el roce de sus labios.

—Creo que hemos esperado lo suficiente para consumar este matrimonio, esposo.

—No podría estar más de acuerdo, esposa.

CAPÍTULO 9

Katya

Vitaly pone siempre la mirada más dulce en sus ojos cuando me llama esposa, y hace que me duela el corazón cuando lo veo. Sigo esperando que las cosas cambien, que toque fondo y aparezca el verdadero Vitaly, el que es cruel igual que mis hermanos, pero empiezo a creer realmente que *este* es el verdadero Vitaly, el que me abraza como si fuera algo precioso, el que me protege de hombres viles como mis hermanos.

Me estoy enamorando de él, y no hay nada que lo impida. Solo espero como el infierno tener razón sobre él. No creo que pueda sobrevivir a entregarle mi corazón a Vitaly y que él me lo rompa. Vuelvo a deslizar los dedos por su pecho, maravillada por lo malditamente perfecto que es cada centímetro de él. Se levanta para que pueda quitarle la camiseta hasta el final y, cuando veo el tatuaje de la urraca, se me derrite el corazón por él, por este hombre que ha resultado ser mucho más de lo que yo pensaba.

Cuando se quita la camisa, vuelve a tumbarse y me dedica una sonrisa sexy cuando empiezo a desabrocharle el pantalón. No he pensado en otra cosa desde que lo vi ducharse la otra mañana, y cuando bajo la cremallera de su pantalón y me levanto para que pueda librarse de ellos, me quedo estupefacta al ver que es tan grande como lo recordaba. Casi me había convencido a mí misma al pensar que mi imaginación me había jugado una mala pasada, que le había añadido unos centímetros de longitud y había magnificado su enorme grosor, pero no, en todo caso es más grande y mi imaginación no le ha hecho justicia.

—Eres enorme.

Se ríe, haciéndome comprender que he pronunciado las palabras en voz alta. Incapaz de resistirme, deslizo las manos por sus musculosos muslos antes de extenderlas, vacilante, para pasar un dedo por unos testículos que cualquier hombre estaría orgulloso de poseer. Sisea al sentir mi contacto, y sonrío al hacerlo de nuevo. Quiero saberlo todo sobre este hombre. Quiero saber qué le gusta, qué le vuelve loco y qué hace que sus ojos color whisky se oscurezcan de lujuria. Puede que tenga un largo historial con mujeres que realmente desearía que no tuviera, pero nadie lo conocerá como yo. Voy a hacerlo mío y solo mío.

Cuando elevo mis dedos, bailándolos ligeramente a lo largo de su eje, gruñe y dice: —Me estás volviendo loco, *ptichka.*

—Es mi primera vez —le digo—. No quiero perderme ni un detalle de esto.

—Podemos hacerlo más de una vez.

Sonrío ante su risa despreocupada.

—Tienes una sonrisa preciosa.

Se levanta y me pasa el pulgar por el labio inferior.

—Tú también, tesoro.

Agacho la cabeza, lo muerdo suavemente antes de succionarlo. Veo cómo se le oscurecen los ojos, y cuando me agarra por la cadera, moviéndome para que mi coño esté a ras de su polla, los dos gemimos de lo jodidamente bien que se siente.

Echo la cabeza hacia atrás para que su pulgar salga de mi boca y, miro hacia abajo.

—Me vas a partir en dos —susurro.

Acaricia mi cara y me dedica la sonrisa más dulce.

—Nunca, cariño. Nos lo vamos a tomar con calma. —Con la mano que aún está sujeta a mi cadera, empieza a moverme lentamente, restregando mi coño a lo largo de su pene—. Primero vas a utilizarme y a hacer que te corras. Vas a empapar mi polla, preciosa, y me va a encantar cada segundo.

Antes que los nervios me dominen, hunde aún más los dedos y me mira con una ceja levantada, ridículamente sexy, tumbado en la cama con todos sus músculos y tatuajes a la vista.

—No te pongas tímida conmigo ahora, esposa. No quiero nada entre nosotros. Quiero verte en tu estado más vulnerable, igual que vas a verme a mí. Quiero saberlo todo de ti —me dice, haciéndose eco de lo que yo acababa de pensar—. Quiero saber qué hace gritar a mi mujer.

—Tengo la sensación que apenas introduzcas esta cosa gigante dentro de mí, gritaré.

Sonríe y mueve las caderas, provocándome una chispa de placer.

—Ese no es el tipo de gritos que quiero de ti. —Vuelve a mover las caderas y desliza el pulgar entre mis labios—. Chúpame el pulgar y mece esas hermosas caderas para mí, cariño. Déjame ver cómo te corres.

Lo rodeo con los labios, succionándolo mientras empiezo a mecer las caderas antes de apartarme para poder decir:

—Sabes que no sé lo que hago, así que no tiene sentido fingir que voy a ser como las chicas que contratas en el club.

—Eres jodidamente increíble —me dice—, y no hay comparación. Me encanta que nunca antes hayas hecho algo así. Me encanta que sea el primer hombre que te ve así, y sobre todo me encanta que sea el único hombre que te verá así. —Sus dedos se clavan con más fuerza—. Esta parte de ti es mía, tesoro, solo mía.

—Sí —gimoteo cuando me estrecha más contra él. Le chupo el pulgar, balanceando las caderas y dejándome llevar por mi cuerpo. Todas mis inseguridades se desvanecen cuando veo la mirada ardiente que me dirige.

—Mi sexy esposa —gime, moviendo las caderas al compás de mis movimientos para que trabajemos juntos en perfecta armonía—. Córrete en mi polla, cariño. Sé buena y dame lo que quiero.

Ya siento lo cerca que estoy, cuando miro hacia abajo y veo su gruesa polla debajo de mí, impregnada de mi excitación y sus abdominales tensándose con sus movimientos, la visión es suficiente para llevarme al límite. Cuando me corro, le chupo el pulgar con más fuerza.

—Ojos en mí —gruñe cuando me avergüenzo y empiezo a apartar la mirada—. Cada parte de ti es mía, *ptichka*. No intentes nunca esconderte de mí.

Cuando mantengo mis ojos en los suyos y el orgasmo retumba en mi interior, me dedica una sonrisa sexy que me provoca una nueva oleada de placer.

—Buena chica, joder. Tu placer es mío, esposa. Soy el único que te lo da y el único que puede verlo.

—Mm-hmm —gimo, pasando la lengua por su pulgar.

Apenas empiezo a relajarme, saca el pulgar de entre mis labios me agarra por las caderas y me tumba boca arriba. En un movimiento rápido, está suspendido sobre mí, con su poderoso cuerpo extendido a lo largo del mío. El hambre en sus ojos, combinada con la gruesa y larga erección que presiona mi coño, hace que casi intente escabullirme.

—No, cariño —susurra, acercándose para que sus labios rocen los míos—. No temas, cariño. Nunca te haré daño.

—Creo que los dos sabemos que esto va a doler.

Sonríe y me pellizca el labio inferior, ese movimiento me recuerda que mi cuerpo necesita más. Aunque acabo de correrme con fuerza, deseo otro orgasmo, y es ese deseo el que va a pesar más que mi miedo. Demostrando que mi teoría es correcta, desliza lentamente su longitud a lo largo de mi coño, golpeando mi clítoris durante todo el recorrido y arrancándome un sonido que ignoraba poder de emitir.

—¿Sabes lo que pienso, *ptichka*? —Murmura contra mis labios—. Creo que vas a suplicar por mi polla. Creo que te va a encantar cómo te llena jodidamente hasta el fondo. —Su lengua recorre la unión de mis labios, separándolos suavemente—. El dolor no será nada comparado con el placer que voy a darte.

Cuando siento la cabeza de su polla presionando contra mi empapada abertura, me chupa el labio superior, ejerciendo la presión justa para que me separe ligeramente el coño, pero no lo bastante como para hundirse dentro.

—¿Estás lista, *ptichka*?

Su voz es tensa, el acento mucho más marcado que de costumbre, y es muy sexy. Ni siquiera tengo que pensarlo cuando asiento con la cabeza y susurro: —Sí.

—Nunca he dejado de usar preservativo, cariño, pero no pienso usarlo con mi mujer. Quiero sentirte a mi alrededor. Nada nos va a separar, y cuando me corra, vas a aguantarlo todo como una jodida buena chica. —Me vuelve a pellizcar el labio inferior—. Voy a llenarte tanto, nena. Quiero que gotees mi semilla toda la maldita noche.

Con esa imagen bien grabada, empieza a deslizarse dentro de mí. Empiezo a tensarme, pero separa mis labios con la lengua y me besa con tanta dulzura. Cuando me estremezco ante la aguda punzada de dolor, me toma la mejilla, acariciándome la piel mientras su lengua recorre la mía.

—Te tengo —susurra contra mis labios—. Y nunca te dejaré marchar, joder. —Se desliza un poco más y yo le clavo los dedos en la espalda exhalando una bocanada de aire—. Esto es mío, tesoro. Este coñito virgen y perfecto es todo mío, joder, y ningún otro hombre lo tendrá jamás.

Asiento con la cabeza, pero no es suficiente para él. Introduce otro centímetro.

—Dilo, *ptichka*.

—Soy tuya —gimo, sabiendo exactamente lo que quiere oír. No tenía la menor idea que significaría tanto para Vitaly tenerme, pero me encanta que así sea. Nunca pensé ni en un millón de años que me trataría con tanta reverencia, pero es como si adorara mi cuerpo cuando se desliza lentamente un poco más, gimiendo al sentir mi calor húmedo envolviéndolo con tanta fuerza.

—Jodidamente perfecto —gruñe contra mis labios—. ¿Ves lo bien que te extiendes para mí, cariño?

Su pulgar acaricia mi piel a medida que se entierra dentro de mí, llenándome hasta el punto del dolor.

—Joder —gime mientras me aferro a él, jadeando. El dolor es mayor de lo que pensaba, pero también me siento condenadamente bien. No creía que fuera a caber, y aún no estoy segura cómo ha logrado la milagrosa hazaña, pero me siento como si estuviera a punto de partirme en dos.

—Mírame, *ptichka* —susurra contra mis labios. Cuando le miro a los ojos, sonríe y me recorre ligeramente la mejilla con sus dedos—. Mía, cariño, toda mía, joder.

—Sí —le susurro, y cuando una lágrima se desliza por el dolor, sus ojos se suavizan al apartarla.

—Te amo, Katya —y cuando empiezo a abrir la boca, me da un golpecito en los labios con el dedo—. No digas nada. Sé que te da miedo confiar en mí, y no quiero que sientas que tienes que decirlo a cambio. Solo quiero que me dejes demostrarte lo mucho que me he enamorado de ti. Quiero que me dejes amarte.

Me besa suavemente y mueve lentamente las caderas, provocando en mí una oleada de placer y dolor que supera todo lo que podría haber imaginado.

—Solo déjame amarte —murmura de nuevo contra mis labios, y entonces empieza a follarme lentamente, cambiando mi mundo por completo y totalmente. Supuse que Vitaly follaría como me imagino que follan la mayoría de los hombres: un tipo de follada rápida y brutal, impersonal y centrada en la excitación, pero Vitaly no es así ni mucho menos. Cada caricia es reverente y dulce, y tiene mucho cuidado de no hacerme más daño del necesario. No soy una cualquiera tumbada debajo de él, una mujer sin nombre ni rostro que solo sirve para algo. La forma en que me mira, la forma en que acaricia mi rostro y me besa, todo ello deja claro que me está viendo, y es la primera vez en mi vida que alguien lo hace verdaderamente. No solo me ve como la hermana de mis hermanos o como parte de la familia Lebedev. La forma en que me mira deja claro que está mirando a su mujer, la mujer a la que ama y la mujer por cuya protección haría cualquier cosa. Ver esa mirada en sus ojos casi me lleva al límite.

Al ver mi reacción, gira las caderas y, de algún modo, consigue tocar algún punto oculto en lo más profundo de mí que hace que mi cuerpo se descontrole.

—Vitaly —jadeo, sabiendo que estoy a unos segundos de lo que promete ser el mejor orgasmo de mi vida.

—Vente para mí, esposa, córrete jodidamente por mí.

Me da otro embiste, rodeando sus caderas y golpeándome justo donde lo necesito. Grito su nombre y lo aprieto aún más contra mí, sin dejar que nada lo separe de mí. Me besa y cada embestida mantiene el orgasmo hasta que me absorbe por completo, hasta que estoy completamente poseída por *él*.

—Esa es mi niña buena —gruñe contra mis labios—. Empapa mi jodida polla, preciosa, y hazla tuya.

Me da otra fuerte embestida, enviando réplicas por cada parte de mi cuerpo.

—Este coñito es *mío*, igual que mi polla es tuya y solo tuya.

Sí —jadeo, clavándole las uñas en la espalda cuando me da una línea de besos hasta la oreja—. Solo mío, Vitaly. Ninguna otra mujer volverá a tenerte.

—¿Qué otras mujeres, *ptichka*? —El calor de su aliento contra mi oreja me produce un estremecimiento—. Solo existes tú, Katya. Solo existirás tú.

Chupa suavemente el lóbulo de mi oreja, dejando que sus dientes se arrastren por mi piel y, desliza una mano hacia abajo para acariciar uno de mis pechos.

—Dios, me encanta tu cuerpo —gime, pellizcándome el pezón a la vez que sus caderas se aceleran y empieza a besarme un camino por el cuello—. ¿Cómo voy a dejar de follarte?

Respondería si pudiera y le rogaría que no parara nunca, pero él envuelve su boca alrededor de mi pezón y me da una fuerte succión, robándome las palabras de la boca y sustituyéndolas por un gemido. Su lengua me recorre y, cuando siento que me muerde suavemente, mis caderas se agitan al encuentro de las suyas y él suelta una carcajada grave y profunda.

Me da una última lamida, se incorpora aferrándose a mis caderas. Su mirada recorre mi cuerpo, observando cada detalle, y cuando sus ojos descienden, emite el gemido más sexy que jamás haya oído.

—Jodido infierno —gruñe, viendo cómo su gruesa polla se desliza dentro y fuera de mí—. Tu inocencia está pintada en toda mi polla, *ptichka*, y es lo más sexy que he visto nunca.

Lleva su pulgar a mi clítoris y lo frota con firmeza.

—Quiero uno más —me dice cuando gimoteo ante su contacto—. Dame uno más.

Presionando con más fuerza, me frota el clítoris en lentos círculos mientras me folla a un ritmo intencionadamente calculado para volverme jodidamente loca. Cada golpe es lento y medido, asegurándose de tocar cada maldita terminación nerviosa que tengo sin dejar de frotarme con el pulgar. Justo cuando empiezo a correrme, acelera y me folla con más fuerza, tomando el control y guiándome a través del orgasmo.

—Otro —gruñe, y lo único que puedo hacer es gemir. Es evidente que ya no soy dueña de mi cuerpo. Es suyo para hacer con él lo que le plazca, y ahora mismo está decidido a hacer que casi me desmaye de placer.

Cuando el orgasmo empieza a desvanecerse, me pellizca suavemente el clítoris, haciéndolo rodar entre sus dedos para que no tenga más elección que correrme de nuevo. Siente cómo me aprieto a su alrededor y, con un profundo gemido, se abalanza sobre mí acercando sus labios a los míos, besándome como si nunca fuera a tener suficiente a medida que se libera dentro de mí. Cada pulsación de su polla me produce una nueva oleada de placer, y el momento es tan jodidamente íntimo y hermoso que los ojos se me humedecen.

Su cuerpo se detiene cuando siente las lágrimas en mi mejilla. Sin mediar palabra, las besa, las lame y vuelve a besarme. Cuando se retira, apoya la frente en la mía, acariciando mi rostro.

—Te quiero jodidamente tanto, Katya Melnikov.

Sus palabras me aceleran el corazón y me derrito por mi marido.

—Yo también te quiero —susurro, sabiendo que lo digo en serio. Sé que es rápido, y sé que aún hay mucho que desconozco de este hombre, pero sé lo suficiente, y por aterrador que sea confiar en alguien con mi corazón, sé que merece la pena correr el riesgo. Confío en él, y jamás había confiado en nadie en mi vida.

Me dedica la sonrisa más dulce y nos da la vuelta para seguir enterrado dentro de mí mientras apoyo la cabeza en su hombro. Sus

manos bailan por mi espalda y mi culo besándome la cabeza y diciéndome en ruso que no dejará que nadie vuelva a hacerme daño, y le creo. Por primera vez en mi vida, ya no temo al futuro. Me entusiasma.

—¿Y mis hermanos? —susurro, expresando lo único que aún es capaz de asustarme. Sin embargo, cuando pienso ahora en Konstantin y Osip, no siento el mismo terror que antes. Sé de corazón que Vitaly me protegerá de ellos.

—¿Qué pasa con ellos, tesoro?

—No sé cómo van a ser las cosas. Trabajarás muy estrechamente con ellos, y no son como tú y tus hermanos. Son malvados y hacen cosas horribles a la gente. Conociste a Oksana. Viste cómo es. La única forma que tiene de sobrevivir a su matrimonio es recurrir a las drogas. —Aspiro su aroma reconfortante y me obligo a calmarme—. Quieren que os espíe a ti y a tus hermanos. Se supone que debo decirles cualquier cosa que vea sospechosa.

Suspira y acuna mi cabeza.

—Gracias por decírmelo, pero, por favor, no te preocupes por ellos. Te prometo que nunca te harán daño. Nunca volverás a estar a solas con ellos. Demonios, no tendrás que volver a verlos si no quieres. Eres mi mujer, Katya, y nunca dejaré que nadie te haga daño.

Acercando mi cara a su cuello, sonrío ante sus palabras y cierro los ojos.

—Gracias —susurro contra su piel, dándole un beso antes que el cansancio se apodere de mí y me hunda.

Cuando me despierto, me encuentro con la cama vacía y el coño muy dolorido. Miro a mi alrededor y no le veo por ninguna parte, así que voy al baño y me pongo algo de ropa antes de salir de la habitación en su busca. Antes de llegar abajo, oigo a sus hermanos discutir en ruso.

—Aún no podemos fiarnos de ella.

Me detengo donde estoy, reconociendo la voz grave como la de Matvey.

—Podemos confiar en ella —dice Vitaly, y no puedo evitar sonreír al oír a mi marido defenderme.

—¿Vas a quedar hoy con sus hermanos para comer? —pregunta Lev.

—Sí —dice Vitaly—. Me han enviado un mensaje esta mañana y me han dicho que quieren que vayamos a comer. Estoy seguro que es para ver cómo van las cosas y para intentar sonsacarle a Katya información sobre nosotros. Me ha dicho como quieren que nos espíe.

—Entonces no le demos nada que pueda perjudicar a Alina —prácticamente gruñe Matvey.

No sé quién es Alina, y no quiero que me pillen espiando, ya que eso solo hará que parezca que colaboro con mis hermanos, así que comienzo a caminar, sin hacer ningún intento de guardar silencio al respecto. Tan pronto me oyen, dejan de hablar.

—*Ptichka* —me dice Vitaly, acercándose rápidamente para encontrarse conmigo al pie de la escalera. Acariciándome la cara, me da un dulce beso—. Siento que despertaras sola, cariño. Iba a sorprenderte con el desayuno.

Le devuelvo el abrazo. Soy completamente adicta a la sensación de los brazos de este hombre a mi alrededor. No hay nada mejor que un abrazo de Vitaly. Cuando miro a sus hermanos, están todos de pie mirándonos.

—Vaya —dice Lev con una suave carcajada.

—No me lo habría creído si no lo acabara de ver con mis propios ojos —dice Danil.

Roman sonríe.

—Cuando Mila tuvo la amabilidad de enviarnos la foto que os hizo a ambos, pensé que tal vez se trataba de una casualidad, de un momento captado que no era lo que parecía, pero no, dio en el clavo.

—Os he escuchado hablar —admito, porque me gustaría que las cosas salieran a la luz entre nosotros—. No voy a decirles nada a mis hermanos. No sé en qué está involucrada tu familia, pero sé que no te pareces en nada a Konstantin y Osip. No me gusta lo que hacen mis hermanos y no quiero participar en ello.

—Pero no sabes lo que tramamos —dice Matvey—. ¿Y si descubres algo que pueda perjudicarles? ¿Tu lealtad no estaría con tu familia?

Rodeo la cintura de Vitaly con un brazo y me acerco.

—Mi marido es mi familia.

Cuando levanto la cabeza, la expresión de su cara me hace sonreír. Está radiante y nunca había visto a nadie tan orgulloso. Se inclina para besarme la frente, girándose hacia sus hermanos.

—Katya es mi mujer y ahora forma parte de esta familia. Tenemos que confiar en ella y contárselo todo.

Sus hermanos no dicen nada durante varios segundos antes que Matvey rompa finalmente el silencio.

—Si Katya forma parte de nuestra familia ahora, entonces lo será únicamente de nuestra familia. —Sus ojos oscuros se encuentran con los míos—. No pretendo ser un capullo. Tengo mis razones para ser prudente. Si quieres saberlo todo, entonces tienes que elegir.

—¿Qué elección? —pregunto.

—Puedes ser un Melnikov o puedes ser un Lebedev, pero no puedes ser las dos cosas. Vitaly nos acaba de decir que tus hermanos quieren comer con vosotros, así que ve a comer y luego vuelve aquí para comunicarnos tu decisión.

Cuando empiezo a decir algo, me levanta una mano.

—No respondas todavía. Tienes que pensártelo bien, porque una vez que decidas ser uno de nosotros, no volverás a ver a tus hermanos. Es demasiado arriesgado. No puedes estar en contacto con ellos de ninguna manera, lo que significa que les entregas tu teléfono y cortas todo vínculo con ellos. Si sospechan, puedes tener una llamada telefónica con ellos con mucha supervisión para tranquilizarlos, pero no más visitas ni contacto telefónico sin protección.

Mira a Vitaly.

—Lo siento, hermano, pero es la única posibilidad que tenemos para que esto funcione. La acogeré gustosamente en nuestra familia como hermana si no ha cambiado de opinión para cuando vuelvas.

—Entiendo —me apresuro a decir, sin querer que Vitaly piense que estoy disgustada—. Matvey tiene razón, y no tengo ningún problema en cortar lazos con mis hermanos. Hace mucho tiempo que sé qué clase de hombres son, y no quiero volver a estar cerca de ellos.

Vuelvo a encontrarme con los ojos de Matvey.

—Sé que dijiste que esperara, pero puedo decirte mi decisión ahora mismo. Elijo a Vitaly. —Miro a mi marido—. Siempre. Será la misma respuesta que dé cuando volvamos esta tarde.

Matvey asiente.

—Estoy deseando oírla, Katya.

—De acuerdo, entonces me parece bien —dice Lev, dando una palmada y soltando una suave carcajada.

—Fíjate en la nevera —dice Roman, dándole una palmada en la espalda a Vitaly.

—He visto el pequeño pene de tu hijo. —Vitaly me mira y levanta una ceja con fingido horror—. Un nudito diminuto.

Roman me mira y pone los ojos en blanco.

—Tu marido es un capullo gigante.

—Una carga que, aparentemente, tu hijo nunca tendrá.

—Jodido idiota —Roman se ríe—. Es la foto de una ecografía. Todo en él es diminuto. —Roman vuelve a mirarme—. Es la otra foto de la que hablo.

Vitaly me lleva a la cocina, y ambos nos reímos al ver la foto que Mila nos hizo. Alguien la había ampliado e impreso, y la había colgado en el centro de la nevera. Incluso habían dibujado un corazón rojo alrededor de nuestras caras y escrito *Vitaly ama a Katya.*

Vitaly se ríe y sacude la cabeza.

—Nunca me dejarán olvidar que estoy enamorado de ti.

—Espero que creas que ha merecido la pena.

Me mira y sonríe.

—Ha merecido la pena, *ptichka*. —Acercándose más, me besa suavemente y susurra—. ¿Cómo te sientes hoy?

—Dolorida.

Sonríe aún más antes de chuparme suavemente el labio inferior.

—Bien. Quiero que pienses en mí a cada paso que des hoy.

Me muevo y hago una mueca de dolor.

—Sí, eso no será un problema.

—Lo siento, cariño.

Suelto una risita.

—Podría creérmelo realmente si no siguieras sonriendo tan condenadamente.

—Vale, puede que me alegre un poco porque estés dolorida, pero es solo porque me recuerda que fue tu primera vez y que yo soy el cabrón afortunado que pudo compartirlo contigo.

Se inclina y me acaricia suavemente el coño, arrancándome un gemido que no tiene nada que ver con lo dolorida que estoy.

—Luego te compensaré, cariño, te lo prometo, pero antes tienes que comer.

Vitaly consigue prepararme un gran desayuno de huevos revueltos y beicon y apenas quema un poco la tostada. Después de comer, le enseño la habitación del bebé, pero él se limita a cogerme en brazos y besarme.

—Cariño, he estado aquí todas las noches para ver lo que habías hecho. Puede que me haya escondido en el club, pero he vuelto todas las noches para ver cómo estabas. Me paseaba por aquí para ver qué cosas nuevas habías pintado, asombrado por tu talento cada maldita vez, y luego subía a verte dormir. Te gusta quitarte las mantas a patadas, así que quería asegurarme que estuvieras bien abrigada. —Se encoge suavemente de hombros—. Y luego no me atrevía a marcharme. Normalmente me quedaba mirándote hasta que salía el sol.

—¿Lo hacías?

—Sí. —Me da otro suave beso—. Siento haber huido. Te prometo que no volverá a ocurrir, pero necesito que sepas que te estuve vigilando todo el tiempo.

—Gracias por decírmelo. Nos llevábamos tan bien y luego te fuiste, por lo que pensé que habías cambiado de opinión sobre mí.

—Nunca, cariño. Me temo que estás atrapada conmigo.

Sonrío y acerco mis labios a los suyos.

—Me parece perfecto.

Me lleva arriba e insiste en volver a revisarme los pies antes de meterse conmigo en la ducha. Sabiendo que estoy demasiado dolorida

para el sexo, me lava lentamente y luego utiliza sus dedos para hacerme correr, susurrándome al oído todas las cosas que piensa hacerme más tarde. Cuando salimos de la ducha, me siento borracha de lujuria y un poco inestable.

Se ríe, me envuelve en una toalla y me lleva al vestidor.

—Vale, preciosa, acabemos de una vez con este maldito almuerzo.

Empiezo a mirar mi ropa, más que dispuesta a acabar con mi antigua familia para poder abrazar a la nueva. Mientras él se viste con un traje, yo cojo un sencillo vestido negro y unos tacones a juego.

—Maldita sea.

Me doy la vuelta y lo veo mirándome fijamente con una mirada hambrienta en sus preciosos ojos. Me recorre con la mirada, y su lento examen me hace retorcerme antes de haber recorrido la mitad de mi cuerpo. Levanta la comisura de los labios en una sonrisa sexy y, cuando sus ojos llegan a los míos, estoy más que dispuesta a volver a la cama. Se acerca y me roza ligeramente las caderas con los dedos antes de arrodillarse frente a mí.

—Creo que anoche empezaste algo, *ptichka*. —Sus manos pasan por debajo de mi vestido y suben por mis muslos antes de enganchar sus dedos bajo los laterales de mis bragas—. Me gusta saber que no llevas nada debajo de los vestidos.

Me guiña un ojo y lentamente me baja las bragas. Cuando me llegan a los tobillos, utilizo sus hombros para mantener el equilibrio y salgo de ellas. En lugar de volver a levantarse, gime y entierra la cabeza bajo mi vestido.

—Mierda —jadeo, cuando inmediatamente hunde su lengua en mi interior—. Vitaly —gimo, aún sensible por los orgasmos que acaba de provocarme en la ducha.

—Te tengo, cielo —gruñe contra mi coño—. Necesito que me des uno más.

—Empiezo a pensar que ese es el lema de tu vida.

Se ríe y su calor contra mis sensibles pliegues me produce un escalofrío de puro gozo.

—Quiero que te corras en mi cara. Si tengo que aguantar la comida con tus hermanos, lo haré con el olor del coño de su hermana en mi cara.

Me chupa suavemente el clítoris, arrancándome otro gemido.

—Es lo único que va a mantenerme cuerda.

Su lengua separa suavemente mis sensibles pliegues dándome una lenta lamida.

Su lengua separa suavemente mis sensibles pliegues mientras me da una lenta lamida.

—Ahora sé una buena chica y dame lo que quiero o llegaremos tarde.

No me da la oportunidad de responder. Su lengua se desliza dentro de mí, follándome a un ritmo que me deja sin habla y agarrada a sus hombros para mantener el equilibrio. Sabiendo que tenemos que irnos en cualquier momento, no pierde el tiempo, saca la lengua y se aferra a mi clítoris. Sabe exactamente lo que me gusta, y no pasa mucho tiempo antes que mis muslos tiemblen y esté gimiendo y desesperada por correrme como si hubieran pasado días en vez de minutos. Me está convirtiendo en una maldita adicta al sexo, eso es lo que está haciendo, y soy incapaz de impedirlo. Lo deseo y lo necesito de una forma aterradora.

—Vitaly —gimo, clavando los dedos con más fuerza en sus anchos hombros al acercarme cada vez más al punto de ruptura.

Gruñe contra mí y las vibraciones me llevan al límite. Sus fuertes manos en mis caderas son lo único que me mantiene erguida. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el placer me consuma cuando él lame y chupa y mantiene el orgasmo hasta que estoy tan sensible que me retuerzo entre sus manos. Suelta una carcajada profunda y sexy antes de besarme suavemente el clítoris.

Cuando saca la cabeza de debajo de mi vestido, tiene la cara sonrojada y la barba incipiente brillando por mi excitación. Vitaly siempre está sexy, pero verlo así, cubierto de mi liberación y mirándome como un hombre completamente enamorado, hace que se me corte la respiración. El hombre es jodidamente impresionante, y aún no puedo creer que sea mío.

Le acaricio la cara, pasando el pulgar por su sexy barba incipiente.

—Tenía tanto miedo que mi hermano me casara con un hombre lo bastante viejo como para ser mi abuelo.

Sonríe y gira la cabeza lo suficiente para besarme la mano.

—Habría tenido que matarle y secuestrarte para mí.

—También pensé que serías un monstruo como mis hermanos.

Sus ojos marrones como el whisky se encuentran con los míos.

—Soy un monstruo, cariño, pero no de la misma clase que ellos.

—Vámonos para que podamos volver y puedas decirme exactamente con quién me he casado y en qué está metida mi nueva familia.

Su rostro se suaviza besándome de nuevo la mano.

—Trato hecho, preciosa. —Coge mis bragas y me mira—. He cambiado de opinión. Me encanta saber que no las llevas debajo del vestido, pero no puedo dejar que lo hagas cuando hay otros hombres cerca. Es solo es para mí. —Me las coloco y dejo que las deslice lentamente por mis piernas. Me da un último beso en el coño antes de subírmelas hasta arriba. Antes de incorporarse, mira mis pies con los tacones que llevo—. Te van a volver a doler los pies.

La preocupación en su voz me hace sonreír.

—No me pasará nada. No los llevaré mucho tiempo.

No parece convencido, pero se incorpora y me descuelga el abrigo largo y negro.

—Hace frío —es todo lo que dice ayudándome a ponérmelo.

Sigo sonriendo cuando salimos de nuestra habitación. No sé si alguna vez me acostumbraré a que alguien se preocupe por mí. Salimos del ático y nos dirigimos a casa de mis hermanos. Vitaly mantiene su mano sobre mi muslo todo el tiempo, dándome apretones tranquilizadores cuanto más nos acercamos, sabiendo lo nerviosa que me estoy poniendo.

—No puedo mostrar lo mucho que te quiero delante de tus hermanos, *ptichka* —me advierte cuando estamos a pocos kilómetros—. Es por tu propia protección. Estarás en peligro si creen que pueden utilizarte para perjudicarme.

—Lo sé. —Lo miro, estudiando su perfil. Me mira y me guiña un ojo.

—Sé cómo funciona esto —le recuerdo—. Sé que no puedes tener ninguna debilidad delante de ellos.

Suspira y me da un último apretón en el muslo antes de acercarse a la gran verja que hay frente a la propiedad de mis hermanos. El guardia se asoma y, al ver de quién se trata, asiente con la cabeza e indica al otro guardia que abra la verja.

Cuando pasamos, Vitaly me coge la mano y me besa el dorso.

—Es la hora del espectáculo, *ptichka*. A ver si consigo ocultar lo mucho que te quiero.

Después de aparcar el coche, sujeta mi rostro y me besa suavemente.

—Esta es la última puta vez que estarás aquí. Ahora eres mi mujer, y eso significa que estás bajo mi protección. Nadie puede hacerte daño, nadie puede tocarte, y si lo hace, lo mataré, joder.

Asiento con la cabeza, pero él no parece satisfecho con lo que ve en mis ojos, así que vuelve a besarme, saboreando mi gusto y mi tacto hasta que no podemos demorarnos más.

—Te quiero —susurro contra sus labios, y sonrío al ver cómo sus ojos se vuelven tan malditamente suaves y dulces al oírme decirlo.

—Yo también te quiero, *ptichka*.

Sale del coche y se acerca para abrirme la puerta. Cuando me incorporo por primera vez, hago una pequeña mueca de dolor, y él me mira los talones y luego vuelve a mirarme, levantando la ceja en un gesto de *te lo dije,* que me hace reír.

—Están bien —susurro—. Deja de preocuparte.

Me tiende el brazo y me susurra:

—Nunca, cariño.

Subimos juntos las escaleras y me apoyo en su brazo. No es que vaya a confesárselo nunca, pero ojalá no me hubiera puesto estos malditos zapatos de tacón, ya que me empiezan a doler los pies.

La puerta principal se abre tan pronto llegamos al último escalón, y reconozco a la mujer que abre como una de las criadas que conocí el primer día que llegué aquí. Siento que hace una eternidad que no estoy aquí, pero apenas pongo un pie en la casa, toda mi infancia vuelve corriendo a mi memoria. Puede que no sea la casa en la que crecí, pero la sensación es la misma, y el miedo que amenaza con consumirme me

estremece. Vitaly se da cuenta enseguida y se inclina para acercar su boca a mi oído.

—Solo respira, *ptichka*. —Cuando me oye respirar hondo, me susurra—. Buena chica, preciosa, así. Nadie volverá a hacerte daño. Te lo prometo. Hoy no me iré de tu lado.

Siento sus labios contra mi oreja, y el sonido de su voz me tranquiliza como nunca lo ha hecho nada. Dejo que se convierta en mi ancla; dejo que *él* se convierta en mi ancla, la única cosa a la que estoy atada y que será fuerte por mí para que yo no tenga que serlo siempre. He tenido miedo de mis hermanos toda mi vida, y estoy cansada de estar siempre asustada. Siento que la ansiedad disminuye su dominio sobre mí cuando Vitaly está cerca. Sé que él me mantendrá a salvo y que ya no necesito temerles.

—Me alegra que hayáis podido venir.

Al oír la voz de Konstantin, Vitaly besa el pabellón de mi oreja

—Ahora eres mía, *ptichka*. Siempre te protegeré —murmura.

Me da un beso más antes de apartarse y sonreír a mi hermano.

—Me alegro de volver a verte.

La transformación es tan perfecta que nunca sospecharía nada si no hubiera oído por mí misma las dulces cosas que acaba de susurrarme al oído. Me lleva la mano a la nuca, como si fuera un movimiento posesivo y dominante, pero en realidad me está acariciando la piel con el pulgar, un suave roce, recordándome que estoy a salvo y que me quiere. Dos cosas que nunca había sentido antes de conocer a Vitaly. El hombre con el que me obligaron a casarme, el hombre del que estaba convencida que era un monstruo como mis hermanos, es la única persona de mi vida que me ha demostrado lo que es el amor verdadero.

—Tenéis buen aspecto —me dice Konstantin, mirándome como si intentara determinar si le he obedecido o le he disgustado. Sus ojos se vuelven hacia Vitaly, y parece satisfecho por lo que ve en mi marido, así que me sonríe y me da un obligado abrazo que me provoca una oleada de disgusto.

—Aquí está nuestra hermana pequeña. —Osip se acerca a nosotros, sigue el ejemplo de Konstantin y me abraza como si yo le importara realmente una mierda—. Te hemos echado de menos por aquí.

Me muerdo la lengua para detener la risa áspera que quiero soltar y, en su lugar, digo:

—Este sitio es muy grande. Me sorprende que os hayáis dado cuenta de mi ausencia.

Konstantin ignora mi comentario y se vuelve hacia Vitaly.

—Supongo que el matrimonio va bien.

—Muy bien —dice Vitaly siguiendo a mis hermanos hasta el comedor que han preparado para comer—. Si hubiera sabido que el matrimonio iba a ir tan bien, lo habría hecho hace años.

Mis hermanos se dan cuenta cuando doy un paso y hago una mueca de dolor en el pie. Konstantin levanta una ceja y mira a Vitaly, suponiendo que hago una mueca de dolor porque me ha pegado o follado con demasiada rudeza.

Vitaly se encoge de hombros y suelta una carcajada.

—¿Qué puedo decir? Tengo una gran polla.

Comparten una carcajada masculina al tiempo que Vitaly me acerca la silla y deja que sus dedos recorran mi espalda antes de sentarse a mi lado. Cuando le miro, lleva puesta la máscara, y no puedo evitar impresionarme de lo bueno que es en esto. Es decir, no se equivoca. Tiene una polla enorme y estoy jodidamente dolorida, pero ha conseguido que parezca que me ha estado violando durante los últimos días, y cuando miro a mis hermanos, me doy cuenta que están encantados con la noticia. Konstantin incluso me hace un pequeño gesto de aprobación, recordándome una vez más lo enferma y retorcida que está mi familia.

—¿Dónde está Oksana? —pregunto, mirando a mi alrededor en su busca.

—Hoy no se encontraba bien.

Busco el rostro de Konstantin, pero puede ser tan ilegible como Vitaly cuando quiere. Que no se encuentre bien puede ser cualquier cosa, desde, *ella ha tomado demasiadas drogas y no puede funcionar lo bastante bien como para estar aquí hasta que anoche me enfurecí y la maté.* Espero desesperadamente que sea lo primero y que esté arriba desmayada en un estado de dicha que su propia realidad nunca podrá darle.

—Por favor, hazle saber que espero que se recupere pronto.

Konstantin sonríe, pero no llega a sus ojos.

—Lo haré.

Entretanto mis hermanos empiezan a comer, echo un rápido vistazo a Vitaly, preguntándome si se sentirá tan miserable como yo por estar aquí de nuevo.

CAPÍTULO 10



Vitaly

Tengo la sensación que este va a ser el almuerzo más largo de mi vida. Todos mis instintos me gritan que la saque de aquí, pero no puedo hacerlo. No puedo arriesgarlo todo solo para que podamos salir corriendo de aquí. No puedo arriesgar a Alina por eso, así que miro la cara de suficiencia de Konstantin y sonrío como si todo fuera perfecto y no como si quisiera estirar el brazo por encima de la mesa y arrancarle la maldita garganta.

—¿Qué han estado haciendo los recién casados? —Osip nos estudia con una leve sonrisa en los labios—. Quiero decir, aparte de lo obvio.

—He estado ocupado con el club —le digo—. Avisadme cuando podáis venir los dos y organizaré algo especial.

Konstantin sonríe.

—Lo haremos.

Nos ahorramos más conversaciones incómodas cuando entran varias chicas con platos de comida. Pronto la mesa está repleta de ensaladas, pasta y pan recién horneado. Cuando la chica que tengo más cerca me ofrece vino, asiento con la cabeza y le pido que llene la copa que tengo delante, y cuando la mía está llena, dirijo una mano hacia la copa de Katya, sabiendo que probablemente la necesite más que yo.

Le doy un apretón en el muslo por debajo de la mesa, obligándome a no pensar en sus bonitas bragas de algodón. Aún puedo oler su femenino aroma almizclado en mi cara, y dudo en tomar mi primer trago de vino, sabiendo que me va a quitar el ligero sabor de su coño que aún perdura en mi lengua. Sin embargo, necesito el alcohol, así que bebo un buen trago prometiéndome a mí mismo que volveré a enterrar mi cabeza entre sus piernas tan pronto como sea posible. Soy adicto a mi mujer y quiero oler y saber a ella siempre.

Konstantin hace un gesto despectivo con la mano a su personal, y se marchan con una rapidez que hace evidente el terror que sienten por los dos hombres. Había visto moratones en la mujer que me había servido, y sé que probablemente hay varios más ocultos bajo el sencillo vestido negro que lleva. Lo siento muchísimo por las mujeres que posean estos hombres. Supongo que son brutales a puerta cerrada.

Obligándome a comer, no puedo evitar preguntarme cómo era la vida de Katya con ellos. Tuvo que estar constantemente aterrorizada, y cuando pienso en el tipo de hombre con el que fácilmente podrían haberla obligado a casarse, mis dedos se aprietan alrededor del tenedor. No puedo imaginarme las manos de otro hombre sobre mi mujer, otro hombre arrebatándole violentamente su virginidad como ella había supuesto que yo iba a hacer en nuestra noche de bodas.

Apretando de nuevo su muslo, me recuerdo a mí mismo que está segura conmigo y que nadie volverá a hacerle daño. Se ha convertido rápidamente en lo más importante de mi vida, y aún estoy intentando asimilarlo. Juré que nunca me enamoraría, y luego fui y lo hice en un tiempo récord.

Konstantin rompe el silencio cuando coge más pan.

—Dile a Matvey que pronto llegará un nuevo envío. Puede que haya algo que le interese.

Me tomo mi tiempo para tragar el bocado de pasta que acabo de tomar.

—Se lo haré saber —le digo, sabiendo que no hay la menor posibilidad en el infierno que Matvey consiga una mascota o cualquier otra cosa que implique a una mujer que no sea Alina.

Pasamos el resto de la comida hablando de la subasta que tienen prevista para el mes que viene. Mencionan brevemente la desaparición del médico que tenían en nómina, y me cuesta todo lo que tengo no reírme y decirles que mis hermanos y yo lo torturamos para obtener información antes de permitirle finalmente la muerte que nos estuvo suplicando. Hace poco han contratado a un nuevo médico y todo está preparado para el próximo envío de mujeres.

—¿Entonces estarás aquí un tiempo? —pregunto.

—Nos gusta estar aquí —dice Osip.

Konstantin sonríe y le hace señas a una mujer para que empiece a limpiar la mesa de nuestros platos. Soy plenamente consciente que Katya apenas ha comido nada, pero no voy a exigirle que termine su plato ahora. Le compraré algo de camino a casa para que no pase hambre.

Casi gimo de frustración cuando las dos mujeres vuelven cargadas con el postre. Lo único que quiero es largarme de aquí, pero es obvio que voy a tener que esperar un poco más para poder escapar. Sin soltar la mano del muslo de Katya, doy un par de mordiscos a la tarta de limón antes de dejar el tenedor y darme por vencido. Joder, ya me he hecho el simpático bastante tiempo. No voy a poder hacerlo durante mucho más.

—Bien, gracias por la comida —digo, dejando la servilleta en la mesa y esperando que ambos hombres capten la puta indirecta. No lo hacen, o simplemente optan voluntariamente por ignorarlo. Supongo que es esto último por el brillo divertido de los ojos de Konstantin.

Se levanta y sonríe.

—Tomemos una copa en la otra sala.

Contengo el fuerte suspiro que quiero soltar y me levanto antes de ayudar a Katya con la silla. Mientras la cojo de la mano, Konstantin suelta una suave carcajada.

—Puede quedarse aquí y charlar con Osip. Nos dará la oportunidad de hablar más de negocios.

Siento que Katya se pone rígida a mi lado, pero rodeo la cintura con un brazo y tiro de ella para acercarla.

—No separarías tan pronto a unos recién casados, ¿verdad? La verdad es que me he encariñado bastante con mi mujercita.

Le doy un apretón en el culo y la atraigo aún más contra mí.

—De hecho, creo que podríamos saltarnos las copas por completo. —Sonrío a sus hermanos—. Quizá podamos repetirlo pronto. Ahora mismo tengo planes con tu hermana de los que supongo que no quieres enterarte.

Osip parece querer discutir, pero Konstantin suelta una pequeña carcajada y me sacude la cabeza.

—Me complace que nuestra hermana cuide tan bien de ti. Tuve la sensación que vosotros dos haríais buena pareja.

Nunca en mi vida había tenido tantas ganas de pegar a alguien. Ni de coña. Habría tirado a Katya a cualquier hombre que creyera que le haría prosperar en sus negocios, y ahora está aquí de pie actuando como si hubiera estado haciendo encuentros amorosos y jugando a Cupido. Menudo cabrón engreído.

Apretando el culo de Katya como el salvavidas en que se ha convertido, sonrío a su hermano mayor.

—Tenías razón. Estaba seguro que odiaría el matrimonio, pero es agradable tener a una mujer hermosa que recoja mis desastres y se abra de piernas cuando yo quiera.

Me rio y la mano de Katya se desliza por debajo de la chaqueta de mi traje para clavarme las uñas en la espalda, haciéndome saber que lo pagaré más tarde. Como mi pistola está al alcance de su furiosa mano, supongo que es mejor no tentar a la suerte, por lo que tiendo la mano a Konstantin.

—Podemos reunirnos pronto con mis hermanos para hablar de la próxima subasta y de cómo manejar la seguridad.

—Suena bien. —Konstantin le da a Katya otro abrazo de despedida que me eriza la piel antes que Osip haga lo mismo. Es la última vez que la verán. Nunca volverán a respirar el mismo jodido aire que ella.

Con mi brazo de nuevo firmemente alrededor de su cintura, de modo que no solo la mantengo cerca de mí, sino que también me aseguro que mantenga la mayor parte de su peso lejos de sus malditos pies, nos dirigimos de nuevo a la puerta principal. La misma mujer nos entrega nuestros abrigos y, cuando Katya coge el suyo, le dedica una sonrisa compasiva y le da un rápido apretón en el brazo. Pero en cuanto oye pasos detrás de nosotras, suelta la mano y mira hacia otro lado. No vuelve a reconocer la presencia de la mujer. Es como si fuera invisible para ella.

Nos despedimos y, cuando oigo que la puerta se cierra detrás de nosotros, suelto un profundo suspiro y suelto una reprimida risa.

—Que me jodan, cielo, odio a tu familia. ¿Te imaginas pasar las Navidades con esos gélidos cabrones? Me alegro enormemente que no vuelvas a verlos.

—Yo también. —Ella apoya la cabeza en mi brazo de camino al coche—. Y no eran nada divertidos en Navidad, de modo que no te pierdes nada.

Le abro la puerta del coche y la ayudo a entrar. Me inclino, le desabrocho los estúpidos tacones y los tiro en el asiento trasero. Levanto la vista y le guiño un ojo.

—Soy muy divertido en Navidad. También me gusta ponerme los pijamas con los pies dentro. Tengo un bonito conjunto con renos rojos.

Ella se ríe y mueve la cabeza como si no me creyera.

—No me crees.

Me levanto y, antes de cerrarle la puerta en su bonita cara, le digo:

—Sí, y te vamos a comprar un par a juego. Necesitamos fotos de Navidad con los jerséis navideños más feos que encontremos, y quiero verte desnuda y atada con luces de Navidad, quizá incluso te meta un bastón de caramelo por el culo.

Me rio de su cara escandalizada y cierro la puerta. Estaría muy sexy de rodillas, atada con luces y con un festivo bastón de caramelo clavado en

el culo. Si eso no grita alegría navideña, no sé qué lo hará. Incluso podría añadir una bonita diadema con cuernos de reno. Dios, las Navidades van a ser jodidamente divertidas con ella.

Sigo sonriendo cuando entro en el lado del conductor y me dirijo hacia el largo camino de entrada y salimos por la puerta. Antes de llevarnos de vuelta al ático, paso por un autoservicio y le pido una hamburguesa con queso.

—Acabamos de comer.

La miro.

—No, acabamos de sentarnos a comer, pero no has comido casi nada.

Ella mira en la bolsa.

—No puedo comer todo esto, Vitaly. Me comí casi la mitad del plato en casa de mis hermanos. —Rebusca y saca dos hamburguesas con queso—. ¿En serio?

—Tengo plena fe en ti, tesoro. —Sonrío.

Me da una hamburguesa con queso.

—Tú cómete una y yo me comeré otra, y luego podemos repartirnos la patata frita grande que has pedido. —Coge el batido de vainilla y bebe un gran trago—. Aunque probablemente me quede esto para mí.

—Mi mujer es tan jodidamente mandona —murmuro riéndome antes de dar un mordisco a la hamburguesa con queso.

—Mi marido es tan jodidamente cabezota —contesta ella—. Y Oh, Dios, casi te golpeo ahí dentro cuando dijiste. *mi mujer no podía andar porque me la había follado muy fuerte con mi salchicha gigante. Oh, y a propósito, las esposas son geniales porque recogen mis desastres y se abren de piernas. Siempre gano, me encanta estar casada.*

Me estoy riendo tanto que casi me atraganto con la hamburguesa, y cuando llegamos a un semáforo en rojo, miro hacia ella.

—Por favor, no vuelvas a referirte a mi polla como una salchicha.

Ella sonríe y se encoge de hombros.

—Es una salchicha realmente enorme.

—Por Dios —gimo—. Sigue llamándola salchicha y nunca volverá a crecer.

—Quizá tenga que poner a prueba esa teoría.

—Por favor, no lo hagas.

Se vuelve a encoger de hombros y se bebe su batido, y es tan jodidamente mona que me hace sonreír cada maldita vez que la miro. Acabamos de compartir las patatas fritas cuando entro en el aparcamiento subterráneo.

—¿Así que todos los secretos están a punto de ser revelados? —pregunta ella.

Apago el coche y la miro.

—Si estás segura de cortar los lazos con tus hermanos, entonces sí.

—Estoy más que segura. No quiero volver a poner un pie en esa maldita casa ni estar cerca de ellos—. ¿Me prometes que no traficas con mujeres ni tienes mascotas?

Le echo un mechón de pelo hacia atrás y le acaricio la cara.

—Te lo prometo, cariño. No hacemos eso.

Con una voz tan baja que tengo que esforzarme para oírla, dice:

—Tenía doce años cuando me di cuenta por primera vez en qué estaban metidos mis hermanos. Entré en el comedor y encontré a una mujer desnuda encadenada a la mesa. Parecía hambrienta y el plato de comida estaba fuera de su alcance, así que le di la comida e intenté liberarla, pero no pude, por lo que corrí a buscar a Konstantin.

Tengo que obligarme a permanecer relajado porque sé exactamente hacia dónde se dirige esta historia, y se me rompe el puto corazón ante la idea de Katya siendo tan joven y teniendo que aprender lo feo que puede ser el mundo.

—Me siguió hasta el comedor y me obligó a mirar cómo la golpeaba. Me dijo que era culpa mía porque había intentado ayudarla.

Cuando caen las lágrimas, no hace ningún movimiento para apartarlas. Está demasiado ensimismada en el recuerdo para notarlas.

—Me obligó a sentarme con ella hasta que murió, y luego me dijo que la próxima vez que intentara ayudar a una de sus mascotas, me obligaría a matarla, aunque eso significara simplemente sostener mi mano contra el mango del cuchillo mientras él mismo la apuñalaba.

—Santo Dios —gimo, atrayéndola contra mí cuando empieza a sollozar.

—Ahora siempre me limito a ignorarlas. Soy tan jodidamente cobarde.

—No, cariño. —Beso su cabeza y le paso los dedos por el cabello, estrechando su cuerpo tembloroso contra el mío—. Eres tan malditamente valiente. No sé cómo demonios te las has arreglado para sobrevivir estando cerca de ellos, y no solo has sobrevivido, sino que has conseguido crecer y convertirte en la mujer más dulce, talentosa y hermosa que jamás he conocido. —Le beso el pabellón de la oreja—. Eres un maldito milagro, *ptichka*, y quiero matar a tus putos hermanos por lo que te han hecho pasar.

—Ahora estoy bien —susurra contra mi cuello, aferrándose a mí como si su vida dependiera de ello, y la abrazo con más fuerza, haciéndole saber que felizmente seré su salvavidas. Nunca más tendrá que preocuparse por nada, porque ahora yo cuido de ella. Si sus hermanos quieren intentar hacerle daño, tendrán que pasar por encima de mí y de todos mis hermanos. Ahora somos una familia y protegemos lo que es jodidamente nuestro.

—Quiero que entres y oigas la verdad de lo que trama mi familia, pero antes tengo que pedirte algo.

—¿Qué?

Le froto la espalda al oír su temblorosa voz y vuelvo a besarla.

—Por favor, no menciones lo que ocurrió cuando tenías doce años. Por favor, no les cuentes ningún detalle sobre cómo has visto que trataban a las mascotas.

La sola idea que Matvey escuche esos detalles hace que me duela el maldito pecho. Lo matará. Sé que está confusa, así que le digo—. Te prometo que entenderás por qué te lo pido cuando lo oigas absolutamente todo. Tengo mis razones, cariño. Solo necesito que confíes en mí.

Ella asiente con la cabeza y me besa el cuello.

—Confío en ti. No diré nada.

—Gracias.

La sujeto por la nuca unos minutos más antes de separarse y me sonríe todo lo que puede con los ojos inyectados en sangre y las mejillas llenas de lágrimas.

—¿Qué tan mal aspecto tengo?

—Nunca podrías tener mal aspecto, *ptichka*. —Le rozo la mejilla con el dorso de los nudillos—. Tienes un aspecto triste, cariño, y eso es algo en lo que espero poder ayudarte, porque no quiero que vuelvas a tener un aspecto triste nunca más. Haré todo lo que pueda para asegurarme que siempre seas feliz. —Beso la punta de su bonita nariz—. Haré cualquier cosa por ti.

—Y yo haré cualquier cosa por ti.

Sonrío y le guiño un ojo.

—Cualquier cosa, ¿eh? Porque probablemente se me ocurrirían unas cuantas cosas.

El sonido de su risa llenando el coche me hace sentir que puedo respirar un poco más tranquilo.

—Apuesto a que sí. —Me da un dulce beso, el tipo de beso que solo ella me ha dado, el que está lleno de amor y no de una necesidad egoísta de correrse o de reclamarme de alguna manera. Katya es una persona dadivosa, y yo solo he estado rodeado de mujeres que son receptoras. No tenía la más remota idea que pudiera ser así.

Le doy un último beso, me retiro y digo:

—Vamos arriba. Estoy cansado de mantener secretos entre nosotros. Ahora eres una Melnikov. Tienes que saber lo que está pasando.

Ella asiente y me sonríe, y cuando empieza a alcanzar sus tacones, sonrío y atrapo su muñeca.

—No lo creo. Voy a llevar tu testarudo culo escaleras arriba.

Antes de ponerse a discutir, me bajo y me acerco a su lado. La cojo en brazos, cierro de una patada la puerta del coche y la llevo hasta el ascensor. Ella se ríe rodeando mi cuello con un brazo, sabiendo que no hay forma de convencerme.

Cuando se abren las puertas, le doy otro beso antes de dejarla con cuidado en el suelo. La ayudo con su abrigo y luego me deshago del mío junto con la chaqueta del traje. Tomándola de la mano, la acompaño al

salón, donde ya nos esperan todos. Sabía que Danil nos vería en la grabación de seguridad, así que no me sorprende en absoluto ver que ha reunido a todo el mundo.

—¿Estás segura de esto? —le pregunta Roman. Está sentado en el sofá con Emily arrimada a su lado, con una mano apoyada de forma protectora en su redondo vientre. La imagen de una Katya embarazada me golpea con fuerza y, en lugar de salir corriendo como si me ardiera el culo, sonrío y le beso la parte superior de la cabeza.

—Estoy segura —le dice Katya—. Esta ha sido la última vez que veré a mis hermanos. —Me agarra del brazo y me mira—. ¿Puedo pedirte algo?

—Puedes pedir lo que quieras —le digo.

—Si tú y tus hermanos pensáis acabar con la Bratva Lebedev, ¿preservaréis a Oksana? Ella nunca quiso casarse con Konstantin. Se lo impusieron, y su vida ha sido un infierno desde que se casaron.

Acaricio su rostro y beso su frente.

—Te prometo que no sufrirá ningún daño, a menos que intente ir contra nosotros.

Sus hombros se relajan ante mi promesa.

—Ella nunca haría eso. Te ayudaría a apretar el maldito gatillo.

Miro a mis hermanos antes de sentarme, tirando de Katya hacia mi regazo. Le beso el hombro antes de empezar a explicárselo todo.

—Mis hermanos y yo somos familia por elección. Crecimos juntos en Moscú, pero hay un miembro de la familia que no está aquí. —Señalo a Roman—. Alina, la hermana de Roman, fue secuestrada por traficantes de sexo hace casi dos años, y desde entonces hemos pasado cada segundo intentando encontrarla.

Gira la cabeza para mirarme.

—¿Crees que mis hermanos están detrás?

—Sabemos que lo están —dice Danil—. A Simona se la llevó la Bratva Lebedev, y yo la compré en una de sus subastas. El plan era salvar a alguien y ver si podía darnos alguna información y entonces la dejaríamos marchar. —Sonríe y besa a su mujer—. Obviamente, esos planes cambiaron, pero acabamos descubriendo que tus hermanos estaban detrás de todo. Su Bratva estaba activa en la zona donde se

llevaron a Alina, y son los únicos lo bastante poderosos en aquel momento para haberlo conseguido.

—¿Estuvisteis detrás de la desaparición de Stefan? —pregunta Katya.

La miro.

—¿Sabes lo de Stefan?

Ella asiente y se apoya en mí.

—He oído a mis hermanos hablar de él. Aunque no tienen idea de lo que le ocurrió. —Sus ojos azules pasan de mí a mis hermanos—. Imagino que no aparecerá en mucho tiempo.

Lev suelta una suave carcajada.

—No, no lo hará.

—Jamás lo llegué a conocer —dice Katya—, pero sé que le hicisteis un favor al mundo.

—Lo hicimos —dice Danil, apretando más a Simona.

—Necesitamos saber cómo siguen tus hermanos el rastro de las mujeres —dice Matvey, hablando por primera vez—. ¿Cómo podemos encontrar a Alina?

—No lo sé. Mis hermanos no me incluyen en sus asuntos. Asignaron a una persona para vigilarme, y a nadie se le permitió siquiera mirarme. Era invisible.

—Aunque eso está bien —interviene Matvey—. Seguro que has oído algo.

Oigo la desesperación en su voz, y sé cuánto desea esto, pero también sé que Katya no miente cuando dice que no sabe nada.

—La mantuvieron al margen —le digo—. Pero eso no significa que no podamos encontrar a Alina. Tenemos a los cabrones. Podemos cogerlos y sacarles la información.

—Están muy bien protegidos —advierte Katya—. No será fácil, y mis hermanos son crueles. No les importa una mierda nadie. No les importará tu hermana, y disfrutarán sabiendo que te preocupas por ella.

Los ojos oscuros de Matvey se encuentran con los de Katya.

—No es mi hermana. Es la mujer de la que estoy enamorado y con la que me voy a casar. Puedo prometerte que seré capaz de doblegar a tus hermanos y sacarles la información que necesito.

Katya me mira, y percibo que mis palabras de antes pasan por su cabeza. Ahora entiende por qué le pedí que no mencionara el trato que reciben las mascotas. A Matvey solo le dolería oírlo. Ya ha imaginado suficientes cosas horribles; no necesita saber que todas son verdad.

—Quizá pueda ayudar —empieza a decir, y yo la interrumpo de inmediato.

—Ni de coña, *ptichka.*

Su ceño está fruncido e irritado cuando vuelve a mirarme.

—¿Por qué no?

—Porque no permitiré que te pongas en peligro.

—¿Permitirme?

Mi pajarito se está cabreando, y cuando sonrío por su tono, su mirada deja claro que no debería haberlo hecho. Tendré que sacarle esa actitud más tarde, y ese pensamiento me hace sonreír aún más.

—Eres terrible —murmura antes de volverse hacia mis hermanos—. ¿Cómo os habéis librado de la amenaza italiana? Oí a Konstantin hablar de ello. Me dijeron que tenía que casarme con Vitaly porque saben lo fuerte que es tu Bratva y necesitan tu ayuda para mantenerlos alejados y que su negocio siga funcionando sin problemas. También quieren la conexión con el club de striptease.

Lev sonríe.

—Dominic Alessi es algo así como un amigo nuestro. Nos conocimos en circunstancias poco habituales, y resulta que su hermana también fue raptada por la Bratva de tus hermanos. La raptaron y la vendieron, y cuando su cuerpo destrozado apareció en la costa, la única pista que tenía era ese maldito tatuaje en forma de víbora.

Siento que Katya se estremece en mi regazo, y la expresión de su cara me hace enganchar un dedo bajo su barbilla y forzar su rostro hacia el mío.

—No eres responsable de lo que hagan.

—Es mi familia —susurra—. Es mi sangre la que ha hecho esto.

—La sangre no significa una mierda —le digo—. Por eso mis hermanos y yo decidimos formar una familia. No valía la pena conservar en las que nacimos. —Le paso el pulgar por la mejilla—. Tú no eres culpable de nada de esto. Eres una víctima, cariño, igual que todas las demás mujeres a las que tus hermanos han maltratado y herido. Puede que no sea de la misma manera, pero es abuso igualmente.

—Nunca te culparíamos por lo que han hecho —le dice Matvey. Cuando ella vuelve la cabeza para encontrarse con sus oscuros ojos, él añade—. Pero vamos a matarlos, y tienes que ser consciente de ello.

—Lo sé. —Su voz es pequeña pero firme—. No podemos permitir que sigan haciendo lo que están haciendo, y la muerte es lo único que les detendrá. No quiero que hagan daño a más mujeres.

Se apoya contra mí cuando tiro de ella y beso su cabeza. Le paso los dedos por el cabello mientras mis hermanos la ponen al corriente de todo lo que ha ocurrido desde que Roman conoció a Emily cuando reunía información sobre su padre, hasta la subasta con Simona, la muerte de Stefan y nuestro encuentro con Dominic, para terminar finalmente con el interés de su hermano por las peleas clandestinas de Lev y nuestro acuerdo con la mafia Alessi. Katya se calla cuando finalmente dejamos de hablar.

Le rozo la mejilla con el dorso de un nudillo.

—¿Estás bien?

—Es que hay mucho que asimilar. —Me dedica una pequeña sonrisa a mí y a mis hermanos—. Si te hace sentir mejor, Konstantin y Osip no tienen la más mínima idea que se la están jugando. —Después de decirlo, su sonrisa crece y suelta una carcajada de lo más tierna—. Es condenadamente perfecto.

Me agarra del muslo y se vuelve para mirarme.

—Pero tienen muchos hombres. Konstantin siempre tiene a su alrededor veinte hombres bien entrenados. Nunca viaja lejos sin ellos, y eso además del resto de hombres de su Bratva. Los hombres vigilan constantemente la casa, recorren los límites de la propiedad, y hay cámaras de seguridad por todas partes.

—Puedo encargarme de las cámaras —dice Danil. Simona le dedica una sonrisa que demuestra lo orgullosa que está de las habilidades de su marido. Él le guiña un ojo rápidamente antes de volver a mirarnos—. ¿Sabes si Konstantin tiene un portátil que utilice mucho o dónde podría guardarlo?

Katya se lo piensa un momento.

—Solo sé lo que he conseguido vislumbrar. Suelen tener mucho cuidado de mantenerme al margen, pero hay un tipo de la Bratva que viene y siempre lleva una bandolera, casi como si llevara material o algo así, y siempre desaparecen en el despacho de Konstantin cuando llega.

La mención de una bandolera me hace levantar una ceja hacia Danil, porque eso es exactamente lo que Danil lleva siempre encima. Le cuesta mucho separarse de su portátil. Ha mejorado mucho desde lo de Simona, pero esa cosa estuvo prácticamente pegada a su culo durante una década.

—¿Sabes cómo se llama? —pregunta Danil.

—Intento acordarme. Creo que podría ser Casimir. —Ella asiente—. Sí, definitivamente oí a Konstantin llamarle Casimir una vez.

—¿Puedes recordar algo más? —Pregunta Matvey.

—No, lo siento. Aunque si vuelvo, quizá pueda colarme en su despacho.

—En absoluto —digo—. Tu parte en esto ha terminado oficialmente.

Emily le sonríe.

—Nunca cederá. Créeme. —Mira a su marido, seguramente recordando que él le dijo lo mismo.

—Maldita sea, no cederé. —Aprieto más mi agarre a su cintura.

Katya intenta parecer enfadada, pero está demasiado ocupada mirando como si estuviera perdidamente enamorada de mí. No puedo evitar devolverle la sonrisa. Cuando vuelvo a mirar a mi familia, la expresión de Emily me hace reír. Es la mirada más jodidamente de, *te lo dije*, que he visto en mi vida. Ella nunca me dejará olvidarlo, pero no me importa.

—Suerte que aprendió a montar una cuna —dice Simona, haciendo que Jolene se ría.

—Oye, al menos tengo a alguien que puede apoyarme en las noches de cine. Te gustan las películas de acción, ¿verdad, *ptichka*?

Para mi horror, me mira y me dice:

—En realidad, me encantan los romances históricos.

Cuando todos empiezan a reírse, miro a Katya y siento instantáneo alivio al darme cuenta que bromea. Miro a Emily, la cuñada que probablemente está detrás de todo esto.

—¿La has liado tú?

—¿Yo? —La mirada de puro horror falso y conmocionado me hace poner los ojos en blanco.

—Ya, tú nunca harías algo así. —Señalo a Roman—. Tu mujer es una lianta.

Katya se ríe.

—He visto las normas en la nevera, ¿recuerdas?

—No me asustes así. —Le doy un beso—. Casi me provocas un puto infarto.

—Deberíamos haber seguido con eso y haberles hecho ver a todos otra adaptación de Jane Austen de tres horas —dice Simona riéndose.

Miro a Katya.

—¿Ves con lo que he estado tratando? Malditos lunáticos, todos y cada uno de ellos.

Ella sonríe y me besa.

—Veré películas de acción siempre que quieras.

—¿Ves? ¿Cómo podría no enamorarme de ti?

—Imposible no hacerlo. —Su gran sonrisa me hace reír.

—Maldita sea, *ptichka.*

—Tenemos que reunirnos pronto con Dominic —dice Roman, apartándome de mi adorable esposa.

—Así es —convengo.

—¿Sabes si Konstantin piensa ir pronto al Pink? —me pregunta Danil.

—No estoy seguro. Le dije que me avisara y que organizaríamos algo especial para él.

Asiente y se pasa una mano por la mandíbula.

—Voy a ver si consigo que me presente a Casimir. Tiene sentido que quiera saber sobre su seguridad, así que no veo ningún problema en pedirle una reunión con él. Quizá pueda averiguar dónde guardan toda la información sobre las mujeres que trafican.

Matvey da golpecitos con el pie, incapaz de estarse quieto, y cuando no es suficiente, se levanta y empieza a pasearse.

—No sé cuánto tiempo más podré esperar antes de empezar a matarlos uno a uno.

—No empieces todavía —le digo—. Estamos demasiado cerca para joder esto ahora.

Sé que él ya lo sabe, pero es bueno recordárselo de vez en cuando. Sé lo cerca que está de perder el control. Lleva un tiempo perdiendo el control y está al borde de un colapso total, y si eso ocurre, vamos a tener un baño de sangre infernal entre manos.

—Pronto los matarás —le recuerda Lev—. Solo tenemos que saber primero dónde está, y entonces podréis ir a por todas. —Su aro labial se mueve con su sonrisa perversa—. Diablos, estoy deseando ayudarte con eso.

Aunque estemos hablando de eliminar a los hermanos de Katya, ella no parece alterarse lo más mínimo por ello. Por la sonrisa serena de su rostro, yo diría que está deseando que ocurra. Se ha criado en una Bratva; no es ajena a la violencia. Por lo que me ha contado, es evidente que no tolera esa violencia cuando va dirigida contra mujeres inocentes, pero esto es algo totalmente distinto. Es una rabia que puede soportar. Sonrío porque ahora parece un acontecimiento familiar. Algunos organizan barbacoas, los Melnikov organizan ataques sangrientos. A cada cual lo suyo, supongo.

Cuando Matvey sube a darle una paliza a uno de los sacos de boxeo, me levanto, llevándome a Katya conmigo. Ella se ríe y me rodea con los brazos para mantener el equilibrio.

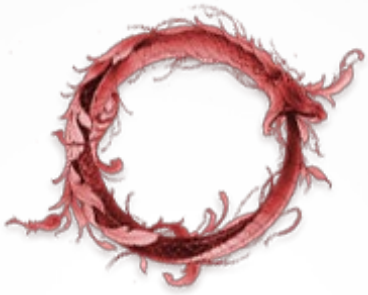
—¿Qué pretendes? —Su aliento es suave como un susurro contra mi oído.

Le doy un suave mordisco en el lóbulo.

—Hace demasiado jodido tiempo que no oigo a mi mujer gritar mi nombre.

Hate

CAPÍTULO 11



Katya

En cuanto Vitaly nos hace pasar por la puerta del dormitorio, la cierra de una patada y me besa como si hubieran pasado años desde que tuvo su boca sobre mí, en lugar de horas. Nuestras lenguas chocan por el dominio, pero cuando me empuña la parte posterior del cabello, exigiéndome que me someta a él, lo hago con un gemido, derritiéndome contra su tacto. El beso se torna lento cuando disfruta de mi sabor y mi tacto. Vitaly no solo me besa; posee cada maldito centímetro de mí. Cada parte de mí le pertenece y, por el gruñido de satisfacción que emite, sé que lo sabe.

Sin dejar de besarme, me tumba en la cama y sube la mano por el muslo hasta entre mis piernas, arrancándome bruscamente las bragas. Cuando sus dedos rozan el interior de mis muslos y nota lo húmeda que estoy, gime y mordisquea suavemente mi labio inferior.

—Tan jodidamente mojada para mí, cariño. —Le siento sonreír contra mis labios y arrastrar lentamente un dedo por mi entrepierna—. Este coñito está descuidado, tan jodidamente mojado que gotea por tus muslos. —Su lengua recorre lentamente la unión de mis labios al tiempo que su dedo hace lo mismo en mi coño, y la sensación me hace gemir y mecer las caderas hacia él. Suelta una carcajada sexy y profunda e introduce el dedo lo suficientemente profundo como para que mi espalda se arquee sobre la cama y mis dedos se claven en su espalda en busca de más.

—Me duele ver a mi mujer tan insatisfecha sexualmente —murmura contra mis labios—. Me pregunto cuántas veces debo hacer que te corras.

Su dedo se hunde en mi interior antes de volver a salir, el empuje burlón me hace soltar un gemido de necesidad. Me mordisquea una línea a lo largo de la mandíbula hasta llegar al cuello.

Mordisquea la delicada piel que hay bajo mi oreja y murmura contra mi piel.

—Me pregunto si puedo hacer que te desmayes de tanto correrte.

—¿Qué?

Se ríe suavemente antes de lamerme el cuello y soplar contra mi piel sensible. Me recorre una oleada de placer que me impide hacer otra cosa que no sea aferrarme a él y sentir lo que me está dando. Sigue provocándome el coño, introduciéndolo lentamente cada vez más, enroscando el dedo dentro de mí y tocando algún punto sensible que hace que todo mi cuerpo tiemble necesitado.

Su risa profunda es muy sexy, el sonido vibra contra mi piel besándome a lo largo de la clavícula. Es tan jodidamente hábil con los dedos que el orgasmo me pilla totalmente por sorpresa. Me golpea sin esfuerzo, arrancándome un jadeo inesperado antes de gemir su nombre y aferrarme a él cuando mi cuerpo se tensa y todo mi mundo se convierte en pura felicidad.

—Eso es, *ptichka* —gruñe contra mi piel, rozándome el clítoris y manteniendo el orgasmo. Tiro de su camisa, desesperada por sentirlo—. Siempre tan ansiosa por desnudarme —se burla, pero no se equivoca—. Cualquier excusa para ver a Vitaly sin ropa es buena. Soy de la firme

opinión que siempre que estemos a puerta cerrada, él no debería llevar nada puesto, excepto su sexy sonrisa.

Cuando no dejo de tirar, se ríe y se incorpora, clavándome su mirada acalorada. Veo cómo se desabrocha la camisa, revelando lentamente su tatuado y cincelado pecho y sus abdominales, de los que nunca me cansaré.

—Eres demasiado perfecto —le digo, haciéndole soltar de nuevo esa risa sexy.

—Ya estás borracha de orgasmos y solo te he dado uno. Más vale que aguantes, preciosa, te queda mucho camino por recorrer.

Suelto una risita ya que es imposible que él consiga desmayarme por haberme corrido demasiado. Quiero decir, ¿eso existe?

Se aparta la camisa y se inclina más hacia mí, arrastrando lentamente la nariz por mi mejilla.

—Estás muy segura de ti misma. Mi *ptichka* está tan segura que no puedo hacerlo. —Sus dientes rozan mi mandíbula antes de sentir el calor húmedo de su lengua dándome un lametón lento y sensual—. Estoy deseando ver tu cara de estupefacción cuando vuelvas a despertarte. —Me pellizca la piel del cuello, bajando lentamente y murmura—. Me mirarás como si fuera tu dios. ¿Verdad, cielo?

—Joder —jadeo cuando me da una fuerte chupada en el pliegue del cuello.

—Pronto, cariño —susurra—, pero antes tienes que correrte otra vez sobre mi mano como una buena chica.

No me da la oportunidad de responder, solo desliza otro dedo dentro de mí sin dejar de acariciarme el clítoris con el pulgar.

—¿Oyes lo mojada que estás? —Sus labios bailan sobre mi piel, haciendo que se me erice la piel del pecho y brazos—. Creo que te gusta tener la mano de tu marido en tu coño. ¿Verdad, cariño?

Como no respondo lo bastante rápido, me da un suave achuchón en el clítoris que me hace estremecerme contra él.

—Respóndeme, o el próximo pellizco será más fuerte.

—Sí —consigo gimotear antes de arrancarme un gemido vergonzosamente fuerte. Su risa es oscura y seductora, y cuando arrastro

las uñas por su columna, gime y aprieta su dura polla contra mi muslo—. ¿Sientes lo que jodidamente me haces?

—Mm-hmm.

Mueve de nuevo las caderas, haciéndome sentir lo jodidamente grande que es.

—Pronto te correrás sobre mi polla. —Arrastra su dura y gruesa longitud por mi muslo—. Me pregunto cuántos podré sacarte. —Los dedos de su otra mano se deslizan bajo el escote de mi vestido antes de tirar con fuerza, rasgando la tela y desnudando mis tetas ante él. La forma en que me frota el clítoris hace que me importe una mierda mi vestido estropeado.

Al momento siguiente, su boca se aferra a mi pezón y acelera el ritmo de sus dedos, llevándome de nuevo al límite. Ya no controlo mi cuerpo. Él dirige este barco y está decidido a estrellarme contra las malditas rocas una y otra vez.

—Ya van dos, cariño, y aquí viene el tercero.

Estoy a punto de decirle que es imposible que vuelva a correrme tan rápido, pero las palabras se me quedan atrapadas en la garganta y se convierten en un grito gutural cuando mi cuerpo vuelve a dejarse ir. Ya sé con cada fibra de mi ser que esta noche va a ser una noche en la que me demostrará que estoy equivocada, en la que me empujará más allá de lo que creo que mi cuerpo puede soportar y en la que me recordará una y otra vez quién es el dueño de cada parte de mí.

—¿Ya te sientes débil?

Me cuesta horrores mantener los ojos entreabiertos, pero estoy lo bastante coherente para ver la mirada satisfecha que me dedica antes de sacar los dedos de mi coño y lamérmelos hasta dejarlos limpios.

—Disfruta de tu respiro, *ptichka*, porque este es el único que vas a tener.

Se levanta, se suelta el cinturón y desabrocha el botón de su pantalón al tiempo que sus ojos recorren mi cuerpo ya agotado. Tengo el vestido hecho un manojo y desgarrado, el cabello hecho un desastre, me tiemblan los muslos y respiro como si acabara de correr una milla.

—Tan jodidamente hermosa —murmura, bajándose la cremallera y despojándose de su pantalón y bóxer. Se vuelve a reír cuando mis ojos se fijan en su enorme polla. Rodea el tronco con la mano y se acaricia lentamente.

—¿Es esto lo que quieres, cariño?

—Sí. —Mi voz apenas es más que un susurro, ya rasposa de tanto gritar su nombre.

Sigue sonriendo cuando se sube a la cama y coloca su poderoso cuerpo sobre el mío. Se acomoda entre mis muslos, de modo que su grueso pene queda firmemente presionado contra mi coño. Con un lento movimiento de sus caderas, se desliza por mis labios, mis uñas se clavan en sus hombros y mi espalda se arquea sobre la cama.

—Tan jodidamente húmeda —gruñe—. Ya me estás empapando, cariño.

Sigue moviendo lentamente las caderas, deslizándose por mis sensibles pliegues hasta que le suplico que me folle.

—¿Me quieres dentro de ti?

—Sí.

—Muéstrame cuánto lo deseas. Déjame sentir cómo te corres otra vez. Quiero sentir cómo se aprietan los labios de tu coño cuando gritas mi nombre. Quiero sentir lo jodidamente desesperada que estás por tenerme dentro de ti.

—No puedo más. —Mis palabras salen como una súplica sin aliento que ignora con una sonrisa, apretando más fuerte contra mí para que cada caricia golpee mi clítoris demasiado sensible.

—Eres un idiota —gruño justo antes de alcanzarme otro orgasmo. Su profunda risa se mezcla con mi desgarrado grito de placer y, cuando siente que mi orgasmo golpea su polla, gime y me agarra una de las tetas, pellizcándome el pezón con fuerza para que el éxtasis que me está provocando tenga un matiz de dolor.

Cuando empiezo a descender, hace círculos con las caderas, provocando réplicas en cada parte de mí cuando baja la cabeza y pasa lentamente la lengua por mi palpitante pezón. Cuando empieza a deslizarse dentro de mí, apenas puedo resistir.

—Vitaly —jadeo, sintiendo cómo me separa hasta el punto del dolor.

—Te tengo, *ptichka*. Siempre te tendré.

El calor de su aliento golpea mi pezón húmedo y mis dedos recorren su cabello. Se abalanza sobre mí, manteniendo un ritmo que hace imposible que mi cuerpo se le resista. Le tiro del cabello, deseando tener su boca en la mía, y cuando me da lo que quiero y siento sus cálidos labios en los míos, le beso como si nunca pudiera detenerme. Una parte de mí teme que nunca podré separarme de él, que me asfixiaré antes de romper el contacto para tomar aire; a la otra parte de mí le importa una mierda si me asfixio debajo de él. Esa es la parte a la que hago caso, y para cuando el siguiente orgasmo me golpea, ya estoy viendo estrellas.

—No puedo. —Quiero gritarlo, pero las dos palabras se convierten en poco más que un susurro desgarrado, que apenas se oye por encima de nuestros gemidos mezclados de placer y de los sonidos de nuestros cuerpos uniéndose con cada fuerte embestida que me da.

Sus dientes rozan mi labio inferior antes de gruñir.

—Puedes, y lo harás.

No va a apiadarse de mí ni a darme la compasión que le suplico. Está decidido a destruirme de la mejor manera posible, y que Dios me ayude, quiero que lo haga. Quiero que destruya cada parte de mí. Quiero que me reduzca a cenizas, para que se vea obligado a respirarme. Quiero marcarle y reclamarle tanto como él me está reclamando a mí. No quiero librarme jamás de él. Siempre quiero que estemos enredados y tan estrechamente unidos que nunca haya nada que nos separe. Sé cómo es la vida sin Vitaly, y no quiero volver a experimentarlo.

Sus embestidas se hacen más profundas y fuertes, sus besos se vuelven más lentos y dulces, y la combinación hace que mi mente se desconecte por completo. Lo único que puedo hacer es sentir, y en ese momento se lo doy todo, cada puta parte de mí. Cuando empiezo a correrme de nuevo, me pitan los oídos, veo borroso y sé que estoy a punto de desmayarme. Mis respiraciones son erráticas, mis miembros débiles, y lo último que recuerdo es el *'te quiero'* susurrado por Vitaly antes que todo se vuelva negro y me pierda en una dicha oscura y pacífica que jamás habría imaginado que existiera.

Hate

Cuando me despierto, todavía está oscuro fuera y hay un brazo tatuado rodeándome con fuerza. Aunque sigo agotada, sonrío como una idiota. La felicidad nunca fue algo que pensara que tendría. Ni siquiera entraba en mis pensamientos, porque asumía que nunca la tendría, pero Vitaly hace que suceda tan fácilmente.

Tiene el pecho presionado contra mi espalda, y el sonido profundo y uniforme de su respiración me hace saber que sigue dormido. Utilizo su bíceps como almohada y, con el brazo estirado, puedo ver el tatuaje de la urraca. Sigo sin creerme que se lo haya hecho. Jamás nadie había prestado atención a mi arte, pero a Vitaly le gustaba tanto que decidió marcarlo permanentemente en su hermosa piel.

Con cuidado de no despertarlo, levanto la cabeza y aprieto los labios contra el pájaro, dándole un suave beso. Tan pronto siente mi boca sobre él, suelta un gruñido masculino e intensifica su agarre sobre mí, atrayéndome de nuevo contra él al tiempo que acaricia mi cuello con su nariz.

—Buenos días, *ptichka*. —Su voz aún está espesa y dormida, pero es muy sexy. Su dura longitud presiona mi desnudo trasero, recordándome todo lo que pasó anoche, o al menos todo lo que puedo recordar.

—Definitivamente, no es de día. ¿Qué ha pasado? ¿De verdad me he desmayado?

Se ríe suavemente.

—Puedes apostar tu dulce culo a que sí. —Sus labios encuentran mi cuello, besando una línea a lo largo de mi piel que hace que mi cuerpo vuelva rápidamente a la vida.

—¿Así que seguiste adelante?

No puedo evitar sonreír al oír su profunda carcajada.

—Joder, sí que seguí. —Lleva una mano a mi cuello antes de deslizarla lentamente hacia abajo para acariciar uno de mis pechos—. Cada parte de ti es mía, y cuando te vi desmayarte, Dios —me dice, soltando una suave carcajada—, fue tan jodidamente sexy. No tardé nada en hacerlo. —La yema de un dedo recorre mi pezón—. Aunque estabas inconsciente, cuando me corrí dentro de ti, tu coñito me agarró tan jodidamente fuerte.

Dejo escapar un jadeo cuando me da un suave pellizco en el pezón antes de hacerlo rodar entre sus dedos.

—Espero que hayas aprendido una valiosa lección, cariño —murmura junto a mi oído.

—¿Y qué lección sería esa?

Me agarra el muslo y lo levanta, colocando la cabeza de su polla contra mi raja antes de deslizarla lentamente. Suelto un gemido y me agarro a su antebrazo mientras él susurra en mi oído.

—Que siempre cumplo lo que digo que voy a hacer. —Me da otro lento embiste—. Que conozco tu cuerpo mejor que tú y puedo hacer que haga lo que me dé la puta gana. —Con el siguiente embiste introduce una mano entre mis piernas y empieza a frotarme el clítoris—. Y que te quiero más de lo que nunca pensé que fuera posible querer a nadie, e incluso cuando estés inconsciente, siempre cuidaré de ti, y siempre estarás segura conmigo.

Con sus dedos trabajándome y su gruesa polla abriéndome completamente con cada embestida, no tardo nada en correrme. Me corro con su nombre en la lengua y cuando me sigue con un profundo gemido, sé lo que se siente al regresar a casa, porque Vitaly es mi hogar. Él es donde siempre estuve destinada a estar, y nunca le dejaré marchar.

Manteniéndose dentro de mí, me besa lentamente y permanezco acurrucada entre sus brazos. Acariciándole la cara, sonrío contra sus labios.

—¿Por qué sonríes?

Paso los dedos por la barba incipiente de sus mejillas.

—Soy feliz, y eso es algo que nunca pensé que sería.

Me dedica la sonrisa más dulce antes de volver a besarme.

—Creí que el matrimonio sería como una condena, pero me has demostrado lo equivocado que estaba, *ptichka*. No imaginaba que pudiera ser tan bueno, y sé que solo es así gracias a ti.

Aunque una parte de mí teme la respuesta, tengo que preguntar de todos modos.

—¿Estás seguro que es gracias a mí? ¿No crees que podrías haber sido feliz con cualquiera de esas otras mujeres?

Sonríe y vuelve a besarme.

—Cariño, ni siquiera podía tolerar ver a ninguna de ellas más de una vez, y la idea de estar casado con alguien que no fueras tú me pone enfermo. Me has arruinado para cualquier otra persona, así que será mejor que nunca intentes dejarme.

—¿Qué harías si lo hiciera? —Hago la pregunta sabiendo que de ninguna manera me alejaría voluntariamente de Vitaly.

Juro que sus ojos de color whisky se oscurecen cuando me agarra la cara dándome un mordisco de advertencia en el labio inferior. Está tan cerca que noto cómo sus labios se mueven contra los míos cuando dice:

—Te daría unos azotes en el culo por siquiera pensarlo, y luego me arrodillaría y adoraría cada centímetro de ti, recordándote que eres todo mi mundo y que no puedo jodidamente respirar sin ti.

Se me corta la respiración al oír sus palabras, y siento cómo sonríe.

—¿Quieres dejarme, *ptichka*? ¿Mi dulce pajarito quiere irse volando?

Se endurece rápidamente dentro de mí y, cuando emito un suave gemido, suelta una carcajada sexy.

—Es difícil salir volando estando atrapada en mi polla, cariño. Supongo que debería tenerte siempre así.

—Joder —jadeo cuando empieza a mover las caderas.

—Lo que quiera mi mujer.

Vislumbro su sonrisa sexy antes de besarme con fuerza. No me lo pone fácil. Con cada fuerte embestida, me recuerda a quién pertenezco.

—¿Sigues pensando en irte? —Su voz está impregnada de lujuria mientras sus dedos me aprietan el clítoris de una forma que nunca deja de ponerme al límite—. ¿Qué dices, tesoro? No puedo oírte.

Suelto un gemido frustrado ante su burla, pero eso solo hace que se ría y me folle con más fuerza.

—No —consigo finalmente jadear—. Sabes que nunca te dejaría. —Paso mi lengua por la suya y balanceo las caderas contra él—. Te quiero demasiado.

—Yo también te quiero jodidamente mucho, cariño —gruñe antes de darme lo que necesito. El orgasmo me absorbe y, justo antes de correrme,

se abalanza sobre mí, clavándonos en el sitio al tiempo que su polla palpita en mi interior.

—Maldita sea —gime, los dos estamos completamente agotados y nos dormimos rápidamente. Antes de quedarme dormida, me susurra *te quiero* al oído y me envuelve aún más con sus brazos, asegurándose de cubrirme y que mi cuello no quede en un ángulo incómodo.

Me duermo sintiéndome tan amada y tan en paz, que cuando la pesadilla me despierta, no estoy preparada para ella. En el sueño me habían separado de Vitaly y me habían obligado a vivir de nuevo con mis hermanos. Su mascota de pelo oscuro me suplicaba que la ayudara, pero yo no podía hacer nada. Estaba paralizada por el miedo y congelada en mi sitio, deseando desesperadamente volver con Vitaly porque sabía que él lo mejoraría todo, que estaría a salvo si pudiera volver con él.

Como no quiero despertarle, me deslizo por debajo de su brazo y salgo de la cama. El sol está empezando a salir, lo que me da luz suficiente para ver su hermoso rostro. Parece tan tranquilo, y no pienso interrumpirlo porque haya tenido una pesadilla. Sin embargo, necesito purgarme de las imágenes y de la sensación opresiva que aún persiste en mi mente. Cojo su camisa del suelo, me la pongo y saco mi cuaderno de dibujo más pequeño de la bolsa del armario. Con los lápices en la mano, me siento en el suelo cerca de uno de los ventanales y busco mi próxima página en blanco.

Me pierdo en lo que estoy haciendo. Todo lo demás se desvanece excepto las líneas negras que estoy creando en la página. Solo puedo pensar en lo mucho que necesito sacar esta mierda de mi mente y llevarla al papel. Dibujo a la mascota de Konstantin una y otra vez, intentando captar su aspecto en mi sueño, y no es hasta que oigo a Vitaly gritar mi nombre cuando finalmente suelto el lápiz como si acabara de salir de un trance. Giro la cabeza y la expresión de puro horror de su pálido rostro me asusta.

—¿Qué ocurre? —Me levanto de un salto, dándome cuenta de las manchas de carboncillo que he puesto en su bonita camisa blanca de vestir—. Lo siento mucho.

Intento limpiarlo con un cepillo, pero solo consigo empeorarlo, y su cara pálida y sorprendida sigue asustándome. Finalmente, me agarra las manos para inmovilizarlas y luego asiente hacia mi bloc de dibujo. Está

abierto en una página nueva al levantarme de un salto, en la que la mascota de Konstantin es arrastrada fuera del avión por una correa.

—¿Por qué? —Empieza y luego se detiene, dejando escapar una respiración agitada—. ¿Por qué cojones la estás dibujando?

—He tenido una pesadilla —susurro—. Dibujar me ayuda a sacarlo todo. Si no lo hago, siento que me vuelvo loca.

—Pero estás dibujando a Alina. ¿De qué coño conoces a Alina?

—¿Qué? —Miro a la mujer de pelo oscuro y ojos embrujados. No he sacado los lápices de colores, así que no he podido captar el vívido azul verdoso de los mismos, aunque he conseguido recrear la forma y el dolor que siempre brilla a través de ellos.

—No lo entiendo —susurro finalmente.

—Jesús, todo poderoso —dice Vitaly, cogiendo el bloc de dibujo, y el dolor de su voz hace que me agarre rápidamente a él. Cae de rodillas y caigo con él, rodeándolo con los brazos, intentando consolarlo como puedo. Parece totalmente angustiado, como un hombre enfrentándose cara a cara con sus peores temores. Suelta un gemido doloroso cuando hojea mi bloc de dibujo y ve su cuerpo desnudo y golpeado.

—Esta es Alina, la mujer que hemos estado buscando. ¿Es la mascota de Konstantin? —Sus ojos se cruzan con los míos, y al verlos se llenan los míos de lágrimas. Hay dolor, confusión y tanta angustia, que se me revuelven las tripas al verlo así—. No lo entiendo. ¿Por qué no me dijiste que sabías dónde estaba?

—Porque no sabía que era ella. —Señalo el dibujo que tiene en las manos—. Es la mascota de Konstantin. Nunca supe su nombre. Solo la veo de refilón. No se me permite hablar con ella ni reconocer que existe. —Agarro el bloc de dibujo y vuelvo al principio, a los dibujos que hice de la mujer a la que había intentado ayudar, la que Konstantin había matado a golpes delante de mí—. Te dije que si intentaba ayudarles, lo único que conseguía era ponerles en más peligro.

Guarda silencio recorriendo las páginas, estudiando todas y cada una de ellas, deteniéndose cuando llega a la parte en la que aparece su rostro. Me mira a los ojos y el dolor que siente se desvanece ligeramente al saber que le he estado dibujando en secreto, pero vuelve rápidamente cuando

cierra el cuaderno y lo deja caer al suelo. Se pasa una mano por la cara y sacude la cabeza como si aún no pudiera creérselo.

—¿Ha estado con él todo este tiempo?

—Creo que sí. La vi por primera vez hace casi dos años, y Konstantin no es de los que quieren tener la mascota usada de otra persona. Él no hace las cosas así.

—¿Dónde está ahora?

Apoyo la mano en su antebrazo y lo miro a los ojos.

—Está aquí, Vitaly. Estaba en el avión con nosotros.

Sus ojos se abren enormes.

—¿Está aquí? ¿Estuvo en la mansión al mismo tiempo que nosotros?

—Sí.

Se levanta y empieza a pasearse por la habitación, demasiado cabreado para estarse quieto.

—No puedo creérmelo, joder —grita, pero luego se lo piensa mejor y baja la voz, aunque eso no impide que la rabia siga aflorando—. ¡Nos sentamos allí a cenar con ese hijo de puta y todo el maldito tiempo Alina estaba jodidamente allí!

No hay nada que pueda decir para mejorar la situación, así que me abstengo de decir nada. Cruzo los brazos sobre el pecho y veo cómo el hombre al que amo casi se desmorona de pena, ira y odio, y no hay una maldita cosa que pueda hacer para evitarlo. Esto es culpa de mi hermano, pero también culpa mía. Debería haber hecho algo para ayudarla. Debería haber encontrado una maldita manera. Nada más pensarlo, Vitaly deja de pasearse y se acerca a mí. Ahueca mi rostro inclinándolo de manera que no tenga otra opción que mirarle. Siento vergüenza mirarlo a los ojos, así que miro a un lado, ignorando las lágrimas que siguen cayendo.

—Mírame, *ptichka*. —Su voz es suave y más tranquila que hace unos segundos. Es la voz tierna que solo le he oído usar conmigo. Fuerzo mis ojos hacia los suyos, esperando ver repugnancia, pero en ellos solo hay amor y tristeza.

—Esto no es culpa tuya. —Su pulgar roza mi mejilla, enjugando las lágrimas—. ¿Me entiendes?

—Pero lo es. Debería haberme esforzado más.

Sacude suavemente la cabeza.

—No, cariño. Si lo hubieras hecho, la habría matado, y probablemente te habría obligado a hacerlo.

Me estremezco ante esa imagen y, cuando él la percibe, me suelta el tiempo suficiente para rodearme y estrecharme en sus brazos. Me envuelve con el calor de su cuerpo acariciándome el cabello y besándome la coronilla.

—Vamos a recuperar a Alina gracias a ti. Si no la hubieras dibujado, quién sabe cuánto habríamos tardado en darnos cuenta que es su mascota. Al final la habríamos encontrado, pero se ha acelerado gracias a ti.

Suspira y vuelve a besarme.

—La ha roto, pero sigue viva, eso es lo más importante. Podremos conseguirle la ayuda que necesita cuando la recuperemos. Matvey pasará el resto de su vida asegurándose de protegerla y cuidarla. Solo tenemos que llevarla a casa.

Sigue abrazándome durante varios minutos más, perdido en su propia miseria, imaginando todas las cosas horribles que, desgraciadamente, sé a ciencia cierta que le han hecho a la hermana de Roman. Incluso en su propio dolor, sigue acariciándome el cabello y besándome la cabeza, recordándome una y otra vez que estoy segura con él y que siempre se asegurará de mantenerme así.

—Lo siento mucho —susurro contra su pecho.

—No tienes nada de lo que disculparte, cariño.

—Tus hermanos me van a odiar. —Aprieto los brazos alrededor de su cintura cuando mi cuerpo empieza a temblar—. Matvey nunca me perdonará, ¿y cómo me enfrentaré a Alina?

—Mis hermanos nunca podrían odiarte, y Matvey solo se enfadaría si hicieras algo que pusiera en peligro la vida de Alina, y no lo hiciste, *ptichka*. Hiciste todo lo que sabías hacer para mantenerla a salvo. Nadie te culpa de esto, y en cuanto a Alina, supongo que ella sabe mejor que nadie lo monstruoso que puede llegar a ser tu hermano. Ella entenderá por qué no dijiste nada, cariño.

Asiento contra su pecho sin dejar de abrazarme. Espera a estar seguro de encontrarme bien antes de soltar un profundo suspiro y decir:

—Tengo que contárselo a mis hermanos.

—¿Cómo crees que se tomará Matvey la noticia?

Coge el teléfono de la mesilla y niega con la cabeza.

—Ni de coña se lo voy a decir ahora mismo. Primero se lo diré a los demás.

Le veo enviar unos cuantos mensajes antes de tirar el móvil a la cama y ponerse unos vaqueros.

—Toma, cielo, ponte esto. —Me da el pantalón del pijama y se acerca a abrocharme la camisa blanca, seguramente estropeada, que todavía llevo puesta.

—Siento mucho haberla estropeado.

Me dedica una suave sonrisa y arrastra el dorso de sus nudillos por mi mejilla.

—Cariño, puedes estropear todas las malditas camisas que tengo. Me importa una mierda todo lo que no seas tú.

Cuando se convence que ya estoy lo suficientemente tapada, me besa en la frente justo cuando llaman suavemente a la puerta. Sin soltarme de la mano, me acompaña al otro lado de la habitación. En cuanto se abre la puerta, entran Lev y Danil. Lev mirando a su alrededor, su mirada preocupada hace evidente que se espera algo malo. Cuando todo parece estar en su sitio, nos mira a Vitaly y a mí. Evidentemente confuso, se pasa una mano por la boca, dándose un suave tirón del aro labial antes de cruzar los brazos sobre el pecho.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta finalmente.

Danil me dedica una sonrisa y cierra la puerta mientras Vitaly les hace un gesto para que se acerquen. Observa a Vitaly, con cara de preocupación, y se sienta en una de las sillas a esperar a ver qué demonios pasa.

—En serio —dice Lev, demasiado inquieto para sentarse—. ¿Qué coño está pasando? ¿Por qué no están Roman y Matvey? —Se pasa una mano frustrada por el cabello antes de posar sus ojos celestes en los míos. Sea lo que sea lo que ve, su rostro palidece. Sacude la cabeza y empieza a

caminar. Señalando con un dedo a Vitaly mientras sus pies siguen moviéndose.

—Ni se te ocurra decirlo.

El dolor en su voz me hace negar rápidamente con la cabeza.

—No, no es lo que piensas. Bueno, en realidad no.

Vitaly me aprieta la mano en plan

—No pasa nada, cariño —recordándome una vez más lo agradecida que estoy por tenerlo, por tener a alguien con quien puedo contar, alguien que siempre me apoyará y me cubrirá las espaldas. Le devuelvo el apretón antes de agacharse y coger mi cuaderno de dibujo.

—Está viva —les dice.

Danil se levanta de un salto, tanto él como Lev hacen preguntas a la vez, hasta que Vitaly levanta una mano.

—No puedo responder a todo a la vez, joder. Esperad y os lo cuento.

Cuando Lev y Danil se callan, Vitaly suspira y les tiende el bloc de dibujo.

—Puede que no queráis ver esto, pero Alina es la mascota de Konstantin. Katya no tenía ni idea que fuera Alina. Nadie la llama nunca por su nombre.

Danil coge el bloc y empieza a hojearlo. Ambos palidecen ante las imágenes que cubren cada una de las páginas.

—Maldita sea —gime Lev, apartando la mirada cuando llega a la imagen en la que Alina está desnuda y encadenada bajo la mesa, con un plato de comida fuera de su alcance.

Danil levanta los ojos hacia los míos.

—¿Por qué has dibujado esto?

—Tengo muchas pesadillas, y dibujar las cosas que veo me ayuda a sacármelas de la cabeza.

Asiente con la cabeza, como si comprendiera la necesidad de despejar mi mente de cosas desagradables, y me devuelve el bloc de dibujo. Cuando lo cojo, mantiene las manos sobre él durante un segundo, esperando hasta que vuelvo a mirarle a los ojos.

—No dejes que Matvey vea esto hasta después que la hayamos recuperado. Le volverá loco.

—No lo haré. —Cojo el bloc de dibujo cuando lo suelta y lo vuelvo a enterrar en el fondo de mi mochila en el armario.

—No lo entiendo —dice Lev—. ¿Ha sido su mascota todo el tiempo?

—Sí —le digo, volviendo a ponerme junto a Vitaly.

—¿Dónde está ahora? —Lev mira de mí a Vitaly. Empuña una mano y luego la suelta, recordándome que es un peligroso luchador y que probablemente esté a segundos de perder la cabeza. Vitaly me rodea el hombro con un brazo, tirando de mí contra él, recordándome que estoy segura y haciendo que todos mis miedos se desvanezcan al instante.

—Está aquí —dice Vitaly—, en su mansión.

Lev sacude la cabeza, cabreado y negándose a creer lo que acaba de oír.

—¿Estaba allí cuando estuvimos cenando? —pregunta Danil.

—Sí —confirma Vitaly, y entonces se lo cuenta todo. Les explica lo que me ocurrió cuando era joven y por qué no puedo hacer nada para ayudar a las mujeres que veo, y cuando termina, sus hermanos tienen el mismo aspecto que él: asqueados, angustiados y llenos de una ira que amenaza con consumirlos. No tengo idea de lo que ha planeado Vitaly, pero sé que, si no tiene cuidado, esto va a estallar y acabará completamente fuera de todo control.

Hate

CAPÍTULO 12

Vitaly

Parece como si Lev y Danil estuvieran a punto de salir corriendo del ático e ir directamente a casa de Konstantin y matar a todos los Lebedev de mierda que puedan, y esta reacción no es nada comparada con lo que Roman y Matvey van a querer hacer. Si no consigo que estos dos se calmen, entonces no tengo ninguna posibilidad frente a los otros dos.

—Ahora mismo no podemos hacer nada —les recuerdo.

—Se me ocurren un montón de cosas que podemos hacer jodidamente ahora —murmura Lev, empezando a caminar de nuevo.

—Sí, muchas cosas que acabarán poniendo a Alina en peligro. —Miro a Danil en busca de ayuda.

Suspira y mira a Lev.

—Tiene razón. Necesitamos un maldito plan.

Sonrío, porque sabía que la necesidad de planificación y orden de Danil acabaría ganando, o al menos esperaba como el demonio que así fuera.

—Sí, sí —gruñe Lev. Todo necesita un puto plan.

Danil se encoge de hombros.

—Es cierto.

—No tenías un puto plan cuando saltaste del todoterreno y te enfrentaste a Dominic la noche que nos siguió —le recuerda Lev.

—Sí, y eso podría haber ido fácilmente por un camino muy distinto, y lo sabes. —dice Danil—. Nunca habría elegido manejar las cosas así si hubiera podido elegir.

Lev frunce el ceño, pero cede con un suspiro.

—Joder, lo sé, hermano. —Mira entre Danil y yo—. Matvey se va a volver loco cuando se entere, y Roman no va a estar mucho mejor.

—Lo sé. Por eso os lo he dicho a solas. Voy a necesitar vuestra ayuda porque creo que vamos a ser necesarios los tres para evitar que salgan corriendo de aquí y vayan directos a por Konstantin y Osip.

—Aún no estoy convencido que los tres seamos capaces de detenerlos —dice Lev.

Danil vuelve a sentarse.

—Quizá una mujer embarazada ayude, al menos con Roman. Él nunca haría nada que la pusiera en peligro.

—Es verdad —digo, cogiendo ya mi teléfono. Tenemos un gran chat de grupo con todos nosotros en él, pero este tiene que ser privado. Encuentro el número de Emily y tecleo rápidamente

¿Crees que puedes contonearte hasta nuestra habitación sin que nadie se dé cuenta? Es importante. No se lo digas a Roman.

Su respuesta es inmediata y exactamente la que esperaba.

¡No me contoneo, joder! Sip, está en la ducha. Voy para allá. Dame unos minutos. No porque ande como un pato, listillo, sino porque necesito tomarme con calma las escaleras.

Termina con el emoji de una sonrisa porque mi cuñada nunca puede estar enfadada conmigo. Le envío el emoji de la mujer embarazada, y luego, como no puedo evitarlo, añado también el emoji del pato, porque ahora la mujer se jodidamente se contonea.

—Eres terrible —me dice Katya, mirando por encima del hombro los emojis que le he enviado.

Me inclino y beso su mejilla antes de susurrarle cerca de la oreja: —Vas a estar jodidamente adorable cuando te pongas a contonearte, tesoro.

Le beso la oreja, me retiro y sonrío al ver el rubor extenderse por sus mejillas. Sí, mi niña va a estar monísima cuando esté embarazada. Cuando me vuelvo a levantar, mis dos hermanos me miran. Danil se resiste a sonreír, mientras que Lev no intenta ocultar la suya. Su ceja perforada está levantada, lo que aumenta la expresión de suficiencia de su rostro. Cada parte de él grita *te lo dije*, pero en lugar de irritarme, me hace reír.

Todos sabemos lo que está en juego con Alina, y el peso de lo que está sufriendo pesa sobre todos nosotros, así que las sonrisas y las carcajadas no son porque no nos importe. Es porque realmente nos importa. Nos importa tanto que, si no tuviéramos estos momentos de felicidad, nos volveríamos locos. Los dos últimos años nos han enseñado a aprovechar cada segundo de felicidad que podamos encontrar, porque esa mierda es efímera. Todo puede desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, y ninguno de nosotros volverá a cometer el error de dar por sentado a alguien a quien amamos.

El suave golpe en la puerta desvía mi atención de la cara sonrojada de Katya y de las sonrisas de suficiencia de mis hermanos.

—Adelante —digo lo bastante alto para que Emily me oiga.

Entra con una mano en la parte baja de la espalda y un contoneo de embarazada muy marcado que tengo la amabilidad de no señalar. Pero enarco una ceja y me rio, lo que me granjea un ceño que ni siquiera parece enfadado y un suave movimiento de cabeza.

—Deja de burlarte de mí. —Le sonríe a Katya—. Tu marido es un imbécil.

—No me digas —le dice, ganándose una palmada en el culo y un beso en la punta de su bonita nariz.

Emily toma el asiento que le ofrece Danil, hundiéndose en él con un suspiro de agradecimiento.

—Vale, ¿y a qué viene toda esta mierda de capa y espada?

Miro a Lev y a Danil.

—¿Qué coño significa eso? —Ambos se encogen de hombros, así que cambio al inglés y pregunto a Emily—. ¿Qué coño significa eso? Tus frases en inglés a veces no tienen sentido para mí.

Emily sonríe y se echa hacia atrás en la silla, poniéndose cómoda, o todo lo cómoda que puede con una gran barriga de embarazada.

—Cosas de espías, secretos, espionaje sigiloso y furtivo. También deberías darte prisa, porque en cuanto Roman salga de la ducha y se dé cuenta que no estoy en el dormitorio, vendrá a buscarme.

Ella tiene razón, por supuesto. Tan pronto como no la encuentre, va a registrar el lugar de arriba abajo.

Alargo una mano y hago un gesto hacia su vientre.

—Si te digo algo impactante, no te pondrás de parto, ¿verdad? Porque Roman me matará si lo haces antes de tiempo por mi culpa.

Emily se palpa la barriga y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Prometo no ponerme de parto prematuro. Ahora, dime qué diablos está pasando.

—Tu bebé va a tener una boca sucia —le advierto.

—Oh, por favor. Este pequeñajo va a maldecir como un marinero a los cinco años si sus tíos locos tienen algo que decir al respecto.

—Nunca lo haríamos. Tan pronto empiecen a venir los bebés, no va a haber más que *dispara* y *maldita sea*. —Miro a Lev y Danil en busca de confirmación.

—Probablemente me quedaré con *mierda santa* —dice Lev.

—Tengo debilidad por *tonto del culo* —dice Danil.

—Apuesto a que sí —digo, sin poder evitarlo.

Emily me señala con el dedo con una gran sonrisa en la cara.

—Deja de intentar hacerme reír. En serio, ¿qué pasa?

Esta vez no cojo el bloc de dibujo, porque de ninguna manera voy a enseñarle a Emily esos dibujos. Puede que ella diga que no se va a poner de parto prematuro, pero no voy a correr ese riesgo. Lo que voy a decirle ya es bastante malo.

—De acuerdo —empiezo, apretando más a Katya contra mí porque su presencia es tranquilizadora y no me asusta abrazarla—, hace poco hemos sabido algo de Alina y necesitamos tu ayuda para evitar que Roman cometa una locura.

—¿Y que hay de Matvey? —pregunta rápidamente. Puedo oír la preocupación en su tono. Se preocupa por él como por un hermano, se preocupa por todos nosotros de esa manera, así que no me sorprende lo más mínimo que se preocupe por él al instante.

—Nos ocuparemos de Matvey —le dice Lev—, y Roman no hará ninguna locura mientras estés aquí cuando se lo digamos.

—¿Decirle qué exactamente?

Estoy a punto de empezar a explicárselo todo cuando Katya me sorprende hablando primero.

—Nunca he visto a Alina, así que no tenía la menor idea de su aspecto, pero acabamos de descubrir que es la mascota de Konstantin. Está viva —añade rápidamente—, pero no voy a mentirte y decir que la tratan bien.

Emily se agarra el vientre con más fuerza y su rostro palidece más de lo que me gustaría.

—¿Emily? —pregunto, adelantándome por si tengo que llevarla corriendo al hospital—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me da un suave apretón en la mano—. No te preocupes. Aún no voy a tener este bebé.

—Gracias, joder —le digo, haciéndola sonreír.

—Me alegra mucho que esté viva. Me siento fatal por ella. No puedo imaginar por lo que está pasando. —Nos mira—. ¿Así que ahora está aquí? ¿Está en su mansión?

—Sí —le digo.

—¿Y quieres que me asegure que Roman no salga corriendo de aquí e intente rescatarla sin un plan?

—Si —le vuelvo a decir.

—Asumo que todos vais a trazar un plan y matar a esos cabrones, ¿no? —Mira a Katya—. Lo siento. Sé que son tus hermanos.

—No lo sientas. Yo misma apretaría el gatillo si Vitaly me dejara.

Sonrío a mi mujer, besando la punta de su nariz.

—Ni de coña, cariño, pero me encanta que quieras hacerlo.

—Mi padre es un auténtico capullo —dice Emily—, así que comprendo perfectamente tu deseo de disparar a un familiar. —Pone los ojos en blanco y añade—. Roman tampoco me dejará apretar el gatillo.

Recorro con la mirada su cuerpo embarazado.

—Ya, no me imagino por qué.

—Pues yo no estoy embarazada y tú no me dejas disparar a nadie —dice Katya.

Le guiño un ojo y le doy un ligero golpecito en el culo del que nunca me saciaré.

—Sigue diciéndote eso, *ptichka*.

Me sonríe y me derrito por mi mujer. Dios, nunca sabré cómo demonios pasé de asesino despiadado de la Bratva a un hombre enamorado y pillado tan jodidamente rápido.

—¡Emily!

Todos miramos hacia la puerta al oír la voz preocupada de Roman. Emily le llama inmediatamente para hacerle saber que está bien.

—Allá vamos —murmura Danil—. ¿Quieres que vaya a buscar a Matvey para que no tengamos que hacer esto dos veces?

—Sí, una vez ya será bastante malo —digo.

Lev asiente, va a buscar a su mujer mientras Danil va en busca de Matvey y Simona. Será mejor que vengan todos para esto.

—¿Qué está pasando? —Los ojos de Roman recorren inmediatamente a su mujer, buscando cualquier signo de angustia.

—Estoy bien, cariño —le dice ella, tendiéndole primero una mano y poniéndose seguidamente en pie, a fin de poder sentarse en su regazo. Cuando me dedica una rápida sonrisa, sé que también lo ha hecho para intentar asegurar su culo en su sitio. No saltará si ella está en su regazo. Nunca haría nada que pudiera herir a su mujer o a su hijo. Ella rodea sus hombros con un brazo, apoyándose en él cuando él besa su mejilla, posando una mano protectora en su barriguita.

Unos minutos después entran los demás. Lev y Danil mantienen a sus esposas cerca, Matvey examina la habitación y opta por quedarse a un lado, apoyado en la pared. Tiene la capucha bajada, los brazos cruzados sobre el pecho y ya parece receloso. Sus ojos oscuros se encuentran con los míos, y tengo que obligarme a sostenerle la mirada. Esto va a ser jodidamente mortal para él, y ojalá pudiera evitárselo, pero no puedo. Estamos juntos en esto hasta el final, y si eso significa que atravesamos juntos el infierno, que así sea.

—Dime —me dice, y el dolor en su voz gravosa deja claro que ya sabe que pasa algo. Como no hablo inmediatamente, añade—. Dímelo, joder.

—Está viva. —Escupo rápidamente las palabras, sabiendo que es lo que más teme, y cuando lo oye, sus hombros se hunden aliviados, pero el dolor no abandona sus ojos—. Está viva —repito ya que me consta que es a lo que necesita aferrarse en estos momentos—. Y sabemos dónde está.

Se aparta de la pared y se acerca un paso.

—¿Qué? —Nos mira a todos—. ¿Dónde cojones está?

—Matvey —dice Lev, intentando calmarlo—. Vamos a por ella, hermano, pero no podemos hacerlo sin un plan.

Matvey vuelve sus ojos hacia los míos.

—¿Dónde coño está?

—Te lo diré, pero antes necesito saber que no vas a salir corriendo a hacer ninguna estupidez. No podemos joder esto. Sé que lo sabes, pero ahora mismo no piensas con claridad. —Hace caso omiso de todo lo que acabo de decir y me sacude la cabeza.

—¿Dónde cojones está, Vitaly?

No puedo ignorar el crudo dolor de su voz. No puedo hacerle eso, joder.

—Es la mascota de Konstantin.

Se estremece como si acabara de darle un puñetazo.

—¿Qué? —Mira de mí a Katya—. ¿Está con tu hermano? ¿Por qué no has dicho nada?

—Ella no lo sabía —le digo—. No conocía su aspecto, no tenía ni idea de cómo era Alina.

—Entonces, ¿cómo lo averiguaste?

No quiero responder a su pregunta, pero sé que no va a dejarlo estar hasta que lo oiga todo, así que le hablo de las pesadillas de Katya y de sus dibujos y de cómo me desperté y los vi.

—Quiero verlos. —Sus ojos recorren la habitación en busca del bloc de dibujo antes de volver a encontrarse con los míos—. Déjame verlos, joder.

—No puedo hacerlo, hermano.

—Vitaly, déjame verlos, joder. —Se pasa una mano por el cabello y sacude la cabeza con rabia y frustración—. Tengo que saber por lo que está pasando. ¡Déjame verlos, joder!

—Te prometo que te los enseñaré cuando la recuperemos. —Me obligo a mirarlo a los ojos de nuevo—. Lo lamento, joder.

Se pasea por la habitación, la rabia que desprende es tan palpable que todos la sentimos. Miro a Roman. Ha permanecido en silencio durante todo esto, pero sus ojos están tan atormentados como los de Matvey en este momento. Emily lo abraza, susurrándole al oído, y juro que su voz es lo único que lo mantiene cuerdo en estos momentos.

Cuando levanta la vista hacia mí, pregunta:

—Está en su mansión, ¿verdad? ¿Ha estado allí todo este puto tiempo? ¿El cabrón nos invitó a cenar mientras mi hermana estaba encerrada en una de sus malditas habitaciones?

—Sí —responde Katya antes de hacerlo—, aunque no tiene la menor idea que es tu hermana.

—¿Cómo lo sabes? —Roman mira alrededor de la habitación—. ¿Y si lo sabe y nos está tomando el pelo?

—No me extrañaría —dice Danil—. Ya ha unido a nuestras familias, y ahora trabajamos juntos. Una vez que todo esté preparado, podría utilizar a Alina para arruinarnos y apoderarse de todo el maldito asunto.

—No lo sabe —vuelve a decir Katya—. Conozco a mis hermanos. No hay forma en el infierno que puedan abstenerse de presumir de algo así. No me involucran en sus negocios, pero hacen pequeños comentarios delante de mí sobre gente a la que planean joder o matar. Son despiadados e inteligentes, pero también presumen de sí mismos y nunca pierden la oportunidad de intentar aparentar ser más inteligentes o más duros que los demás.

—Tenemos que hablar con Dominic y averiguar cómo vamos a hacerlo —dice Danil, intentando que volvamos al modo planificador—. Aún estoy esperando a que Konstantin organice una reunión entre Casimir y yo, y una vez que tenga acceso a todo eso, debería poder entrar y desactivar su seguridad y averiguar quién compró a la hermana de Dominic.

—Y luego entramos, los matamos a todos y cogemos a Alina —dice Lev.

Matvey asiente, pero me doy cuenta que sigue luchando contra el impulso de ir a por ella en este puto momento. Todos le estamos vigilando, y cuando empieza a salir por la puerta, corro hacia él y le bloqueo la salida.

—Quítate de en medio —me dice, cada vez más cabreado.

—No puedo dejar que hagas algo de lo que te arrepentirás. —Levanto las manos, porque lo último que quiero hacer es agarrarle y enfadarle aún más—. Nunca te perdonarás si sales corriendo y haces algo que acabe matando a Alina. Está viva, Matvey, y va a seguir estándolo.

—¿Cómo coño sabes eso? —grita—. Ni siquiera me dejas ver los dibujos que tu mujer hizo de ella, lo que me dice que son jodidamente malos, ¿y esperas que me crea que quizá no decida matarla?

—No lo hará —intenta decirle Katya.

—¿Cómo puedes saberlo? —Se vuelve hacia ella y, por muy enfadado que esté, no me preocupa lo más mínimo que vaya a hacer algo para herirla. Puede que Matvey esté enfurecido ahora mismo, pero es mi

hermano, y sé de lo que es capaz y de lo que no, y pegar a mi mujer no es algo que él haría jamás.

Katya vacila, me doy cuenta que no quiere decirle lo que está a punto de decir, pero cuando me mira, le hago un gesto con la cabeza, haciéndole saber que está bien. Vuelve a mirar a Matvey y le dice:

—Porque la ha quebrado. No se defenderá y eso le complace lo suficiente como para mantenerla con vida. Además, tiene todo un equipo de mujeres nuevas a las que está atormentando. Eso le mantendrá ocupado y, con suerte, alejado de ella durante unos días.

El gemido de dolor que emite Matvey al oír lo destrozada que está Alina hace que duela mi maldito pecho. Cuando vuelve sus ojos oscuros hacia los míos, están vidriosos y esta vez, cuando intenta pasar de largo, se lo permito. Observo cómo se dirige al gimnasio y, unos segundos después, oigo el sonido de los puños golpeando el saco de boxeo.

—Tomaré el primer asalto —dice Lev, besando a Jolene antes de dirigirse al gimnasio. Todos nos turnaremos para vigilarlo hasta que llegue el momento de ir a buscarla.

—¿Estás bien? —le pregunto a Roman. Sigue sentado con Emily en su regazo, con cara de estar intentando asimilar todo esto.

—En realidad no, pero lo estaré cuando la recuperemos y los matemos. —Mira hacia mí—. ¿Qué tan malo es el cuaderno de dibujo?

—Malo —digo.

—Me gustaría verlo.

Antes de poder decirle que no, acaricia el estómago de Emily y le dedica una pequeña sonrisa.

—Sabes que nunca haría nada que pudiera preocupar a mi mujer. No voy a salir corriendo e intentar acabar con ellos yo solo, pero necesito ver lo que le han hecho. Todos necesitamos verlo para comprender mejor cómo ayudarla a curarse de toda esta mierda. No quiero hacer algo una vez que la tengamos de vuelta que pueda provocarla de alguna manera. Nunca me lo perdonaría, joder, y seguro que no voy a exigirle que hable conmigo de ello. —Suspira, pasando una mano por la mandíbula—. No quiero hacer nada que empeore las cosas para ella.

Asiento con la cabeza y voy al vestidor en busca del bloc de dibujo. Se lo entrego sin decir palabra, me siento en la silla frente a él y atraigo a Katya hacia mi regazo, queriéndola y necesitándola cerca. Ella se abraza a mí deslizando el brazo por detrás de mi cuello, acariciando mi cabello con sus dedos. Todo en ella me reconforta, y de algún modo siempre sabe exactamente lo que necesito. Apoyo la mano en su muslo y le doy un suave apretón, haciéndole saber cuánto lo aprecio.

—Jesús —gruñe Roman, cerrando de golpe el libro y entregándomelo, sin querer volver a tocar la maldita cosa. Emily llora en silencio, pero intenta disimularlo a toda costa y Roman parece como si una parte de sí mismo acabara de morir, y supongo que probablemente así sea. Todos sabíamos que Alina estaba pasando por un infierno, ahora tenemos la prueba de ello, y creo que todos albergábamos secretamente la esperanza que quizá la estuvieran tratando bien, que quizá el cabrón que la compró no era exactamente el monstruo que imaginábamos, no obstante, ahora ya no existe tal esperanza. No podemos fingir que no acabamos de ver la realidad por la que está atravesando, que en muchos aspectos es peor de lo que imaginábamos.

Roman consuela a Emily cuando Katya salta para volver a esconder el cuaderno. Ninguno quiere arriesgarse a que Matvey lo vea. Podrá verlo cuando Alina esté delante de él, viva y a salvo. Dárselo ahora sería una crueldad. En cuanto Katya regresa, vuelvo a subirla a mi regazo.

—¿No pudiste hacer nada por ella? —pregunta Roman a Katya. Su tono no es acusador. Solo intenta comprender lo que está pasando, como el resto de nosotros.

Aprieto más a mi mujer y miro a Roman a los ojos.

—Katya hizo todo lo que pudo por Alina. La única forma de mantenerla a salvo era ignorarla. —Le explico brevemente lo que ocurrió cuando Katya tenía doce años, lo que hace que Roman se ponga aún más pálido y Emily empiece a llorar de nuevo.

—Es un puto monstruo —murmura Jolene desde donde está sentada en el extremo de la cama.

—Ambos lo son —asiente Katya.

—Gracias por hacer todo lo posible para no empeorar las cosas para mi hermana —dice Roman—. Sé que no ha podido ser fácil para ti.

—No te preocupes por mí —se apresura a decir Katya—. No he tenido que soportar nada parecido a lo que ha soportado Alina.

—Sigues siendo víctima de tus sádicos hermanos —dice, repitiendo lo que ya le he estado diciendo—. Puede que no sea lo mismo, pero no por ello dejas de ser una víctima, y ninguno de nosotros te culpa por ello.

Katya asiente, y me doy cuenta que intenta no llorar. Tiro de ella más cerca y le doy un beso.

—Ahora formas parte de esta familia, *ptichka.* Eres una de los nuestros, cariño.

Me dedica una vacilante sonrisa y apoya la frente en la mía. La abrazo mientras los demás acaban por levantarse y marcharse. Todo está a punto de cambiar. Cuando estemos con Dominic y Danil tenga la información que necesita, nos enfrentaremos a una de las Bratvas más poderosas del mundo. No hay garantías que salgamos todos vivos de esta. La idea de morir nunca me había preocupado. No pensaba mucho en ello. Obviamente, nunca lo deseé, pero también supuse que estaría aquí un minuto y me iría al siguiente y ¿a quién coño le importaría realmente aparte de a mis hermanos? Con las pequeñas respiraciones de Katya golpeando mis labios, soy plenamente consciente que todo ha cambiado.

Si me ocurre algo, ella se quedará sola, posiblemente embarazada de nuestro bebé. La realidad me golpea con fuerza, y sé que nunca tendré paz hasta que resuelva todo esto. Acaricio su rostro y la beso, tomándome mi tiempo y saboreando su boca y su contacto. Dios, podría pasarme el resto de mi vida besando a esta mujer y no cansarme nunca. Cuando me aparto, sonrío al ver cómo me mira.

—Después te daré todo lo que necesites, cariño. Te lo prometo. Pero tengo que hablar con Danil de una cosa.

—Está bien. —Bosteza, recordándome que anoche no durmió lo suficiente porque la agoté y tuvo una pesadilla.

La levanto y la llevo a la cama.

—Intenta echarte una siesta. Volveré dentro de un rato para ver cómo estás.

—¿Seguro que no me necesitas?

Sonrío y le beso la frente.

—Siempre te necesito, *ptichka*, pero estaré bien un ratito, y tú necesitas descansar.

Sus ojos se cierran antes de haber salido de la habitación. Al pasar por delante del gimnasio, veo que Matvey sigue dándole al saco mientras Lev me hace un gesto con la cabeza desde donde está sentado en un rincón, vigilando a nuestro hermano y asegurándose que esté bien y no intente escapar del ático.

Bajo las escaleras y llamo a la puerta de Danil y Simona. Como nadie contesta, pruebo en la puerta de al lado, la que da a la habitación insonorizada que Danil mandó hacer para que su mujer pudiera tocar el piano sin sentirse avergonzada. Todos sabemos que esa no es la única razón por la que la mandó hacer, y no puedo evitar envidiar su agradable espacio privado. Estoy pensando en lo engorroso que sería insonorizar nuestro dormitorio cuando Danil abre la puerta.

—¿Interrumpo algo travieso? —pregunto, intentando pasar de él—. ¿Tu mujer va a recibir otra azotaina? —Levanto la voz y añado—. ¿Te has vuelto a portar mal, Simona?

Danil se ríe y se aparta, mostrándome la habitación vacía.

—Está arriba con Emily.

—Es lo mejor, supongo. No es como si pudieras azotar a tu mujer embarazada.

—Al menos, no fuerte.

Me rio por el tono triste de su voz y me acerco al escritorio que ha colocado en un rincón para él solo.

—Necesito que me ayudes con algo.

Se sienta en la silla y me mira.

—¿Qué?

—Bueno, se me ha ocurrido que las cosas pueden ir muy mal en casa de Konstantin, y prefiero no preocuparme por si Katya estará o no cubierta, así que quiero asegurarme que su nombre figure en todas mis cuentas bancarias y que lo recibirá todo si me pasa algo.

Danil ya está tecleando cuando termino. Sus dedos vuelan sobre el teclado, haciendo quién coño sabe qué. Hace tiempo que dejé de intentar comprender su genial mente de informático. Me desconcertaba cuando

tenía quince años y empezó a piratearnos y a meternos dinero, y sigo igual de desconcertado a los veintisiete.

Hecho —dice, sin dejar de teclear—, y he añadido un testamento que dice que Katya es la única beneficiaria solo para mayor protección. —Sus dedos permanecen quietos mientras levanta la vista hacia mí—. Sabes que siempre cuidaríamos de ella, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Simplemente me siento mejor teniendo esto en orden.

—Sí, lo entiendo. También voy a abrirle una cuenta de ahorros personal y a depositar en ella un millón. Estará cubierta, de modo que deja de preocuparte. —Me mira cuando ha terminado de hacerlo todo—. Tu culo va a estar bien, así que basta de morbo. Iremos a por Alina y saldremos de allí todos juntos.

Sonrío y le doy una palmada en el hombro.

—Mi culo siempre está bien, hermano.

—Es bueno ver que el matrimonio te ha hecho más humilde.

Me rio y me dirijo a la puerta.

—En todo caso me ha hecho aún más engreído de mí mismo —admito—. Katya no puede apartar sus putas manos de mí. Se me está subiendo a la cabeza, hermano.

—Ya, apuesto a que sí —murmura, haciéndome reír aún más al abandonar la habitación.

De vuelta arriba, Roman me grita para decirme que Dominic vendrá mañana a reunirse con nosotros. Es la primera vez que le invitamos a nuestra casa, pero ya no nos da miedo dejarle entrar. Nuestra relación con el heredero de la familia Alessi no es algo que viéramos venir, pero a todos nos ha caído bien ese cabrón engreído y hemos desarrollado una confianza mutua. A su padre no le hace mucha gracia, pero Dominic ya está prácticamente al mando de la familia, aunque no sea oficial.

Mientras Katya duerme la siesta, le hago saber a Lev que puedo vigilar a Matvey esta noche. No sé qué tipo de acuerdo extraño tienen Lev y Jolene para dormir, pero sé que requiere que ambos estén juntos. Le he molestado lo suficiente para saber que tiene algo que ver con que alguna parte de él esté dentro de alguna parte de ella. La conjetura obvia es su polla, pero no sé cómo coño puede dormirse así. Yo prefiero un colchón

blando y una almohada de plumón. Por lo visto, Jolene prefiere que le metan dentro una polla gigante perforada. A cada uno lo suyo, supongo. Sin embargo, veo el atractivo desde el punto de vista de Lev, y la idea de quedarme dormido enterrado dentro de Katya es algo que voy a tener que probar en breve.

Pasamos el resto del día en el ático. Hago unas cuantas llamadas al Pink para asegurarme que todo funciona como debe, me follo a mi mujer hasta que ambos nos quedamos sin aliento y completamente agotados, y luego cenamos con todos los demás. Cuando se hace tarde, le doy un beso de buenas noches a Katya y me dirijo con Matvey a la sala de juegos. Sabe que estamos pendientes de él, y sé que lo odia, pero lo acepta y no discute. En lugar de eso, coge dos tacos de billar y me da uno sin mediar palabra. El hombre es un puto maestro del billar, así que no tengo ninguna esperanza de ganarle, pero no me importa. Jugamos así en silencio, y él me patea el culo una y otra vez.

—Podría pensar que con todas las partidas que hemos jugado a lo largo de los años empezarías a ser algo bueno en esto —me dice finalmente.

—Sí, se podría pensar —convengo—. Creo que es el palo fino. Estoy acostumbrado a tener algo mucho más grande entre mis manos.

No se ríe, pero la comisura de sus labios se curva ligeramente.

—Ya, seguro que ese es el problema.

—Es la única explicación lógica. Yo destaco por naturaleza en casi todo. Si usáramos palos más anchos, sería un puto maestro en esto.

—Bueno, al menos las bolas son del tamaño adecuado —replica, haciéndome reír.

—En eso tienes razón, hermano.

Termina de patearme el culo antes de cambiarnos al sofá. Jugamos a unos cuantos videojuegos antes de decantarnos finalmente por alguna película de acción con suficientes explosiones y disparos como para mantenerme despierto. No tardo en oír los suaves ronquidos de Matvey. Se ha subido la capucha y se ha tumbado al final del sofá, utilizando uno de los cojines como almohada. No le quito ojo, sintiendo que mi vejiga se agranda a cada minuto que pasa. Sigo buscando señales que indiquen que está despierto, pero son los mismos ronquidos uniformes y una

respiración pesada y lenta. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, ya no puedo aguantar más. Con cuidado de no despertarlo, salgo a hurtadillas de la habitación y corro por el pasillo hasta el baño.

—Maldita sea —murmuro, suspirando de puro alivio cuando finalmente puedo mear. Siento que puedo volver a respirar, entro en la sala de juegos y me quedo sin aire. El sofá está vacío y Matvey no aparece por ninguna parte.

—¡Mierda! —grito, salgo corriendo hacia la puerta y llamo a Danil. Su habitación está unas puertas más abajo y, cuando me oye, sale corriendo.

—¿Qué? —pregunta, mirando a su alrededor para ver por qué demonios grito.

—Matvey se ha ido. Joder, tenía que mear.

Entra de nuevo a por su portátil y vuelve a salir rápidamente. Acercamos las cámaras de seguridad y vemos la pantalla en la que aparece Matvey bajando en el ascensor antes de correr hacia su Camaro y marcharse.

—Joder —grito, subiendo corriendo las escaleras para ir a buscar a Roman y Lev. Llamo a sus puertas tan silenciosamente como puedo, sin querer despertar a sus mujeres si no es necesario, y cuando ambos salen, les cuento lo ocurrido.

—¿Cómo demonios ha ocurrido? —pregunta Lev al tiempo que se pone una camiseta y unos vaqueros antes de entregarme una de sus armas. La cojo junto con el cargador extra que hay sobre la encimera.

—Sucedió porque el cabrón se hizo el dormido durante cuarenta y cinco putos minutos —grito—. Incluso fingió roncar, todo el puto tiempo. ¿Quién cojones hace eso?

—Matvey, por lo visto —dice Danil, poniéndose un par de zapatillas al tiempo que observa su ordenador—. Puedo rastrear su coche a través de las cámaras de CCTV. No nos lleva mucha ventaja. Acaba de girar por la Quinta.

Roman mira entre nosotros.

—Joder, ¿crees que va a la mansión?

—Aún no lo sé. —Danil mira su reloj—. Sergei y los demás llegarán dentro de dos minutos.

No me sorprende lo más mínimo que Danil ya haya hecho la llamada y determinado exactamente cuánto tardarán en llegar. Me debato entre correr a darle un beso de despedida a Katya, pero no hay tiempo. No quiero despertarla solo para que se incorpore preocupada, así que resisto el impulso y sigo a mis hermanos hasta el ascensor.

—No ha cogido la interestatal —nos dice Danil, poniéndonos al día—. Creo que se dirige al local donde se celebran las subastas.

—Espero que haya tenido el suficiente sentido común para llevar una puta máscara. Es imposible que no tengan instaladas cámaras de seguridad. También podría levantar la vista y sonreír a Konstantin mientras empieza a degollar a sus hombres —digo justo cuando se abren las puertas y salimos todos.

Un chirrido de neumáticos nos hace saber que los hombres han llegado, y en cuanto nos ven, hacen un rápido gesto con la cabeza y se apresuran hacia el ascensor para vigilar a nuestras esposas mientras estamos ausentes. Saber que Katya estará a salvo me permite concentrarme en Matvey. Nos amontonamos en el todoterreno. Lev conduce y Danil le dice adónde ir mientras Roman comprueba su arma y yo miro por la ventanilla, esperando ver un Camaro negro que haya dado la vuelta milagrosamente y esté de camino a casa. Danil revienta esa burbuja.

—Acaba de aparcar delante del edificio donde hacen las subastas. Joder, puedo desactivar las cámaras de vigilancia del edificio, pero si Konstantin tiene las suyas, me será imposible hackearlas. Maldita sea, Matvey —murmura mientras teclea más rápido de lo que nunca le he visto. Puede que Simona sea la pianista, pero Danil hace su propio tipo de música con ese maldito teclado—. He intentado poner algo que provoque una interferencia. Con suerte funcionará y las imágenes de las cámaras serán demasiado borrosas para que puedan ver algo si los Lebedev tienen cámaras instaladas. Es lo máximo que puedo hacer, joder.

—Ya casi hemos llegado —dice Lev, girando a la izquierda y luego rápidamente a la derecha antes de aparcar junto al Camaro negro, ahora vacío.

Nos bajamos y corremos hacia el edificio, buscando a Matvey por todas partes e intentando no llamar la atención. La puerta principal del edificio está abierta de golpe, y nada más entrar nos reciben los jadeos

húmedos y ásperos de alguien a quien acaban de degollar. Seguimos la banda sonora de la película de terror por el pasillo, colándonos en la única habitación con la puerta abierta con las armas desenfundadas, pero podríamos habernos ahorrado la molestia, porque Matvey ya ha atado a los cinco hombres y se abre paso lentamente entre ellos.

Sus ojos salvajes y oscuros se cruzan con los míos.

—Lo siento, hermano —me dice antes de clavar más profundamente la hoja de su cuchillo en el cuello que está rajando en ese momento.

—No puedo creer que hayas roncado tanto tiempo —le digo, mirando al siguiente pobre cabrón de la fila de Matvey—. Cuarenta y cinco putos minutos, haciéndolo. —El hombre no parece tan impresionado como yo, probablemente porque está demasiado ocupado cagándose de miedo.

—No fue inteligente venir aquí —dice Danil, mirando alrededor de la habitación en busca de cámaras evidentes.

Matvey apunta con un cuchillo ensangrentado al hombre que sigue desangrándose a sus pies.

—Karel tuvo la amabilidad de apagarlas por mí a cambio de una muerte fácil.

Le doy un golpecito con el pie y observo cómo la gran herida abierta en su garganta se abre aún más con el movimiento al derramarse sangre fresca.

—¿Ha sido fácil?

—Jodidamente fácil —dice Matvey, acercándose al siguiente hombre, que intenta desesperadamente gritar algo más allá de la mordaza que tiene en la boca—. Espera a ver lo que les hago al resto.

Miro a Lev, Danil y Roman.

—Ya que estamos aquí, más vale que le dejemos terminar.

Danil suspira y mira el desorden a su alrededor.

—¿Qué son unos cuantos cadáveres más que explicar? Ya estamos hechos un puto lío.

—Ese es el espíritu —le digo.

Lev se acerca y toma asiento, apartando otro para mí. Sonrío, sentándome.

—Bueno, joder —murmura Roman—. Guárdame uno, Matvey.

—Lo haré, hermano —dice, poniéndose ya a trabajar con el siguiente.

—Ojalá hubiera traído palomitas —le susurro a Lev—, pero eso no es algo que se pueda llevar fácilmente, ¿sabes?

—No lo es —asiente Lev, observando cómo Matvey empieza a abrir el pecho del hombre—. Es demasiado grande para caber en los bolsillos.

—Así es. —Estiro las piernas, cruzando los tobillos—. Y parecería estúpido llevar una bolsa de palomitas a todas partes.

—Sí. —Lev suelta una risotada—. ¿Pero desde cuándo te importa una mierda lo estúpido que pareces?

Me giro para mirarle.

—Nunca parezco estúpido.

—De acuerdo. —Se ríe aún más—. Tú sigue diciéndote eso. ¿Recuerdas la vez que te disfrazaste de espantapájaros en Halloween y te metiste heno en los pantalones? —Tarda un segundo en terminar porque se está riendo demasiado como para hablar—. Síp, no parecías nada estúpido con la paja asomándote por el culo.

—Fue mi primer Halloween americano —digo en mi propia defensa—, y además no tenía paja en el jodido culo. La metí por mi pantalón, algo que no recomiendo. Me arañó la maldita polla.

Lev se ríe al recordarlo mientras el hombre que tenemos delante grita alrededor de su mordaza. El sonido de sus costillas al crujir llena la habitación, y si no supiera lo gilipollas traficante sexual que es, sentiría lástima por él, porque Matvey está más que cabreado. Está totalmente furioso, y estos hombres se están llevando la peor parte. Hará falta matar mucho para que mi hermano se sienta mejor, pero estos cinco son un buen comienzo.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche —nos recuerda Danil—. Konstantin se va a dar cuenta que las cámaras están apagadas y enviará a alguien a revisar este lugar.

—Nop —dice Matvey, con el ceño fruncido y concentrado trabajando en arrancarle el corazón al hombre—. Envió un mensaje a uno de los hombres de Konstantin, haciéndole saber que había algunos problemas

con las cámaras, pero que no era nada por lo que preocuparse. Estaremos bien al menos unas horas.

—Debería haber traído algo para picar —le susurro a Lev.

—Madre mía —murmura, rebuscando en el bolsillo. Saca un paquete de tentempiés de fruta y me los lanza.

Los cojo con una gran sonrisa en la cara.

—¿Los llevas encima por si me entra hambre? Eso es tan jodidamente dulce.

Lev se ríe y niega con la cabeza.

—A Jolene a veces le entra hambre cuando salimos, así que he empezado a llevarlos. Son ecológicos y una buena fuente de vitamina C.

—Jodidamente increíbles —murmuro entre dientes con las que ya me he metido en la boca—. Cuidas tan bien de mí.

—Son para mi mujer.

Asiento con la cabeza y me meto unas cuantas más.

—Ajá.

Se da cuenta de mi sarcasmo y suelta una carcajada.

—No te hagas el gilipollas o no te daré más.

—¿Tienes más?

—Quizá si te portas bien.

Sonrío y me meto otro en la boca.

—Vas a ser un gran padre. Ya siento las ganas que tengo de hacerte sentir orgulloso.

—Solo quieres más comida.

—Se llama un dos por uno, Lev, ganamos todos.

Vemos cómo Matvey pasa al siguiente tipo.

—Me alegra ver que tu plan de anular rápidamente tu matrimonio está funcionando tan bien —me dice Lev.

Me rio y le doy un empujón en el hombro con el mío.

—Ya, ese tiro me ha salido por la culata. Admito que no me lo esperaba.

—Nunca lo haces —dice Lev—. Sé que Jolene me tumbó de culo.

—Emily, también —dice Roman desde el otro lado de la habitación.

—Lo mismo digo —dice Danil con una sonrisa.

—Y Alina también hizo lo mismo conmigo —dice Matvey, puntuando cada palabra con una puñalada en el pecho del siguiente.

—El amor te hará hacer locuras —digo riéndome, viendo cómo mi hermano destripa al tipo medio muerto que hay en el suelo delante de nosotros.

—Tíos, nuestras mujeres nos tienen tan jodidamente pillados. —Sonrío, metiéndome otro aperitivo de fruta en la boca.

Hate

CAPÍTULO 13

Katya

Cuando me despierto y encuentro la cama vacía, lo primero que hago es ir a buscar a Vitaly. Aún estamos en mitad de la noche, pero siento su ausencia lo bastante fuerte como para hacerme saber que no se ha levantado solo para ir al baño o a beber agua. El lugar se siente vacío sin él, exactamente como se sentía mi vida antes de conocerlo.

Me ato el cinturón de la bata y bajo las escaleras, sorprendida al ver a nuestros cuatro guardaespaldas asignados sentados en el mostrador tomando café. Sergei se fija primero en mí y me hace un gesto con la cabeza.

—¿Todo bien? —pregunta, haciendo que los otros tres hombres se giren y me miren fijamente.

—Sí, solo me preguntaba dónde está mi marido. —Me acerco y lleno una taza de café, porque no hay forma de volver pronto a la cama. Me apoyo en la encimera y miro a los cuatro hombres—. ¿Qué está pasando?

Sergei se encoge de hombros, Aleksandr se rasca la barba y Grigori se interesa mucho por algo en su teléfono. Feliks me dedica lo que se supone que es una sonrisa reconfortante.

—Tuvieron que salir a ocuparse de algo —dice finalmente Sergei—, pero volverán pronto.

A mi mente acuden inmediatamente imágenes de Matvey soltándose y yendo tras Alina mientras sus hermanos intentan detenerlo. Me estremezco al pensar en ellos cargando contra la mansión sin un plan preparado. Sé cuántos hombres tienen mis hermanos de guardia en un momento dado, y sé lo jodidamente armados que van. Esto no va a acabar bien.

Al ver mi cara, Feliks dice rápidamente—. No han ido a casa de tu hermano.

—Gracias, joder —gimoteo, relajándome de nuevo contra el mostrador—. Casi me provocas un infarto.

La cara de Feliks palidece.

—Por favor, no hagas eso, joder. Tu marido me matará si te pasa algo.

Le dirijo una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien. Nada de desmayos ni infartos, te lo prometo.

Suelta un suspiro aliviado justo antes que Sergei diga:

—Acaban de llegar.

Doy la vuelta a la isla de la cocina para poder ver la pantalla que están mirando los hombres. La imagen es en blanco y negro y no es la más nítida que he visto nunca, pero reconozco inmediatamente a mi marido en cuanto sale del todoterreno. Se está riendo y mira a Lev mientras todos se dirigen hacia los ascensores. Los vemos subir, y no es hasta que oigo el tintineo y veo abrirse las puertas cuando me doy cuenta de lo que han estado haciendo en realidad.

—Mierda —susurro, viendo a Matvey entrar en el vestíbulo. Está cubierto de sangre seca. Su sudadera está empapada de ella, al igual que sus manos y su cara—. ¿Estás herido?

Me dedica una rara sonrisa y niega con la cabeza.

—No tengo ni un rasguño.

Cuando pasa, miro a Roman, que no está tan ensangrentado como Matvey, pero sí bastante impregnado. Se limita a sonreír y a encogerse de hombros antes de darme una suave palmada en la cabeza y pasar junto a mí hacia la cocina. Lev me guiña un ojo amistosamente, y Danil se ríe y me da un suave golpecito en el hombro. Vitaly es el último en salir del ascensor, y en cuanto me ve, su preciosa cara se descompone en una enorme sonrisa.

—Cariño, ¿qué haces levantada?

Antes de poder contestar, me levanta y me zarandea. No puedo evitar reírme apretándole con más fuerza. Su entusiasmo es siempre contagioso, y es una de las cosas que más me gustan de él. Vitaly se entrega a fondo, haga lo que haga.

Cuando sus labios encuentran los míos, entrelazo los dedos en su cabello y le devuelvo el beso, haciéndole saber cuánto le he echado de menos. El beso es hambriento, pero ambos nos contenemos porque no estamos solos. Al retirarse, sonríe.

—Pronto, *ptichka* —susurra.

Asiento con la cabeza y me abrazo a él sin soltarme llevándome hasta la cocina. Me coloca en la isla, permaneciendo entre mis piernas y preguntando a Sergei y a los demás cómo ha ido todo. Hablan durante unos minutos antes de despedirse de los cuatro hombres. Me despido con la mano y les digo buenas noches a los hermanos de Vitaly. Cada uno se marcha a su habitación, dejándonos solos en la cocina.

—¿Vas a contarme qué demonios ha pasado esta noche y de quién es la sangre de la que estáis cubiertos?

—No estoy cubierto de sangre, tesoro. Esta noche me he portado bien.

Le paso los dedos por el cuello y la mejilla.

—Tienes salpicaduras de sangre —le digo—. Estuviste lo bastante cerca como para que te golpeara.

—Bueno, eso es porque Matvey se puso como una puta fiera. Lev y yo estábamos sentados mirando. Trajo tentempiés.

Me rio y me encuentro con sus preciosos ojos color whisky.

—Me casé con un bicho raro.

—¿Un bicho raro? —Se ríe, besando la punta de la nariz—. No soy yo quien llevó los tentempiés. Me los acabo de comer, así que si alguien es un bicho raro, es Lev por traer tentempiés de fruta a una matanza.

—¿Quién ha muerto esta noche?

Vitaly se encoge de hombros y empieza a besarme una línea en la mandíbula.

—Unos hombres de Lebedev que vigilaban el edificio donde se celebran las subastas.

—¿Eso te va a crear problemas con Konstantin?

Me chupa el lóbulo de la oreja, lo que me impide concentrarme.

—Ya se nos ocurrirá algo. Quizá le echemos la culpa a Dominic. —Se ríe ligeramente—. Eso le encantará.

Cuando sus dientes rozan la piel de mi cuello, inclino la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso al tiempo que mis manos bajan para poder agarrarle el firme trasero.

—Estamos en la cocina —le recuerdo antes de perder toda capacidad de pensar con claridad sobre esto. Su pulgar me roza el pezón, arrancando un suave gemido de mi dolorido cuerpo.

Cuando abro los ojos, veo la lista de normas en la nevera que tengo delante y sonrío.

—Has dicho que nunca traías mujeres aquí, ¿verdad?

—Nunca, cielo.

—¿Así que nunca has llegado a disfrutar de la norma que vetaste?

Su cuerpo se congela antes de echarse hacia atrás para mirarme. Si está intentando ocultar su excitación, fracasa estrepitosamente, y la visión de sus ojos iluminados me hace reír.

—Tomaré eso como un no.

Sonríe aún más.

—Definitivamente es un no, cariño.

Cuando le paso las manos por el pecho y empiezo a desabrocharle el botón de los vaqueros, ahueca mi rostro y recorriéndome con la mirada.

—No tienes por qué hacer esto. Lo sabes, ¿verdad?

—Quiero hacerlo, Vitaly, así que deja de discutir y déjame malditamente chupársela a mi marido.

—Diablos —gruñe, ya haciendo fuerza contra sus vaqueros—. Pareces tan condenadamente dulce, cielito, pero tienes la boca más sucia cuando te pones hecho una furia.

Giro la cabeza y le doy un suave mordisco en la punta del dedo.

—Está a punto de volverse mucho más sucia.

Gime y me mira chupando su dedo entre mis labios. Vitaly me ha metido la cabeza entre las piernas más veces de las que puedo contar, pero esta es la primera vez que le devuelvo el favor. No es que no quiera. Es solo que me intimida su tamaño y todas sus experiencias pasadas, pero estoy cansada que eso me impida hacer lo que quiero.

Deslizo lentamente su dedo fuera de mi boca, le bajo la cremallera de los vaqueros y meto la mano para rodearlo. El tacto de su dura longitud me produce un escalofrío. El mero hecho de tocarlo hace que mi cuerpo se encienda por dentro y por fuera, porque sé lo que esta cosa puede hacer y conozco el placer que conlleva.

Vitaly me pasa el pulgar por los labios.

—He pensado en follarme esta boquita tantas malditas veces.

—¿Lo has hecho?

—Sí. —Desliza el pulgar entre mis labios, forzándome a abrir la boca—. Y cada vez que abres la boca, pienso en follarte tan fuerte que lo único que puedas hacer es aguantar y ahogarte alrededor de mi polla.

—No me ahogaré —le digo, pero mis palabras quedan amortiguadas por la forma en que sigue sujetándome la boca.

Me dedica una sonrisa sexy.

—Puedes ser una listilla, *ptichka*, pero es una de las muchas cosas que me encantan de ti.

Sacando la mano de sus vaqueros, se la pongo en el pecho y lo empujo hacia atrás lo suficiente para que pueda bajar de un salto al tiempo que su pulgar se desliza entre mis labios.

—Bueno, vamos a darle un buen uso a esta boca de listilla —le digo, arrodillándome ante él.

Me sonríe y libera su polla. Mis ojos lo recorren, y cuando ve lo nerviosa que estoy, se inclina y me pasa los dedos por el cabello, empuñándolo suavemente.

—Relájate, cariño. —Cierra el puño, guiando su cabeza hacia mi boca. Arrastra su coronilla por mis labios, los cubre de precum, gimiendo cuando mi lengua se lanza a probarlo—. Vamos a ir despacio.

—De acuerdo —susurro, y él suelta otro gemido profundo cuando el calor de mi aliento lo golpea. Levanto la vista hacia él, saco la lengua y la deslizo por su raja, lamiendo su excitación.

—Maldita sea, *ptichka* —gime, apretándome más fuerte el cabello—. ¿Intentas convertirme en mentiroso?

Me contempla cuando separo los labios y lo chupo lentamente. Su sabor salado invade mi boca, y el profundo gemido que emite me infunde el valor suficiente para darle una buena lamida, introduciéndolo más profundamente en mí.

—Dios, me tientas como ninguna otra mujer lo ha hecho jamás —gruñe—. No tienes idea de las ganas que tengo de embestir esta dulce boquita y tomar lo que es mío, pero quiero que disfrutes de esto. —Se ríe suavemente—. No quiero que odies las mamadas.

Le paso la lengua por encima y me agarro a sus muslos, introduciéndolo un poco más. Suelta otro gruñido masculino y balancea suavemente las caderas, dándome un poco más. Siento la fuerza que vibra en él, y sé que podría enterrarse dentro de mí si quisiera. Puede hacer esto tan duro y brutal como quiera, pero ha elegido ser suave, y le quiero malditamente tanto por ello.

—Así es, cariño —murmura, viéndome absorberlo más—. Chúpamela así.

Le paso la lengua por encima y lo succiono con más fuerza. Su respiración entrecortada y sus gruñidos me hacen apretar los muslos. Me duele el maldito coño por él, pero lo ignoro, concentrándome en hacerle sentir bien, porque no hay nada más sexy que ver a mi marido deshacerse ante mis caricias.

Cuando intento penetrarlo más profundamente, me atraganto a su alrededor. Mi cuerpo intenta retroceder por puro instinto, pero Vitaly me agarra del cabello y me sujeta.

—Tranquila, cielo —dice—. Relájate. —Me guiña un ojo y pasa el pulgar bajo mi ojo, secándome las lágrimas que brotaron con mi reflejo nauseoso—. No tienes ninguna posibilidad de pasar por esto sin tener arcadas.

Se ríe de la mirada que le lanzo.

—Lo siento, cariño. No tengo una polla pequeña, así que siempre vas a tener arcadas cuando me lleves a la boca. Aunque puedo ayudarte a que te resulte más fácil. —Arrastra el dedo por mi mejilla antes de pasarlo por mi labio superior estirado—. ¿Te gustaría, *ptichka*? ¿Quieres que te ayude a chupar mi gran polla?

—Mm-hmm —gimo, dispuesta a hacer cualquier cosa para que esto me resulte un poco más fácil.

—Buena chica —me elogia, haciendo que mi coño se apriete con una necesidad que amenaza con volverme loca—. Relájate y respira por la nariz.

Hago lo que me dice, concentrándome en respirar lenta y largamente por la nariz mientras él se desliza muy despacio un poco más. En cuanto siente que mi garganta empieza a convulsionarse, se retira y me deja respirar hondo.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño, y estás jodidamente sexy con mi polla en tu boca.

Mantengo los ojos clavados en los suyos cuando mueve las caderas, deslizándose de nuevo dentro de mí.

—Así es. Mantén tus ojos en los míos. No te atrevas a apartar la mirada. Voy a follarme esta dulce boquita mientras observas exactamente lo que me haces.

Cuando me ve retorcerme, intentando como una loca aliviar un poco mi palpitante clítoris, suelta una suave carcajada y me empuña el cabello con más fuerza.

—¿Necesita correrse mi mujer?

—Mm-hmm —gimoteo.

—Joder —gruñe—. Gime otra vez, tesoro.

Gimo profundamente, dejando que las vibraciones golpeen su gruesa polla y sus ojos se vuelven pesados y vidriosos.

—Te juro que esta noche haré que te corras muchas malditas veces, pero ahora mismo voy a usar tu boca y a correrme tan jodidamente fuerte en tu garganta, y quiero verte tragar hasta la última maldita gota que te dé.

Vuelvo a gemir y levanto una mano para tocarle los testículos, dejando que mis uñas se arrastren suavemente sobre su piel. Incapaz de resistirse, empuja con más fuerza dentro de mi boca. Me atraganto a su alrededor, pero él no se detiene. Me sigue empuñando el cabello con una mano y la otra la dirige a mi cuello, apretando suavemente mientras me sujeta. Me obligo a calmarme y concentrarme en mi respiración. Mis ojos permanecen fijos en los suyos, hundiéndose tanto en mi garganta que me corta el aire. Estoy indefensa ante él, pero en lugar de aprovecharse y utilizarme hasta el dolor, se mantiene lo bastante controlado como para que, aunque me duela la boca y tenga la garganta irritada, sea soportable.

Nunca esperé que las mamadas fueran placenteras, ni que lo fueran cuanto mayor es la sensación física de tener una polla enorme metida hasta la garganta, pero no esperaba sentirme tan excitada. Ver a Vitaly sentir placer es francamente embriagador, y saber que es mi boca la que provoca el hambre oscura de sus ojos, la tensión de su cuerpo y los gruñidos salvajes que salen de lo más profundo de su pecho me hace sentir la mujer más sexy del mundo.

Me gotea saliva de los labios hinchados y me escuece el cuero cabelludo de lo fuerte que me está estrujando por el cabello, pero aprieto los dedos contra su muslo, instándole a más, sin dejar de acariciarle los testículos con la otra mano.

—Dios, eres jodidamente perfecta —gruñe, encontrando un ritmo aún más rápido—. Estoy cerca —me advierte, manteniendo sus ojos clavados en los míos. Me lagrimean, pero no aparto la mirada. Gime mi nombre justo antes de sentir el calor de su liberación en el fondo de mi garganta. Su polla palpita dentro de mi boca, entregándome todo cuanto tiene. Sus ojos se vuelven vidriosos y los músculos de su cara se relajan, exhalando un suspiro de puro alivio y dedicándome una sonrisa adorable que me haría reír si no tuviera la boca llena.

—Maldita sea —suspira, deslizando la mano por mi cuello hasta acariciarme la mejilla—. Me hace tan feliz habernos casado.

Le paso la lengua por encima y retrocedo lentamente antes de dejarlo salir de mis labios hinchados.

—A mí también —le digo, devolviéndole su gran sonrisa. Me duelen la boca y la mandíbula, me duelen las rodillas de estar arrodillada en el suelo duro y mi coño palpita con una necesidad casi dolorosa, pero todo ha merecido la pena por ver esta mirada en el rostro de mi marido. Sus ojos me recorren al deslizar su pulgar por mis labios hinchados.

—Te quiero jodidamente tanto, amor.

—Yo también te quiero.

Se agacha y me levanta, sin molestarse siquiera en volver a meterse en el pantalón. Sus labios chocan contra los míos, reclamando cada centímetro de mi boca como lo había hecho su polla momentos antes. Suelta un gruñido de lo más sexy cuando se saborea en mí y desliza una mano para apretarme el culo, estrechándome más contra él.

—Cariño —murmura contra mis labios.

—¿Hmm?

Su mano se desliza bajo mi bata, encontrando mi culo desnudo.

—Si vuelves a pasearte delante de otros hombres sin bragas, te daré unos azotes en el culo tan fuertes que no podrás sentarte en una semana.

Sonrío contra sus labios.

—Ahí está el cavernícola con el que me casé.

Se ríe, hundiendo los dedos en mi culo.

—No bromeo, *ptichka.*

—Sé que no lo haces. Por eso resulta tan mono.

Se echa hacia atrás, me mira a los ojos y levanta una ceja.

—¿Es mono que vaya a darte unos azotes en el culo por dejar que otros hombres huelan tu dulce coño?

Me acerco más si cabe a besar la punta de su nariz.

—Es mono que creas poder hacerlo.

Eso sí que le hace reír.

—Oh, tesoro —me dice, llevándome fuera de la cocina—. Te voy a sacar ese descaro de encima.

Sonrío porque es exactamente la reacción que esperaba. Cuando llegamos a las escaleras, ya está completamente excitado, y cuando me agacho y me levanto el albornoz para apretar mi coño desnudo contra su cuerpo, gruñe y sujeta mi nuca, profundizando el beso al tiempo que camina más deprisa. Apenas llegamos a la habitación, me abre la bata y me empuja contra la pared.

—Usé toda mi moderación cuando te follaba la boca, *ptichka* —me advierte—. Esto no será tan suave.

En lugar de oír la advertencia, sus palabras me estremecen y me hacen sentir aún más desesperada por tenerlo dentro de mí. Soy adicta a todo lo relacionado con este hombre, sobre todo cuando se vuelve absolutamente salvaje por mí.

—Te gusta, ¿verdad? —pregunta, notando la reacción de mi cuerpo—. Creo que te gusta volverme loco. —Sus dedos se hunden en mi culo a la vez que desliza su lengua por mi cuello—. Creo que te gusta verme perder todo el control porque estoy jodidamente desesperado por estar dentro de ti.

—Sí —gimo, sin intentar negarlo meciendo mis caderas contra él. Estoy tan excitada que goteo sobre su polla, y sus ojos se oscurecen aún más cuando lo nota—. Me gusta verte perder el control. —Alargo la mano, lo envuelvo con los dedos lo mejor que puedo y lo llevo hasta mi coño, haciendo presión contra mí—. Muéstrame cuánto me necesitas, Vitaly. —Me restriego contra la punta, gimiendo ante las sensaciones que me inundan—. Fóllame —suplico—. Folla a tu mujer.

Con un gruñido lleva su boca a mi pecho, chupándome el pezón al mismo tiempo que me embiste. Suelto un grito ahogado y lo aferro con más fuerza. Me da un suave mordisco al enterrarse dentro de mí. Manteniéndonos juntos, succiona suavemente mi pezón antes de acercar su rostro al mío.

—¿Es esto lo que querías, esposa?

Mueve lentamente las caderas, provocando en mi interior el movimiento justo para que me arquee contra él y emita un maullido vergonzosamente fuerte. Su profunda risa hace que mis ojos se desvíen hacia los suyos.

—No, lo quiero más fuerte —le digo, me mira arqueando una ceja.

—Alguien se siente muy peleona esta noche. —Se aparta lentamente de mí para volver a penetrarme, arrancando otro gemido de mi tembloroso cuerpo—. ¿Es esto lo que quieres? ¿Quieres que te folle tan fuerte que mañana estés dolorida? ¿Es eso lo que quieres, cariño? —Me mordisquea el labio inferior—. ¿Quieres que cada paso que des te recuerde a quién perteneces y quién es el dueño de este coñito tan apretadito?

—Sí —jadeo cuando vuelve a acelerar el ritmo, follándome tan fuerte que duele. No sé por qué una parte de mí ansía el dolor, pero así es. Me invade esa embriagadora mezcla de dolor y placer, y me entrego a ella con gusto.

Me besa con la misma fuerza, arrebatándome todo excepto mi capacidad de sentir. Estoy completamente a su merced, sostenida por sus fuertes brazos y atrapada en esa polla que me está abrasando condenadamente. Cuando mueve la mano, estoy tan aturdida que apenas lo noto. Hasta que no siento la yema de su dedo presionando mi trasero, no me percato de lo que está pasando.

—Vitaly —gimoteo, sin saber qué está planeando ni cómo me siento exactamente al respecto.

—¿Sí, cielo?

Oigo diversión en su voz y luego su suave risa cuando aprieta con más fuerza contra mi apretado agujero y libero otro tembloroso gemido ante la repentina oleada de placer que me produce.

—¿Te gusta?

Rodea suavemente las terminaciones nerviosas que ignoraba tener mientras niego con la cabeza y suelto un *Sí* entrecortado.

—Bien, porque este es el agujerito en el que me correré, *ptichka*.

Antes de asustarme por lo que acaba de decir, me penetra con más fuerza y deslizando lentamente su dedo en mi culo. Las sensaciones encontradas me llevan inmediatamente al orgasmo más potente de mi vida.

—Joder —gruñe Vitaly cuando mi cuerpo se contrae a su alrededor y grito su nombre. Sigue trabajando mi culo y mi coño, y para cuando empiezo a correrme, tiene dos dedos dentro de mí y su cuerpo está

cubierto de sudor, cada parte de él tensa por la necesidad de liberarse. Sin embargo, se resiste, se queda dentro de mí llevándome a la cama.

Espero que me ponga a cuatro patas, pero me sorprende sentándose en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y manteniéndome en su regazo, a horcajadas sobre él. Suelta otro profundo gruñido cuando desliza sus dedos fuera de mi culo. Me quita la bata, la tira a un lado y se quita la camisa. Sus vaqueros están tan bajos que solo tarda unos segundos en quitárselos. Alarga la mano hacia la mesilla y saca un frasco de lubricante nuevo.

Me guiña un ojo.

—Siempre he sido optimista.

Aunque estoy nerviosa, no puedo evitar reírme.

—Pensé que me pondrías a cuatro patas —admito.

—Puedo hacerlo si quieres, pero he pensado que podríamos probar esto. Quiero verte cuando te folle el culo. Además, así tienes el control. Puedes tomarme tan profundo o tan superficial como quieras.

—Superficial suena bien —me apresuro a decir, haciéndolo sonreír.

—Creo que podrías sorprenderte a ti misma. Tu culo ha sido muy receptivo a mis dedos.

Me arde la cara, pero el recuerdo de lo bien que me había sentado evita que me avergüence demasiado. Sigue duro como una roca dentro de mí, y cuando balanceo las caderas, la sensación nos arranca un gemido a los dos. Su mano se desliza por mi cuerpo y, cuando su pulgar roza mi clítoris, suelto un grito ahogado y le clavo los dedos en los hombros.

—Esta posición también me permite jugar un poco más.

—Estás intentando que me desmaye otra vez, ¿verdad?

Se ríe, abriendo el frasco de lubricante.

—Tal vez.

Ahueco su rostro, buscando sus ojos.

—No te decepcionarás si todo lo que tomo es la mitad de tu cabeza.

Sonríe y me besa lentamente.

—Nunca me decepcionarás, y puedes tomar tan poco de mí como quieras. Tú tienes el control del culito, preciosa. Tu coño es mío —me

dice, balanceando las caderas hacia arriba y agarrándome por la cintura para mantenerme en mi sitio—, y me lo follaré tan fuerte y profundo como quiera, pero te cedo el control total de tu apretado culito. —Me guiña un ojo—. Al menos por ahora.

Asiento con la cabeza y le paso la lengua por el labio inferior mientras él vierte una generosa cantidad de lubricante en la rajita de mi culo antes de usar los dedos para aplicarlo sobre mi apretado agujero. Sus dedos resbaladizos me recorren, y no puedo evitar empezar a mover las caderas, deslizándome arriba y abajo por la dura longitud de su polla.

—Así es, cariño, piensa en lo bien que sienta esto. —Sus labios besan una línea por mi cuello al tiempo que desliza un dedo en mi culo y su otra mano roza ligeramente mi clítoris—. Cada parte de ti es tan jodidamente perfecta —susurra contra mi piel. Noto cómo separa los labios en una sonrisa cuando añade—. Y a tu culito le va a encantar mi polla.

Mi risa se interrumpe cuando me frota el clítoris con firmeza y añade un segundo dedo a mi culo. Sus labios, su lengua y sus dientes devoran mi piel al lanzarme sin esfuerzo a otro orgasmo. Me mete los dedos en tijera, aprovechando lo relajado que está mi cuerpo e intentando prepararme para algo mucho más grande.

—No sé cómo lo haces —jadeo, apoyando la frente en la suya.

—¿Hacer qué?

—Hacer que me corra con tanta facilidad.

Sonríe y desliza los dedos fuera de mi culo antes de darme una suave palmada en la nalga.

—Es porque mi mujer está enamoradísima de mí y obsesionada con mi cuerpo y me considera un dios del sexo.

—¿Eso es lo que es?

—Lo es.

Le devuelvo la sonrisa y me encojo de hombros, porque no se equivoca. Todo contribuye a mantenerme en un estado de excitación constante. Mis ojos recorren su tatuado torso, admirando el duro músculo y la forma en que sus abdominales se tensan con cada balanceo de sus caderas.

—Me ofendería si no supiera lo increíblemente enamorada que estás de mí. No soy solo un trozo de carne, *ptichka.*

Me rio de su mirada de, *me esfuerzo por parecer ofendido*, porque por mucho que hable, me doy cuenta que le encanta cómo le follo los ojos.

—¿Está mi culito lo suficientemente calentado?

Me acaricia un cachete, guiñando un ojo.

—Estamos a punto de averiguarlo.

Me deslizo a lo largo de él, observando cómo resaltan las venas de su cuello y la mirada oscura de sus ojos dejando claro que está a punto de perder el control. Sus dedos se clavan en mis caderas y utiliza la otra mano para verter lubricante en su polla y colocar la cabeza en mi agujero trasero.

—Es toda tuya, cariño —gime—. Utilízame como quieras.

Mi primer instinto es contraerme, pero me doy cuenta que eso es lo peor que puedo hacer en este momento. Vitaly debe percibir mi tensión, porque lleva ambas manos a mis nalgas, las abre y me besa lentamente.

—Relájate, *ptichka*. Te prometo que pronto volverás a correrte.

Sonrío ante su tono confiado, pero ambos sabemos que dice la verdad. Vitaly no necesita hablar mucho ni hacer promesas extravagantes. Se limita a cumplirlas una y otra vez, así que cuando dice que voy a tener otro orgasmo muy pronto, le creo.

Sujetándome con más fuerza por los cachetes, me empuja suavemente hacia abajo y, moviendo sus caderas hacia arriba, presionando la cabeza de su polla directamente en mí. Afloja antes de penetrar realmente en el apretado anillo muscular, pero es suficiente para hacerme desear más. Su lengua se desliza por la mía sin dejar de provocarme, y cuando llego al punto en que solo puedo pensar en tenerlo dentro de mí, hago que mis caderas se hundan.

—Mierda —jadeo al introducir su cabeza. La sensación es tan extraña, pero también tan jodidamente buena, y durante un segundo no puedo hablar. Me aferro a Vitaly, manteniéndome quieta, dejando que mi cuerpo se acostumbre a esta nueva sensación.

—Dios, estás tan jodidamente apretada —gruñe contra mis labios. Introduciendo una mano entre nosotros, arrastra dos dedos por mi

empapada hendidura—. ¿Preparada para que llene tus dos agujeritos, cariño?

—¿Qué? —jadeo, viendo cómo sus dedos se deslizan por mi coño antes de introducirme tres de ellos—. Joder —grito, sorprendida por la inmediata oleada de placer que me recorre. Y así, sin más, ha accionado un interruptor en mi interior. Ya no tengo miedo de recibir más; es lo único en lo que puedo pensar. Gimo su nombre y desciendo para introducirme más en mi trasero. Ahora su mano en la nalga no me guía hacia abajo, sino que me contiene para que no me precipite y me lastime.

—Maldita sea —gime, besándome con más intensidad al tiempo que los descuidados sonidos de sus dedos follándome llenan el espacio que nos rodea—. Puedo sentir cuánto te gusta mi polla en tu culito, tesoro. Me estás empapando hasta la jodida mano.

Le muerdo el labio inferior y me hundo aún más, ansiando el delicioso ardor y la sensación de estar incómodamente llena. Sus dedos y su polla me penetran a un ritmo que me lleva rápidamente al límite. Mi respiración se vuelve errática y mi cuerpo empieza a temblar. Mis pezones rozan su pecho, provocándome otro cosquilleo, y cuando me presiona el clítoris con el pulgar frotándome firmemente en círculos, echo la cabeza hacia atrás y me corro tan fuerte que mi visión se oscurece. El calor húmedo de su boca se cierra en torno a mi pecho, succionando con fuerza a medida que me hundo en el resto de su longitud, absorbiéndolo hasta el fondo mientras mi coño se aprieta en torno a sus dedos haciéndome pedazos por mi marido.

Sigue penetrándome, forzando otro orgasmo en mi cuerpo ya agotado antes de balancear las caderas y perseguir su propio placer. Con un gruñido, muerde mi pezón y da una última embestida antes de derramar su semilla y reclamar el último trozo de mi cuerpo que me quedaba por entregar. Ahora es dueño de cada parte de mí, y me sorprende lo feliz que me hace. No esperaba querer entregar esta parte de mí a nadie, pero no hay nada que quiera ocultarle a Vitaly. Quiero que lo tenga todo. Quiero que posea todo de *mí.*

Me succiona el pezón por última vez, se retira y recorre mi cuerpo a besos antes de rodearme y abrazarme por detrás de la cabeza.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, *ptichka* —susurra contra mis labios.

—¿Lo dices porque tienes la polla en mi culo?

Se ríe, apartando un mechón sudoroso de mi mejilla.

—No, pero se siente jodidamente increíble.

—Lo es. Tenías razón.

Me guiña un ojo.

—Suelo tenerla.

Suelto una carcajada ante su arrogante sonrisa y niego con la cabeza.

—Va a ser muy difícil mantenerte humilde. Quizá intente dejar de correrme con tanta facilidad. Eso debería bajarte los humos un par de veces.

—Me encantaría que lo intentaras, preciosa. Supongo que no durarías mucho.

No me molesto en discutir, lo que solo hace que su sonrisa aumente. Cuando empiezo a separarme de él, su sonrisa vacila al verme hacer una mueca de dolor.

—Puede que me haya pasado un poco —gimo, sintiendo la punzada que antes estaba demasiado excitada como para notar.

—Ven aquí. —Me levanta y me lleva al baño—. Necesitas un buen baño. Deja que me ocupe de ti, *ptichka.*

Y eso es exactamente lo que hace. Nos remojamos juntos en la bañera hasta que el agua se enfría, y a continuación me seca para llevarme a la cama.

Acurrucada contra él, me duermo en cuestión de minutos, y al despertarme, ya está vestido con una taza de café caliente esperándome.

—Demonios, deberíamos tener sexo anal más a menudo —le digo, cogiendo la taza.

—Me gusta mimarte. No tiene nada que ver con lo demás.

No estoy segura de creerle del todo, pero cuando me tiende un plato de gofres, decido que ya no me importa cuál sea el motivo.

—¿Has cocinado tú?

—Más o menos. —Se ríe y hace un gesto hacia el plato—. He cocinado en el microondas. —Me guiña un ojo—. Sigue contando.

—No me quejo. —Corto un trozo de gofre almibarado y gimo agradecida cuando lo siento en la boca.

—Sigue haciendo ruidos así y volveré a follarte.

Todavía estoy un poco dolorida por lo de la noche anterior, así que mantengo mis gemidos agradecidos al mínimo al darle otro bocado. Se sienta en el borde de la cama, bebiendo su café, mientras yo recorro con la mirada los vaqueros y el jersey negro que lleva. Parece tan suave como la seda y abraza su impresionante figura, acentuando sus anchos hombros y su ceñida cintura.

—No te olvides de comer, cariño. —Suelta una risita cuando lo miro a los ojos y me doy cuenta que me ha vuelto a pillar mirándolo. Cuando le doy otro bocado, me dice—. Hoy viene Dominic Alessi. Danil ha conseguido finalmente una reunión con Casimir, que tendrá lugar esta noche, y vamos a tener que reunirnos con tus hermanos para encontrar alguna explicación sobre los hombres que Matvey y Roman se cargaron anoche.

—Iré contigo —me apresuro a decir, pero él se limita a reírse y a mirarme como si hubiera perdido la maldita cabeza.

—Ni de coña, *ptichka*. La última vez que estuvimos allí te dije que no volverías a verlos, y lo dije en serio. Danil vendrá conmigo. Es evidente que no podemos confiar en que Matvey o Roman se comporten, y necesitamos que Lev se quede aquí y se asegure que no salen.

—Yo tampoco quiero que vuelvas a estar cerca de ellos. —Dejo el tenedor, ya sin hambre, e intento apartar el plato.

—Eh, tienes que comer más que eso. —Su mano cubre la mía, dándome un suave apretón—. Mi trabajo siempre entrañará peligro, ya lo sabes, pero puedo manejar la situación con tus hermanos.

—¿No te dedicas normalmente a asuntos de club de striptease?

—Únicamente empecé con el Pink porque necesitábamos una tapadera y una forma de reunir información. Cuando llegamos aquí, pasamos mucho tiempo en el Red Viper, acercándonos a David y Aaron.

—Dios, odio a esos dos. Nunca he estado en el club, pero he oído lo suficiente a lo largo de los años para saber que son un par de cabrones que harían cualquier cosa para tener contentos a mis hermanos.

—Lo son, sí —dice Vitaly—. Estamos deseando eliminarlos.

Cuando doy otro bocado a la comida, me guiña un ojo, y tengo el ridículo impulso de limpiar mi plato solo para poder ver de nuevo esa mirada orgullosa en su rostro. Intento no pensar demasiado en lo que haría por uno de los guiños sensuales de Vitaly. Supongo que la lista me dejaría estupefacta.

Me llevo otro trozo de gofre a la boca y digo:

—Si no puedo ir contigo a ver a mis hermanos, al menos quiero estar presente en la reunión con Dominic.

La comisura de sus labios se inclina ligeramente hacia arriba.

—No estoy muy seguro que sepas cómo funciona esto, cariño.

—Sé exactamente cómo funciona esto. Mis hermanos intentaron mantenerme en la oscuridad, pero no es así como quiero que sean las cosas contigo. La Bratva es todo lo que conozco, Vitaly. Ha sido mi vida desde mi primer aliento. No espero que me permitas participar en un tiroteo contigo.

Suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza como si dijera *por encima de mi puto cadáver,* no obstante, lo ignoro y sigo hablando.

—Son mis dos hermanos a los que quieres derribar. Tal vez pueda ayudarte.

Se inclina más hacia mí y me besa suavemente, deslizando la lengua por mis labios antes de sumergirse en ellos. Entrelaza los dedos en mi cabello, profundizando el beso antes de retirarse con una sonrisa.

—Tan malditamente dulce.

—Estás intentando distraerme.

—¿Funciona?

Riéndome, agarro su muñeca y beso la marcada palma de su mano.

—Sí, pero sigo queriendo participar en la reunión.

Vitaly suelta un suspiro compungido.

—¿Es este el término medio del que habla todo el mundo? ¿El matrimonio es un compromiso y todo eso?

—Creo que puede ser, sí.

—Bueno, mierda, entonces no puedo decir que no.

—¿Puedo ir contigo cuando te reúnas con mis hermanos?

Se ríe.

—Buen intento, pero ni de coña. Puedo transigir con pequeñas cosas, *ptichka*, pero si se trata de tu seguridad, entonces me pongo malditamente firme.

—Qué cavernícola —digo, pero sonrío demasiado para sonar enfadada. La verdad es que me gusta cuando se pone en plan macho alfa conmigo.

Hate

CAPÍTULO 14



Vitaly

Cuando Dominic sale del ascensor, Katya está a mi lado. La miro y le guiño un ojo antes de rodearle los hombros con un brazo. Está muy orgullosa de haberse colado en la reunión, pero la verdad es que, mientras no haya peligro, me encanta tenerla a mi lado. Pensaba invitarla a la reunión de todos modos, pero no voy a decírselo. Está demasiado mona regodeándose.

—Finalmente estoy invitado a casa de los Melnikov —dice Dominic con una sonrisa—. Nunca pensé que llegaría el día.

—Tú y yo —dice Lev con un gruñido fingido. Desde que Lev disparó a Dominic por un malentendido, tienen una especie de vínculo y nada les gusta más que meterse en la piel del otro.

—Bueno, es un día de muchas primeras veces —dice Roman—. Me gustaría presentarte a mi mujer, Emily.

Emily extiende la mano. Dominic se la estrecha y se inclina para besarle la mejilla.

—Encantado de conocerte, y enhorabuena —le dice, señalándole la barriga con la cabeza. Roman ha dicho que es un niño.

Emily le sonríe.

—Lo es, sí. Estamos muy emocionados.

Dominic mira a su alrededor y sonríe a Simona, a la que ya conoce, antes de mirar a Jolene.

—Encantado de conocerte —le dice tendiéndole la mano.

—No intentes besarla —le dice Lev antes que Dominic pueda inclinarse.

Dominic murmura algo en italiano y luego cambia al inglés para decirle a Jolene.

—Tu marido es ridículo. ¿Te ha dicho que me disparó?

—Lo hice —dice Lev, respondiendo por ella—, y le comenté que sigues lloriqueando por ello.

Dominic le guiña un ojo a Jolene.

—Dolió como un hijo de puta.

Jolene se ríe y se apoya en su marido mientras Dominic nos mira. Sus ojos oscuros recorren a Katya antes de dedicarme una sonrisa burlona. Saca un sobre del bolsillo interior de su caro traje y me lo entrega.

—Felicidades por tu boda.

—¿Qué es esto?

—Un regalo de boda.

Se lo doy a Katya para que lo abra. Cuando veo la tarjeta de visita de un restaurante italiano, levanto la mirada hacia él.

—Es el mejor restaurante italiano de la ciudad —me dice.

Katya da la vuelta a la tarjeta, y en ella Dominic ha escrito:

Invitados de Dominic Alessi.

—Lleva a tu mujer y pásalo bien. Puedes odiar a la mafia italiana todo lo que quieras, pero no puedes negar que tenemos la mejor maldita comida del planeta.

—No has probado el borsch de mi abuela —le digo.

Lev se ríe y dice en ruso:

—Tú no has tenido abuela.

—No se lo digas —le contesto en ruso—. Además, apuesto a que, fuera quien fuera mi abuela, sabía cocinar un borsch cojonudo.

—Eres terrible —me dice Katya, riéndose. Beso su cabeza, me encanta que hable ruso. Hablo inglés con fluidez, pero el ruso es mi primera lengua, y siempre será la que prefiera.

Dominic mira a Katya.

—No quiero saber lo que está diciendo, ¿verdad?

—Probablemente no. —Ella sonríe y tiende la mano—. Soy Katya.

—Encantada de conocer a la mujer que hizo que Vitaly cayera de rodillas. —Me sonríe y le besa el dorso de la mano.

—Jodidos italianos —murmuro lo bastante alto para que me oiga.

Se ríe y me golpea el hombro.

—He oído que somos tan testarudos como los rusos.

—Y demasiado dramáticos —digo.

Dominic se encoge de hombros con una sonrisa bonachona en la cara.

—Lo llevamos en la sangre.

—Eso y una tonelada de vino tinto —le digo riéndome.

Me lanza una mirada incrédula.

—Ni se te ocurra empezar con esa mierda. Podría cortarte y probablemente sangrarías vodka.

—Vale, esa ha sido buena —reconozco, riéndome.

Matvey se apoya en el mostrador, observando nuestra interacción. Me doy cuenta que está ansioso por empezar, así que cuando nos acercamos a la mesa, Emily, Jolene y Simona se marchan, sabiendo que es mejor que

no sepan ciertas cosas. Mi testaruda esposa me mira y sonríe, tomando asiento a mi lado.

—Interesante —dice Dominic, sentándose frente a nosotros.

—Se llama compromiso, Dominic —le digo—. Si estuvieras casado, sabrías un par de cosas al respecto.

Se ríe y toma la copa que le tiende Roman.

—No pienso casarme, así que supongo que nunca necesitaré aprender sobre ello.

—Te vas a hacer cargo del negocio familiar, ¿verdad? ¿No significa eso que necesitas casarte y producir herederos? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—No estoy seguro cuándo ocurrirá eso. Mi padre me tuvo siendo mayor. Soy el benjamín de la familia, si puedes creerlo, pero algo me dice que no se jubilará pronto.

—¿Cuántos años tienes, treinta y pocos? —pregunta Roman.

—Que te jodan —dice Dominic riéndose—. Tengo veinticinco.

—¿Eres más joven que yo? —pregunta Lev, riéndose de la mirada que le lanza Dominic.

—No parezco tan jodidamente viejo. —Se restriega una mano por la barba clara—. El pelo facial me envejece y este puto trabajo también.

Suelto una risa.

—Sí, eso mismo. —Sabe que le estoy tomando el pelo, así que se ríe. Es un guaperas de mierda y lo sabe.

Se toma otro trago y nos mira.

—Vale, dejad de tomarme el pelo y decidme qué coño está pasando.

Nos turnamos para contarle todo lo que ha sucedido y, cuando acabamos, ya se ha tomado su segundo trago y suelta un profundo suspiro.

—¿Cómo pensáis explicar las muertes? Si echas la culpa a mis hombres, eso os hará parecer débil, como si todavía fuéramos un problema que no podéis controlar.

—Sí, ya hemos pensado en eso —dice Roman—. Lo último que queremos es que Konstantin envíe a algunos de sus hombres a por tu familia.

—Ocultamos los cadáveres —dice Lev—, pero es imposible que Konstantin no sepa ya lo de los cinco hombres desaparecidos.

—Podríamos decirle que fue una banda local con la que a veces tenemos problemas —sugiero—. Hacer que parezca que ha sido un traficante de drogas que invade nuestro territorio, que a menudo tantean el terreno un par de veces al año para ver si les merece la pena correr el riesgo.

—Eso podría funcionar. —Dominic bebe otro trago, reclinándose en su silla—. Pero tendrás que tomar represalias.

—Yo digo que se jodan —Matvey dice desde el otro extremo de la mesa—. Le decimos que no sabemos qué coño ha pasado. Que envíe a sus hombres a una búsqueda inútil. ¿Por qué coño debería importarnos? Los mataremos mucho antes como para que averigüen que hemos tenido algo que ver.

Nos quedamos callados unos segundos antes que Katya suelte una leve risa.

—No se equivoca. Mis hermanos se cabrearán, pero no hay mucho que puedan hacer al respecto, sobre todo si les dices que estás intentando averiguarlo. Quizá les ayude si sugieres que podría haberlo hecho un enemigo suyo, alguien que no tenga nada que ver con tu Bratva. Mis hermanos tienen muchos enemigos, y ataques como este pueden ser raros, pero ocurren.

Me inclino y le susurro al oído.

—Me alegra que estés aquí, cariño. Te ves muy sexy cuando hablas de negocios.

Se ríe suavemente y me da unas palmaditas en el muslo mientras me vuelvo hacia mis hermanos.

—Creo que mi bella esposa tiene razón. Pongámoslo a sus pies y dejemos que lo resuelvan.

Dominic mira a Danil.

—¿Seguirás reuniéndote con su hacker más tarde?

—Sí, será en la mansión, así que supongo que podré hablar con Konstantin sobre sus hombres cuando esté allí.

—Voy contigo —le digo. Señalo a Matvey y a Roman—. Vosotros dos no estáis invitados, y Lev cuidará de vuestros culos. —Miro a Lev—. No dejes que te engañen con falsos ronquidos.

Lev me levanta su ceja perforada.

—Bueno, no soy tonto del culo, así que eso no va a pasar.

—¡Cuarenta y cinco putos minutos! Me rio y sacudo la cabeza—. Estaba a punto de mearme encima.

La voz gravosa de Matvey se interpone entre las risas.

—Si te hace sentir mejor, habría seguido así durante horas. No tenías ninguna posibilidad.

—Eso sí que me hace sentir mejor. Gracias, hermano.

Dominic niega con la cabeza y bebe otro sorbo cuando mira a Katya.

—Te has casado con una familia muy loca.

—Créeme, de la que yo vengo es un millón de veces peor. —Recordando lo que le conté sobre Dominic, se inclina más sobre la mesa—. Lo siento mucho por tu hermana. Me pone enferma saber que mis hermanos están detrás de todo esto.

Dominic mantiene la calma, pero noto cómo se le tensa la mandíbula al mencionar a su hermana.

—Te agradezco que lo digas, Katya, pero esto les incumbe a ellos, no a ti.

Le acaricio la nuca y entrelazo los dedos en su espeso cabello mientras ella se apoya en mí, reconfortada por mi caricia.

—Sigo sintiéndolo —dice, y veo cómo Dominic le dedica un gesto apreciativo y un atisbo de sonrisa antes de volverse hacia Danil.

—Házmelo saber cuando encuentres algo que pueda servirme. —Señala a Lev—. Y no olvides invitarme a la fiesta. Mis hombres y yo estaremos allí tan pronto me indiques la hora y el lugar.

—No te preocupes —le dice Lev—. No te excluiremos de la diversión.

Dominic asiente y se levanta, abotonándose la chaqueta del traje antes de consultar su teléfono.

—Muy bien, esperaré la llamada entonces. Tengo que ponerme en marcha. —Se guarda el teléfono en el bolsillo y mira a Danil—. Avísame cuando encuentres algo.

—Sabes que lo haré —dice Danil—. Puede que tarde unos días, pero debería poder entrar en su sistema después de reunirme con este tipo. Si no, le sacaremos la información cuando acabemos con la Bratva.

—A mí me vale cualquiera de las dos opciones. —dice Dominic, recordándonos a todos que está tan acostumbrado a la violencia como nosotros. Es fácil olvidarlo al ver su exterior tan pulcro y refinado, pero es tan asesino como nosotros. Solo que lo disimula un poco mejor.

Con una última inclinación de cabeza, se dirige al ascensor. La norma era que tenía que llegar solo, así que seguro que sus hombres están ansiosos por volver a tenerlo en el punto de mira. Puede que Antonio siga dirigiendo la familia, pero todo el mundo sabe quién manda realmente. Dominic pronto tomará el mando, y nadie quiere caerle mal cuando lo haga.

—Me cae bien —dice Katya, haciéndome reír.

—Te cae bien —dice Lev.

—Como la polla de un viejo.

Lev se ríe y me mira.

—¿Qué cojones significa eso?

Tiro de Katya hacia mi regazo.

—Al principio fue totalmente inesperado y ligeramente perturbador. —Me encojo de hombros y añado—. Pero ahora me parece natural.

—Haces unas comparaciones de la hostia —dice Danil, cogiendo su portátil y volviendo a bajar las escaleras—. Quizá no quieras mencionarle eso a Dominic.

—Puede que le guste —le digo riéndome.

—Algo me dice que no lo hará —dice Roman, sin dejar de reírse, mientras se marcha en busca de Emily.

Los demás se marchan, dejándonos a Katya y a mí en la mesa. Le beso el hombro y la rodeo con mis brazos, respirando su dulce aroma a vainilla.

—Así que todo va a ocurrir pronto, ¿no?

—Probablemente —le digo—. Matvey y Roman no podrán aguantar mucho más.

—Ojalá no tuvieras que ir hoy allí.

—Y yo. No disfruto especialmente de la compañía de tus hermanos.

Se vuelve y me pone la palma de la mano en la mejilla—. No hagas ninguna tontería, Vitaly.

—Nunca, *ptichka*. Tengo demasiado que perder si lo hago.

Odio la sensación premonitoria que empieza a cernirse sobre nosotros, esa sensación de necesitar saborear cada momento con ella porque podría ser la última. Nunca pensé que no saldríamos todos de esta, pero ahora no estoy tan seguro. No habíamos planeado que Alina estuviera en manos de otro jefe de una Bratva. Habíamos supuesto que la habían comprado privadamente y que sería bastante fácil matar al cabrón y rescatarla. Esto no va a ser así. Va a ser una guerra entre dos poderosas Bratvas, un baño de sangre que aniquilará a un bando y destruirá potencialmente al otro. Podrían salir mal tantísimas cosas, maldita sea, y todas me preocupan.

Katya percibe mi estado de ánimo y me rodea abrazándome con fuerza contra ella. Es la única persona con la que me he permitido ser vulnerable, me resulta tan natural ceder a su abrazo y dejar que me consuele como solo ella puede hacerlo.

—Todo va a salir bien —me dice, yendo directa al corazón de mi miedo—. No va a ser fácil enfrentarse a mis hermanos, pero los tuyos luchan por alguien a quien aman, y eso es lo que va a marcar la diferencia. La codicia es lo que alimenta a mis hermanos, la necesidad de poseer y controlar y destruir todo lo que les rodea, pero eso no inspira ninguna lealtad real. Tengo la sensación que algunos de sus hombres huirán cuando llegue el momento. Muchos elegirán morir luchando, pero creo que muchos huirán.

—Aun así, los mataremos, aunque resultará más fácil dispararles por la espalda mientras huyen —admito—. No merecen vivir, de modo que no se lo permitiremos. —Beso su cuello y suspiro cuando recorre con sus uñas mi cuero cabelludo en un ligero masaje cuyo efecto hace que quiera derramar una lágrima de lo jodidamente bien que me sienta—. Sé que

podemos acabar con tus hermanos —murmuro contra su piel—, pero nada está garantizado y va a haber muchas balas volando por ahí. No estoy seguro que esta familia pueda sobrevivir a la pérdida de alguno de sus miembros.

—Eso no ocurrirá.

—Aprecio lo segura que pareces, *ptichka*. Casi puedo llegar a creérmelo.

—Vais a vivir todos. —Sonrío ante la determinación acerada de su voz—. No me he convertido finalmente en parte de una familia a la que quiero solamente para que me la arrebaten.

Acerco mi boca a la suya y la beso, sin querer pensar más en nada de esta mierda. Pasamos el resto del día juntos, y no deja de sorprenderme lo bien que me lo paso simplemente estando con ella. Nunca he conocido a nadie como ella. Me hace reír, es impresionantemente hermosa sin esforzarse en serlo, no admite mis mierdas y su deseo sexual es igual al mío. Es jodidamente perfecta.

Cuando llega la hora de irme con Danil, ella tira de mí y me besa intensamente al punto de hacerme contar los minutos que faltan para volver con ella. Le doy un suave cachete en el culo y una última lamida a su labio inferior.

—Volveré pronto, cariño.

—Más te vale. —Sonríe y palpa mi polla a través de mis vaqueros—. Más tarde me apetecerá otro orgasmo.

Me hace reír su tono exigente.

—¿Los tres que te he dado esta tarde no son suficientes?

—Nop.

—Mi insaciable esposa —susurro contra sus labios. Si no te conociera mejor, juraría que intentas destrozarme la polla.

Me da un apretón y contengo un gemido.

—Desde luego, no quiero romperte la polla. Me gusta demasiado como para hacerlo.

Le doy un último beso entre risas.

—Pórtate bien, *ptichka*. Pronto estaré en casa y entonces haré que te corras todas las veces que quieras.

Ella me dedica una gran sonrisa.

—Trato. Voy a trabajar en algunos bocetos para la habitación infantil de Simona durante tu ausencia. Estamos tratando de encontrar ideas.

—Estoy deseando verlos. —Le guiño un ojo y le paso el pulgar por la mejilla antes de bajar las escaleras, donde Danil ya me espera junto al ascensor.

—Lev está abajo vigilando a los alborotadores —me dice, pulsando el botón para que se abran las puertas.

—Evidentemente, somos los hombres más responsables de esta familia.

Danil se ríe.

—Sí, estoy convencido que el resto estaría totalmente de acuerdo con eso.

Le dirijo una mirada conforme desciende el ascensor.

—¿Tú también llevas tentempiés, como Lev?

—No, no llevo.

Entramos en el aparcamiento y nos dirigimos al todoterreno. Una vez en camino, miro a Danil.

—No es muy responsable por tu parte no llevar tentempiés. Estás a punto de ser papá. Necesitas ponerte las pilas. Lev te está tomando la delantera, hermano.

Danil se ríe y comprueba su portátil mientras yo adelanto a un coche más lento y vuelvo al carril derecho.

—No te burles demasiado de mí. Supongo que cualquier día de estos anunciarás un embarazo.

—Mierda, sí —digo riéndome—. Tengo la sensación que ya está embarazada, pero aún no le he hecho la prueba.

—¿Pero ya has comprado alguna?

Sonrío y le lanzo una mirada rápida.

—Tres. Me imagino que puede mear en todas a la vez, y entonces lo sabremos con seguridad.

Danil se ríe.

—Recuerdo cuando la sola mención del embarazo te hacía palidecer. ¿Hace cuánto, un mes?

—Deja de reírte de mí. Soy un hombre distinto.

—Me alegro por ti. A Simona y a mí nos gusta mucho Katya.

—Sí, es jodidamente increíble —digo, sonriendo como un idiota—. Probablemente sea raro decir que estoy deseando matar a su familia, pero lo hago totalmente.

—No es raro ni mucho menos —me asegura Danil—. Todos lo estamos.

Cuando llegamos a la puerta vigilada de la mansión Lebedev, ya ha oscurecido del todo. Los hombres de guardia nos hacen un gesto con la cabeza y nos dejan pasar sin problemas.

—Cámaras de seguridad por toda la verja de hierro —murmuro, recorriéndolo todo con la mirada al pasar.

—Ya, y supongo que llevan suficientes armas y munición atadas al cuerpo para detener a cualquiera que intente atravesar la puerta principal.

—No será suficiente para detenernos.

—No, no lo será. —Danil coincide.

Ambos contemplamos la monstruosidad que tenemos delante. Es una casa pensada para alardear e intimidar, pero a mí me parece jodidamente fea. Aunque ahora tenemos dinero más que suficiente, haber crecido pobre me ha provocado una verdadera aversión a los superricos, sobre todo a los que sienten la necesidad de restregártelo por la maldita cara bañándolo todo en oro.

—No puedo creer que Alina esté ahí dentro en alguna parte —me dice Danil cuando estaciono cerca de la entrada principal.

—Lo sé. El impulso de matarlos y registrar la casa es jodidamente fuerte.

—Lo es, y si pensara que tenemos alguna posibilidad de conseguirlo, diría que deberíamos ir a por ello.

—Pero no las tenemos —digo, expresando lo que ambos sabemos.

Danil suspira, abriendo la puerta.

—No, no lo tenemos, así que acabemos con esto de una puta vez para poder volver pronto y matarlos.

No podría estar más de acuerdo. Subimos por el cuidado camino y llamamos al timbre.

—Santo Dios —gruño cuando un largo torrente de música clásica suena en el interior de la casa. La puerta la abre rápidamente la misma mujer de la última vez. Sus ojos parecen aún más atormentados que la última vez que la vi, pero la miro como si no me importara lo más mínimo y entro en el amplio vestíbulo—. Venimos a ver a Konstantin —le digo.

—Por favor, seguidme. Está esperando en su despacho.

Seguimos su cabeza inclinada, ambos nos fijamos en sus movimientos más lentos y en los moratones que recorren sus piernas y rodean sus muñecas, y sé que pensamos lo mismo, maldita sea. Si así es como trata a su personal, ¿qué demonios le ha estado haciendo a Alina? Los dibujos de Katya cuentan una historia lo bastante espeluznante, pero sé que ocurren cosas peores que ni siquiera ella conoce.

La mujer nos conduce por un pasillo deteniéndose ante la última puerta de la izquierda. Me mira brevemente a los ojos antes de apartarse y centrar toda su atención en el suelo. Konstantin pide a gritos entrar, y la seguimos hasta el despacho. Está sentado detrás de un gran escritorio diseñado para intimidar, pero se va a llevar un chasco si cree que esa mierda va a funcionar con nosotros. Escudriño la habitación, fijándome en las llamativas obras de arte, las estanterías llenas de clásicos encuadernados en cuero que apostaría mucho dinero a que nunca ha leído, y las dos sillas de cuero que hay frente a su escritorio.

Konstantin no se muestra muy satisfecho cuando hace señas con la mano hacia las sillas permaneciendo sentado. Antes que la mujer pueda marcharse, le hace señas para que se acerque. Veo que todo su cuerpo se pone rígido durante un segundo antes de acercarse a él. Él alarga la mano

y la desliza bajo la falda negra de su ridículamente corto uniforme. Ella da un respingo, pero permanece callada.

—Natalya tiene un coño exquisito, si quieres probarlo.

Por un segundo, estoy demasiado aturdido para hablar. Estoy casado con su hermana y me ofrece violar a su doncella mientras él mira. Estoy harto de tener que fingir que soy un cabrón jodido al que le parece bien traficar con mujeres. En lugar de sacar la pistola y disparar al imbécil como realmente deseo, sonrío y suelto una suave carcajada.

—No, gracias —le digo, intentando mantener la rabia y el odio fuera de mi voz.

Él se ríe y hace algo con los dedos que la hace estremecerse de nuevo.

—Me alegra ver que mi hermana te mantiene tan satisfecho. —Se vuelve para mirar a Danil—. ¿Y a ti? Estará encantada de recibirla en el coño o en el culo.

Miro la cara de terror de la mujer, y es dolorosamente obvio que no hará nada con gusto.

—Estoy bien —dice Danil, y aunque suena como si no le importara lo más mínimo lo que está pasando, sé que está más que cabreado y que utiliza todo su autocontrol para no meterle una bala en la cabeza a Konstantin—. Creí que había quedado con Casimir. —Mira su reloj. Tengo otras cosas de las que ocuparme esta noche.

Konstantin sonríe satisfecho, pero veo el destello de irritación cruzar su rostro antes de dar una palmada en el culo de la pobre mujer y empujarla hacia la puerta.

—Ciérrala detrás de ti —le dice, y una vez que ella se ha ido, apoya los codos en su escritorio y se inclina hacia delante—. Te reunirás con él dentro de un segundo, pero antes quiero saber qué coño les pasó anoche a cinco de mis hombres.

Aguarda, suponiendo que un poco de silencio va a hacer que nos derrumbemos delante de él y confesemos todos nuestros pecados como si fuera un puto cura y fuera la hora de la confesión. Cuando se cansa de mirarnos las caras de aburrimiento, suspira y se echa hacia atrás en la silla.

—Tenía a cinco hombres vigilando el edificio donde celebramos las subastas, y anoche Karel llamó por radio y dijo que tenían problemas técnicos y que tenían que apagar las cámaras para reiniciar el sistema, y entonces simplemente se esfumaron, joder. Cuando el nuevo turno se presentó esta mañana para relevarles, el lugar estaba vacío y había una gran cantidad de sangre seca en el suelo.

El recuerdo de anoche me hace desear tentempiés de fruta, y cuando mi estómago gruñe, la comisura de la boca de Danil se levanta como siempre que lucha contra una sonrisa.

—¿Cómo demonios vamos a saber lo que les ha pasado? —pregunto.

—Es tu territorio.

—Correcto —convengo—, y no hemos tenido ningún problema. La familia Alessi se ha retirado y hemos mantenido a raya a todos los demás.

—¿Será algo personal? —pregunta Danil.

Konstantin suspira y se pasa una mano por el cabello.

—Siempre puede ser algo personal. Esto es lo último que necesito ahora.

—Todos los que conocemos habrían exhibido los cadáveres como advertencia —le digo—. A no ser que se trate de un problema que te hayas traído de Europa.

Konstantin coge su teléfono y envía un mensaje rápido. Mirando a Danil, dice:

—Osip está haciendo bajar a Casimir. Está intentando recuperar las grabaciones de seguridad, pero de momento no ha conseguido encontrar nada útil. No puedo tener ninguna cagada con la próxima subasta. Hay varios diplomáticos que se supone van a acudir a ella, y hay mucho jodido dinero en juego.

Le miro a los ojos azules y sonrío.

—Puedo prometerte que no tienes que preocuparte por la subasta del mes que viene. —No me molesto en añadir que estará muerto mucho antes de celebrarse.

—Seguro que no. —Cuando oye la puerta, levanta la vista y hace señas a su hermano para que entre. Un hombre más joven le sigue. Tiene exactamente el mismo aspecto que siempre me he imaginado de un

hacker, pálido, con gafas y con cara de reírse como una colegiala si viera un coño en la vida real. Danil es una rareza. No parece un genio de la informática, y eso le ha favorecido toda su vida. La gente lo subestima constantemente, y eso le permite salir impune de todo tipo de mierdas. Para demostrar mi punto de vista, Konstantin le hace un gesto con la mano a Casimir y le dice que trabaje con Danil, dándonos lo que necesitamos para destruirlos completamente.

Danil estrecha la mano del hombre antes de seguirle fuera del despacho de Konstantin, mientras yo vuelvo a centrar mi atención en mis cuñados.

—¿Y cómo le va Katya? —Osip se apoya en el borde del escritorio y me dedica una sonrisa dejando claro que no pregunta por su salud.

—Le va muy bien. Gracias por preguntar.

Se ríe mientras Konstantin dice:

—He intentado mandarle un mensaje esta mañana, pero no me ha contestado.

—Me temo que es culpa mía. El otro día se me cayó su teléfono y se rompió. Tengo que comprarle uno nuevo. Aún no he tenido tiempo de hacerlo. Pero le haré saber que intentaste localizarla.

Me estudia, buscando la mentira que nunca podrá detectar. Katya no tendrá que volver a relacionarse con él, ni siquiera a través de un puto mensaje de texto.

Convencido de no mentirle, me dice:

—Bueno, dile que se ponga en contacto conmigo cuando tenga su nuevo teléfono. Echo de menos tenerla cerca y me gustaría mantener el contacto.

—Lo haré —le digo, e incluso consigo hacerlo sin reírme. Hago un círculo con el dedo y arqueo una ceja como si me importara una mierda—. Es una propiedad hermosa. ¿Cuántas hectáreas tienes?

Se anima como la mayoría de los cabrones arrogantes cuando se dan cuenta que es su momento de presumir.

—Son dos hectáreas, y las conseguí a muy buen precio. Linda con varias hectáreas de bosque que son propiedad privada de un hombre que

ahora vive en el Reino Unido, así que nadie va a construir detrás de nosotros en un futuro próximo.

—Mierda. Apuesto a que es algo complicado desde una perspectiva para la seguridad.

Se encoge de hombros.

—No está tan mal. Tenemos patrullas que vigilan regularmente el límite de la propiedad, y hace poco hemos puesto algunas cámaras y detectores de movimiento en el bosque.

Osip se ríe.

—Si a eso le añadimos el arsenal de la puerta principal, estamos jodidamente seguros aquí.

Me rio con ellos.

—Sí, me di cuenta que iban bastante bien armados cuando entramos. Nunca se está demasiado seguro. Puede que Estados Unidos no tenga tantos problemas con el crimen organizado como Moscú, pero nunca se es demasiado precavido. Tu mujer vive aquí.

Refunfuña y me lanza una mirada de *dejémonos de gilipolleces*.

—Creo que los dos sabemos que me importa una mierda Oksana, que lo más probable es que ahora mismo esté desmayada en la cama después de esnifar demasiada coca. Pero sí me importan otras cosas.

—Bueno, tu hermano también está aquí —le digo, haciéndolo reír.

—Osip puede cuidar de sí mismo. Estoy hablando de mi mascota.

Me cuesta todo lo que tengo no reaccionar.

—¿Te refieres a la mujer que me ofreciste?

—No, que le jodan, hablo de la mascota que adquirí hace casi dos años.

—Eso es mucho tiempo. Debe ser muy especial.

Suelta una malvada carcajada que me hiela la sangre.

—Lo es. —Suelta un suspiro ante algún recuerdo que está reviviendo—. Era tan jodidamente luchadora cuando la vi por primera vez en la fila para ser subastada, un jodido volcán que inmediatamente me puso la polla dura. La saqué de la fila y la reclamé como mía, y

domarla, Vitaly —dice con otro gemido—, joder, ha sido lo más divertido que he hecho nunca.

—No miente —dice Osip, sonriendo a su hermano—. Era como un puto niño en Navidad negándose a compartir su juguete favorito. Aunque no puedo decir que le culpe, es una puta belleza.

—Ah, vamos, no puedes contarme todo esto y no enseñármela. ¿Dónde está? —Miro por el despacho como si pudiera estar escondida en algún sitio. Cuando Konstantin duda, levanto las manos—. Prometo no tocar. Solo quiero echar un vistazo.

—Supongo que una mirada no estaría de más —dice finalmente—. Danil va a tardar un rato, y estoy seguro que a mi mascota no le importaría recibir visitas.

Se libran tantas pequeñas batallas en mi interior, pero me recuerdo a mí mismo que es en la guerra en lo que tengo que centrarme. No puedo darle una paliza, no puedo matarlo, y Danil y yo seguro que no podemos luchar para salir de esta propiedad los dos solos. Hay muchas cosas que no puedo hacer ahora, pero al menos puedo echarle una mirada a Alina. Puedo confirmar que realmente es ella y que está viva. Solo espero que los dos podamos ocultar nuestras emociones cuando nos encontremos. Es un jodido gran riesgo, pero tengo que correrlo. La Alina que recuerdo es jodidamente lista, se dará cuenta rápidamente y sabrá qué hacer. Solo tengo que esperar que no esté tan destrozada que se rompa cuando me vea.

Sigo a Konstantin y Osip fuera de la oficina, memorizando el camino que tomamos a través de la gran casa. En la tercera planta, me conducen por un pasillo lateral. Los dos guardias apostados ante la última puerta dejan bastante evidente dónde la esconde. Se apartan al vernos, y cuando Konstantin abre la puerta y se vuelve a meter la llave en el bolsillo, respiro e intento prepararme.

No debería haberme molestado, porque nada podría prepararme para lo que tengo delante. Una mujer morena se acurruca en un rincón, desnuda, con los brazos apretados alrededor de las piernas y el tatuaje del ouroboros prominente en su pálida y delgada muñeca. Incluso metida en un pequeño ovillo, aún puedo ver los moratones y cicatrices que marcan su piel. Está por debajo de su peso, peligrosamente, y cuando nos oye entrar, levanta la cabeza y casi caigo de rodillas. Los ojos

verdeazulados de Alina me miran fijamente y, durante un breve segundo, veo reconocimiento y la desesperada esperanza en los suyos, antes de hacerle un breve gesto apenas perceptible con la cabeza. Ella lo ve, y me veo obligado a contemplar cómo ese breve atisbo de esperanza muere al apagarse de nuevo ante mis ojos.

Konstantin chasquea los dedos y, para mi horror, Alina se pone de rodillas, arrastrándose hasta él, deteniéndose ante sus pies. Su rostro está sonrojado por el pudor y mantiene la mirada fija en el suelo, delante de ella. Sé que le avergüenza ser vista así por mí, y lo único que quiero es quitarme el jersey, envolverla en él y llevarla de vuelta con su familia, pero no puedo hacerlo. Tengo que actuar como si estuviera disfrutando de esto, así que me muerdo el interior de la mejilla con tanta fuerza que me sabe a sangre y le dedico a Konstantin mi mejor sonrisa.

—Veo que la has adiestrado bien.

Él se ríe y acaricia su cabeza como si fuera un maldito perro.

—Tardé mucho en tenerla así, pero finalmente entró en razón. —Mirándola por encima del hombro, le aprieta el cabello con fuerza para acercarle la cara a la suya—. ¿No es cierto, mascota?

—Sí, señor —susurra, y el sonido de su voz después de todo este tiempo es desgarrador. La recuerdo reírse y bromear, y jamás sonó así. La ha reducido a la nada, y por mucho que le haya dicho a Matvey durante los dos últimos años que podremos recuperar a Alina y que estará bien una vez que lo hagamos, empiezo a pensar que tal vez me equivoqué, que tal vez arreglar a Alina no sea exactamente lo que yo creí que sería.

—¿Dónde la encontraste? —pregunto, esforzándome por mantener la voz neutra.

Sonríe, pero no le quita los ojos de encima.

—Mis hombres la atraparon en Moscú. Era tan jodidamente obstinada. Luchó como una gata salvaje e incluso consiguió romperle la nariz y arañarle la cara a otro hombre. Tiró el teléfono por la ventana y se negó a decirnos su nombre.

Konstantin le pasa un dedo por la mejilla.

—Pero al final cediste, ¿verdad, Nadia Nikitina?

Por un momento, estoy demasiado aturdido para hacer otra cosa que tomar aliento. Utilizó el apellido de Matvey como propio. Cuando la secuestraron, todos usábamos Melnikov como apellido, pero Nikitin es el verdadero apellido de Matvey y ella adoptó la forma femenina como propio. Los ojos de Alina se clavan brevemente en los míos antes de apartar la mirada, y espero que en ese breve segundo haya podido ver lo jodidamente orgulloso que estoy de ella. Luchó, tiró su teléfono para que no pudieran obtener información sobre ella y dio un nombre falso, todo para proteger a su familia. Ahora mismo es mi maldita heroína.

Sé que no hay forma alguna que me dejen a solas con ella, estoy desesperado por hacerle saber que vendremos a por ella, que nunca hemos dejado de buscarla.

—Tendrás que traerla una noche a mi club —le digo, forzando una sonrisilla fácil en mi rostro—. A mis hermanos les encantaría ver cómo la has destrozado.

Konstantin se ríe y gira la cabeza para mirarme.

—No creo que a tus hermanos les interese lo mismo que a mí. He oído que Roman tenía una mascota, pero ahora solo parece interesado en su mujer. Lo mismo ocurre con tus otros hermanos. Simplemente se casan con sus mascotas.

Los ojos de Alina se llenan de dolor, mientras Konstantin y Osip sueltan una dura carcajada. No soporto que piense algo que no es cierto, así que me rio y le digo:

—Bueno, no todos los hermanos. Matvey sigue soltero.

Al oír su nombre, Alina se muerde el labio inferior y sus ojos se tornan vidriosos. Sé que está luchando contra las lágrimas, y lo último que quiero es meterla en un lío, así que sigo hablando, intentando dirigir la atención hacia mí en lugar de hacia ella.

—Sin embargo, le interesaría conocer a Nadia —le digo—. Es un hijo de puta quisquilloso, supongo que ella le llamaría la atención.

Cuando veo que Konstantin aprieta la mandíbula, me rio y le doy una palmada en el hombro.

—Puramente para admirarla desde la distancia está claro —le digo—. Simplemente pensé que te gustaría exhibirla un poco. Diablos, si me perteneciera, lo haría.

Piensa en lo que he dicho mientras vuelve a empuñarle el cabello, haciendo que sus ojos llorosos parezcan debidos al dolor físico en lugar del dolor emocional que realmente los está causando. Duda si sacarla en público, pero su ego se lo ruega.

—No estoy seguro respecto al Pink —dice finalmente—. El club es tuyo, pero no está tan ligado a lo que hacemos como lo está el Red Viper.

—Me he esforzado mucho por mantenerlos separados —convengo—, pero el Red Viper suena perfecto. De hecho, mis hermanos y yo estábamos pensando en ir allí este viernes. Hace tiempo que no vamos y, la verdad sea dicha —digo riéndome—, mis hermanos necesitan jodidamente desfogarse. Están tan liados con esposas y embarazos que creo que se están olvidando de cómo divertirse.

Konstantin se ríe y me mira.

—¿Y tú? ¿Ya te sientes asfixiado por la vida de casado?

Me encojo de hombros y sonrío.

—Tu hermana me mantiene satisfecho, pero —digo, forzando una carcajada—, no estoy seguro de estar hecho para la monogamia.

—Dios, ¿quién coño lo está? —pregunta Osip—. No me imagino follándome el mismo coño una y otra vez durante el resto de mi maldita vida.

Quiero decirle que probablemente podría hacerlo, ya que morirá dentro de dos días, pero no lo hago. Estoy demasiado ocupado disculpándome interiormente con mi perfecta esposa por la mierda que me veo obligado a decir.

—Perfecto, se lo haré saber a mis hermanos. —Sabiendo que están a punto de sacarme de la habitación, me agacho para encontrarme con los ojos de Alina y le dirijo una sonrisa que espero aparente fría y calculadora en lugar de miserable y desconsolada—. Te veré muy pronto, Nadia. Mis hermanos y yo lo estaremos deseando.

Me resulta difícil no apartar la mirada ante el dolor de sus ojos, pero no lo hago. Mirarla en este momento es lo mínimo que puedo hacer. Apartar la mirada de su miseria porque me duele no es una opción. No puedo sacarla de aquí ahora mismo como quisiera, pero puedo dejar que vea en mis ojos la promesa de saber que volveremos a por ella.

La angustia y desesperación absoluta que pende de su frágil cuerpo me asusta de cojones, porque después de todo lo que ha sufrido, me niego a creer que Konstantin la haya roto realmente. No le permitiré la puta satisfacción de destruirla.

Justo antes de incorporarme, la comisura de sus labios se eleva en un movimiento tan leve que sería fácil pasarlo por alto, pero lo reconozco inmediatamente. Es una alusión a la sonrisita traviesa que siempre me dedicaba cuando se metía en líos, la misma que recuerdo hacerme el día que cumplió dieciocho años, cuando insistió en tomar una copa. Tan rápido como aparece, desaparece, pero es suficiente. Sé que está ahí dentro, que una parte de ella es consciente que vendremos por ella.

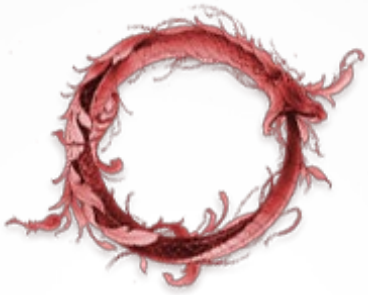
—Vuelve a tu puto rincón, mascota —le grita Konstantin, y ella agacha rápidamente la cabeza y se escabulle hacia el rincón en el que estaba cuando entramos por la puerta. La habitación está vacía, solo hay un colchón en un rincón, pero algo me dice que no puede descansar en él. No hay mantas, ni almohadas, nada que le proporcione el más mínimo consuelo, y una parte de mí muere en esa habitación cuando tengo que darme la vuelta y salir, dejándola desnuda y sola.

Una vez abajo, acepto el ofrecimiento de una copa y me la bebo rápidamente esperando a Danil. Cada segundo me parece una hora, hasta que, finalmente, acaba con Casimir, me mira e inventa una excusa para que nos vayamos.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta tan pronto como subimos al todoterreno y arranco por el camino de entrada.

—Danil, la he visto y hay un jodido cambio de planes. Estará en el Red Viper este viernes, vamos a ir a por ella y a matar a todos esos hijos de la grandísima puta.

CAPÍTULO 15



Katya

Cuando Vitaly llega a casa ya estoy en la cama. He estado preocupándome sin cesar por él, intentando perderme dibujando y luego viendo una película, pero nada funcionaba, así que decidí tumbarme y esperar. Cuando veo la expresión de su rostro, me alegra haberlo hecho. Nunca le había visto tan atormentado, y me pongo en pie en cuestión de segundos, cruzo la habitación y le rodeo con los brazos.

—¿Qué ha pasado?

Me rodea con los brazos, apretándome tanto que apenas puedo respirar, pero no me aparto. Dejo que me abrace como tiene que hacerlo. Entierra la nariz en mi cuello y respira entrecortadamente.

—Te necesito —gime contra mi piel. Empiezo a preguntarle qué pasa, pero me coge en brazos y me lleva de vuelta a la cama—. Por favor, *ptichka*. Te juro que te lo contaré todo, pero ahora mismo necesito sentir

algo dulce, algo bueno, porque siento que no puedo respirar, joder, y tú eres lo único que puede ayudarme.

Unas manos ásperas y marcadas suben por mis muslos, empujándome la camiseta hacia arriba antes de engancharse bajo mis bragas y bajármelas. A continuación, me arranca la camiseta antes de desnudarse rápidamente y acercar su cuerpo al mío.

—Te quiero tanto, maldita sea —susurra contra mi piel, ahuecando uno de mis pechos mientras se coloca entre mis muslos.

—Yo también te quiero. —Acojo su rostro en mis manos y lo beso—. Estoy aquí, Vitaly. Estoy aquí, y no voy a ir a ninguna parte.

Se desliza dentro de mí con un gemido profundo y masculino, y entonces sus labios están sobre los míos y me besa como si nunca tuviera suficiente, como si fuera un moribundo y yo su salvación. Cada movimiento de sus caderas es duro y profundo, pero hay tanto amor en la forma en que me besa y me toca. Con cada caricia de sus dedos y cada pasada de su lengua por los míos, se está recordando a sí mismo que estoy aquí, que estoy segura y que soy suya.

Me pierdo en él tanto como él se pierde en mí, y cuando me corro, se libera al mismo tiempo para que nos rompamos juntos. Su beso se suaviza, pero no se retira. Sigue besándome a medida que se ablanda dentro de mí. Le rodeo con las piernas, le paso los dedos por el cabello y dejo que me bese todo el tiempo que necesite.

—Odio a tus putos hermanos —murmura contra mis labios entre beso y beso—. Odio comportarme como un imbécil pervertido cuando estoy cerca de ellos. Odio tener que decir cosas horribles que no pienso y te falten al respeto, y odio, maldita sea, no haber podido matarlos esta noche.

El dolor en su voz me hace rodearle con mis brazos en un fuerte abrazo.

—La he visto esta noche —susurra—, y después he tenido que venir aquí y decirle a Matvey que la había visto, desnuda, demasiado delgada y cubierta de moratones, y después tuve que decirle que ella les había contado que su apellido era el de él, que a pesar de lo asustada que estaba, se había aferrado a Matvey de la única forma que podía.

—Lo siento mucho. —Lo beso y lo abrazo más fuerte—. Lo siento mucho.

—Los mataremos dentro de dos días, *ptichka*.

Mi cuerpo se pone rígido al oír esas palabras. Sabía que iba a ocurrir, pero no esperaba que fuera tan pronto. Mis hermanos me importan una mierda, pero pensar que la vida de Vitaly corre peligro me pone enferma.

—¿Harás algo conmigo mañana?

—Cualquier cosa —me apresuro a decir—. Haría cualquier cosa por ti.

Cuando no dice nada, se limita a darnos la vuelta y a taparme el culo con las mantas, levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—¿No vas a decirme qué es?

Sonríe y esta vez casi le llega a los ojos.

—Es una sorpresa.

Me pasa las manos por el cabello y suavemente inclina mi cabeza hacia su pecho.

—Duerme un poco, cariño.

—¿Así? —Riendo ya que sigue enterrado dentro de mí.

—Así. —Me da un suave apretón en el culo—. Te necesito cerca esta noche.

Le beso el pecho y me acurruco contra él, encantada porque Vitaly se siente lo bastante cómodo conmigo como para mostrar su lado vulnerable. Se me cierran los ojos cuando me acaricia la cabeza, jugando con mi cabello hasta que ya no puedo luchar contra el sueño.

El sonido de Vitaly paseando por nuestra habitación me despierta a la mañana siguiente. En cuanto ve que abro los ojos, se acerca y me da un beso. La sonrisa que lleva esta vez le llega definitivamente a los ojos, y se la devuelvo sin dificultad.

—¿Vas a decirme qué es esa cosa? —pregunto, alzando los brazos para estirarlos.

Sus ojos recorren mi desnudo cuerpo, y deja escapar un leve gruñido apreciativo antes de encontrarse con mis ojos y arrodillarse a un lado de la cama. Me besa el vientre y me mordisquea la piel antes de levantar la cabeza y cogerme la mano.

—Quiero que vuelvas a ponerte el vestido de novia para mí.

—¿Qué? —Es tan inesperado que tardo un segundo en procesarlo—. ¿Por qué?

—Porque la primera vez que te lo pusiste te obligaron, y las fotos de nuestra boda son el material propio de las más tristes pesadillas. Parece como si fueras a echarte a llorar, y en la única foto que tenemos en la que me miras, bueno, digamos que me sorprende que no me cortaras el cuello mientras dormía aquella primera noche.

Me rio, meneando la cabeza.

—Lo siento. Te tenía tanto miedo.

—Lo sé, cariño. —Acaricia mi rostro y me inclino hacia el tacto áspero de su mano que he llegado a anhelar—. Pero quiero fotos felices de nosotros para poder colgarlas en la pared. Estoy cansado de salir del ascensor y ver las fotos de boda sonrientes de los demás, pero no las nuestras.

—Si hubiera sabido que eras tan blandito, Vitaly, no habría salido tan asustada en esas fotos.

Se ríe y me da un suave mordisco en la cadera.

—Te culpo por eso. Yo nunca había sido blandengue. —Me lanza una mirada malvada—. Y nunca soy blando donde importa.

—Muy cierto —convengo—. Es una de las muchas cosas que me encantan de ti.

Sonríe, me tiende la camiseta y las bragas de anoche y la bata.

—Póntelas, cariño. Primero desayunaremos y luego nos vestiremos para las fotos. El fotógrafo llegará dentro de dos horas.

—¿Fotógrafo?

—Bueno, ya, no voy a dejar que mis hermanos saquen fotos con sus malditos teléfonos. Lev siempre está cortando cabezas, y las de Roman nunca salen enfocadas.

—Danil es un genio de la informática. Estoy seguro que podría hacer una foto decente.

—Oh Dios, no te atrevas a decirle que lo haga. Estaremos atrapados en una pose durante horas mientras intenta que todo salga perfecto y luego

querrá añadir efectos. Estaremos celebrando nuestro décimo aniversario de boda cuando haya terminado y esté satisfecho.

Todavía me estoy riendo cuando salimos de nuestra habitación. Los demás no están, así que tenemos la cocina para nosotros solos. Vitaly nos prepara unas tortitas en el microondas y yo preparo el café. Me guiña un ojo cuando me pone delante un vaso de zumo de naranja y unas bayas frescas. De repente se ha preocupado mucho por mi ingesta de ácido fólico, y si cree que está siendo astuto, se va a llevar una sorpresa. Es como si me pusiera un test de embarazo delante de las narices. No le digo que Jolene tenía uno de más que me dio el otro día. Pero aún no me lo he hecho. Está escondido en el cuarto de baño, esperando a que me atreva a mear en él.

Después del desayuno, Vitaly coge el esmoquin que se puso el día de nuestra boda y me da un beso enorme.

—Baja cuando estés lista.

—¿Te vas?

Se ríe con facilidad cuando me da una palmada en el culo y me besa la punta de la nariz.

—Por mucho que me gusten las fotos con tu pelo de *me acaban de follar bien duro* y esa sonrisa dulce y chulesca que me pones después de correrte, quiero fotos que no te dé vergüenza enseñar a nuestros hijos.

Sin esperar respuesta, me da otra palmadita en el culo y sale de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Sacudo la cabeza y me rio mientras me dirijo al baño. Mi vida ha cambiado tan drásticamente que a veces todavía me sorprende. Enciendo la ducha y me pongo bajo el agua caliente, dándome cuenta de lo diferente que es esto del día de nuestra boda. Aquella mañana me había preparado con pavor. Estaba aterrorizada por el hombre con el que estaba a punto de casarme y muerta de miedo por lo que me harían mis hermanos si la cagaba de alguna manera. Esperaba un monstruo, pero Vitaly ha sido mi salvador en todos los sentidos que necesitaba. Me ha enseñado cómo se siente el amor verdadero. No tenía ni idea de cuánto lo necesitaba hasta que él me entregó su corazón libremente y destrozó mi mundo. Mi marido es un gran fanfarrón, pero es un gran blandengue cuando se trata de mí, y no podría estar más contenta. He estado rodeada de suficientes gilipollas

como para que me duren toda la vida. Me vendría bien un poco de dulzura en mi vida.

Me tomo mi tiempo para prepararme, y esta vez, cuando me pongo el vestido de novia, tengo una enorme sonrisa en la cara. Como ya estamos casados, llevo el tupido velo recogido, y cuando me pongo los tacones y salgo del cuarto de baño, Vitaly me está esperando. Su rostro se ilumina en una de sus enormes sonrisas cuando me recorre con la mirada.

—Pensaba que ibas a esperar abajo.

El esmoquin que lleva le queda tan bien como lo recordaba, y cuando encoge sus anchos hombros, mi deseo de arrancarle los botones de la camisa y cabalgarlo con fuerza es muy, muy fuerte.

—Seguro que no me mirabas así el día que nos casamos, *ptichka*. —Se acerca más y toma mi rostro entre sus manos—. Parecías tan malditamente asustada cuando te encontré en el baño.

—Pensé que harías estragos conmigo —admito. Aunque ahora me parecería bien.

Sonríe, pero parece triste al recordarlo.

—Siento que tuvieras tanto miedo y que no pudiera decirte la verdad sobre todo desde el principio.

—Está bien. Todo ha salido bien, ¿cierto?

Su dedo recorre una suave línea por mi cuello.

—Así ha sido, cielo, mejor de lo que jamás podría haber imaginado.

Mete la mano en el bolsillo y saca una caja negra de terciopelo.

—Elegí nuestros anillos, pero entiendo si prefieres elegir otra cosa.

Le detengo antes de continuar, apretando los dedos en un puño ante la mera mención de mi anillo desapareciendo de mi dedo.

—Me encanta este anillo.

Me coge la mano y me besa el dorso.

—Me alegra que te guste. Aunque lo elegí antes de conocerte, sigue siendo exactamente el mismo que elegiría hoy. Simplemente te queda bien.

Miro los preciosos diamantes rosas y blancos, sabiendo que tiene razón. Es perfecto. Me tiende de nuevo la caja.

—Pero quería regalarte algo más, algo especial para recordarte que volvería a casarme contigo en un segundo. Siempre te elegiré a ti, *ptichka*, una y otra vez. No hay nadie más con quien quiera pasar mi vida. Te quiero, Katya.

Abre la caja y me enseña el precioso collar de diamantes que hay dentro. Suelto un jadeo ahogado y lo miro a los ojos.

—Que conste que antes que me enseñaras este collar ya pensaba decirte que te quiero y que también te elegiría una y otra vez.

—Ajá —dice con una suave carcajada—. Creo que los dos sabemos que solo me utilizas por mi polla y por los diamantes que te compro.

—Evidentemente. Definitivamente deberías continuar con ambos.

Me dedica una sonrisa sexy.

—No es lo único que voy a seguir haciendo.

Se me escapa una risa con su broma cursi y me ayuda a colocarme el collar. Haciéndome girar, me lleva hasta el espejo, y mis manos se alzan inmediatamente para tocar los diamantes.

—Sabes que lo de las joyas es broma, ¿verdad? No necesito nada de esto. Solo te necesito a ti.

Acerca su rostro al mío y me mira a los ojos en el espejo.

—Pero no bromeas con lo de utilizarme por mi polla, ¿eh?

Muevo el culo contra él.

—Sabes lo mucho que me gusta tu polla. No puedo disculparme por ello, aunque te prometo que no es lo único que me gusta de ti.

—Suficiente para mí —me dice riéndose y besándome el cuello—. Pórtate bien hoy y tal vez, solo tal vez, consigas lo que tanto te gusta más tarde.

—Ya me siento mejor.

Se ríe de mi tono y se incorpora de nuevo, tendiéndome el brazo.

—¿Estás lista para hacer unas fotos?

Le cojo del brazo y le sonrío. Vamos a agregar nuestras caras a la pared.

Bajamos juntos, y nada más ver a sus hermanos con sus esmóquines y a sus mujeres con los vestidos que llevaron en nuestra boda, empiezo a emocionarme.

—No te atrevas, cariño —me advierte con una sonrisa—. Fotos felices, ¿recuerdas? Si quisiera fotos tuyas llorando, podríamos haber utilizado las originales.

—Pero son lágrimas de felicidad —argumento.

—Eso es imposible de saber con una maldita foto. Parecerá que estás sollozando ante la idea de ser mi esposa, y mi ego no puede soportarlo.

—No, no puede —dice Lev, acercándose y dándole una palmada en la espalda a su hermano antes de darme un abrazo—. Nos alegramos mucho que formes parte de la familia, Katya.

Apenas tengo tiempo de devolverle el abrazo antes de ser pasada por la fila, abrazada y bienvenida a esta familia que he llegado a querer tanto. Intento por todos los medios mantener la compostura, pero cuando los últimos brazos que me abrazan son los de Matvey, pierdo la batalla.

—Así se hace, Matvey —me dice Vitaly, pero no hay ni rastro de ira en su voz.

—Lo siento, hermano. —Su voz gravosa está cerca de mi oído, y cuando dice en ruso—. Gracias, Katya. Nos has ayudado a encontrar a Alina, y nunca lo olvidaré —Pierdo completamente la batalla y empiezo a llorar a lágrima viva.

—De todas formas, vamos a enmarcar estas fotos —refunfuña Vitaly—. Las estamos ampliando y enmarcando justo delante del maldito ascensor para que todo el mundo pueda ver lo feliz que es mi mujer.

Matvey me da una suave palmada en la espalda antes de apartarse. Vitaly me explicó lo del fuego y sé que no le vuelve loco el contacto físico, significa mucho para mí que deje eso a un lado para darme un abrazo. Me encuentro con sus ojos oscuros y sonrío.

—Estoy deseando conocerla.

Asiente suavemente con la cabeza, el dolor y la tristeza que siempre arrastra vuelven a sus ojos y, sin decir nada más, retrocede para que Vitaly pueda ponerse delante de mí.

—Muy bien, *ptichka*, sécate y prepárate para parecer absolutamente encantada de ser mi esposa.

Me rio al tiempo que me limpia suavemente las lágrimas.

—Tienes suerte de haberte puesto rímel resistente al agua, porque voy en serio con lo de ampliarla y enmarcarla.

La idea de tener una enorme foto mía con líneas negras recorriendo mi rostro, vestida de novia junto a Vitaly como centro de atención para cualquiera que salga del ascensor me hace reír tanto que casi empiezo a llorar de nuevo. Vitaly sacude la cabeza.

—No voy a poder llevarte a ninguna parte, preciosa. Eres un desastre. —Mira a Lev—, creía que habías dicho que las esposas eran fáciles de controlar.

Lev suelta una carcajada y levanta una ceja perforada hacia Vitaly.

—Menudo cabronazo estás hecho —Vuelve a mirar a su mujer y levanta las manos—. Te juro que nunca he dicho eso, *malinkaya.*

Por la sonrisa divertida de mi marido, es evidente que se está inventando cosas y, por fortuna para Lev, Jolene se da cuenta. Se ríe y sacude la cabeza ante su cuñado, claramente acostumbrada a sus artimañas.

Vitaly se ríe y hace un gesto al fotógrafo, que ha estado esperando pacientemente junto a la isla de la cocina. El hombre coge su equipo y se adelanta.

—Estamos listos cuando tú lo estés —le dice Vitaly—. Asegúrate de captar lo increíblemente enamorada que está mi mujer de mí.

El hombre sonríe, pero el pobre parece aterrorizado ante los tatuados rusos que tiene delante. No sé qué le dijo Vitaly cuando lo contrató, pero sea lo que sea ha provocado un ligero temblor en las manos del tipo cuando coge su cámara y un temblor en su voz cuando nos da instrucciones.

—Le has dado un susto de muerte —le susurro a Vitaly—. Ahora todas nuestras fotos van a salir borrosas porque no puede mantener las manos firmes.

Vitaly piensa en lo que he dicho y se vuelve hacia el fotógrafo.

—No la cagues.

La advertencia en su voz me hace sacudir la cabeza.

—Eso no va a servir de nada.

Vitaly me guiña un ojo.

—¿No te parece? El miedo es un maravilloso factor de motivación.

Cuando le enarco una ceja, suspira y dice en un tono mucho más suave.

—Si lo haces bien, hay una gran prima para ti.

El tipo se anima y, cuando vuelve al trabajo con las manos mucho más firmes, sonrío a Vitaly.

—Te lo dije —le susurro.

—Listilla —me susurra.

Justo cuando le miro y me rio, el fotógrafo empieza a hacer fotos. La hora siguiente pasa mucho más rápido de lo que hubiera pensado. Hacemos varios posados, pero lo que realmente quiero ver son las fotos espontáneas que sigue sacando. Cuando Vitaly está convencido que se han hecho suficientes fotos, le veo pasar un sobre al fotógrafo, que ahora sonríe como si fuera el mejor trabajo que ha hecho en su vida.

Cuando se va, miro a mi nueva familia. Están sentados, vestidos de etiqueta, haciendo todo esto por nosotros cuando sé que están preocupados por lo de mañana por la noche. A pesar de ello, se han tomado la molestia de posar para las fotos para que Vitaly y yo podamos tener fotos que signifiquen algo para nosotros.

—Muchas gracias por hacer esto —les digo.

—Nos ha encantado —se apresura a decir Emily. Su barriga de embarazada empuja contra el vestido, y la mano de Roman se apoya en ella—. Cualquier excusa para vestirme y sentirme guapa ahora mismo me parece bien. En este momento me siento como un elefante torpe.

Ella se ríe y Roman besa su mejilla.

—Eres el maldito elefante más sexy que he visto nunca.

Ella se ríe aún más y le da unas palmaditas en la mano.

—Creo que eso habría sonado mejor en tu cabeza.

—¡Qué bonito! —le toma el pelo Vitaly.

Roman se ríe.

—¡Ya sabes lo que quiero decir! No eres un elefante, *solnishka*. Estás embarazada, eres hermosa y perfecta.

—Buena salida —dice Danil riéndose. Besa a su mujer y tira de ella más cerca mientras ella apoya la cabeza contra él. Le susurra algo al oído, y cuando ella sonríe y asiente con la cabeza, él vuelve a mirarnos a todos—. Ya que hoy estamos de celebración, queríamos que supierais que esta mañana nos hemos escapado a una ecografía.

—¿Ah, sí? —Jolene se inclina hacia delante desde donde está sentada en el regazo de Lev. Cuando Danil y Simona se callan, ella dice—. Me estáis matando. ¿Qué han dicho?

Simona se ríe y mira a Danil.

—Díselo tú.

Mete la mano en la chaqueta del esmoquin y saca una foto de la ecografía.

—Dios mío, otra vez esto no —murmura Vitaly—. No podemos jugar a *detectar el diminuto pene* nuevamente, Danil, porque sabes que a todos se nos da fatal.

Se ríe ante mi mirada confusa.

—Roman y Emily intentaron que lo adivináramos, pero el pene de su hijo es tan pequeño que es imposible verlo.

—No ha terminado de crecer —grita Roman sin dejar de reírse.

—¿Y qué vas a tener? —pregunto mirando a Simona.

Ella sonríe.

—Vamos a tener un niño, así que pintarás muchas criaturitas del bosque en vez de duendecillos y unicornios rosas.

—Estoy impaciente. —Me acerco y le doy un abrazo cuando todos les felicitamos. Ya estoy planeando las ardillas alborotadoras y la simpática familia de mapaches que quiero poner en las paredes de la habitación del bebé.

Danil coloca la foto de la ecografía en la nevera, junto al hijo de Roman, mientras Vitaly se inclina más y susurra:

—Me pregunto qué tendremos.

—Presuntuoso —le susurro, haciéndole reír.

—Por favor, tesoro, te he llenado de suficiente semen para que sea una certeza. La arrogancia no tiene nada que ver.

No se equivoca, así que sonrío y le acaricio la mejilla, aunque eso le hace regodearse aún más. El hombre es insufrible, pero de algún modo eso hace que le quiera aún más. Los demás nos sorprenden con una tarta y, cuando ya hemos comido demasiado, Vitaly me coge en brazos y me lleva arriba.

Me rio y le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Qué haces?

—Llevar a mi mujer a la cama. Me guiña un ojo.

—Voy a abrirte el apetito, y luego usaremos el regalo de Dominic e iremos a ese restaurante italiano.

—No tengo ni remotamente hambre —le digo.

—Ya sabes cuánto me gustan los retos. —Su sonrisa lo dice todo, y cuando me tumba en la cama levantándome el vestido, reconozco el brillo decidido de sus ojos. Es la misma mirada que tenía cuando me hizo desmayar.

Dejando al descubierto la parte inferior de mi cuerpo, se despoja lentamente de su esmoquin. Veo cómo sus manos desabrochan los botones, revelando los intrincados tatuajes y la piel bronceada que siempre me hacen la boca agua. La comisura de su boca se levanta en una mueca cuando ve que empiezo a retorcerme. Cuando está desnudo, estoy más que preparada para él.

Se acerca y recorre la cara interna de mi muslo con un dedo lleno de cicatrices. La aspereza de su piel mezclada con la suavidad de su tacto hace que mis caderas se balanceen pidiendo más.

—Me gusta esto —me dice, metiendo el dedo por debajo de la parte superior de encaje de mis medias—. Y esto. —Su dedo arrastra las bragas blancas de encaje a juego que pedí solo para él—. No durarán mucho, pero te quedan jodidamente sexys.

—No puedes romperme las bragas, Vitaly.

Se ríe fácilmente, pero no deja de acariciarme la raja.

—¿Tus prendas íntimas? Tu lenguaje sexy necesita algo de trabajo, *ptichka*, y puedo rasgarlos si quiero.

—Pero entonces me veré obligada a pasear sin ellos, y me dijiste que me azotarías el culo por eso —le recuerdo.

—Lo dije, sí. —Se inclina y me besa la cara interna del muslo—. En menudo lío te has metido.

Antes de poder argumentar que no soy yo la que me he metido en este lío, engancha los dedos bajo mis bragas y me las arranca de un fuerte tirón. Mi asombrado chillido se mezcla con el sonido de la tela al rasgarse.

—Ese es un par menos del que preocuparse.

Le gritaría por haberme estropeado unas bragas en perfecto estado, pero ya me está mordisqueando los labios del coño y me importa una mierda. Desliza las manos bajo mi culo, me agarra las nalgas y me levanta para enterrar la cara en mis pliegues sin dejar de mirarme. Me lame y me besa cada centímetro, y cuando pasa la lengua por mi dolorido clítoris, jadeo y me agarro el vestido.

Con sus ojos clavados en los míos, me lleva al límite y, cuando empiezo a caer, no afloja.

—Vitaly —jadeo, y sé que oye la advertencia en mi voz por su inocente *¿Hmm?* que me dedica.

—Es demasiado —jadeo, pero él me ignora y pasa la lengua por mi clítoris demasiado sensible.

Rompe el contacto el tiempo suficiente para decir:

—Esta es la noche de bodas que deberías haber tenido. En lugar de estar aterrorizada porque fuera a violarte, deberías haber estado en un estado constante de éxtasis. No deberías haber sentido nada excepto placer, y eso es lo que estoy compensando ahora mismo.

Sus dedos se clavan en mi culo, manteniéndome sujeta mientras vuelve a devorarme como si fuera lo mejor que ha probado en su vida.

—Quiero tu placer, esposa —gruñe, hundiendo su lengua en mí—. Quiero saborearlo y sentirlo en toda mi jodida cara. —Me da una lenta lamida por mi raja antes de rodear mi clítoris—. Cuando salgamos esta

noche, lo haré con tu sabor en mi lengua y el aroma de tu coño en mi piel. Todas las personas de ese restaurante sabrán que eres mía.

—Y todos sabrán que eres mío —le digo, pasándole las manos por el cabello cuando me da una suave succión en el clítoris.

—Solo tuyo —gruñe, dándome una succión más fuerte que hace que mi espalda se arquee sobre la cama. Cuando desliza dos dedos dentro de mí, vuelvo a estar al borde del abismo. Mi cuerpo tiembla bajo su agarre y no puedo moverme. No puedo hacer nada más que aceptar lo que quiere darme, y ahora está decidido a dármelo todo.

Cuando otro estremecimiento sacude mi cuerpo, se apiada de mí. Me besa el coño con una reverencia que parece que me esté adorando, se toma su tiempo, y solo cuando está satisfecho de haber tocado cada centímetro de mí, se levanta y se coloca detrás de mí para bajarme la cremallera del vestido. Me lo quita por la cabeza, dejándome solo el sujetador sin tirantes y las medias. Mis pezones se tensan contra el encaje blanco, y cuando se inclina para rodear uno con los labios, siento su semen en mi vientre.

Introduzco la mano entre nosotros y lo recorro con los dedos, cubriéndolo de su propia excitación, antes de empezar a trabajarlo desde la base hasta la cabeza. Su gemido profundo y masculino vibra contra mi pecho cuando acaricia mi pezón con la lengua antes de darle un suave mordisco. Tirando del encaje hacia abajo, deja mi pecho al descubierto y meciendo sus caderas contra mi mano.

—Me vuelves jodidamente loco. —Su voz está cargada de lujuria, y cuando acerca su mano a la mía, guiando la cabeza de su polla hasta mi raja, puedo ver las venas sobresaliendo a lo largo de su cuello y la tensión en su mandíbula. Apenas aguanta, esperando que se abalance sobre mí, pero no lo hace. Acerca su boca a la mía y me besa deslizándose lentamente en mi interior, y la sensación es celestial.

Nuestros cuerpos conectan tan fácilmente, el ritmo nos sale tan condenadamente natural, como si estuviéramos hechos el uno para el otro, un ajuste perfecto en todos los sentidos. El peso del collar de diamantes se apoya en el hueco de mi cuello cuando él se introduce en mí. Nuestros dedos se entrelazan cuando sujeta una de mis manos a la cama. Su otra mano acaricia mi rostro, profundizando el beso. Me pierdo completamente en Vitaly, como siempre, y cuando encontramos la

liberación, lo hacemos juntos. Nunca rompe el beso, ni siquiera cuando siente que mis paredes internas se estrechan a su alrededor y yo siento su pulso dentro de mí. Seguimos besándonos conforme se va ablandando, y tan pronto como es capaz, volvemos a hacerlo.

Nos pasamos todo el día en la cama, follando y riéndonos, y tratando por todos los medios de no pensar en mañana por la noche. Mañana todo puede cambiar, pero el hoy es nuestro y estamos decididos a disfrutar de cada segundo.

Cuando finalmente me ruge el estómago, me dedica una sonrisa triunfante.

—Ya era hora, cariño. Por un momento me has preocupado. No sé si habría podido aguantar otra ronda sin ingerir algunas calorías.

—¿Ya no puedes seguirme el ritmo? —bromeo, riéndome de su expresión horrorizada.

—Puedo seguirte el ritmo, *ptichka*. Solo he dicho que necesitaba algo de combustible para seguir.

Le doy una palmadita en el pecho.

—Sí, sigue diciéndote eso.

Se queda con la boca abierta, sorprendido.

—Nunca habría imaginado que la mujer asustada y tímida que me dijo 'sí, quiero' por primera vez se convertiría en esta diablilla deslenguada. He creado un maldito monstruo, eso es lo que he hecho, una descarada que constantemente suplica que le deje la huella de mi mano en su hermoso culito.

—Estoy bastante segura que no es eso para nada lo que estoy suplicando.

—Oh, sí que lo es, tesoro. Podrías estar agachándote y suplicando unos azotes.

Retrocedo un paso, negándome a girarme y enseñarle el culo desnudo cuando tiene ese brillo perverso en los ojos y una mano que ya se crispa ante la idea de marcarme la piel.

—¿Vas a alguna parte? —se burla, dando un paso hacia mí.

—Vamos a comer fuera. ¿Recuerdas?

—Tenemos tiempo suficiente, *ptichka*.

Me precipito al baño antes que pueda urdir un plan, pero no soy lo bastante rápida. Un brazo fuerte y tatuado rodea mi cintura, atrayéndome contra él.

—No puedes huir de mí, pajarito. Creo que has dicho algo sobre no poder seguirte el ritmo.

Se aprieta contra mí, dejándome sentir su dura longitud contra mi culo antes de agarrarme ambas manos y apretarlas contra la encimera que tenemos delante. Manteniendo sus manos sobre las mías, me da un suave mordisco en la oreja.

—Mírame, *ptichka.*

Levanto la cabeza, encontrándome con su mirada ardiente en el espejo a escasos centímetros de mi rostro.

—Quiero que veas cómo te demuestro que te equivocas.

Y lo hace. Dos veces. Las dos veces me hace mirar, y cuando la fuerza del orgasmo me hace bajar la cabeza, me coge del cabello y me levanta de nuevo, deseando que vea el éxtasis que tengo escrito en la cara, el éxtasis que *me* está provocando.

—Vale, vale, me he equivocado —jadeo cuando mis rodillas amenazan con ceder—. Puedes seguirme el ritmo.

Se ríe y besa mi mejilla.

—Avísame si alguna vez vuelves a necesitar un recordatorio. Estaré encantado de dártelo, dulzura.

—No creo que pueda andar. —Mis pechos están presionados contra la encimera, y lo único que me mantiene erguida es él todavía enterrado dentro de mí e inmovilizándome.

Con una risa dulce y engreída, me levanta suavemente, estrechándome contra su pecho.

—No necesitas andar, cariño. Me tienes a mí. Te llevaré encantado al restaurante y le diré a todo el mundo que le saqué todas las fuerzas a mi mujer.

La enorme sonrisa de su atractivo rostro deja claro que no tendría ningún problema en hacerlo. Acaricio su mejilla y lo beso.

—Creo que para cuando lleguemos estaré bien.

—Lástima. Lo estaba deseando.

—Me lo imaginaba.

Cuando empieza a llevarme al vestidor, vuelvo a mirar hacia el baño.

—¿No vamos a ducharnos?

—Joder, no. Vas a entrar ahí oliendo a mí, preciosa, y si empiezas a dudar de mi virilidad o de mi capacidad para hacerte gritar mi nombre en cuestión de minutos, el semen que gotea de tu coñito apretado será un buen recordatorio, ¿no crees?

Me besa, dejándome en mi lado del vestidor. Saco un bonito vestido negro y él emite un satisfactorio gruñido de aprobación y coge uno de sus trajes negros. Me besa el hombro cuando empiezo a vestirme y, una vez que ambos estamos listos, me estrecha contra él y entrelaza sus dedos en mi cabello.

—Te quiero —murmura contra mi piel—. Entraste en mi vida y la pusiste completamente patas arriba y cambiaste todas y cada una de las jodidas cosas que creí saber y querer, y me alegro tanto que lo hicieras porque no puedo imaginarme no tenerte en mi vida, cariño.

—Yo también te quiero. —Lo abrazo más fuerte y respiro su olor familiar y reconfortante—. Me has demostrado lo buena que puede ser la vida, y no quiero volver nunca a lo que era antes de conocerte. —Sacudo la cabeza ante ese pensamiento. No creo que sobreviviera.

Me sujeta por la nuca e inclina suavemente mi cara hacia la suya.

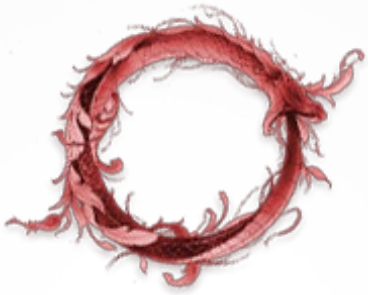
—Nunca tendrás que volver a eso, *ptichka*. Ahora eres mía y nunca te dejaré marchar.

Su beso es lento y dulce, cada roce de sus labios una promesa que siempre seré suya y que siempre me querrá y cuidará de mí, y le creo. Pase lo que pase, estamos juntos en esto, y no me gustaría que fuera de otro modo. Cuando enhebra sus dedos entre los míos y me saca del vestidor, sonrío y le sigo. A decir verdad, seguiría a este hombre a cualquier parte. Por una vez en la vida, mis hermanos hicieron algo bueno por mí, aunque no fuera su intención. Mi vida me llevó hasta Vitaly, y no cambiaría ni una sola cosa, porque tenerlo a él lo vale todo, y el resto de nuestras vidas compensará con creces la mierda que he

soportado. Prefiero tener un comienzo duro y un final dulce. ¿Y el nuestro? El nuestro va a ser jodidamente increíble.

Hate

EPÍLOGO



Katya

A LA MAÑANA SIGUIENTE

La luz de la madrugada arranca un quejido doloroso a Vitaly. Se tapa la cabeza con las sábanas y me rodea la cintura con el brazo.

—¿Dolor de cabeza? —Suelto una risita suave y beso el bíceps que estoy utilizando como almohada—. ¿Cuánto vino bebiste? Perdí la cuenta.

Me hace cosquillas en las costillas y me besa la nuca.

—Alguien tenía que disfrutar del regalo ilimitado de nuestro amigo italiano. Espero que a Dominic le salieran unas cuantas canas cuando viera la cuenta.

—Yo lo disfruté bastante con el plato gigante de pasta que pedí y el tiramisú que tomamos de postre.

Sus dientes me pellizcan el pliegue del cuello.

—Ese no es el postre que yo recuerdo.

Me ruborizo al recordar todo lo que hicimos en aquel restaurante.

—Sí, tendré que recordar que el vino tinto te pone aún más cachondo de lo normal.

Suelta una carcajada y desliza la mano hacia abajo, apretando posesivamente mi coño.

—Todo en ti me pone cachondo, *ptichka*. Se me pone dura nada más verte.

No miente. Siento la verdad de sus palabras presionando contra la raja de mi culo. La yema de un dedo roza ligeramente mi clítoris antes de apoyar la palma de su mano en la parte inferior de mi vientre.

—¿Quieres decirme por qué rechazaste anoche incluso un pequeño sorbo de alcohol?

—Estabas bebiendo suficiente por los dos.

Se me escapa una risa cuando rápidamente me tumba boca arriba y me envuelve bajo su desnudo cuerpo. Me roza la mejilla con la nariz y me inmoviliza las muñecas en la cama.

—Cielo, si no me dices lo que quiero saber, te cogeré en brazos, te llevaré al baño y te meteré el test de embarazo entre las piernas hasta que no tengas más remedio que hacer pis.

—No lo harías —le digo, deseando que no lo haga, pero sé la verdad antes de siquiera responderme con una malvada carcajada.

—Ponme a prueba, joder. Tengo todo el día. Supongo que cederás mucho antes que yo.

—¿Tienes un test de embarazo listo y esperando?

Levanta la cabeza mirándome a los ojos.

—Tres, en realidad.

Suelto una risita y sacudo la cabeza.

—¿Hablas en serio?

El suave encogimiento de hombros me da una pequeña muestra del lado vulnerable de Vitaly que supongo nadie ve salvo yo.

—No estaba seguro sobre cuál era el mejor, y pensé que tres es mejor que uno. —Me suelta las muñecas y me recorre el cuerpo a besos, deteniéndose cuando su boca está en mi abdomen—. Me estás matando, cariño. ¿Te has hecho la prueba?

—Lo hice —susurro, agachándome para pasar los dedos por su cabello oscuro.

—¿Y?

Sonrío ante su tono ansioso y la mirada impaciente que me dirige.

—Y será mejor que te pongas a salvo esta noche y vengas a casa conmigo, porque no tengo ningún deseo de criar sola a nuestro bebé.

La sonrisa que me dedica ilumina todo su rostro. Olvidada la resaca, se echa a reír cubriéndome el estómago de besos.

—Lo sabía —murmura contra mi piel. Sus ojos se encuentran con los míos cuando dice—. Vamos a tener un bebé. —Se ríe y añade—. Y no me estoy volviendo loco.

—¿Estás bien realmente? —Busco en su cara alguna pista de estar fingiendo su excitación, pero la expresión de su rostro es de pura alegría.

—Soy tan jodidamente feliz. —Sus dedos rozan mi piel, las ásperas cicatrices me recuerdan lo frágil y preciosa que es la vida, y me hago la promesa que jamás daré por sentado ni un segundo de nuestra vida juntos—. Nunca pensé que querría ser papá, pero ahora solo puedo pensar en lo emocionado que estoy por formar una familia contigo.

Me besa lentamente por todo el cuerpo.

—Estoy deseando ver cómo cambia tu cuerpo con el embarazo. Vas a estar preciosa llevando a nuestro bebé, *ptichka*. —Levanta la cabeza y me dedica otra gran sonrisa—. Y ya tenemos una mecedora.

—La tenemos. —Me da la risa su excitación.

—Puedo hacer tomas nocturnas para que duermas. Podemos comprarte un sacaleches de esos raros y llenar un montón de biberones.

—No voy a discutir eso. Tengo la sensación que acabaré agotada.

Atrapa mi rostro, besándome suavemente.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, cariño. Lo haremos juntos. A mi padre no le importé una mierda, y de ninguna manera voy a ser como él.

Nuestro bebé va a saber que se le quiere desde su primer aliento. Vosotros dos lo sois todo para mí.

Profundizo el beso cuando separa mis muslos y se desliza lentamente dentro de mí.

—Vuelve a nosotros, Vitaly —susurro contra sus labios—. Cueste lo que cueste, mantente a salvo y vuelve con nosotros.

—Siempre, *ptichka.*

Nuestros cuerpos encuentran un ritmo lento y lánguido. Cada caricia se siente durar una eternidad, golpeándome justo donde lo necesito hasta que todo lo que siento es una dicha abrumadora, envolviendo mi cuerpo y, dejándome sin aliento. Es suave conmigo, se toma su tiempo y me pasa los dedos por el vientre, recordándome con cada roce la pequeña vida que hemos creado.

Nunca me había sentido tan totalmente poseída en mi vida. Vitaly no solo me folla; posee cada maldito centímetro de mí. Me adora, pero al mismo tiempo siento adoración por él. No hay jerarquías en nuestro matrimonio. Ambos caemos ante el otro, y no me gustaría que fuera de otro modo. Mi marido me posee en cuerpo y alma, pero yo lo poseo a él con la misma plenitud. Todo el odio que creí sentir por él cuando supe por primera vez que teníamos que casarnos ha sido sustituido por un amor que sigue asombrándome. Es hermoso y cegador y lo más dulce que he sentido jamás, y nunca lo dejaré escapar.

Cuando los dos estamos agotados, Vitaly nos da la vuelta para que pueda apoyar la cabeza en su pecho. Beso la urraca que tiene tatuada en el pecho y él acaricia mi cabello.

—Para toda la vida, *ptichka* —susurra, haciéndome sonreír porque recuerda lo que le conté sobre los pájaros y por qué me encantan.

—Para toda la vida —acepto, porque nunca podría haber nadie más para mí que él—. ¿A qué hora saldrás esta noche?

—A las nueve.

Hay tantas cosas que quiero decir y preguntar, pero no lo hago. Permanezco callada con sus dedos recorriendo mi cabello, pero él, de todos modos, percibe lo preocupada que estoy.

—Te prometo que volveré contigo. Eres mi mujer, *ptichka*, mi *embarazada* mujer, y siempre encontraré el camino de vuelta a ti. Sabes lo peligrosa que es esta vida, no voy a mentirte y decirte que esta será la única vez que te preocuparás por mí, pero, por favor, intenta no hacerlo.

Se ríe suavemente y me besa la cabeza.

—En realidad soy muy bueno en lo que hago.

—Sé que lo eres, pero aun así me preocuparé. No puedo evitarlo. Te quiero demasiado para no hacerlo.

—Será fantástico tener a alguien junto al que volver a casa. Me muero de ganas por ver a un tierno pequeñín corriendo a saludarme.

Sonrío ante la imagen y beso su pecho. Puede que Vitaly no pueda darme una vida libre de delito, pero siempre supe que jamás tendría una de esas. Lo que me compensa con creces las veces que me preocuparé por él. Me concentro en el latido constante de su corazón e imagino el futuro que nunca soñé que podría tener.

Vitaly

Miro el rostro tranquilo de mi mujer, sabiendo que se va a enfadar por haberse quedado dormida. Está preocupada por esta noche y quiere pasar cada segundo conmigo hasta que tenga que irme, pero se adormece después de múltiples orgasmos y temo haberla agotado de nuevo. Sonrío al recordarla en la ducha, con su perfecto culo entre mis manos sujetándola contra la pared de azulejos y embistiéndola hasta que gritó mi nombre. Joder, solo el recuerdo de sus músculos internos apretándose a mi alrededor hace que se me ponga dura otra vez. Dios, me vuelve jodidamente loco.

Mis ojos recorren su vientre antes de subirle las sábanas para mantenerla caliente. No puedo creerme que vaya a ser papá, y sigo sin creerme el maldito vértigo que me produce esa idea. Sonriendo, le doy un

beso en la frente y la arropo antes de salir de nuestra habitación y bajar las escaleras.

Encuentro a Matvey en su habitación, paseándose frente a los ventanales que dan a la ciudad. Aún faltan unas horas para que se ponga el sol, y pronto la vista quedará iluminada por los rascacielos a lo lejos. Mis ojos recorren su habitación, fijándose en cómo ha mezclado las cosas de Alina con las suyas. Trajo la mayoría de sus cosas con nosotros cuando vinimos a América, y siempre lo ha tenido todo a mano, listo y esperándola para cuando vuelva.

—¿Te encuentras bien?

Se detiene y gira la cabeza para mirarme.

—No puedo permanecer sentado.

Lo veo empezar a pasearse de nuevo, con las manos apretándose y soltándose a cada paso.

—Ya lo veo.

—¿Y si no la trae?

—Lo hará. Quiere presumir de ella, y aunque no lo haga, eso no cambiará nada. Seguiremos el plan original y la atraparemos en la mansión. Sea como sea, la recuperaremos esta noche.

Se pasa una mano por el cabello y luego se rasca la barba incipiente que no se ha molestado en afeitar.

—Cuéntamelo todo otra vez.

Suspiro y me siento en el borde de su cama. Esta noche lo verá todo por sí mismo, así que no tiene sentido mentir. No obstante, sigo odiando hacérselo escuchar.

—No está en buen estado, pero podría ser mucho peor. Está muy delgada y con muchos moretones.

—¿Estaba desnuda? —pregunta, aunque ya sabe la respuesta.

—Lo estaba.

—¿Y la hizo arrastrarse?

—Sí.

Sus ojos oscuros se encuentran con los míos.

—¿Y de verdad le dio mi apellido?

—Sí. Tiró su teléfono para que no pudieran averiguar nada sobre nosotros, y tomó tu apellido.

—¿De verdad crees que estará bien después de todo esto?

Lo medito mientras se pasea y, sabiendo que no se merece menos que la verdad, le digo:

—No estoy seguro, Matvey. Ha sufrido malos tratos durante dos años, y eso es algo de lo que va a ser increíblemente difícil recuperarse del todo, pero he visto destellos de la antigua Alina, y eso me hace pensar que algún día podrá curarse de esto. Se animó al mencionaros a todos, y cuando pensó brevemente que te habías casado, parecía desolada y le entraron ganas de llorar.

Matvey gime y se vuelve hacia la ventana.

—Gracias por decirle que no lo había hecho. No soporto que piense ni por un segundo que podría estar con otra persona, que podría haberme olvidado de ella y seguir adelante. Joder, eso nunca iba a ocurrir.

—Cuando le dije que mis hermanos estarían muy interesados en verla, me dedicó una sonrisita. ¿Recuerdas la que solía esbozar cuando no se traía nada bueno entre manos?

Matvey se ríe suavemente.

—Sí, lo recuerdo. Me miró de ese modo cuando la saqué de aquel maldito bar el día de su cumpleaños. Le dije que necesitaba llevarla a casa y que no volvería a salir así vestida a la calle. Me dedicó una sonrisa burlona y me dijo que si no quería que lo llevara, tendría que sacárselo yo mismo.

Me rio porque me imagino fácilmente a Alina imponiéndose y obligando a Matvey a actuar de acuerdo con sus evidentes sentimientos hacia ella.

—Hace mucho tiempo que está enamorada de ti. Quiso ese vestido solo para llamar tu atención.

—No necesitaba vestirse así para llamar mi atención. Siempre la ha tenido, aunque cambiara con el tiempo. No sé cómo demonios pasó de ser la hermana pequeña de Roman a ser la mujer que no podía sacar de

mi maldita cabeza, pero lo hizo, y así ha sido desde entonces. Es la única mujer a la que he amado.

Suelta una dura carcajada y sacude la cabeza.

—Joder, hermano, es la única mujer a la que he permitido que me toque. No me molesta cuando lo hace. Con todas las demás, es como si se me metieran bichos en la puta piel. No puedo soportarlo, joder.

—Vamos a recuperarla, Matvey. Esta noche.

Asiente y mira por encima del hombro, girando el cuerpo lo justo para verme mejor.

—Pase lo que pase esta noche, prométeme que la sacarás, aunque eso signifique dejarme atrás.

Me encuentro con sus oscuros ojos, sabiendo que solo hay una respuesta que aceptará.

—Te lo prometo, pero no va a ocurrir. Saldremos juntos, todos nosotros.

—No es suficiente. Esto no es como el incendio, Vitaly. Esta vez quiero que me prometas que me dejarás ir, que la salvarás a ella así como a ti mismo. Tu mujer está embarazada y te necesita.

Cuando alzo una ceja hacia él, se limita a encogerse de hombros.

—Joder, estás que te sales con la noticia, y sé que te está matando no gritar a los cuatro vientos que has dejado embarazada a tu mujer.

—No estoy tan mal —digo en mi propia defensa.

—Sí, lo estás.

Me rio.

—Vale, puede que lo esté, y sí, estoy encantado que mi poderosa polla haya dejado embarazada a mi mujer en lo que tiene que ser un tiempo récord de follada.

Una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

—Entonces, prométemelo.

Aprieto ligeramente mi nuca y suelto un fuerte suspiro antes de volver a mirarle a los ojos.

—Te prometo que haré cuanto esté en mi mano para que Alina salga de aquí. —Cuando levanta una ceja oscura hacia mí, añado—. Pase lo que pase.

Cuando se convence plenamente de mi sinceridad, asiente suavemente con la cabeza y se vuelve hacia la ventana. Puede que él esté satisfecho con eso, pero yo no, así que, antes de irme, añado:

—Pero todos saldremos vivos, Matvey. Empezamos esto juntos y vamos a terminarlo juntos. Un puñado de cabrones van a morir esta noche, pero no vamos a ser nosotros. No pienso permitirlo, joder.

—Siempre fuiste un cabrón testarudo —murmura.

—Malditamente cierto —le digo, marchándome mientras él suelta una suave carcajada.

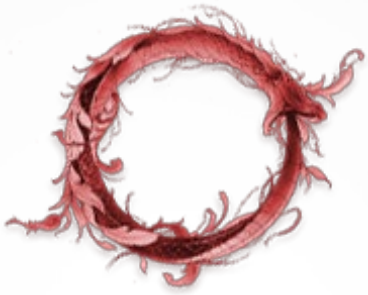
Vuelvo arriba con mi mujer. El tiempo que me quede, quiero pasarlo con ella. Mi *ptichka* llegó volando a mi vida y caí de culo, y estoy jodidamente contento porque lo hiciera. Admitiré con gusto lo equivocado que estaba, pero lo cierto es que nunca quise una esposa y una familia porque aún no la había conocido. Ninguna otra mujer me había tentado como ella. No tuve ningún problema en dejar que se marcharan, pero la idea que Katya se marche y no poder volver a verla nunca más me hace sentir como si no pudiera jodidamente respirar.

Mi mujer me tiene total y completamente atrapado, y no podría estar más feliz por ello. Me ha doblegado, aunque no es tan terrible. Es más fácil adorarla desde esta posición, y cuando mi cara se entierra entre sus piernas, hace la música más dulce. Deseando volver a oírla, sonrío y entro en nuestra habitación. Se ha sacudido las sábanas y ha abierto las piernas como si me estuviera esperando.

—Perfecto —susurro, acercándome a la cama. Me pregunto cuántas veces podré hacerla gritar mi nombre antes de tener que marcharme.

Hate

ESCENA EXTRA



Katya

RESTAURANTE ITALIANO

Aparcamos delante del restaurante y, cuando Vitaly se detiene ante el aparcacoches, miro el hermoso y antiguo edificio. El lugar es precioso. Parece que debería estar en la esquina de alguna calle empedrada de un pueblecito de Italia, y me rugen las tripas al pensar en toda la pasta y el pan que me esperan dentro.

—Pronto, cariño —me dice Vitaly, soltando una suave carcajada.

—Es culpa tuya que tenga tanta puñetera hambre —le recuerdo, pero no parece ni un poco culpable por todas las calorías que he quemado hoy en la cama. Tampoco es que me queje. Puede tenerme en la cama el maldito día que quiera, sobre todo si me da de comer pasta y tiramisú al final.

El aparcacoches me abre la puerta cuando Vitaly sale y entrega las llaves al hombre que espera junto a su puerta. Cuando rodea el coche y ve que el joven aparcacoches sigue cogiéndome de la mano, vuelve los ojos hacia él y le dice,

—Quizá quieras quitarle las manos de encima a mi mujer antes que me cabrees de verdad.

El hombre da un paso atrás y murmura una disculpa, soltándome rápidamente la mano. Miro a mi posesivo marido y sacudo la cabeza.

—Eres terrible. Casi le provocas un infarto al pobre.

—Tiene suerte que no le haya roto todos los huesos de la jodida mano, *ptichka*.

Me rodea la cintura con un brazo, me lleva a la puerta principal y deja claro que no va a disculparse por ello. Cuando entramos, nos recibe una mujer preciosa con el aspecto de haber salido de la portada del Vogue italiano. Sus ojos oscuros recorren a Vitaly de una forma que me dan ganas de arrancárselos de su perfecta cabeza. Al sentirme tensa, se acerca más, amoldando mi cuerpo al suyo antes de inclinarme la barbilla hacia arriba y besarme.

Mi marido no se avergüenza, así que para él un beso profundo a la entrada de un restaurante ridículamente caro y concurrido no le supone ningún problema. Yo, en cambio, me ruborizo cuando se retira. Al ver mis mejillas encendidas, se ríe suavemente y me muerde el labio inferior.

—Solo tuyos, nena —me recuerda—, pero tus celos son jodidamente adorables.

Cuando frunzo el ceño, me besa la punta de la nariz y se vuelve hacia la mujer, que ya no parece tan coqueta.

—Somos invitados de Dominic Alessi —le dice, entregándole la tarjeta con la nota manuscrita de Dominic.

Al mencionar el nombre de Dominic, la mujer se endereza rápidamente y se replantea su comportamiento anterior. Se transforma directamente en una auténtica recepcionista, hasta el punto de dedicarme una sonrisa amable antes de decir,

—Por supuesto. Todos los invitados del Sr. Alessi son siempre bien recibidos aquí. Síganme, por favor, y les llevaré a la mesa que él prefiere

cuando cena con nosotros. —Me dedica otra sonrisa de eres *mi nueva mejor amiga* y añade—. Es la más acogedora y con unas vistas increíbles. —Me guiña un ojo—. Muy romántica.

Miro a Vitaly y pongo los ojos en blanco. Él sonríe apoyando la mano en mi culo mientras seguimos a la mujer más allá de la sala principal, subiendo unas escaleras hasta un reservado privado con unas pocas mesas. Una pareja mayor está sentada en una de ellas y nos saluda con la cabeza cuando pasamos de camino a la mesa del rincón. Las ventanas se alinean en la pared, ofreciendo una vista asombrosa de la ciudad iluminada. La iluminación es tenue, lo que crea un ambiente tan romántico como prometió la recepcionista.

Vitaly me acerca una silla y se sienta a mi derecha. Me doy cuenta que ha apoyado la espalda en la pared para tener una vista del restaurante. Los viejos hábitos son difíciles de erradicar, y dudo que alguna vez pueda sentarse cómodamente de espaldas a extraños, del mismo modo que nunca podrá salir de casa sin un arma. Así es él y así será siempre, y me parece perfecto.

Cuando se va la recepcionista, se acerca nuestra camarera. Es joven y guapa, pero por suerte sabe leer la situación un poco mejor que su compañera de trabajo. Sus ojos se fijan en la forma en que la mano de Vitaly está sobre la mía, acariciándome la piel e inclinando su cuerpo hacia mí, y nos dedica a ambos una sonrisa amistosa sin una pizca de sensualidad.

Chica lista.

Vitaly coge uno de los menús, y el brillo perverso de sus ojos me hace reír.

—¿Vas a hacer que Dominic se arrepienta de esto, verdad?

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando. —Su tono inocente no me engaña, sobre todo cuando mira a la camarera y pide la botella de vino más cara de la carta.

Cuando me mira, le digo,

—Solo tomaré agua, por favor.

Ella se marcha mientras Vitaly me mira arqueando una ceja.

—¿Agua, eh?

Sonrío y me encojo de hombros. No quiero anunciar que estoy embarazada en un restaurante lleno de desconocidos, así que sonrío y me encojo de hombros. Lo deja pasar y prefiere llevar su mano a mi muslo.

—Guarda tus secretos por ahora, *ptichka*. Pronto te los sacaré.

Sus dedos se clavan en mi muslo, no lo suficiente como para hacerme daño, pero sí lo necesario para dejar claro que soy suya y que posee cada maldita parte de mí. Puede que la pierna esté pegada a mí, pero en realidad es suya, y ambos lo sabemos.

Inclinándose más, me besa el hombro y acerca su boca a mi oído.

—Dime, cariño, ¿sigues goteando mi simiente?

Me retuerzo en mi asiento. Sus palabras me provocan una oleada de calor, me contraen el coño y me recuerdan lo empapadas que están mis bragas. Él ve el rubor en mi piel y esboza una suave sonrisa.

—¿Están mojadas esas bonitas bragas tuyas de algodón, cariño?

—Sabes muy bien que sí.

Sonríe, complacido con mi respuesta, y desliza aún más su mano por mi muslo mientras la camarera deja su vino y mi agua. Ojeando el menú, sigue acariciándome el muslo, subiendo lentamente cada vez más.

—¿Sabes lo que quieres, *ptichka*?

La mirada inocente que me dirige, mezclada con la forma en que arrastra la punta del dedo por mis empapadas bragas, me acelera el corazón. Tanteo el menú, sintiendo que mi cara se pone aún más colorada. Sé que la camarera no es idiota y tiene que saber lo que está pasando, pero es una auténtica profesional y mantiene la cara seria y una expresión inocente. Sí, seguro que se lleva una buena propina.

Me decido por los tortellini y Vitaly sonríe y suelta una suave carcajada, diciéndole a la camarera que tomará la pasta con trufas, el plato más caro del menú con diferencia, y añade otra botella de vino.

Le sacudo la cabeza cuando se va la camarera.

—Dominic no volverá a invitarnos a cenar.

Se limita a reírse.

—Claro que sí. El hombre tiene mucho dinero y quería hacer algo bonito por nuestra boda, así que ¿por qué no permitírselo? Le calentaría

el corazón ver lo feliz que me está haciendo ahora mismo. De hecho —dice sacando el móvil y pulsando la cámara—, vamos a enviarle una foto.

Vitaly acerca su cara a la mía y levanta la botella de vino caro mientras ambos sonreímos y saca una foto.

—Seguro que se le saltan las lágrimas —me dice Vitaly, sin dejar de reírse al enviar la foto.

—Por varias razones, estoy segura.

Sin esperar respuesta, se guarda el móvil en el bolsillo y vuelve a centrar su atención en mí. Su dedo vuelve a deslizarse por mis bragas y se detiene en mi clítoris. Juro que ese hombre tiene línea directa con mi coño. Lo conoce mejor que yo y sabe tocarlo como un maldito virtuoso. No es justo que una persona sea tan hábil y atractiva. La población femenina no tiene ni una jodida oportunidad contra alguien como él.

Me pellizca suavemente el clítoris y suelta un suave gemido cuando mis labios se separan en un jadeo. Me agarro al borde de la mesa, resistiendo el impulso de echar un vistazo rápido a la pareja de ancianos que hay al final del reservado. No quiero saber si me están mirando. Lo último que quiero es establecer contacto visual con uno de ellos a la vez que Vitaly frota mi clítoris por debajo de la mesa. Ya es bastante malo cuando la camarera vuelve con nuestras ensaladas y me veo obligada a estudiar el mantel como si fuera la maldita cosa más interesante que he visto nunca. La risita socarrona de Vitaly no ayuda.

—¿Vas a burlarte de mí toda la maldita comida? le pregunto cuando se ha marchado.

—No. —coge tranquilamente el tenedor con la mano libre y pincha uno de los trozos de tomate—. Voy a follarte y a hacer que te corras antes que nos vayamos esta noche. —Me da un suave golpecito en el clítoris—. Considéralo tu aperitivo, cariño.

—¿Qué? —Esta vez sí lanzo los ojos alrededor, fijándome en las mesas llenas que hay por debajo de nosotros, las camareras que revolotean de mesa en mesa y la pareja que sigue compartiendo el reservado con nosotros—. No voy a tener sexo delante de toda esta gente, Vitaly.

—¿Estás segura de eso?

Lo fulmino con la mirada. —Sí.

Se ríe.

—Relájate, cariño. Nunca dejaría que nadie más viera lo que solo me pertenece a mí. Nos buscaré un sitio privado. —Asintiendo hacia mi ensalada sin tocar, dice—, Come. Vas a necesitar fuerzas.

Ensarto un trozo de pepino y me lo llevo a la boca.

—Buena chica —me dice con una voz que es puro pecado.

Se burla de mi coño entretanto comemos. Sus dedos bailan por el interior de mis muslos, me acarician los labios del coño y me frotan el clítoris, pero ni una sola vez intenta meterse dentro de mis bragas, ni siquiera cuando separo los muslos y le doy mejor acceso. Solo me dedica la misma sonrisa sexy y sigue provocándome.

Para cuando salen los platos principales, estoy cubierta de un ligero sudor y mis caderas se mecen en la silla.

—¿Estás bien, dulzura? Pareces un poco ruborizada.

Me tiende el agua con un guiño.

—¿Cuánto tiempo vas a hacerme esperar?

Su suave risa es como otra caricia en mi piel.

—¿Ahora el sexo en público no parece tan malo?

Pienso en lo que ha dicho y decido jugar con fuego.

—No lo es —admito—. De hecho, quizá me suba el vestido y me siente en la mesa ahora mismo.

Me levanta una ceja oscura.

—Cuidado, *ptichka*.

Le pongo mi mejor voz inocente y vuelvo los ojos hacia el hombre mayor que está compartiendo un postre con su mujer.

—¿Qué? ¿No crees que le gustaría el espectáculo?

Sus dedos se tensan en mi muslo, dejándome sentir la piel llena de cicatrices que me acelera el corazón. Inclinándome más, me paso lentamente la lengua por los labios, atrayendo su atención hacia mi boca.

—O tal vez me suba a tu regazo ahora mismo y tome de ti lo que necesite.

La comisura de sus labios se levanta en una diabólica sonrisita que hace saltar las alarmas en mi cabeza. Conozco esa mirada y sé al instante que mi plan ha fracasado. El fuerte pellizco de mi clítoris es la prueba de ello. Jadeo y suelto un gemido lo bastante fuerte como para llamar la atención de la otra pareja. Les dirijo una sonrisa incómoda antes de encontrarme con la cara divertida de Vitaly.

—¿Qué has dicho, tesoro? ¿Algo sobre dejar que otros hombres vean lo que solo me pertenece a mí?

Me da otro pellizco en el clítoris antes de apartarme bruscamente las bragas. Sus dedos recorren mis pliegues húmedos antes de volver a aferrarse a mi clítoris. Esta vez no me pellizca. No, me hace rodar suavemente entre sus dedos, provocando un torrente de placer en cada parte de mí, mezclado con el dolor que aún perdura de su toque castigador.

—Solo por ese arrebato, voy a hacer que te corras aquí mismo, en la mesa.

—Vitaly —grito susurrante.

—¿Sí?

Sus dedos no aflojan, y ya estoy jodidamente cerca. Me agarro a la mesa con tanta fuerza que se me ponen los nudillos blancos intentando por todos los medios que no se note que estoy a punto de desmoronarme.

—Tan hermosa —murmura, observando cada detalle de lo que me está haciendo—. Me encanta cuando te pones peleona, *ptichka*, pero lo que de verdad me encanta es cuando te sometes, cuando te rindes a lo mucho que me deseas y te haces añicos como yo quiero que lo hagas.

Inclinándose más, me besa la mejilla.

—Termina para mí, esposa. Empápame la maldita mano.

Y lo hago. Me corro tan fuerte que tengo que morderme la lengua para no decir nada, y cuando pruebo la sangre, estoy demasiado ida para que me importe lo más mínimo. Él gruñe cuando siente mi orgasmo, la forma en que empapa su mano, la forma en que mi coño palpita alrededor de sus dedos y la forma en que no puedo evitar gemir su nombre cuando se abate sobre mí.

—Buena chica —susurra, metiéndome lentamente los dedos entre las réplicas—. Mi jodida buena chica.

Vitaly

Estoy tan empalmado que apenas puedo pensar, pero no hay forma de precipitarme. Katya levanta la vista hacia mí, con la cara hermosamente ruborizada, sus ojos aturdidos de lujuria y su coño llorando sobre mi maldita mano. Tiene suerte que mi naturaleza posesiva no tolere que otra persona vea su cuerpo; de lo contrario, ya estaría inclinada sobre esta mesa con mi polla hasta las pelotas dentro de su dulce coño.

Paciencia, me digo. Le doy un último masaje, saco la mano de entre sus piernas, le arreglo las bragas y le acaricio suavemente el coño antes de llevarme los dedos brillantes a la boca. Sigo mirándola y chupándolos uno a uno, sonriendo cuando vuelve a gemir suavemente.

Terminar la comida es un ejercicio de paciencia, pero mi mujer me ha enseñado que retrasar la gratificación la hace aún más dulce. Me como hasta el último bocado del plato, y me encanta que cada bocado le cueste a Dominic una pequeña fortuna.

Cuando Katya ha comido lo suficiente para satisfacerme, dejo la servilleta de tela y pido tiramisú de postre.

—No puedo comer ni un bocado más —me advierte Katya después de irse la camarera.

Sonrío y extiendo la mano hacia ella. Está a punto de abrirse otro apetito. Solo que aún no lo sabe. Sus mejillas vuelven a calentarse cuando se da cuenta de lo que está a punto de ocurrir, pero no se puede negar el destello de lujuria que golpea sus ojos azules cuando alarga la mano y me la coge.

Con su mano entre las mías, la conduzco escaleras abajo y entre las otras mesas. El restaurante está lleno esta noche, pero eso no va a impedirme hacer lo que estoy a punto de hacer. Ignoro a todos los demás, acompaño a Katya por el pasillo y me detengo frente al baño de mujeres. Llamo a la puerta, espero unos segundos y, cuando nadie llama, empujo la puerta. Por suerte, está pensado para usarse de uno en uno, así que la puerta tiene cerradura. La abro rápidamente antes de darme la vuelta.

Katya tiene los ojos muy abiertos y un aspecto francamente follable mientras retrocede con cautela. La sigo, igualando sus pasos hasta que su culo perfecto y redondo queda a ras de la encimera. Sonriendo ante su posición atrapada, me inclino para que nuestros rostros queden a la altura.

—Sácame la polla.

Le paso la mano por el cabello, apretando los gruesos mechones y aspirando su aroma a vainilla.

—No me hagas pedírtelo otra vez, dulzura.

Con manos temblorosas, desabrocha el botón y me baja la cremallera antes de introducir la mano. Siseo al sentir su contacto. Me rodea con los dedos, sacando mi polla y soltando un gemido sexy al ver lo jodidamente empalmado que estoy. Me pasa el pulgar por la hendidura húmeda y, cuando se lo lleva a los labios, lamiendo mi semen de su piel, aprieto los labios contra los suyos en un beso duro y hambriento.

Nuestras lenguas chocan, hambrientas la una de la otra. Unos gemidos feroces llenan el espacio que nos rodea, y me importa una mierda que nos oiga todo el restaurante. Me importa todo una mierda menos meterme dentro de esta mujer que me vuelve jodidamente loco.

Agarrándola por el culo, la levanto y la coloco en el borde de la encimera. Apartando sus bragas, deslizo mi pulgar dentro de ella, gimiendo cuando se aferra a mí, succionándome más profundamente entre sus pliegues.

—¿Has visto lo que me haces, maldita sea? —gruño contra sus labios—. Me conviertes en un animal. No puedo contenerme cuando se trata de ti.

—Bien.

Puedo oír la sonrisa burlona en su voz, y eso me hace bombear mi pulgar dentro de ella más rápido y más fuerte, deseando ver cómo esa sonrisa arrogante se convierte en la sonrisa dulce y enloquecida que siempre me dedica cuando se corre ante mí. Sigo penetrándola y, justo cuando sé que está a punto de correrse, retiro la mano.

—No —gimotea, agarrándose a mis hombros.

Es mi turno de sonreírle.

—La próxima vez que te corras, será en mi polla, cariño.

Su cabeza asiente rápidamente, haciéndome saber que está más que de acuerdo con ese plan. Con las bragas aún tiradas hacia un lado, aprieto la polla y me coloco contra su raja. Su cuerpo ya tiembla y, cuando empiezo a deslizarme lentamente dentro de ella, gime mi nombre y aprieta la frente contra la mía.

—Nada en la tierra sienta tan bien como tu coño —gimo al abrirse para mí. Sus paredes internas me rodean con fuerza y su calor húmedo casi me vuelve loco.

Sus dedos se clavan en mi cuello y de su boca salen suaves gemidos. Sus tetas presionan mi pecho, y necesito todo lo que tengo para no arrancarle el puto vestido y poder rodear una de ellas con mi boca.

—Vitaly —gime, y el sonido de mi nombre en su lengua me hace penetrarla con más fuerza.

—Siento lo cerca que estás. —Succiono con fuerza su labio inferior, dejando que sienta cómo mis dientes rozan su piel—. ¿Vas a correrte sobre mi polla, cariño?

—Sí —gime pasándome la lengua por el labio y acercándome más a ella—. Por favor —suplica, desesperada por liberarse.

—Mi mujer es tan jodidamente golosa —me burlo—. Ya te has corrido una vez desde que llegamos, y eso sin contar todos los orgasmos que te he dado antes. Eres una putilla perfecta para mi polla.

—Sí —vuelve a gemir, y me rio al ver con qué facilidad accede.

—Creo que eres adicta.

—Lo soy, ahora, por favor, déjame correrme.

—Suplicas tan dulcemente y tu coño me aprieta con tanta fuerza. —Me abalanzo sobre ella, metiéndole toda la polla de un solo golpe y haciendo que sus preciosos ojos azules se le pongan en blanco. La follo duro, viendo cómo se deshace ante mí, y cuando grita mi nombre y siento que sus paredes internas se tensan aún más, no puedo resistirme.

Gruño su nombre, me entierro tan profundamente como puedo y me corro más fuerte de lo que creo que lo he hecho nunca en mi vida. Cada pulsación me produce una oleada de placer casi cegador, y cuando finalmente me vacío, me quedo sin aliento y completamente borracho de Katya. Es embriagadora, y constantemente me hace caer de culo.

—Te quiero, *ptichka* —susurro contra sus labios permaneciendo enterrado en su interior.

—Yo también te quiero —susurra ella, soltando una risa suave y agotada—. No puedo creer lo que acabamos de hacer.

Suelto una carcajada y vuelvo a besarla.

—Ya te he dicho que me vuelves jodidamente loco. Créeme, no será la última vez que te folle en un lugar público.

La excitación que relampaguea en su rostro me hace besarla de nuevo.

—Tan jodidamente perfecta. —Ahueco su carita y le paso el pulgar por los labios hinchados. Parece una mujer a la que acaban de follar bien y adecuadamente, y no puedo evitar sonreír con orgullo. Voy a convertir en el objetivo de mi vida asegurarme que siempre tenga este aspecto.

Sí, la vida de casado es mucho mejor de lo que nunca imaginé.

Hate

SOBRE LA AUTORA



Al igual que su apellido, a Sonja Grey le encantan los personajes moralmente grises y los alfas con un oculto corazón de oro. Le encantan los hombres fuertes con una debilidad kilométrica por las mujeres a las que aman y capaces de no detenerse ante nada para mantenerlas a salvo.

Escribe sobre todo romances tórridos, en los que las líneas entre el bien y el mal se difuminan en un hermoso y sexy tono gris.

Sin trampas y con un final feliz garantizado.

Hate

CRÉDITOS

Traducción, Diseño y Diagramación



Corrección

La 99

SONJA GREY

PAVED IN

MELNIKOV BRATVA BOOK 4